INMA ARTETA

Un par de ZAPATOS ROJOS



Un par de zapatos rojos

Inma Arteta

colección milamores

Un par de zapatos rojos

ISBN: 9788419941244
ISBN ebook: 9788419941862

Derechos reservados © 2025, por:

© del texto: Inma Arteta
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

23 de octubre de 2013

Querida Verónica:

Hoy vuelvo a escribirte después de... ¿cuánto tiempo? Si tenía dieciséis la última vez que lo hice y ahora tengo treinta... ¡Catorce años! Me parece increíble que hayan pasado ya catorce años desde mis dieciséis. Pero los números no engañan; no, siempre han tenido el cruel defecto de ser demasiado sinceros. Por eso mismo yo me he declarado durante mis treinta años mucho más seguidora de las letras que de ellos, aunque la verdad de su uno y su cuatro no pueda, muy a mi pesar, negarla. Dieciséis más catorce son treinta aquí y en Plutón, ahora y dentro de mil años. Catorce años con sus respectivos días que se han llevado por delante mi adolescencia entera y mi primera juventud, la de verdad.

Catorce años... Catorce años pasados y sin ninguna carta, aunque tenga la impresión ahora, mientras escribo esta, que no han transcurrido más que unos meses desde que dejé de escribirte todas aquellas con distintos tipos de letra. ¿Te acuerdas? No lograba decidirme si era mejor utilizar la cursiva u optar por unas letras bien erguidas, ni si, en el caso de optar por la primera, resultaría más bonito inclinarla hacia el lado derecho o hacia el izquierdo. Y luego estaban, claro, los cambios que tenía que soportar cada una de las letras de manera independiente. Las *m* con dos montañitas, las *m* con tres... Aunque tengo que reconocer que, por mucho que me empeñara en cambiar la forma de la *o* y ponerle el semicírculo de encima, o sustituir los puntos de cada *i* por circulitos, lo cierto es que todos mis tipos de letra siempre se parecían bastante, vistos en

su conjunto. ¡Y menos mal, porque si no te hubieses vuelto loca con mis cartas! Hubieras podido llegar, incluso, a dudar de que fuera yo siempre la que te escribía. Esta carta, sin embargo, he optado por mecanografiarla. Y es que tantos intentos de cambio han desembocado en una letra horrible que ni yo misma reconozco como propia.

Pero no vuelvo a escribirte hoy, después de esos catorce años que me parecen muchos menos, para hablarte de mis vacuos intentos por cambiar de letra. No, lo hago por algo que merece la pena escribirlo y romper este prolongado vacío de letras entre tú y yo. Lo hago porque he vuelto a ver a Arturo.

No sé si me parece menos creíble el hecho de que hayan transcurrido tantos años ya desde que te escribí por última vez, o el que volviera a ver a Arturo ayer, después de esos mismos años, en la calle, sin esperarlo de ninguna manera. Porque muchas veces, durante todo este tiempo, en el que solo he logrado verlo en mi imaginación, he pensado y esperado y fomentado la hipótesis de poder encontrármelo en cualquier lugar posible, pero dicha posibilidad nunca ha llegado a realizarse. Por supuesto que a lo largo de todos esos *catorcísimos* años, estos pensamientos, esperanzas e hipótesis más que plausibles se han ido espaciando y perdiendo intensidad, pero nunca han llegado a desaparecer. La semana pasada, para no ir más lejos, supuse que no era difícil en absoluto encontrármelo en la plaza Azul. Al fin y al cabo, sus padres vivían muy cerca de ella, y podía ser totalmente aceptable que aún viviera con ellos o que hubiera ido a visitarlos, y que le hubieran entrado unas ganas terribles de sentarse en un banco a esperar a que yo pasara por allí. Por eso mismo no me pareció nada extraño creer verlo en la nuca y la espalda de un chico que esperaba, o no, sentado en uno de aquellos bancos de hierro forjado y que, al final, visto de perfil, no se parecía en nada a Arturo, pero cuyo color de cabello sí se asemejaba mucho al de él, al igual que su complexión

de hombros (ya sabes que sus hombros eran una de las cosas que más me gustaban de su físico, a la vez que, junto con toda su espalda, una de las más familiares para mí, dado que me pasaba las horas de clase, además de atendiendo a las explicaciones del profesor de turno, contemplándolos desde la distancia de varios pupitres).

Ayer, sin embargo, mientras caminaba por la larguísima calle central, con la duda de si debía o no comprarme unos zapatos rojos (teniendo en cuenta lo poco combinables que pueden llegar a ser unos zapatos así, pero con la circunstancia a su favor de que, desde que vi por vez primera la película *El Mago de Oz*, he querido tener unos zapatos rojos[1]), ni se me pasó por la cabeza que podía encontrarme con Arturo. Pero así fue. Y por eso estoy escribiéndote esta carta, cuyo borrador comenzó a gestarse nada más confirmarme que aquel chico ya hombre que tenía a muchos pasos de distancia era, indudablemente, Arturo. Que él fuera caminando por aquella calle por la que iba yo, y a la misma hora a la que yo lo hacía, sumado al hecho de que su caminar y el mío fueran en direcciones contrarias, fue una cuestión de pura suerte. Porque, de no haber sido así, y no encontrármelo de frente, para nada me hubiera dado por suponer que cualquiera de esas nucas peludas que tenía delante pudiera ser la de él. No, estaba demasiado dudosa en cuanto a la adquisición o no de los zapatos que tan bien se veían en el escaparate de la zapatería que se encontraba al final de la calle para ponerme a suponer que Arturo pudiera ir caminando por aquel lugar también para ir vete a saber dónde. Y esa falta de previsión fue la causante de que mi sorpresa fuera aún mayor al verlo, provocando que todo el calor que pudiera acoger mi cuerpo mientras pensaba en los zapatos se concentrara en mis orejas, que debieron volvérseme tan rojas como cuando, a los catorce y los quince y los dieciséis años, lo veía de lejos o de cerca, me miraba o yo creía que lo hacía, y su nombre o cualquier cosa que tuviera que ver con él se

hacía presente. Sentí ese rubor mal situado (desde luego las mejillas hubiesen sido siempre una morada más propicia) como una prueba más que irrefutable de que Arturo seguía siendo, sin duda, lo que fue y lo que no dejará de ser nunca, aunque pasaran mil años sin verlo. Y me sentí más que afortunada tanto por habérmelo encontrado como por el hecho de que no hay muchas cosas en esta vida que puedan saberse con una certeza tal como la que confirmaron mis orejas acaloradas.

Sí, me lo encontré, de la misma manera que se encuentra algo que ya se da por más que perdido a la vez que no se dejan de albergar ciertas esperanzas de encuentro. Me lo encontré y lo miré fijamente para que él me mirara entre aquellos desconocidos que nos miraban a nosotros y entre ellos, y a los escaparates y al suelo, siendo totalmente inconscientes de que estaban obstaculizando con su presencia un encuentro que había esperado catorce años para darse; catorce años que no habían logrado mermar en absoluto un sentimiento que se exteriorizaba a través de un acaloramiento anormal de mis orejas, y que de ninguna manera podrían frustrar los escuetos pasos que nos separaban. Por eso Arturo me miró, al fin, después de obligarle con mis ojos a hacerlo durante horas (o puede que solo durante segundos que a mí me parecieron horas) quedándose sus ojos unidos a los míos por invisibles hebras de pegamento que se extendieron a lo largo de la alargada calle, esquivando a todas aquellas impertinentes e ignorantes personas. Y me sentí mientras tanto satisfecha de haber tenido que esperar catorce años para volver a encontrármelo, con esa satisfacción que se siente cuando se espera algo durante demasiado tiempo y al fin llega; con ese deseo acrecentado por la angustia de la desesperanza cuando no se puede estar segura de que ese algo tan ansiado va a llegar. No, no hubiese sido mejor el encuentro de haber sabido que iba a llegar, como llega un postre tras el segundo plato. Fue mejor así, con toda la corte que acompaña a una sorpresa, sin saber muy

bien si era cierto o no que mi Arturo estaba allí, frente a mí. Porque al principio dudé de que, ciertamente, fuera él. Y no solo porque ya me había parecido verlo demasiadas veces en los andares de otros, de lejos y de espaldas, como ya he dicho, o en sus homónimos escuchados en medio de calles demasiado llenas de gente. No, dudé de que fuera él por culpa de esos catorce años que han servido de introito a esta carta; esos catorce años que me han alejado tanto de su voz y de sus manos y de su manera de alzar las cejas; esos catorce años que me han llevado a concebirlo como un ser irreal, tal vez un sueño o parte de una vida anterior muy ajena a la mía, pero de ningún modo un ser real que pudiera estar frente a mí, caminando por una calle de verdad, en un momento que, sin duda (de nuevo las orejas servían como confirmación de mi existencia en aquel ahora), era real y pertenecía a mi vida como él mismo. Porque Arturo era mío aunque él no lo supiera antes ni en aquel momento. Mi primer amor sin primer beso, sin declaraciones ni te quieros dichos con vergüenza, pero primer amor al fin y al cabo.

¡Y ayer volví a verlo! Volví a verlo cada vez más cerca de mí y yo de él, y por eso te escribo esta carta. Por eso he vuelto a sentir la necesidad de escribirte que sentía entonces, exactamente la misma. Y no sé si avergonzarme o alegrarme por poder experimentar, a mis treinta años, la misma obligación de contártelo todo que tuve en la adolescencia. Porque yo ya no soy una adolescente. No, y sería del todo ridículo comportarme como una de ellas. ¿Por qué iba a querer hacerlo, además? La adolescencia es la edad más agotadora de todas. Los sentimientos se inflaman como inmensos globos que sobrevuelan cada acción, suceso y pensamiento, ocultando cualquier posibilidad de perspectiva. ¿Y qué es la madurez sino una gran dosis de perspectivismo? Aunque, con respecto a mis sentimientos por Arturo, ¿para qué quiero yo el perspectivismo? Quiero que un inmenso globo rosa no me permita más que verlo a él, al él de hace catorce años visto por mis ojos de entonces, nuevamente. Y

contártelo a ti como entonces, con el mismo grado de desesperación y dramatismo como lo contaría una adolescente; como te contaría Verona que ayer, al ver a Arturo acercarse hacia ella... Te lo contaría la Verona adolescente, ella, pero yo ya no soy ella. Por eso tal vez lo mejor sea que me despida de ti ahora. No estaría bien que me volviera a comportar como ella; ella que no le diría nada a Arturo, aunque le viniera de frente después de catorce años. Ella que lo dejaría pasar por vergüenza o por miedo. Porque yo ya no soy ella.

Verona.

---

[1] En la película musical *El Mago de Oz* (1939) de Víctor Fleming, basada en el libro homónimo de L. Frank Baum, la protagonista, Dorothy, lleva unos zapatos rojos.

24 de octubre de 2013

Querida Verónica:

Ya sé que dije que no volvería a escribirte, que solo la Verona adolescente lo haría, pero el globo que tengo encima me obliga a hacerlo y no pienso oponer ningún tipo de resistencia. Es un globo nuevo, de un rosa que nunca antes había visto, y no puedo ignorarlo. Sin embargo, decidida a continuar esta nueva remesa de cartas (que no sé hasta cuándo se dilatará), cual Verona adolescente, tengo que dejar claro que yo ya no soy esa Verona. No, la Verona de entonces hubiera dejado pasar a su lado a Arturo de la misma forma que lo dejó pasar durante los dos años que compartieron aula. Porque por supuesto que tuvo oportunidades para llamar su atención, para hacer que se fijara en ella, pero las desaprovechó. Como cuando la profesora de Francés (cuyo nombre no recuerdo) quiso sentarlos juntos y ella hizo un trato con Alberto para que fuera este el que se sentara con Arturo en lugar de ella. ¿Por qué lo hizo? Por miedo, por supuesto. Por miedo a quedar en ridículo, a meter la pata. Era menos peligroso mirarlo desde lejos, de espaldas, como también hubiera sido menos peligroso dejarlo anteayer pasar de largo, sin obligarlo a pararse por la calle central, y comprarme los malditos zapatos rojos de una vez por todas para no pensar en Arturo horas después, en casa, con ellos puestos, y sentirme de nuevo como una fracasada, como me sentí aquel día en el que no me atreví a entregarle un poema de versos acrósticos precioso que le escribí, a través de los que podía leerse su nombre. Pero yo ya no soy aquella Verona. El tiempo me ha cambiado, ha

tenido que hacerlo. Han pasado demasiados años para que no me haya cambiado; sí, sería imposible que no lo hubiera hecho; a mí y a mi vida entera. Por eso compré los zapatos, por supuesto que lo hice, pero después de hablar con aquel Arturo que había venido a encontrar después de tantos años buscándolo; aquel Arturo que anteayer, irremediablemente, con cada paso que los dos dábamos, se encontraba más cerca de mí y yo de él. Por supuesto, no varié mi dirección (como la Verona de hace catorce años hubiera hecho) y, decidida, continué con mis ojos pegados a los de él, evitando que se rompiera alguno de los finísimos filamentos que, cada vez menos tensos, se extendían *colgosamente* por la alargada calle.

Cuando apenas quedaban unos cuantos pasos (cinco, cuatro, tres...) para nuestro choque, me vino a la cabeza de repente, en forma de recuerdo pastoso, el enunciado típico de aquellos problemas de matemáticas en los que un tren A sale de una ciudad en dirección a otra a una velocidad de x km./h, a su vez que, desde una ciudad distinta, sale un segundo tren, llamado B, etcétera, mientras me sonaban por dentro los primeros acordes de *Only When I Sleep*, de The Corrs. Cuando la letra de la canción estaba a punto de adentrarse en alta mar, mi intervención se hizo inevitable.

Muy a mi pesar no me dio tiempo a pensar en nada ingenioso que decirle a Arturo después de aquellos catorce años. O puede que sí me lo hubiera dado (cuando lo reconocí estábamos a unos cuantos minutos de distancia), de no haberme sentido tan abrumada por la situación. El caso es que, ya al lado de él, sin tiempo de observarlo detenidamente (eso tuve que dejarlo para después), y antes de que se me fuera como un día más perdido, como otro día de esos catorce años que no parecen reales, le dije lo primero que se me ocurrió y lo que seguramente se le hubiera ocurrido a cualquiera: le pregunté (como si no lo supiera ya), afectando el tono y el gesto lo más posible, simulando extrañeza, si era Arturo. Él, parándose en seco porque yo, como tren A, le obligué a hacerlo con mi pregunta,

me respondió que sí, también con cierto tono de extrañeza y con una media sonrisa de lado que yo recordé como suya y solo suya en cuanto la vi dibujarse en su cara. Tristemente, no pude recrearme todo lo que yo hubiera querido en ella y tuve que reaccionar interviniendo nuevamente, esta vez para decirle su nombre con apellido incluido, reafirmándome en que lo conocía. La media sonrisa se volvió entonces sonrisa entera en su cara y afirmó con la cabeza y con el adverbio, sin borrar del todo el gesto de extrañeza en el entrecejo. Estaba claro que no me recordaba.

Esa falta de reconocimiento me sentó bien y mal a partes iguales. Por un lado, me gustó que así fuera, teniendo en cuenta que soy una de esas personas, como bien sabes, a las que la adolescencia no les favoreció, físicamente, en absoluto, pero, por otro lado, me dio pena pensar que había sido totalmente invisible para él en el pasado. Por supuesto que mi peinado es mucho más bonito ahora que entonces (el pelo corto nunca me sentó bien), y el maquillaje es el mejor amigo que he tenido jamás, pero yo sus ojos los identifiqué, a pesar del paso del tiempo, nada más atisbarlos de lejos. Ya de cerca, mientras me negaba como excompañera suya de aula, pude ver perfectamente en él, además, la misma mandíbula de entonces, aunque se hubiera ensanchado, y reencontrar en sus dedos (que dudosos jugueteaban en su cara, ayudándole a pensar) aquellas manos de niño de huesos salientes. A pesar de mi decepción, sin embargo, reaccioné ante aquella falta de recuerdo como si no tuviera importancia alguna y traté de refrescarle la memoria sin dejar de sonreír en ningún momento, con una sarta de referencias estudiantiles que incluyó el nombre del instituto, a algunos profesores y compañeros de clase y un par de excursiones. Mientras iba ensartándole todos aquellos recuerdos en su memoria, vinieron a la mía varios momentos que yo sentí como íntimos entonces entre Arturo y yo (como una vez en clase de Educación Física que me dio la mano, por mandato del profesor, para formar

una fila, o aquella otra en la que me felicitó por mi cumpleaños), que, por supuesto, no pude incluir en la lista. Lo que sí que le relaté, y enumeré por otro lado, fue recibiendo por su parte una sucesión de afirmaciones y postillas que nos llevaron a alargar aquel limitado regreso a la adolescencia hasta el punto de convertirnos en esa clase de personas capaces de entorpecer el paso a los viandantes sin reparo alguno. Y no porque la conversación fuera interesante. No, a mí no me lo pareció en absoluto; es más, salí de ella nada más entrar Arturo plenamente, como entra una chiquilla dentro de una comba que dibuja circunferencias. Rememorar aquellos años grumosos, llenos de mediodías repletos de cuchicheos dolientes y humillaciones era lo último que deseaba hacer. Por eso preferí mirarle aquellos enternecedores dientes torcidos (afortunadamente iguales a los de hacía catorce años) y saborear el hecho de que lo había encontrado al fin, cuando ya la esperanza empezaba a secarse al sol. Mientras lo estaba haciendo, despacio, como se chupa un caramelo encontrado de manera sorpresiva en un bolsillo de una chaqueta que hace siglos que no te pones, fui golpeada contra Arturo violentamente, yendo a dar mi cabeza sobre su pecho, donde me quedé durante unos segundos que, por supuesto, de buena gana hubiera convertido en años. Pero no, fueron segundos, insignificantes segundos que me bastaron para olerlo por primera vez, para inventar un olor que no había olido nunca antes. ¿A qué huele Arturo? Afortunadamente, a perfume no. Sería muy poco original decirte que solo huele a tal perfume; no, él huele a regalo sin abrir, a preámbulos de lluvia y a jabón. Todo eso fue lo que encontré en su pecho y recogí, durante aquellas migajas de tiempo que me regaló un viandante incapaz de aceptar que la conversación grumosa sobre la adolescencia ocupara justo el centro de la calle central. Yo le agradecí el regalo en silencio y Arturo se lo devolvió a través de imprecaciones a su falta de educación.

Tras este afortunado incidente, gracias al cual tuve mi segundo contacto físico con Arturo, vino una sucesión de contactos que no pararon hasta que nos separamos para continuar nuestros trayectos de trenes A y B. Y es que después de que el hombre aquel (al que siempre le estaré agradecida) me arrojara encima de su pecho con violencia, Arturo me preguntó si estaba bien mientras me tocaba el hombro, para pasar después a rozarme el brazo en un descenso de sus dedos que yo deseé que no acabara nunca. Y al final, en el momento de la despedida... Porque la despedida llegó. Ningún encuentro es eterno, ni siquiera uno esperado durante catorce años. Llegó y yo la provoqué. Bueno, que la provoqué es mucho decir; diré más bien que la adelanté. ¿Para qué postergarla si iba a llegar al fin y al cabo? Aunque no fue la imposibilidad de evitar su llegada lo que me llevó a querer adelantarla; fue, por el contrario, un deseo de postergar un café y todo lo que él conlleva, que es mucho más que leche y azúcar, lo que me hizo rechazar la propuesta de Arturo de desocupar el centro de la calle central e ir a tomar un, aparentemente, inofensivo café. Un acto que supondría caminar a su lado (como tantas veces había imaginado que lo hacía cuando, detrás de él, entraba en el instituto, pisando su sombra), para sentarme frente a él después y rozar bajo la mesa una de sus piernas, fingiendo una excusa en absoluto sentida y escuchar, con el olor del café de fondo humeando bajo la nariz, lo que había sido de él durante esos catorce años en los que a mí me parece que no ha existido. Y todo en una sola tarde. Una tarde que yo necesitaba, que necesité anteayer, para asimilar que lo había encontrado de nuevo, que me había mirado y rozado y tocado y hablado, que existía nuevamente. Por eso preferí decirle que no podía ir a tomar un café con él, que de ninguna manera podía, y mi negativa recibió el agradecimiento de su premura; su premura por sacarse del bolsillo el teléfono móvil y pedirme mi número para darme a continuación el de él. Tras terminar de teclearlo y ver su nombre brillando en la

pantalla iluminada, vinieron los dos besos. No llegaron, como habitualmente sucede, sus labios ni a rozarme las mejillas, pero me bastaron más que de sobra para otorgarles la categoría de colofón a una serie de circunstancias sorpresivas que necesitaban, al menos, como necesita todo lo importante, el resto de una tarde para ser asimiladas. ¡Qué digo el resto de una tarde! Hubiera necesitado un día entero para aceptar que de verdad se habían dado, y otro más para recrearme en ellas. Por eso, mientras lo vi alejarse en su dirección de tren B, y me hizo un gesto de adiós con la mano, que yo le devolví, me alegré y me sorprendí a partes iguales de haber tenido la idea de no aceptar alargar aquel reencuentro. Minutos después, mientras me probaba los zapatos rojos acharolados, mucho más brillantes tras haberme topado con Arturo que las veces anteriores vistos a través del escaparate, me percaté que lo mejor de aquella idea consistía en que todo estaba aún por llegar, que aquel encuentro de tintes oníricos, pero del todo real, iba a tener su continuación cuando, al día siguiente, o puede que dentro de tres (no tengo ninguna prisa a estas alturas), Arturo me llamaría para vernos. Porque lo haría, por supuesto que sí. Lo hará. Y estar esperándolo aún me hace sentir como la mecanógrafa de Lorca de *Así que pasen cinco años* («¡Qué hermoso es esperar con seguridad el momento de ser amada!»[2]). La dulce espera de esperar que suceda algo que sucederá es la más dulce de las esperas. No es como la espera interrogante, esa en la que no sabes si lo esperado llegará, esa que se aviva con la esperanza y se aminora endogámicamente, esa espera que me ha llevado a esperar a Arturo a lo largo de catorce años. No, la espera de ahora es distinta. Es una espera preliminar, una espera que me lleva a pensar en la siguiente carta que te escriba, cuando ya haya caminado a su lado y sepa mucho de él. Es una espera que yo misma he provocado, una espera voluntaria durante la cual comenzó a gestarse la carta que te escribí ayer. Porque, ¿cómo no iba a escribirte para contarte que había

vuelto a ver a Arturo, que ya no estaba perdido? Al fin y al cabo, fue él el causante y el tema de todas nuestras cartas. Y aunque haya dudado de si estaba bien o no hacerlo, no he podido evitarlo, como tampoco pude evitar chocar con él y... hablarle. ¿Qué iba a hacer, si no?

Verona.

---

[2] Frase de la obra *Así que pasen cinco años*, de Federico García Lorca.

25 de octubre de 2013

Querida Verónica:

¡¡Hoy me ha llamado Arturo!! Y te lo digo enmarcándolo con exclamaciones dobles, no solo porque ahora que tengo de nuevo a mi primer amor conmigo me da pena que cada uno de los signos de exclamación pueda estar solo, distanciado de su igual por todas las palabras que anuncian la gran noticia, sino porque, a pesar de que ya sabía que lo haría, he sentido lo mismo que si recibiera una sorpresa cuando he oído su voz preguntando por mí a través del auricular.

¡Me encanta cómo dice mi nombre! Suena a nunca dicho, a nuevo, y más aún al ser lo primero que he escuchado en el día de hoy. Y es que acababa de levantarme cuando el teléfono, descaradamente, se ha puesto a sonar con su agudísimo pitido de sirena encallada. Por supuesto que la experiencia de tener que dejar el café recién hecho en la cocina, abandonado, para correr por el pasillo en una búsqueda desesperada de acallar el incómodo sonido, no ha sido nada agradable, pero al escuchar la voz de Arturo llamándome, tan grave, tan profunda, con la *a* casi susurrada al final, por el auricular, me he alegrado de que el contestador no hiciera su trabajo. Porque, de no haber corrido hasta el impertinente teléfono, con la dificultad que conlleva hacer deporte con chanclas, y haberlo silenciado al descolgarlo con su cable retorcido, de ninguna de las maneras hubiera podido escuchar la propuesta que llevaba esperando, complacientemente, tres días.

Eran solo las once de la mañana y Arturo pretendía quedar, como ya sabía desde que reconocí su gravísima voz, esta misma tarde. Y fue esto último lo que me turbó. Porque yo ya sabía de sobra cuál era el motivo de su llamada, pero que pretendiera verme hoy mismo me ha resultado precipitado. Sé que pensarás que ha sido el miedo lo que me ha impedido aceptar la cita nada más ser ofrecida, pero estás del todo equivocada en tu conclusión. La Verona adolescente, la que tú conoces, sí que la hubiera postergado por miedo. La hubiera tratado de postergar hasta el infinito a través de multitud de inverosímiles excusas, pero en absoluto es mi caso; y tampoco creo que Arturo me haya tomado por miedosa al decirle que hoy no podíamos vernos. En su tono de voz sí he notado una cierta decepción que me ha llevado a sonreír en silencio mientras fijaba mis ojos, aún pegajosos, en uno de los pájaros del biombo del salón. Es, sin duda, mi favorito, aunque no tenga ni la más mínima idea de qué clase de pájaro es. Me gusta porque es azul y plateado y parece su cuerpo la cola escamada de un pez. Ya me lo estaba imaginando nadando, agitando sus patitas de pájaro, cuando he colgado el teléfono y me he dejado caer en el sillón granate de terciopelo. Todavía tenía la boca un poco dormida, de recién despertada, así que he tenido que forzar la voz para decirle a Arturo que hoy estaba ocupadísima, que tenía que estudiar para el ensayo de esta tarde. El hecho de haber tenido que mentirle por teléfono me ha facilitado mucho la mentira, y en ese aspecto sí que no he tenido que esforzarme en absoluto. Porque no es lo mismo mentir mirando a una cara que con la vista puesta encima de un pájaro con plumas escamosas. No, por eso le he dado, incluso, detalles acerca de la obra. Por supuesto, le ha sorprendido que fuera actriz porque él me tenía por tímida al extremo, igual que debes tenerme aún tú, y para nada se hubiese podido imaginar que me dedicara a actuar. Mientras le explicaba que tenía que estudiarme mi papel de mecanógrafa de *Así que pasen cinco años* (que ya me sé de sobra), con el pájaro en

mi cabeza volando en un cielo lleno de algas y de nubes que ondeaban, mientras el pájaro rojo del biombo (cuyas plumas sí parecen plumas) surfeaba encima de una flor, he comenzado a tener sed y a sufrir por pensar que se me estaba enfriando el pobre café, ya vertido en la taza, con su leche y todo. He tenido que calentarlo después, con el teléfono ya colgado y en silencio y, a la vez que lo veía girar, iluminado tras la rejilla de la puerta del microondas, me he confesado ante él culpable de mentir, de mentir sin ningún tipo de remordimiento, parapetada tras un teléfono negro y un biombo lleno de pájaros.

Exactamente un minuto y diez segundos después, nuevamente en el sillón granate, con la taza en la mano y Sigmund (mi gato de angora blanco al que tú no conoces) en mis pies, he mirado el teléfono y me ha parecido mentira que hubiese sonado hacía unos minutos, que lo hubiera descolgado y, sobre todo, que hubiese hablado con Arturo. Pero así había sido; sí, de verdad, y habíamos quedado para mañana. Porque de ninguna manera pensaba posponer más la cita. No, dos veces era suficiente. Suficiente para esperar e imaginar cómo iba a suceder todo. Ya sé que es un juego muy peligroso imaginar las cosas antes de que ocurran, que se corre el riesgo de caer en un inmenso pozo de decepción cuando llega la realidad y no se parece en absoluto a lo imaginado, pero en este caso no corro ese peligro. No, estoy segura, lo estaba mientras terminaba el café recalentado y le acariciaba la cabeza a Sigmund, de que nos veremos en la terraza de la cafetería Marianela a las seis. Llegaré allí vestida con una blusa blanca de seda, de manga larga, que mis amigas me regalaron por mi cumpleaños... Porque ahora tengo amigas. Sí, las tengo aunque te parezca mentira. Amigas de esas con las que te ríes de cosas que quedan fuera del alcance de los demás; de esas con las que se forma un microcosmos con sus propias leyes y normas; amigas de esas con las que se sale por ahí a no hacer nada y parecer que se hace mucho. Fueron, como te he

dicho, ellas las que me regalaron la blusa blanca este año, por mi cumpleaños.

Nos reunimos en mi casa y las invité a pastas y café, que bebimos y masticamos, con Sigmund y un sinfín de regalos como testigos. Ellas; Celia y Alicia y Ana (¿a que tienen nombres bonitos?) fueron muy amables conmigo. No dejaron de decir lo bien decorada que estaba la mesa, lo buenas que estaban las pastas... Y no hubo ni un solo momento de esos en los que todos los presentes se quedan en silencio y nadie sabe qué decir. No, estuvimos las cuatro muy cómodas; yo estuve muy cómoda. Porque no sacaron a colación, tampoco, temas de esos que se tratan de evitar mudándolos en otros, si es que te dejan. Porque existen las amigas que te los imponen inevitablemente, aunque no fue el caso de aquella dulcísima tarde de cumpleaños. Y además me regalaron cosas preciosas, aparte de la blusa blanca. Un collar, un frasco de colonia, un pañuelo y unos pendientes. Y todas vinieron guapísimas a casa. Fue una tarde muy bonita, de verdad; llena de envoltorios deshechos y migas de pastas. Cursi pero bonita. Y gracias a ella tengo, además, la blusa blanca que llevaré a la cita con Arturo.

Me queda mejor que bien esa blusa, te lo aseguro, pero tendré que coger mañana algo de abrigo por si refresca un poco (que refrescará) según avance la tarde. Por eso me llevaré el abrigo verde que compré en Venecia durante el carnaval, hace seis años, y el bolso negro de tachuelas, que terminará el conjunto. Y me pondré sandalias altas, claro, porque Arturo me supera en altura en más de diez centímetros. El pelo... Creo que me lo dejaré suelto. Sí, me pondré solo unas horquillas, esas de piedritas de colores que compré... ¿en París? ¿O fue en Roma? No lo recuerdo, pero la terraza parisina en la que tomaba el vermut a mediodía con Pierre, la del Café Gautier, se parece mucho a la de la cafetería Marianela. De ello le hablaré a Arturo cuando me pregunte qué ha sido de mí a lo largo de estos catorce años. Le diré que en París pasé tres, los

suficientes para terminar la carrera de Filología francesa y cansarme de sus días grises. Le diré que viví en una buhardilla desde la que podía ver la Torre Eiffel mientras desayunaba *brioches* embadurnados de mantequilla, y escuchaba discos de Jacques Brel y Juliette Gréco para mejorar mi acento. A él le parecerá *trè*s *chic* que haya vivido allí, aunque no me lo dirá, y preferirá alentarme a que le cuente más de mí en esos años. Le tendré que decir entonces que las clases me resultaban, al principio, abrumadoras porque mi francés no era lo bastante fluido como para entenderlo todo. Afortunadamente estaba allí Pierre para ayudarme...

Por supuesto, no le hablaré de Pierre. No, ¿cómo va a querer que le hable de un antiguo amante? Porque Pierre no fue más que eso, o todo eso, según se mire. Porque tan difícil es encontrar un buen amor como un buen amante, y Pierre, desde luego, fue el mejor de los amantes. Ni me amaba a mí ni yo a él, algo que afortunadamente quedó claro desde el principio hasta el final de nuestros encuentros. Y es que con Pierre todo fue muy fácil.

Nos conocimos en clase de Literatura, concretamente cuando estábamos estudiando el naturalismo y la profesora nos habló de la novela *Pot-bouille* de Zola, y yo, muy a mi pesar, no me enteré de apenas nada. Testigo de ello fue Pierre, que estaba sentado a mi lado porque había llegado tarde. Yo me sentaba siempre en la penúltima fila, escondida tras un chico de inmensas espaldas, atemorizada de que en algún momento a la profesora le diera por pedir que los de atrás cobráramos protagonismo. Pierre, en cambio, se sentaba siempre delante. Era imposible no fijarse en él o, más bien, en su bufanda de rayas de colores y su pelo revuelto. Su cara fue para mí un misterio hasta aquel día, del que no le hablaré a Arturo, cuando se me sentó al lado. Normalmente allí se sentaba una chica que se llamaba Marie y que era de lo más antipática. Un día le pedí que me ayudara con un texto de Michel de Montaigne y fingió no entenderme, a pesar de que se lo dije con una

pronunciación aceptable. Por eso no me sentí incómoda cuando Pierre ocupó su lugar. Es cierto que su bufanda resultaba un poco apabullante, con tantos colores, pero su perfil me resultó mucho más agradable que el agriado gesto de Marie. Y más aún cuando me sonrió. Tenía una sonrisa graciosísima, con hoyuelos, que no se le borraba casi nunca de la cara. Al terminar la clase le pedí que me dejara los apuntes, y al tendérmelos sin ponerme pegas me ganó totalmente. Esa misma noche nos acostamos.

A partir del día siguiente se convirtió en mi profesor particular de francés y en mi mejor amigo. Yo siempre había querido tener un amigo especial con el que compartir mucho más que palabras y Pierre fue el candidato perfecto. Me atraía muchísimo físicamente pero no hasta el punto de no conseguir articular una frase coherente delante de él. Era atractivo pero para nada guapo, desgarbado y muy flaco. Sus ademanes de payaso, por otro lado, para nada contribuían a que lo viera como un candidato a novio. Se reía de manera escandalosa cuando menos lo esperabas y hablaba siempre en un tono demasiado elevado. Su forma de vestir, extravagante hasta el punto de rozar lo ridículo, también lo acercaba más al papel de bufón que al de galán. Aparte de la citada bufanda de rayas, solía ponerse una gorra de cuadros que se calaba hasta los ojos y que, cuando se quitaba, dejaba su cabello rizado como una maraña en la que podrían fácilmente haber anidado una familia entera de palomas. Los pantalones, por otro lado, solía llevarlos muy estrechos, lo que hacía que sus piernas aún parecieran más largas y delgadas de lo que eran, y abusaba de los anillos en el mismo extremo que lo haría un pirata trasnochado o un rey dieciochesco. De entre todos ellos me encantaba uno enorme, de plata vieja, que me regaló entre sollozos contenidos y sonrisas el día que nos separamos en la estación de tren. Hasta ese día lo vi en su dedo índice día tras día mientras leíamos a Baudelaire en la cama, medio dormidos, o le dábamos de comer galletas a uno de los muchísimos

gatos callejeros que gustábamos de mantener y bautizar con agua o licor bendecido por nosotros mismos. ¡Ojalá hubiera estado presente el día en que bauticé a Sigmund! Lo tuve que hacer sola y opté por la cerveza para hacer los honores. Un gatito tan solemne como él necesitaba una dosis de tosquedad y pensé que la cerveza podía dársela mucho más que el cava. Fue, de todos modos, una ceremonia bastante sosa, no como los bautizos con Pierre, y es que a su lado era imposible aburrirse. Y no porque todo en él fuera siempre diversión. No, es imposible mantener a esta durante mucho tiempo sin que canse tanto como el aburrimiento mismo. Pierre tenía sus momentos tristes y melancólicos, sus momentos de lágrimas y tedio, al igual que sus momentos de furia (que eran terribles), pero siempre me sentía cómoda a su lado. Por eso no me apeteció dejarlo solo cuando el profesor Baptiste le suspendió el examen que trataba de Baudelaire, a pesar de que se puso hecho una furia y le dio por desordenar su habitación, tirando todo por los aires. No sentí miedo viendo su altísimo cuerpo, sentada yo en una butaca gris gastada que tenía en su cuarto, lanzando desde una bota hasta un frasco de cristal lleno de bolígrafos que se estampó en la pared haciéndose añicos, como tampoco me sentí incómoda abrazándole el día que me confesó que la chica a la que amaba iba a casarse con otro. Muy al contrario, me gustó encontrar con él, con toda la ropa y los libros esparcidos por el suelo, una pluma que ya daba por perdida, embargados los dos por la mezcla del olor del frasco de colonia roto contra el armario, y el café, todo negro, encharcando la alfombra, de la misma manera que me gustó representar una falsa boda a su lado, ambos vestidos de negro, y darle el «sí quiero» frente a la iglesia en la que se estaba casando Julie, la chica que le había dado calabazas. Aquella misma noche, todavía él con la enorme pajarita negra que había usado como parte del traje de novio, me dijo que le gustaría amarme. Yo le contesté que era mucho mejor querer que amar porque resultaba más sencillo. Al día siguiente comenzamos

nuestra luna de miel posponiendo los exámenes finales de junio hasta septiembre.

Lo primero que se nos ocurrió fue marcharnos de París, pero ¿adónde? A Pierre le hacía mucha ilusión ir a España, pero no teníamos bastante dinero para realizar un viaje tan largo. Pensamos en otros lugares más cercanos como Orleáns o Turena, pero al final decidimos que lo más justo era ocupar la casa en la que iban a vivir Julie y su recién estrenado marido (del que no sabíamos más que se llamaba Serge y que era dentista) durante la luna de miel que ellos sí podían permitirse.

Ocupar el pisito en cuestión no fue para nada difícil. Era un bajo con jardín y a Pierre no le costó nada forzar una de las ventanas y entrar. Dejarme pasar a mí y cambiar la cerradura se dio en un suspiro.

Lo que sí que nos costó fue aceptar la decoración del lugar, y es que Julie era de esas personas monocromáticas que necesitan que todo combine con todo. Nos encontramos, así, nada más entrar, con un salón más morado que una berenjena, con su sofá morado, su alfombra morada, sus jarroncitos gemelos morados y la tez de Pierre también morada, creo que por el reflejo de las cortinas, moradas, iluminadas por el sol. Viéndolo así, como una frambuesa, comprendí por qué Julie no se había casado con él. Ella buscaba el orden y Pierre, el caos. Un caos que, muy gustosamente, decidimos regalarle a aquel salón con aspiraciones a Nazareno cuando lo llenamos de cojines amarillos (que encontramos en un dormitorio que parecía afectado de ictericia), y lo despojamos de los jarrones morados para independizarlos (los gemelos necesitan sentirse únicos); a uno en el baño, como guardián de la escobilla, y al otro en la cocina, sin más objetivo que el de ocupar espacio. Cada una de las habitaciones, así, fue adquiriendo esa falta de sentido que conlleva cualquier cosa real.

La redecoración nos llevó un día entero, en el que anduvimos de un lado a otro de la casa sin descanso. Cuando terminamos y nos

tendimos en el sofá, aún morado debajo de la manta verde con que lo cubrimos parcialmente, a Pierre se le ocurrió una idea genial, una idea que, en realidad, ya le había nacido el día en que alquiló la habitación de estudiante en la que vivía, pero que tuvo que dejar en la reserva de las ideas hasta aquella tarde en la que se encontró de frente con la pared morada de Julie. Me contó, con su apasionamiento natural, en qué consistía, y me pareció un plan perfecto para ocupar el día siguiente que, tras la reforma, y tumbados sin hacer nada, se nos presentaba como un cuaderno en blanco sin renglones.

Por la mañana comenzaron los preparativos para poner en práctica la culminación redecorativa que el pisito pedía a gritos. Salimos de él en busca de las herramientas para llevarla a cabo como quien va a comprar los ingredientes del pastel más amargo y más dulce. Por supuesto, a la entrada y a la salida nos topamos con algún que otro vecino curioso, a los que nos presentamos como Julie y Serge, recién casados, azafata y dentista respectivamente. Pierre hasta le miró las muelas a un señor que vivía en el quinto, al volver con la pintura ya comprada, y le encontró tres caries que exigían urgentemente ser empastadas.

Nuevamente en casa (más nuestra ya que de Julie y Serge), iniciamos el desarrollo de la idea de Pierre, que no consistía en otra cosa más que en llenar las paredes del salón (ya veríamos si más adelante las del resto de las habitaciones) de pintadas en las que se pudieran leer nuestros versos favoritos. A esa idea yo le añadí los dibujos de alguna que otra estrella y unos cuantos ojos. De entre las pestañas de uno de ellos brotaba un verso de Alberti («Muy tarde es ya para cenar estrellas»), el único en español del grupo. Los demás los escribimos en francés para que Julie y Serge pudieran leerlos perfectamente (Julie, según Pierre, no tenía ni idea de español y desconocíamos si Serge estaba en la misma situación) mientras esperaban a que terminaran las pausas publicitarias en la televisión,

o hacían sus necesidades en el baño (porque también allí hicimos unas cuantas pintadas al final).

El resultado de la obra fue espectacular, mucho mejor de lo que esperábamos, y nos llevó dos días enteros. A Pierre le encantaron mis dibujos y me instó a que hiciera muchos más de los que en principio pensamos que podían quedar bien. Consideramos la reforma acabada cuando ya no nos cabía ni un solo verso ni estrella más en ningún rincón de la casa, por la que nos paseamos entonces releyéndolo todo, acabando nuestra ruta fatigadísimos, tendidos en la morada y suave alfombra del salón. Tan suavísima era la susodicha que se me ocurrió que la mejor manera de disfrutar de ella era desnudos. Pierre apoyó la idea y, tras despojarnos de hasta los calcetines, y retirar la impertinente mesa de centro, nos echamos a rodar sobre ella como un par de croquetas ansiosas de pan rallado. Después de no sé cuántas vueltas y risas llegó el cansancio y Pierre sugirió hacer uso del *jacuzzi*. En él nos metimos con una botella de champán y *Je ne regrette rien* de Edith Piaf sonando a toda pastilla. Cuando la botella iba por la mitad y mis dedos ya estaban más que arrugados, a Pierre le vino la melancolía de golpe, mientras fijaba su vista en el verso que tenía frente a él, un verso de Baudelaire: «Si puedo, no la olvidaré», escrito en francés, y las lágrimas comenzaron a mezclarse con el agua burbujeante.

A la mañana siguiente volvimos a nuestras casas. El duelo amoroso de Pierre comenzaba a hacerse insoportable tanto para él como para mí, y fingir que él era Serge y yo Julie era tan aburrido como realmente debía ser serlo. Por eso nos despedimos del vecino de las muelas picadas, que salía en aquel momento a pasear a su perro, y regresamos a nuestra monotonía de estudiantes. Aunque las clases habían acabado por entonces, nos lanzamos al estudio sin ningún tipo de pereza ni orden. A los dos nos gustaba mucho estudiar, memorizar y leer, sobre todo leer, pero no soportábamos las bibliotecas ni el estudio ordenado. Preferíamos estudiar fonética

mientras comíamos, aunque se mancharan los apuntes de salsa de tomate hecha por el propio Pierre (que era todo un chef), o repasar las características del Realismo a las tres de la mañana, en bares muy oscuros en los que apenas podíamos leer nuestras notas. Mi pronunciación para entonces ya había mejorado sustancialmente.

De ella podré presumir mañana ante Arturo, en la terraza de la cafetería Marianela. ¿Le gustará a Arturo Baudelaire? A Pierre le encantaba que yo le leyera sus poemas en voz alta con mi acento español, por lo que no le agradó demasiado ayudarme a corregirlo. Le tuve que prometer que no trataría de afrancesar mi pronunciación, nunca, cuando le leyera a Baudelaire. La mayoría de los poemas de *Las flores del mal* se los sabía de memoria, pero decía que le gustaba escucharlos en voces de otros (sobre todo en la mía), y leerlos una y otra vez para ver las letras impresas formando párrafos. Tanto había leído ya el libro, y manoseado, para cuando me lo presentó, que el pobre estaba hecho un asco a pesar de su juventud.

Había sido adquirido en una pequeña librería del centro de París hacía solo un año, según me contó Pierre, por él mismo, que había oído hablar de Baudelaire de manera muy superficial en clase. No fue, por tanto, su autor, del que Pierre no sabía entonces apenas nada, lo que le llevó a comprarlo, sino su título. Y es que aquel le pareció ese día, y también un año después, el mejor título que se le había podido poner a un libro nunca. Le pareció cursi y morboso, anticuado y moderno, rimbombante y sencillo, y todo ello unido a su bajísimo precio (siempre presumió de que tenía unas tapas de muy buena calidad para lo que le había costado) le llevó a comprarlo. Me contó que en dos días lo devoró por completo, a pesar de que nunca había sido hasta entonces lector de poesía, y se enamoró de Baudelaire como nunca podría hacerlo de ninguna mujer. Me confesó un día, tras leerle yo *Las letanías de Satán*, que de haber podido conocerlo en persona, en su época o en la nuestra, hubiera

intentado, sin duda, por todos los medios, tener algo con él; una amistad, un romance, una simple relación de conocidos o una de servidumbre total al genio, lo que este quisiera. Se le iluminaban los ojos mientras se imaginaba como novio o amigo, siervo o amante del poeta, y se revolvía mientras tanto su maraña de pelo. Un día, mientras me relataba con todo detalle todo lo que estaría dispuesto a hacer por él, yo le dije que era mucho mejor que Baudelaire estuviese muerto. De no ser así, incluso aunque no llegara ni a conocerlo siquiera, podría decepcionarlo. Muerto no lo haría nunca. Su respuesta a mi reflexión fue un beso dado en la barbilla. Le encantaba besarme en la barbilla. Decía que era una preparación al beso, que me despertaba las ganas. Después, tiró el libro al suelo y me besó en la boca.

Lo cierto es que a pesar de ser aquel libro su bien más preciado, nunca lo trató con demasiado cuidado. Un día se lo recriminé y él me contestó que un libro como aquel tenía que acostumbrarse a los vaivenes de la vida. No quería que fuera uno de esos libritos de estantería a los que casi no les roza ningún dedo y tienen todas las esquinas inmaculadas. Él quería que su libro fuera un libro leído, con sus arrugas y, sobre todo, con sus manchas. En sus páginas podían encontrarse, así, desde algunas pequeñas de café, tomado en cualquiera de las cafeterías de París (Pierre había pasado por todas), hasta otras grandes causadas por los restos de algún bombón tomado a destiempo en la cama. Eso sí, el libro de Pierre era de Pierre. No me lo dejó a mí ni a ninguno de sus conocidos. Porque amiga, con todas sus letras, solo me tenía a mí. Todos los demás eran compañeros de clase o de juerga. Por eso solo yo tuve el honor, siempre en su presencia, claro, de leer *Las flores del mal* de aquel tomito que en su día debió ser amarillo y por entonces era más bien de color mostaza. Hasta eso le gustaba a Pierre, que las tapas de piel del libro cambiaran, a pesar de que decía que eran muy bonitas cuando lo compró. Pero si Pierre envejecía y yo envejecía, y todos

envejecíamos, ¿no tenía también derecho a hacerlo el libro? Derecho a envejecer y a emborracharse. Más de una cogorza pilló, empapado en vino, a las tantas de la madrugada, viéndonos bailar.

Pierre bailaba como todo un señor mayor. Si cerraba los ojos me parecía estar con un hombre de hace más de un siglo, de esos que su edad no le ha permitido bailar nunca como si tuviera un ataque epiléptico bajo un montón de luces parpadeantes. Me cogía de la cintura y nos hacía balancear hacia los lados, con las mejillas juntas. Sentía los pinchazos de su barba incipiente (siempre iba mal afeitado) y su olor a café. ¡Siempre olía a café! Seguramente me vendrá su recuerdo mañana mientras tome uno al lado de Arturo, en la terraza de la cafetería Marianela. ¡Me recuerda tanto esa terraza a aquella en la que tomaba vermut con Pierre y su libro todos los días! Mañana no habrá ningún libro entre Arturo y yo. Podría llevarme mi propio ejemplar de *Las flores del mal*, pero me lo compré hace poco y está demasiado nuevo. Podría sentirse intimidado por un momento como el que se vivirá mañana en esa terraza, después de catorce años. Ya te contaré si la intimidación también me embargará a mí.

Verona.

27 de octubre de 2013

Querida Verónica:

Ayer tuve mi primera cita con Arturo; esa cita que ni siquiera me había atrevido a esperar nunca porque pensaba que jamás llegaría. Pero llegó. Y se pasó, claro, como se pasa todo, aunque el postergarla la dilató, al menos en mi cabeza, un poco. Porque, cuando terminé de escribirte anteayer y puse mi nombre a los pies de la carta y me metí en la cama, en la oscuridad me entregué, con el creciente fervor de la amante más solícita, a continuar imaginando, de la misma manera que lo llevaba ya haciendo todo el día (como bien sabes), todo lo que rodearía y cubriría y se sumergiría en, por, sobre y alrededor de LA CITA, sin ningún tipo de miedo.

Tan libre dejé a mi imaginación imaginar (al fin y al cabo es su sino) que me condujo, sin poder ni querer evitarlo, hasta mi primer beso con Arturo. Sí, ya sé que una cosa es imaginar y otra precipitarse demasiado hacia final, o tal vez hacia el principio. «¿Un beso de Arturo supondría un principio o un final?», me pregunté arañando la sábana, que no supo responderme. Fuera o sea una cosa o la otra, el imaginármelo ya era adelantarse mucho. Porque el beso no podía entrar en escena nada más llegar yo a la cafetería. Podía ser, incluso, que tal vez ni siquiera se diera en el día de ayer. Además, si había podido esperar más de catorce años, podía (y hasta quería) esperar unos cuantos días más. Por eso me imaginé besándolo en la barbilla, emulando a Pierre, como un acto de preparación para el beso que había de llegar en el siguiente

encuentro, pero incluso el imaginarme esa preparación para el futuro beso era adelantarse demasiado. Así que, mientras giraba en la cama hacia un lado y hacia otro, igual que gira un perro buscándose la cola, decidí que debía imaginarme primero vestida para la cita y nada más. Traté de verme así (dejando la sábana arañada tranquila y colocada en postura fetal), con la ya más que nombrada blusa blanca, caminando hacia la cafetería Marianela, muy erguida, segura, no como aquella Verona que miraba al suelo cuando alguien pasaba a su lado. A cierta distancia del lugar de la cita podría esbozar a Arturo, sentado en una de las mesas más alejadas de la puerta del café, vestido de oscuro (los colores claros no le sientan bien). Me sonreiría, o más bien debo decir que me sonrió, nada más reconocerme, y tras hacer un gesto de saludo con la mano, se puso en pie para recibirme. Y digo que me sonrió y me saludó y se puso en pie, sin ningún tipo de condicionalidad, porque fue así como sucedió todo ayer por la tarde, de la misma manera que me lo imaginé hasta que el sueño me venció y tuve entonces que dejar de imaginar para empezar a soñar con servilletas de papel de multitud de colores.

Sin imaginación ya de por medio, tuve que finalizar el recorrido que me quedaba, por tanto, hasta llegar a la mesa de Arturo, con los ojos de éste pegados a todo mi cuerpo (la distancia entre nosotros le permitía hacerlo, de la misma manera que, desde lejos, se puede echar un vistazo completo a un rascacielos) y un tintineo nervioso agitándome las comisuras de los labios, algo que, como sabes, siempre me ocurre en situaciones tensas.

Cuando ya llegué a su lado y sus ojos, como los míos, tuvieron que conformarse con poder mirar solo algo de mí (yo opté por su boca), el tintineo se acrecentó. Me dio vergüenza que se diera cuenta de ello, por lo que opté por sonreír quizá más de la cuenta, lo que llevó a Arturo a imitarme, supongo que, simplemente, por pura inercia. Y tanta sonrisa y tanto diente, unido a mi tic nervioso, me hizo pensar

de nuevo, jugueteando con uno de los colgantes de una pulsera preciosa que llevo siempre desde hace menos años de los que no hablamos (de cuyos eslabones cuelgan, por cierto, un caracol, una hoja, una luna y una herradura, siendo esta última la que me puse a toquetear ayer), en cómo sería mi primer beso con Arturo, y no pude evitar imaginármelo con la torpeza de quien no ha besado nunca.

¿Debía separar un poco los labios o dejarlos pegados? ¿Debía dejar oculta la lengua o entregársela a Arturo por completo? ¿Hacia qué lado debía torcer la cabeza? Imaginé cada una de las opciones posibles, añadiendo a las complicaciones lingüísticas (aplicando el término «lingüístico» en un sentido muy alejado de la ciencia), las labiales, *cuellísticas* y manuales. Porque, ¿dónde debía poner las manos? ¿Sería mejor agarrarle los brazos? ¿La cara? No, la cara no. Tras imaginarme haciéndolo, revolviendo un té demasiado acuoso, frente a Arturo (todavía sonriendo y hablando no sé de qué) descarté taxativamente esa opción. Reflejaría un interés excesivo por mi parte y era él el que tenía que mostrar ese grado de interés, y no yo. Yo no quiero ser el que da más de los dos, el que más quiere, el que más muestra. Yo quiero ser la querida, no la *queredora* (si existiera dicho término) de la pareja. Aunque no sé si con Arturo seré capaz de lograrlo. ¿Podré resistirme a no sujetarle la cara con las dos manos (lo haría con más si más manos tuviera) mientras me besa? Mi primer beso con Arturo... Imaginándomelo me sentí como si fuera realmente mi primer beso, como si el profesor Alonso nunca hubiera existido. Recuerdo la primera vez que entró en clase.

Hacía ya casi dos años que Arturo había desaparecido de mi vida y estaba convencida de que ningún chico podría hacerme sentir, físicamente, lo que me había hecho sentir él. Con lo que no contaba era con que un hombre sí podía hacerlo.

Cuando el profesor Alonso irrumpió así, en el aula por primera vez, me pareció atractivísimo y me extrañó, a mis diecisiete años, que un viejo como aquel pudiera hacer que me diera un vuelco todo por dentro de la manera en que había podido hacerlo solo Arturo hasta entonces. Después supe que tenía cincuenta y cuatro años y un lunar junto al ombligo. Pero eso fue mucho después. Nada más verlo entrar, lo único que supe fue que había más, además de Arturo. Más hombres, más vuelcos, más chicos, más posibilidades de recibir un primer beso, un beso que él me había negado. Y por supuesto que era más que probable que también me lo negara el profesor Alonso (¿cómo iba él a fijarse en mí, una cría?) pero aquellos vuelcos que me provocaba por dentro, los mismos que se sienten cuando estás a punto de precipitarte dentro de un sueño, no me los podía negar de ninguna de las maneras; como tampoco podía negarme el hecho de que pasara sus clases de Matemáticas imaginándome que me besaba apasionadamente. Por supuesto, cual adolescente sin mesura, la imaginación se desbocaba (algo que de ninguna de las maneras me sucede ahora, ya adulta) y, sin ningún tipo de verosimilitud por su parte, me hacía verme a mí acosada sin remedio por un profesor Alonso donjuanesco y conquistador. Yo, cual doncella que desea preservar su virtud, lo evitaba, pero sus mañas amorosas me resultaban siempre, cuando el timbre que anunciaba el final de la clase estaba a punto de sonar, irresistibles. Y llegaba entonces el beso. Un beso sin referentes, salvo los vistos en la televisión y el cine. Un beso que pedía a lengüetazos realizarse, para lo cual mis deseos de dejarme ser seducida tenían que tornar a una visión más realista y planear un plan factible. Un plan que debía empezar a llevar a cabo lo más pronto posible, como comprendí el uno de enero del año en el que iba a cumplir dieciocho. Otra opción consistía, por supuesto, en esperar a que ese primer beso se diera (no con el profesor Alonso, claro) de forma espontánea, pero la mayoría de edad acechando tan cercanamente y todos los chicos

cercanos tan alejados de mí, me hizo concluir que ese beso que a todos parece llegar a mí no iba a llegarme nunca. Ello, unido al hecho de que deseaba que fuera el profesor y solo él (ya que no podía ser Arturo y no había ningún candidato dispuesto a serlo) el que me lo diera, me llevó a urdir un plan de actuación que resultó efectivo.

El primer paso consistía en llamar la atención del profesor Alonso. Mis años de experiencia como buena estudiante me confirmaban que las buenas calificaciones hacen transparente a esta. Por eso mismo, hasta entonces no había intercambiado más que simples saludos con todos los profesores que habían pasado por mi vida escolar. Así que no tuve más remedio que tomar la decisión de convertirme en la peor alumna del profesor Alonso pero, eso sí, con cierta mesura. Y es que un comportamiento reprobable en cuanto a actitud en la clase, claramente, solo podía perjudicarme, ya que quería llamar su atención en el buen sentido, y no en el malo. Por ello decidí que una simple bajada de calificaciones, manteniendo, por supuesto, un nivel elevado en el resto de asignaturas, bastaría para convertirme en el centro de atención del profesor. Era inevitable que le sorprendiera sobremanera el hecho de que pudiera obtener sobresalientes en cualquiera de las demás clases mientras que en la de él no alcanzara un simple aprobado. Al segundo suspenso, así, y tras la reunión de profesores que tuvo lugar la misma semana (yo misma los vi entrar en la sala; al profesor Alonso con una tranquilidad que no tendría al salir) tuve la primera cita con él durante el recreo. Fue entonces cuando pude verlo más de cerca, para mis pupilas y para ninguna otra, y escucharle hablar solo para mí y no para toda una clase. Su tono era de preocupación, por supuesto, pero no solo por mis calificaciones en su asignatura, sino porque su orgullo de profesor había sido herido. ¿Cómo podía ser tan malo en su trabajo como para convertir a una alumna de sobresaliente en una de insuficiente? ¡Pobre profesor Alonso! Para

consolarle tuve que decirle que él explicaba muy bien (aunque lo cierto es que era bastante desordenado haciendo esquemas en la pizarra) y que no era por él sino por mí. Diciendo esto último me sentí como un personaje de película y me confirmé, claramente, que yo y solo yo podía llevar la voz cantante en nuestro romance. Y es que me quedó claro que al profesor yo no le interesaba más que como alumna; como alumna aplicada capaz de suspenderle a él, ¡a él! Me decepcionó bastante que ni siquiera una vez me mirara las piernas (a pesar de que me puse una falda más corta de lo normal para acudir a una reunión de esa índole) y que se refiriera más a él mismo que a mí. Por todo ello, y a pesar de tenerlo tan cerca físicamente, no pude ni imaginarme el ansiado beso. Un beso que no es que esperara obtener en aquella reunión, no; sabía perfectamente que ni siquiera el paso siguiente del plan me lo traería, y que el hecho de haber logrado intercambiar más de dos palabras con él ya era mucho, como también lo era que aquel encuentro pudiera llevar a un siguiente, al ofrecerse el profesor a facilitarme unos cuantos apuntes y esquemas suyos (que en absoluto necesitaba) que podrían aligerarme la comprensión. El problema llegó cuando él, muy cortante, dijo que no era necesaria una segunda reunión, que podía, perfectamente, dármelos al terminar la siguiente clase. Me di cuenta entonces de que no iba a ser nada fácil volver a tenerlo solo para mí, que para nada estaba receptivo ni tenía voluntad de darme mi primer beso, y que no tenía más remedio que continuar con mi actitud fingida de mala estudiante (o estudiante torpe, más bien). Por eso, y a pesar de tener ya los dichosos apuntes, que eran un completo caos, en mi poder, volví a suspender el siguiente examen. Nada más conocer mi nota, el profesor Alonso, ya, afortunadamente, más desesperado, volvió a citarme, nuevamente durante la hora del recreo. Obvié esta vez el recurso de la minifalda (que tan poco efecto había causado la vez anterior) e imploré a los logaritmos que blancamente se

extendían en la pizarra para que no me diera una nueva remesa de apuntes. Lo que yo no sabía mientras los miraba y escuchaba la atractiva voz del profesor (que parecía estar siempre afónico) era que no estaba en sus planes darme más notas ni esquemas ni nada que tuviera que ver con la materia. Lo que tenía intención de hacer, y así me lo comunicó, mirándome con sus pequeños y rasgados ojos, era hablar con mis padres sin más dilación. Nada más oír la palabra «padres», que sonaba muy bonita dicha por él, pero que no dejaba de ser lo que era, supe que tenía que hacer algo, *algo* en mayúsculas, olvidarme de que tiempo atrás había sido la Verona que tú conocías y que nunca hacía nada, y actuar como actuaría la actriz en ciernes que ya era. Y me puse a llorar.

Ya sabes que mi facilidad para llorar cuando me lo propongo es una de mis mayores habilidades desde siempre. Me salvó, como recordarás, de aquella paliza que tenía intención de darme Martina en sexto (a pesar de valerme el apodo de «Lagrimitas» durante lo que quedaba de curso) y de otras muchas situaciones en las que mi integridad física estaba en juego. Por supuesto, también me ha servido para conseguir unas cosas y para evitar otras. Pero como todo es mejorable y hay que intentar progresar, a lo largo de mi vida he tratado de entrenarme en el acto de llorar, más que nada para no dejar perdida una habilidad tan preciada que la naturaleza ha querido otorgarme sin ni siquiera pedírsela. Así, he conseguido llorar desconsoladamente viendo programas de humor en la tele, e incluso estando tranquilamente sentada ojeando una revista, y todo gracias a mi fuerza de voluntad para lograrlo. La concentración, por supuesto, es fundamental. Hay que situarse en un entorno trágico; pero situarse de verdad, recreando el hecho como si fuera este real, y a la vez hay que forzar un bostezo interno que cierre la garganta y acongoje los ojos. Una vez que éstos se irritan y sale la primera lágrima, ya está hecho. Luego solo hay que exagerarlo todo un

poco: los mohines de la boca, el fruncimiento de entrecejo, la voz entrecortada...

El profesor Alonso no sabía qué hacer cuando me puse a llorar de una manera tan falsamente desconsolada ante él, rogándole que no les dijera nada a mis padres porque me daba vergüenza que supieran que era la vergüenza, precisamente (a la pobre vergüenza la hice culpable de todos mis males académicos), la que me frenaba a preguntar en clase lo que no entendía. Lo único que yo necesitaba era que él, el sacrosanto profesor Alonso que ya tenía, lágrimas gracias, una mano sobre mi hombro compungido, me explicara A SOLAS los intrincados conceptos matemáticos. Ante sus dudas a acceder a mi llorosa petición recurrí a la lógica, por supuesto sin dejar de llorar aunque un poco menos dramáticamente (no quería parecer una loca), aduciendo que lo que yo necesitaba era un profesor particular, y que quién mejor que él para serlo; él que sabía que yo era una buena alumna, él que iba a evaluarme al final del curso, él que era un buen profesor. Definitivamente, esta última afirmación dicha entre lágrimas lo conmovió hasta el punto de no poder negarse. Quedamos así en que la primera clase particular (mucho después vendrían las de Pierre) sería dentro de dos días, en la tranquilísima cafetería-hamburguesería que había detrás del instituto, a la que ningún alumno ni profesor quería ir porque los aperitivos eran escasos.

Yo, en ese momento, con la cita ya más que formalizada bajo el brazo, nada más ver al profesor Alonso salir del aula, y mientras me enjugaba unas lágrimas dulcísimas, supe que la mitad del camino ya estaba andada. A partir de ese momento lo único que debía hacer era dejar de ser yo para ser lo que el profesor Alonso quisiera; que a él le gustaba el silencio, pues yo sería la persona más callada del mundo; que prefería las personas charlatanas, no dejaría de hablar. Todo ello, por supuesto, con pasos muy medidos, sin pasarme ni hacerle ver mis planes. En la primera clase particular, a la que llegué

puntualmente y mostrando una gran disposición, me limité a observarle; que no es que no lo hubiera hecho ya durante las clases habituales... Ya me había percatado de que colocaba los folios con una meticulosidad digna de mención, y que nunca llevaba ni una sola arruga en su chaqueta. Por ello, ya había tenido yo cuidado de presentar mis trabajos y exámenes lo más limpios posible (algo que me costó un tanto, pues no suelo ser tan pulcra en mis escritos), y por supuesto fui impecablemente planchada y peinada a la que yo quería ver como una cita romántica. A ella se empeñó el profesor Alonso en que me presentara con una lista de mis dudas; lista que, por supuesto, tuve que inventar, comenzándola con mi falsa incomprensión de las ecuaciones de segundo grado. Su explicación (como lo solían ser las de clase, salvo que en esta me habló poniendo más énfasis en cada palabra) fue tan sencilla como tediosa, y yo me limité, en lo que duró, a asentir. Lamentablemente, mis movimientos ascendentes y descendentes de cabeza provocaron en él, en lugar de tranquilidad, como yo esperaba, una insistencia pegajosa en no dejar de preguntar si verdaderamente comprendía lo que me estaba explicando. Entendí entonces, con las orejas ya viscosas, que no podía limitarme a ser una mera observadora más adelante; no, no tenía más remedio que ir preparando ya el terreno, a pesar de no tener ni un solo grano. Y es que debía mostrarme inteligente pero ignorante a la vez (¡qué difícil!), hábil pero torpe, y no sé cuántas dicotomías más. El hecho, además, de que el profesor Alonso fuera de ciencias y no de letras, entorpecía sobremanera el tratar de extrapolar la materia a la vida real. ¿Cómo iba a sacar un tema personal de la gráfica de una ecuación? La primera cita-clase particular fue, por tanto, una completa decepción, al igual que las que la siguieron, que se extendieron en el tiempo como una sábana tendida, llenándome de frustración a pesar de que me permitieron, cada una de ellas, engrosarme la vista con las manos, los ojos, el pelo y las cejas (hasta estas las tenía atractivas) del profesor Alonso.

Cuando la primavera empezó a asomarse tímidamente por entre los meses aún invernales (obligándole al profesor a dejar de lado la manga larga), no tuve más remedio que reconocer que aquellas clases, aunque eran más que aburridas, merecían la pena, de la misma manera que, a pesar de detestar yo el deporte hasta el punto de aborrecer la oscura sombra de una mancuerna, a los brazos del profesor les favorecía mucho su práctica.

Pero aunque cierto era que acudir a aquellas clases que solo en mi imaginación podían llamarse citas, era mejor que no ver al profesor Alonso más que en el aula, también lo era que mi primer beso no parecía tener intención de asomarse por ellas de ninguna de las maneras. No, mi avance hacia él era aún más lento que el ascenso por una calle empinada de un anciano con artritis. Me di cuenta de ello cuando el mes de mi cumpleaños comenzó a acecharme a través del calendario y comprendí que no podía dejar pasar a partir de entonces ninguna oportunidad de acercarme al profesor, a pesar de que al hacerlo pudiera dar mil pasos atrás y desandar lo andado. A esas alturas mi plan ya podía considerarse del todo estancado y no me quedaba más remedio que arriesgar, a pesar de que la Verona que tú conoces nunca se hubiera planteado el hecho de hacerlo. Pero yo sí. Sí, tenía que arriesgarme a ganar o a perder; no podía permanecer atascada en aquellas clases particulares que empezaban a parecer charcos sucios a los que nunca les daba el sol.

Por eso, cuando el profesor me llamó por teléfono y me dijo que lamentablemente para él (en absoluto para mí) no podía acudir a la cafetería de las raciones escasas, como cada jueves, porque se había lesionado un pie y me pidió que fuera yo a su casa a tomar la clase, supe que aquella tarde daría mi primer beso.

Por supuesto, yo siempre había esperado que este fuera recibido por mí, y no dado, que para eso era el primero, pero, como ya te he dicho, no podía esperar más. Sabía perfectamente que si dilataba la espera una clase más, o un día más, se expandiría esta hasta el

octavo infinito horizontalmente tendido, perdiéndose mi primer beso en la inmensa masa de lo nunca hecho. Por eso, cuando el profesor Alonso, tras abrirme la puerta de su piso e invitarme a sentarme en su sofá (no podía sentarse en la silla porque su lesión, afortunadamente, se lo impedía), se me puso al lado, con su boca a una altura alcanzable por la mía y me miró (desde luego no con la intención de besarme), yo me abalancé sobre él sin pensarlo.

Llegadas a este punto tú sí estarás pensando; estarás pensando que la Verona que tú conoces para nada se hubiera lanzado a la boca del profesor Alonso (ni a la de nadie), porque antes de pensar en hacerlo, sin poder evitarlo, le hubieran sobrevenido cada una de las consecuencias de tal acción, ordenaditas la una bajo la otra, como una lista de la compra. Porque ella no hacía las cosas sin pensar; es más, las pensaba tanto que al final no las hacía. Hasta que se cansó de pensar. Hasta que yo me cansé de pensar y valorar y medir cada acto, hasta que me cansé de esperar y comprendí que no se puede gastar una vida entera esperando que los demás actúen, que el profesor Alonso actuara alguna tarde, quizá, junto a un adusto logaritmo neperiano, y le diera por mirarme como se mira cuando se va a dar un beso; fijamente, casi sin pestañear, esperando (otra vez el mismo verbo) a que yo le correspondiera con la mirada y a que me quedara quieta, quieta como una estatua esperando, esperando que su boca se acercara a la mía, esperando, esperando, esperando.

Esperé en la boca del profesor Alonso a que este se retirara de la mía, fijando la vista en la turbia curva de su nariz, aliviada de no tener que esperar más y esperando quedarme en ella dos segundos o, con suerte, hasta tres, y sabiendo, aunque sin pensarlo, que las consecuencias vendrían después. Vendría el asombro del profesor Alonso, con sus ojos abiertos más de lo normal y sus reproches y su «esto no puede ser», y yo en la calle con mi carpeta bajo el brazo y el beso aún en mi boca. Mi beso, solo mío.

Lo que no esperaba de ningún modo, para lo que no había cabida en absoluto dentro de la lista de las consecuencias posibles y verosímiles que podía conllevar aquel beso robado, fue lo que sucedió realmente (aunque no me lo crea ni yo mientras te lo escribo). Y es que el profesor no se apartó de mí con la brusquedad que esperaba. No; es más, ni siquiera se apartó de mí. Contrariamente a ello, me correspondió hasta un punto en el que solo en un estado de libertinaje mi imaginación hubiera llegado. Y me vi así siendo besada por primera vez como yo tanto esperaba, y desnudada en un sofá como nunca hubiera esperado. Fue esa tarde cuando descubrí que el profesor Alonso tenía un lunar junto al ombligo; un lunar que me miró descaradamente, desafiándome, y del que no sé por qué te estoy hablando ahora. Porque yo no comencé esta carta para hablarte de él; él, de ningún modo, la justifica. Y ahora ya es esta demasiado larga. Y la culpa de todo la ha tenido el ordenador y su teclado.

Te aseguro que si estuviera escribiéndola a mano, haría ya unos cuantos párrafos que se me habrían cansado los dedos y hubiese ido directamente al grano; es decir, a la cita con Arturo, y el lunar del profesor Alonso no se hubiera ni asomado. ¡Si no tuviera una letra tan fea! Aunque lo bueno de todo, del lunar y de que esta carta se acabe ahora, es que tendrás tiempo de saborear, hasta la próxima, el relato de mi primer beso. Mi primer beso, porque ¡no iba a ser Arturo el primero! No, cómo iba a esperarlo a él, a esperar catorce años. Nadie puede esperar tanto tiempo a un beso que ni siquiera es seguro que llegue. Solo la Verona que tú conociste lo hubiera hecho, tal vez. Sí, ella lo hubiera hecho. Ella nunca hubiera urdido un plan tan imperfecto como el que te he contado para lograr ni un primer beso ni un segundo. Por el contrario, hubiera dejado que el mes de su decimoctavo cumpleaños se le abalanzara, sin lunar ni ombligo, como un vulgar mes más.

Verona.

31 de octubre de 2013

Querida Verónica:

Perdona si te hecho esperar más de la cuenta, pero estos días me ha sido imposible escribirte porque he estado demasiado ocupada con Arturo. Pero antes de contarte cómo hemos gastado este tiempo, será mejor que vuelva a la carta anterior, en la que nos dejé a él y a mí sentados en la terraza, en nuestra primera cita, hablando él y recordando yo mi primer beso, del que, por supuesto, en absoluto me arrepiento.

El que sí se arrepintió, afortunadamente para mí, nada más colocar su lunar en posición vertical y tener plena consciencia de lo que acababa de pasar en aquel comodísimo sofá, fue el profesor Alonso. Por ello, a la semana siguiente, la clase particular del jueves se esfumó de una manera tan sigilosa que ni cuenta me di de ello, a la vez que mis notas en matemáticas ascendieron descaradamente, sin preocuparme en absoluto que tal ascenso al profesor Alonso le pareciera sospechoso. Al fin y al cabo, ya no tenía necesidad de tener ningún trato con él. ¿Qué me importaba a mí que pensara que tanto mi falta de comprensión en su materia como mis lágrimas tan bien lloradas habían sido solo parte de una treta para conseguir de él mi primer beso? Lo único importante era que lo había conseguido, dado que el beso en sí era, claramente, un final y no un principio. Y al escribirte esto me doy cuenta, no como hace unos días en la cama, nerviosa sin poder dormir, que el primer beso de Arturo ha sido, sin duda, un principio. Porque el beso ya se ha dado, como puedes imaginarte (o tal vez no, teniendo en cuenta que la imagen

que tienes de mí para nada es la que corresponde). Eso sí, hasta el final de nuestra primera cita no se dio porque ¿qué puede decirse después de un primer beso? Nada más que tonterías. Por eso, en lo que duró, evité yo cualquier acercamiento físico que pudiera propiciarlo, manteniéndome sentada frente a él, parapetada por la mesa de terraza y con un té (no pedí café para no acordarme demasiado de Pierre y sacarlo a colación) entre las manos para saber dónde ponerlas. Cuántas veces lo removí con la cucharilla no puedo asegurártelo, pero sí que, de haber podido quejarse, esta lo hubiera hecho, si es que el mareo, claro, se lo hubiera permitido.

Por supuesto que la cita no duró el tiempo suficiente como para poder contarle a Arturo todo lo que he hecho (que ha sido mucho) durante los catorce años en los que para él yo no debo haber existido (ni siquiera lo hice cuando compartíamos aula), por lo que me limité a contarle lo que he hecho a lo largo de este último año.

Al pronunciar de nuevo, así, la palabra «actriz» calificándome, nuevamente encontré en Arturo la sorpresa, salvo que esta vez, en lugar de hallarla solo en la voz como cuando me llamó por teléfono y yo fijé los ojos en el pájaro-pez azul, pude percibirla también en su cara, en forma de un par de cejas arqueadas que le arrugaron la frente, llamando mi atención sobre esta y percatándome con ello de que Arturo tiene unas incipientes entradas que le dan un aire de lo más elegante. Encontrarme con ellas a los lados de las sienes totalmente simétricas no me sorprendió en absoluto porque, como debes recordar, yo ya adiviné en el nacimiento de su pelo, cuando era solo un adolescente, que con el tiempo harían acto de presencia, dotándole de la elegancia que le confieren ahora. Por eso, mientras le respondí a su pregunta de si era actriz aficionada o profesional diciéndole que los actores aficionados no existen, que una afición bien puede ser hacer punto o construir maquetas contrachapadas de aviones, pero de ningún modo actuar, no dejé de mirárselas, estrechas y profundas, como dos golfos cincelados que me llevaron

a fijarme en su pelo y en sus orejas, en un descenso irregular que me obligaba a volver la vista atrás una y otra vez para observar lo ya visto, para mirarlo un poco más, quizás un segundo solo, argumentando que, aunque no existe el actor aficionado, una cosa bien distinta es poder vivir (en el sentido más materialista de la palabra) de la actuación, como es mi caso, o no. Llegada a este punto de mi argumentación me topé con sus ojos.

¿Qué te puedo decir de los ojos de Arturo que no te haya escrito ya? Si te hiciera ahora una descripción de ellos, estaría plagiando, seguro, alguna carta mía anterior. Pero han pasado ya catorce años en los que no he escrito ni una sola línea refiriéndome a ellos (a ellos, que bien podrían inspirar una novela entera), y creo que el tiempo, que tiende a deshacerlo todo, bien ha podido deshacer también cualquiera de esas descripciones ya hechas, por lo que pienso que no será repetirme demasiado aludir a ellos nuevamente, aunque para ello tenga que volver a decir que siguen siendo de ese mismo marrón que eran antes (lo bastante claro como para eludir la vulgaridad del marrón más corriente), y que continúan estando coronados por unas melancólicas pestañas con tendencia a dejarse caer, desganadas, hacia abajo; y que siguen siendo también, pues tampoco en este punto, afortunadamente, puedo ser original, igual de traviesos y vivos; vamos, que son la misma contradicción que eran hace catorce años, lo que me alegró y me alegra profundamente, y no solo porque no han cambiado en absoluto, sino porque contrarían con su falta de cambio, el poder que tiene a veces el tiempo para deshacerlo todo, como te he escrito más arriba refiriéndome a mis cartas. Pero claro, no se puede comparar la consistencia de unas cartas como las que te escribo con los ojos de Arturo, unos ojos que, más claros aún de lo normal gracias al sol, pude recrearme en observar con atención durante la cita mientras le contaba que, aproximadamente hacía un año, me había presentado

a un *casting* en el que se buscaba una Electra para la obra homónima de Galdós.

Yo, por entonces, no tenía aún experiencia alguna como actriz, ni tampoco había tomado clases en ninguna escuela, pero me pareció más que atractiva la posibilidad de ser, de verdad, para alguien otra persona, aunque fuera solo durante los minutos que pudiera durar el citado *casting*.

Muchas veces, durante mi infancia y adolescencia, como bien sabes, he pensado y querido ser otra, pero solo he logrado serlo por dentro, nunca hacia fuera. Recordarás así una vez en la que me empeñé en que bien podía ser yo Amy de *Mujercitas*, y, creyéndomelo, llegué a sentirme igual que ella en algunos momentos; igual de espontánea y vivaz; igual de hermana pequeña de muchas hermanas. Lo que no logré, sin embargo, fue serlo para los demás. Porque nadie de mi alrededor tuvo la consideración de llamarme Amy, ni ninguna hermana mía (más que nada porque ni siquiera las tengo) tuvo el detalle de querer, fervientemente, ser escritora. Muy distinto sería, en cambio, pensé yo hace un año, lo que sucedería en el *casting* aquel en el que todo estaría dispuesto para hacerme sentir y ser Electra. Y si, como suponía, todo estaría dispuesto, y Pantoja y Sor Dorotea y el marqués de Ronda me llamaban Electra y me daban unos tutores que se apellidaran García Yuste[3], yo, sin duda, podía ser aquella y pasar el *casting*, y convertirme entonces en Electra también para un público. Mi decepción llegó cuando lo único que recibí al llegar al teatro fue un impreso para rellenar con mi nombre y todos esos datos personales que se ponen en los impresos y una pegatina con un número veinticinco para pegármelo en la camiseta. ¿Cómo iba a ser, así, Electra? Sin un vestido de «elegantísima sencillez y distinción»[4], sin un Máximo.

Esperando mi turno comencé a sentirme como un veinticinco, a pensar como un veinticinco, indignado de ser reconocido solo por el

día de Navidad y ansiando ser un número individual, con un solo dígito. Menos mal que al cabo de unos minutos me dieron unas páginas en las que venía escrito lo que diría Electra y, al llegar mi turno, me pusieron un actor delante que interpretaba a Máximo y me llamó Electra. ¡Me llamó Electra! Me olvidé entonces de que era un veinticinco y de que alguna vez fui Verona, y hablé y me moví y dije lo que diría Electra.

Al terminar la prueba, todos los que allí estaban me ensalzaron, encumbrándome como protagonista de la obra, y todos los demás números no tuvieron más remedio que salir del teatro porque en la obra de Galdós no ha habido nunca cabida para ningún número.

Al día siguiente, tras haber leído el guion mil veces y haber inhalado su olor a fotocopiadora hasta el punto de que todo me oliera así, fui al primer ensayo. O, más bien, Electra fue al primer ensayo, resultando mi interpretación, nuevamente, brillante, lo que me llevó a recibir, nuevamente también, los elogios del director de la obra, del resto de actores, del productor, de los tramoyistas... Todos se sorprendieron de mi falta de cualificación, de que fuera aquel mi primer ensayo, y alabaron mi talento natural, mi don interpretativo, mi capacidad para ser otra. Y así se fueron sucediendo los ensayos, uno detrás de otro, todos igual de iguales, hasta que llegó el día del estreno.

No había ni un solo asiento libre y yo, vestida como Electra, tratada como Electra y nombrada Electra, me paseé y me senté y me moví como lo haría ella; hablé como lo haría ella hasta que, tras el último acto, ya no supe qué más decir y los aplausos del público se derramaron por cada rincón del teatro, empapándolo todo. Al día siguiente fui calificada como la revelación del momento en el mundo interpretativo, como un soplo de aire fresco lleno de madurez, como una actriz con letras mayúsculas (no sé si cursivas o no).

Mi continuidad como Electra duró bastantes representaciones más, a lo largo de las cuales fui cansándome, progresivamente, de

comportarme como ella, de enamorarme como ella y de cada uno de los personajes que me hablaban como si fuera ella. Fue entonces cuando, en pleno éxito de la obra, decidí dejar de ser Electra y convertirme en la Mecanógrafa de *Así que pasen cinco años*; una obra que, por cierto, es la favorita de Arturo aunque te parezca mentira, al igual que la mía, lo que facilitó que buena parte de la cita pudiéramos pasarla hablando de ella. Porque si Arturo no la hubiera leído siquiera, en absoluto la conversación sobre ella hubiese podido ensancharse como lo hizo. No, porque a nadie le gusta que le hablen durante demasiado tiempo de lo que le resulta totalmente ajeno.

Pero como no era el caso, como los dos la conocíamos como si nos la hubiéramos leído el uno al otro, los comentarios sobre cada uno de los actos de esta se pudieron extender a lo largo de las horas que duró la cita; una cita que no tuvo más remedio que precipitarse hacia el final cuando yo con mi abrigo verde ya puesto encima y Arturo dejamos atrás la terraza de la cafetería Marianela y nos dirigimos hacia mi casa y nuestro primer beso. Un primer beso con demasiadas expectativas puestas sobre él. ¡Pobre primer beso! Sus nervios iban acrecentándose a medida que nos despeñábamos, con cada paso, hacia él. Tan crecidos estaban cuando a Arturo y a mí se nos acabó la calle y nos vimos frente al portal de mi piso que, irremediablemente, le hicieron dudar de si era o no una buena idea entrar en acción. «¿Merecía la pena, verdaderamente, convertirse en un beso real?», pensó, teniendo en cuenta lo perfecto que era siendo solo un beso imaginado. Seguramente fue la Verona adolescente y solo ella la que le insertó aquella duda tan estúpida en su pensamiento de ósculo. ¿Quién si no? Un beso nunca ha sido capaz de pensar por sí mismo y te aseguro que fue él el que me contagió la idea de que era mejor abortarlo. Durante unos segundos estuve así, a punto de girarme bruscamente ante la cara de Arturo y llevarme conmigo aquel beso que, aunque lo hubiera imaginado cientos de veces hasta el punto de, por pura repetición, parecerme

real, en absoluto se había dado. ¿Verdad que no se había dado? Porque recuerdo con total claridad una tarde en la que Arturo y yo fuimos a patinar.

Teníamos dieciséis años y hacía tanto frío aquel día de invierno que él se ofreció a calentarme las manos frotándolas entre las suyas, minutos antes de ponernos los patines y caernos, entre risas, sobre el hielo. Ya erguidos, él me miró mientras yo no dejaba de reír y, antes de lograr recuperar totalmente el equilibrio, agarrada a sus brazos, se acercó a mi cara hasta rozarme con ella su nariz, tan fría como el suelo, para buscar después mi boca y... No, ese beso lo inventé aquella Navidad en la que me regalaron unos patines de ruedas que nunca estrené. Y aquel otro que me dio Arturo bajo la lluvia de agosto, con las gotas goteándonos cuello abajo, ¿fue real? No, por supuesto que tampoco lo fue. Se repitió mil veces, todas de la misma manera, demasiadas para poder serlo. A ningún beso le llueve tantos días y menos en el mes de agosto. Ambos son inventos de tu querida amiga Verona, de sus tardes y mañanas con la mirada perdida ante la televisión o un libro, sin ver ni leer, solo imaginando. Por su culpa el pobre beso estaba tan confundido. Por eso lo estuvo tanto cuando le llegó la hora de realizarse de verdad. Confundido y cansado, porque aún cansa más imaginar que vivir. Y es que lo que se vive sucede una vez y no más, pero lo que se inventa puede llegar a desplegarse en una larguísima guirnalda de muñecos de papel que, en el caso del beso, tantos metros contaba ya hasta hace cuatro días que hubiera sido imposible replegarla. Por eso no quedaba más remedio que cortarla, que limitarla de una vez por todas a una sola de sus partes. El beso tenía que ser, por fin, un muñequito solo, sin compañeros a los que dar sus manos y pies, independiente, que pudiera convertirse en recuerdo; como se merecen ser todos los acontecimientos importantes, como puedo decirte ahora en esta carta que lo es, finalmente. Sí, el beso con Arturo ya no es una utopía como a los quince años, ni tampoco un

deseo frustrado (que es, claramente, en lo que se hubiera quedado de continuar yo siendo la Verona que conoces), porque Arturo y yo nos miramos ante el portal de mi piso, hace cuatro días, y los ojos se nos cosieron como dos pares de botones de un mismo abrigo. El beso dejó entonces de tener miedo y se dejó ir, arrastrando consigo, atadas a sus comisuras, mi cabeza y la de Arturo que, como una misma imagen reflejada en un espejo, en una sincronización púdica hasta el extremo, se acercaron lo suficiente como para que el beso pudiera pasar de mi imaginación a mi boca y de ahí a la de Arturo para convertirse, al fin, en el recuerdo que puedo recordar ahora mientras te escribo con la nitidez propia de los recuerdos valiosos, sin estanques ni lagunas, fluyendo con el viento a su favor. Porque esta vez sí lo he besado, aunque al subir a mi piso y cerrar la puerta y encontrarme en él, sola, me haya parecido el beso inventado nuevamente, como el de la pista de hielo o el de la lluvia de agosto.

Verona.

---

[3] Todos los personajes nombrados, así como Máximo, que se menciona a continuación, aparecen en la obra teatral *Electra,* de Benito Pérez Galdós.

[4] Frase extraída de la obra *Electra,* de Galdós.

4 de noviembre de 2013

Querida Verónica:

Ayer, Arturo, mi novio, fue a verme al teatro. ¿Te das cuenta de que es la primera vez que escribo «mi novio» refiriéndome a Arturo? Puedo escribirlo y decirlo, con su posesivo de primera persona bien marcado. Podría, incluso, ponerlo en mayúsculas (MI NOVIO) sin faltar a la verdad. Porque Arturo es mi novio. He tenido que esperar más de catorce años para que lo fuera y, aunque sé que es muchísimo tiempo, lo cierto es que ahora que, al fin lo es, no me parece tan «al fin»; es decir, que no me parece que la espera haya sido tan larga. Aunque, claramente, lo ha sido. No todo es capaz de esperar durante tanto tiempo. Mi primer beso, para no ir más lejos, no fue capaz porque ¿cómo podría haber esperado? Esperar no es fácil. No, es más que difícil dejarse parar, quieta, sin ser, sin estar, sin hacer, con todos los sentidos puestos en lo esperado. Requiere una gran fuerza de voluntad esperar, mucho más que actuar. La actuación es inherente a cualquier ser vivo, a cualquier cosa capaz de moverse, pero la espera supone contención y, lo que es aún más difícil de mantener, fe. Porque yo sabía, quería saber, que es lo importante, que Arturo sería mi novio y por eso pude esperar, por eso pude convertirme en una experta en hacerlo. Pero ahora, hoy, ya no tengo esa necesidad y me siento extraña por ello, como si me sobrara algo, como si me sobrara Arturo al resultarme ajeno, igual que una pulsera nueva incómoda en la muñeca. Porque aún mantengo en mí, como herencia de la Verona adolescente, a fuerza de haberse vuelto costumbre (como se vuelve todo, hasta lo más

distante, al repetirse) el hábito de la espera a Arturo. Y por eso me resulta tan raro pensar que dentro de una hora vendrá él, mi novio, a buscarme para ir a cenar.

Mi novio... Y yo soy su novia, claro, y cuando lo diga en voz alta me aludirá a mí y le vendrán a la memoria, inevitablemente, mi nombre y mi cara. Seguro que los dos le vinieron ayer, agarrados de la mano, muy nuevos, sin estrenar casi, cuando se lo presenté a la directora de la obra, a quien en absoluto pareció resultarle algo insólito el hecho de que fuéramos novios. Si hubiera sabido, sin embargo, cuando le dio dos besos a Arturo y le sonrió y le invitó a sentarse para ver la obra, que yo he pasado cerca de media vida soñando con poder decir «mi novio» en voz alta, como complemento de aquel, no le hubiera parecido la situación tan normal; ni siquiera a Arturo se lo hubiera parecido. No, si lo supiera, si supiera todo lo que te he escrito de él, de sus ojos, de sus dientes, de su horrible manía de chasquear los dedos (que viniendo de su parte me parece encantadora), de todas las veces que nos he imaginado desayunando juntos, no querría el cargo. Me tomaría por una loca desquiciada y le daría miedo cenar conmigo esta noche en la misma mesa. Le hubiera dado pánico besarme por primera vez sabiendo que aquel beso ya lo había imaginado yo tantas veces, y no se hubiera podido sentar con la ligereza que lo hizo en una butaca roja para verme actuar como si fuera otra persona. Afortunadamente, todo eso él no lo sabe; no, él no sabe nada, por lo que pudo aplaudirme con total tranquilidad al finalizar la obra, a pesar de que ayer, en absoluto, me sentí, ni quise sentirme, como la Mecanógrafa.

¿Para qué quería ser la Mecanógrafa si podía ser la novia de Arturo? ¿Para qué quiero seguir siéndolo? A la Mecanógrafa no la quieren, el Joven protagonista no la quiere, y a mí, Arturo, sí. Porque me lo dijo, él mismo me lo dijo. Sí, ya sé que es pronto para que lo haya hecho, que solo han pasado unos cuantos días desde nuestro reencuentro, pero el amor es así. Yo misma me enamoré de él en

cuanto lo vi. ¿Por qué no iba a poder enamorarse él de mí nada más volver a verme? ¿Por qué tiene que parecerme tan increíble el hecho de que pueda quererme? No es la primera vez que un hombre me dice que me quiere. Muy al contrario, Raúl me lo dijo hasta el cansancio.

A Raúl lo conocí al poco de mi regreso de París, cuando ya tenía el anillo de Pierre en mi dedo y un título de licenciada que reseñar en mi currículum. Con él iba, metido en una carpeta y multiplicado un montón de veces, en busca de un empleo como traductora en una editorial cuando me topé con Raúl en el ascensor que me llevaba a la entrevista.

Lo cierto es que, hasta ese momento, siempre que había visto en el cine conversaciones iniciadas en los ascensores me habían parecido muy artificiales, más que nada porque cuando alguien se mete en un ascensor no tiene otro objetivo que el de observar los numeritos digitales que van señalando los pisos que suben y bajan, y no el de tener en cuenta a los posibles interlocutores que puedan rodearle.

Raúl, sin embargo, no debía compartir mi opinión por entonces, e hizo cambiar la mía al preguntarme, nada más entrar él en aquel ascensor lleno de nerviosismo (¿cómo no iba a estar nerviosa si iba en busca de mi primer empleo como filóloga?), y fijarse en el currículo que se dejaba ver a través de la carpeta transparente de color naranja si iba a trabajar allí. Yo le respondí que lo intentaría y no sé cómo, pero acabamos celebrando mi contratación, una hora después, en un restaurante muy cercano a la editorial. Bueno, sí sé cómo. Raúl quiso que así fuera y así fue, porque a Raúl era difícil no seguirlo como un perrito faldero. Tan difícil era que me fue imposible negarle una cita, a los pocos días, para ir al cine a ver una película durante la cual yo no pude parar de pensar, o más bien de tratar de recordar, a quién se parecía aquel desconocido del que solo sabía su nombre y que tenía un gran poder de convicción. Cuando la película

terminó, las luces se encendieron y se levantó de la butaca, justo en el momento en el que comenzó a meter el brazo a través de la manga de su chaqueta, caí en la cuenta.

Raúl era igual que Marcos. ¿Te acuerdas de Marcos? Tienes que acordarte, te hablé de él. Me gustó antes que Arturo, aunque en absoluto llegué a sentir por él ningún sentimiento que pudiera calificarse como amoroso. Pero me gustó, y mucho, y se lo hice notar.

Para una vez que la Verona adolescente consigue reunir la suficiente voluntad como para acometer una acción sin que le frenen sus posibles consecuencias, y todo se le desmorona como un flan mal desmoldado. Y eso que fue más que sutil para darle a entender a Marcos que le gustaba. Yo, al menos, creo que lo fue. Se interesó por él como haría una amiga, preguntándole por sus deberes, por los exámenes, por el fútbol (a pesar de detestarlo hasta grados superlativos), pero Marcos, y todos los que estaban a su alrededor, se percataron pronto de que Verona no tenía intención alguna de ser su amiga, y expandieron el rumor, con las alas bien abiertas, de que estaba colada por él.

Verona, con su horrible corte de pelo, con su desbordada inseguridad, con su torpeza innata, tenía la osadía de haber puesto sus ojos, y todas sus intenciones, sobre Marcos, quien, nada más ser consciente de ello, tardó menos que nada en humillarla, aprovechando esa *humillabilidad* que traía Verona, por entonces, muy dentro y muy fuera de ella como un cromosoma más de su ADN. De cómo lo hizo no voy a decirte nada, además de porque tú ya conoces el sumario y la historia entera, porque, a pesar de haber pasado ya muchísimo tiempo y de no ser yo ya tan desdeñable como entonces, no puedo evitar sentir ahora aún, mientras te escribo, esa vergüenza que cubre muchas veces a la víctima y que la llena de culpabilidad. Por eso prefiero volver a la sala de cine, al momento en

el que Raúl dejó de ser él para volverse Marcos, con la chaqueta ya puesta, y me miró sonriendo.

Me sonrió con la sonrisa de aquel, con unos dientes tan perfectos que me resultaron incómodos, y empezó a hablar de camino a la salida para continuar haciéndolo en la calle, en el bar en el que entramos, de camino a mi piso, ante la puerta de este y tras besarme, confirmándome, durante y después de su *tupidísimo* discurso, que era exactamente igual que Marcos por dentro, por fuera y visto de perfil, desde un primer plano o un plano medio, y que yo le gustaba. Sí, le gustaba aunque tú pienses ahora, mientras leas esta carta, que fue un simple deseo mío de ser gustada por un Marcos reencarnado lo que me hizo creerlo. Pero lo cierto es que Marcos; es decir, Raúl, me dejó claro que era así, y lo hizo de una manera tan poco sutil que no pudo dar lugar a equívocos o incrédulas apariencias. Tanto le gusté que me pareció, si te soy sincera, a lo largo de la cita, en varios momentos (como cuando me dijo que tenía unos ojos preciosos) que no me lo estaba diciendo a mí, y dudé de ser yo la que era. ¿Por qué le gusté tanto? No tengo ni idea, pero tras besarlo y verlo alejarse a través del cristal de la puerta del portal, con las manos en los bolsillos y un menudo contoneo en los pies, me confirmé que era, sin duda, un Marcos que había viajado a través del tiempo para compensarme sus pasadas humillaciones. Por eso, a pesar de aborrecer cada uno de los temas de conversación que había iniciado a lo largo de la cita y haber sentido náuseas al ver sus rechonchas manos agitarse mientras hablaba, acepté salir con él una tercera vez.

Vino a buscarme, así, a mi casa, montado en un coche pintado de un dolorosísimo color amarillo y vestido con una chaqueta tan blanca que podía haber servido fácilmente de pantalla de proyección. Ya de camino al restaurante y observándolo hablar, de perfil, de su pobre coche amarillo (él no tenía la culpa de ser de ese color), empecé a preguntarme qué demonios había visto en Marcos.

Sí, era guapo, tenía unos bonitos ojos verdes y la piel tostada, pero resultaba vulgar. Raúl me resultó vulgar montado en aquel coche. Su manera de coger el volante, de mirar por el espejo retrovisor, de mover la boca mientras hablaba; todo en él era de una vulgaridad corriente y chulesca, cercana a la caricatura, que me llevó a alegrarme, por primera vez, de que Marcos no me correspondiera. La cita con Raúl, por tanto, que sí lo hacía, ya fuera del coche y dentro del restaurante, y después, en la discoteca, fue tan insufrible como las anteriores. Como Marcos, no dejaba de hablar de él (de su trabajo, de su familia, de sus aficiones, de su...), y que se me restregara, ya a última hora, con un par de copas de más encima, con aquellos pantalones tan níveos como la chaqueta, fingiendo bailar, sobrepasó la barrera de lo repulsivo. Aun así, y sin dejar de animarme pensando en que era un Marcos reaparecido para compensarme sus acciones pasadas, soporté todo con el estoicismo aprendido en aquellos años de los que venía aquel ser vestido de blanco, petulante y medio borracho. Tanto logré animarme que acepté una cuarta cita y una undécima, y una enésima con los dos desnudos boca arriba, ya cansados, tumbados en la cama de su piso, tan hortera como el coche amarillo. Un año entero estuve entrando y saliendo de él, a lo largo del cual tuve el honor de traducir a Alfred Jarry y a Albert Camus en la editorial, y la vergüenza de tener que escuchar cada una de las peroratas tontas del Marcos reencarnado.

En las vacaciones de Navidad, con nuestro primer aniversario como novios ya más que cumplido, al lado de un árbol que, ¡el pobre!, resultaba poco colorido en comparación con la camisa estampada que lucía, o más bien deslucía, Raúl, fui pedida, aunque no lo creas (tampoco lo podía creer yo) en matrimonio por este, como si fuera un juguete más que poner en la carta a Papá Noel.

Cuando vi el anillo (más bonito de lo que puedas suponer tras hablarte de los gustos de aquel) en su cajita, y la camisa de frente y

la sonrisa perfecta encima, con las lucecitas del árbol parpadeando sin parar, y sentirme pedida por primera vez, después de ser rechazada por Marcos directamente y por Arturo de manera indirecta, no pude hacer nada más que afirmar con su *s* y su *i* acentuada, y dejarme poner aquella sortija que confirmaba que estaba pedida igual que un juguete encargado que, inevitablemente, siempre gusta más que los que no lo están.

Tras leer esta poco romántica escena, cargada de más vanidad por mi parte que de sentimentalismo, te estarás preguntando ahora si me casé y estoy divorciada, y mientras lo haces, te resultará más que extraño imaginarme vestida de novia, pero lo cierto es que me vestí; me vestí y elegí para hacerlo un vestido blanquísimo, con su velo, su encaje, su organdí y su todo. El vestido de novia más vestido de novia que puedas imaginarte. Tan de novia era que, cuando me vi sembrada en sus entrañas de tela, delante del enorme espejo de la tienda, no me reconocí como yo misma y me dieron muchas ganas de reír y de llorar al mismo tiempo.

Y es que, siendo sincera, yo, al igual que tú, no he tenido nunca la creencia de que alguna vez tuviera la ocasión de vestirme de novia. Y no solo porque era más que difícil que se diera la oportunidad, sino porque yo, en el fondo y en la superficie, nunca he tenido ilusión por casarme. Por eso mismo me sentí tremendamente ridícula vestida de aquella manera, extraña, ajena a la vez que, inevitablemente y a pesar de mi falta de ilusión, no pudiera evitar hundirme en la alegría propia del cliché en el que acababa de encajarme y llorar como, tradicionalmente, lloran todas las novias.

Dejándome llevar así, por las olas blancas de la falda del vestido, salí de la tienda con él metido en una inmensa funda de tela y una ilusión ingenua y tonta navegándome por las orillas, susurrándome imágenes del día de MI boda, conmigo y mi ramo caminando juntos hacia un sí y una alianza, con todo el mundo anegándome de cumplidos y críticas a partes iguales, ahogándome en la tradición del

matrimonio, de la monogamia, del divorcio futuro... Desbordada, llegué a mi piso y colgué el vestido detrás de la puerta de mi dormitorio para no verlo.

Recuerdo que en las semanas posteriores sentí por aquel traje escondido emociones enfrentadas en un duelo a vida o muerte. Por un lado, no podía evitar querer casarme, al significar el hacerlo ser elegida, querida y amada, al menos, de vistas para afuera. Pero, por otro, por el más racional y objetivo, solo de pensar en el hecho de convertirme en una esposa, en la esposa de un *alter ego* de Marcos venido del pasado, me sentía estúpida, más estúpida aún que cuando fui humillada por este.

Y así pasó un día y otro, venciendo en ocasiones mis deseos de encajarme en un compartimento tan tradicional como el del matrimonio (esos días me veía sonriente junto a Raúl, cortando el pastel de boda con una de esas espadas con las que se cortan los pasteles de boda) y ganando otros mi racionalidad más racional (victoria que implicaba devolver el precioso anillo de pedida).

Lo más curioso es que, cada vez que vencía una u otra posibilidad, la perdedora quedaba derrotada hasta el punto de verla y sentirla yo como algo totalmente imposible de darse, absurdo, incapaz incluso para la batalla (por eso la había perdido). Me percaté de ello justo un día antes de la boda (día en el que, por cierto, la racionalidad de no casarme ganaba a la vanidad de verme vestida de novia), llegando a la conclusión de que lo único que podía hacer, la única opción posible entre dos igual de inviables, era dejar que el día de la boda llegara tranquilamente, como llega cualquier día en el que no se espera que ocurra nada fuera de la cotidianeidad; que las ganas, entonces, de meterme dentro del vestido de novia eran más fuertes que las de no hacerlo, pues me metía; que el tul me daba demasiado miedo como para ponérmelo encima, pues no me lo ponía. Al fin y al cabo, la cabeza no hacía más que llevarme de un lado a otro, como un péndulo, con sus ideas racionales de lo que,

éticamente, está bien o mal, y con sus prejuicios sobre la tradición del matrimonio.

Por eso, sin escucharla ni a ella ni a su cerebro, que ya debía estar gelatinoso de tanto ir y venir de una opción a otra, al día siguiente me embutí en mi vestido y lo hice simplemente porque no percibí ni una mota de miedo al sacarlo de su funda. Es más, me encantó sentirme con él puesto como una muñeca geriátrica de comunión o una princesa recién salida de un cuento. Así que, igual que una chiquilla lista para asistir a un baile de máscaras, sin darme opción a pensar nada, salí de mi piso camino a la iglesia (a pesar de ser atea), con el ramo y el velo y todos los complementos, tan blanca como una nube de verano, disfrazada de novia.

Durante el trayecto intenté no pensar en nada, para lo cual tuve que centrarme en los bordados de mi falda, muy elaborados, con forma de flores y hojas que iban enlazándose a través de complicadísimos ejercicios de flexibilidad, desde la parte más alta, junto a la cintura, hasta la más baja. Cuando llegamos a la iglesia mi vista los había recorrido, verticalmente, por completo, pero no había tenido tiempo de observar cada guirnalda de manera independiente, con sus distintas flores. Me dieron ganas entonces de pedirle al conductor del coche, un amigo de Raúl del que no importa que sepas el nombre (teniendo en cuenta, además, que ni yo lo recuerdo), que diera una vuelta más, dado que aquel día eran las ganas de hacer o no las cosas, las que mandaban por encima de los pensamientos. Sin embargo, no lo hice, y no porque no quisiera sino porque no es fácil relegar a éstos a un segundo plano. No, es más que difícil enterrar los pensamientos y la racionalidad. Tan difícil es que, cuando estaba ya dispuesta a recorrer el largo pasillo de la iglesia, afloraron aquellos con la fuerza que mostraban los días que ganaban la batalla a mis deseos sociales de verme casada, y comencé a preguntarme entonces, espantada, qué demonios estaba haciendo allí.

Me sentí así, más fuera de lugar que cuando me probé el vestido y no me reconocí como yo misma, y tuve ganas de salir corriendo. Siendo sensata, sin embargo, no estaba bien el hacerlo. Al fin y al cabo, Raúl no tenía la culpa de que yo hubiera visto en él a Marcos, ni de que mis deseos inmaduros de verme vestida de novia primaran a la hora de haberle dado el sí ante el árbol de Navidad y la camisa estampada. Al venirme a la memoria esta pensé por un momento que ella era la culpable de todo. Me había distraído junto al árbol (claramente, su cómplice) hasta el punto de no dejarme pensar y llevarme a aceptar a Raúl como bien pudiera haber aceptado cualquier otra cosa, por pura inercia ante una camisa hipnótica alumbrada por unas luces psicodélicas. Había sido abducida, confundida; yo no tenía la culpa. ¿A que no la tenía? Y la iglesia estaba preciosa, con su Cristo al fondo crucificado, sufriendo como sufrimos todos porque la vida es sufrimiento, y sus flores ingenuamente blancas aromatizando el aire. ¿Cómo no iba a recorrer aquel pasillo? Pedía a gritos ser recorrido. Por eso comencé a andar y, casi sin darme cuenta, obedeciendo al pasillo y solo a él, llegué hasta un Raúl que me esperaba quieto, como una figurita, con su disfraz de novio, junto al cura.

En ese momento debería haberlo interrumpido todo, lo sé, y decirle a Raúl que no podía casarme con él. Sí, debería haber parado la música que retumbaba, subiendo y bajando, resbalándose por las altísimas paredes del templo, pero lo cierto es que no quería que se parara ni una nota. Me gustó muchísimo y, dado que el sacerdote se puso a hablar nada más hacerse el silencio, me pareció de mala educación interrumpirle. Dejé así que hablara mientras miraba de reojo a Raúl.

¡Se parecía tanto a Marcos! Y Marcos me humilló, tú sabes bien hasta qué punto me humilló; y yo me dejé humillar sin reprocharle nada. Ni cuando me dio balonazos en clase de Educación Física ni aquel día que escribió en la pizarra que lo quería le dije nada. Le

dejé actuar feroz y cruelmente, sin remordimientos y en varias ocasiones, sin miedo a mis represalias. Como fogonazos me fueron viniendo cada una de las cosas que me hizo, tan brillantes como las luces del árbol de Navidad testigo de mi pedida de mano. Las mismas lágrimas que había derramado Verona un montón de años atrás reaparecieron entonces y, cuando escuché de la boca de Marcos el «sí» (porque era, sin duda, la boca de Marcos), aceptándome como su esposa, se dejaron caer elegantemente por mis mejillas, sin furia, sin rabia, sin sentirse de menos por venir de mis ojos, para a continuación yo, Verona la despreciada, enunciar un «no» en un tono tan alto que hasta las imágenes con sus oídos de madera pudieron oírlo.

Lo que vino a continuación puedes imaginártelo y resumirlo en una sola palabra: escándalo. Un escándalo que se expandió por el templo como un hedor, sin diques que pudieran limitarlo, de boca en boca y de oído en oído, y que llevó a cada personaje a cambiar su papel por otro distinto.

La madrina, así, de la boda, la madre del que ella llamaba Raúl, no pudo ejercer como tal a pesar de que su disfraz estaba de lo más logrado, con su mantilla y todo; y lo mismo le pasó al sacerdote, cuya sotana quedó fuera de juego al tener que actuar como pacificador de las masas que, a gritos, no paraban, supongo, de insultarme (la confusión de voces era tan caótica que no lograba entenderse nada) y clamar a un cielo que no podía verse por culpa de las paredes del templo. Yo, por mi parte, satisfecha de mi actuación, tan impropia para mi disfraz de novia como las de todos los presentes, y con las lágrimas ya idas, desterradas cuello abajo, me quedé en el altar quieta y en silencio, contemplando el espectáculo hasta que me cansé del eco de los gritos y las miradas de desaprobación por parte de todos.

Ahora me doy cuenta de que fue una osadía hacerlo y que lo más sensato hubiera sido largarme de allí nada más espetar mi negativa.

Sin embargo, y teniendo en cuenta que en absoluto me había comportado de manera racional al aceptar ser novia y casi esposa de un hombre que yo tomaba por otro, y dado que había decidido dejarme llevar por la irracionalidad de los deseos en aquel acontecimiento que parecía una total mascarada, no hubiera sido consecuente actuar de manera racional y prudente, marchándome del templo compungida por no haber asentido ante el sacerdote. Lo más razonable (dentro de la irracionalidad) y lo que me apeteció fue quedarme, a riesgo de salir perjudicada físicamente a manos de cualquiera de los familiares del novio (a los que no lograría reconocer ahora aunque me los encontrara de frente, dada la poca atención que les presté durante el noviazgo), y más teniendo en cuenta que, al ser yo la causante de malograr la boda y *desbodarla*, era la que más derecho tenía a comprobar en qué acababa convirtiéndose.

Lo que no tuve la ocasión de ver de ningún modo, a pesar de quererlo mucho, sin embargo, fue el lugar donde iba a celebrarse el banquete. Cuando me di cuenta de ello, ya en el coche, a salvo de posibles agresiones, me arrepentí mucho de no haber esperado a darle mi negativa a Marcos un poco más, lo suficiente como para recrearme en la carpa blanca que habíamos alquilado, para entonces ya llena de mesas, comida, flores e invitados. Pero claro, si hubiera esperado un poco más para negarme a ser una esposa, sin más remedio hubiera tenido que darle el sí ante el altar a Marcos, lo que hubiera supuesto llevar la actuación demasiado lejos. Darle la negativa en el momento en que lo hice, cuando me lo preguntaron, fue lo mejor que pude hacer, a pesar de tener que cargar minutos después con el arrepentimiento de no haber podido ejercer de domadora de fieras bajo una carpa en la que, seguro, tanto el vestido de novia como la carne que llevaba debajo, no hubieran salido bien parados. La satisfacción, por otra parte, de ver a Marcos en forma de Raúl arrodillado ante mí, en la iglesia, como si fuera yo

una virgen, suplicándome que le concediera la aceptación que él me había negado hacía tanto tiempo fue tan sumamente placentera que me hizo olvidar pronto mis deseos frustrados de ver la citada carpa y su relleno de boda. Sí, fue más que satisfactorio escuchar una sucesión de «te quiero»; tan satisfactorio como agotador en el momento en el que ambas palabras pasaron a ser simples fonemas ensartados en una voz llorona y dejaron de tener sentido. Fue entonces cuando abandoné el templo.

Los «te quiero» de Arturo, muy al contrario, nunca llegan a cansarme a pesar de que, a veces, se engarcen también el uno en el otro, encadenándose. Lo que sí me resultan en ocasiones, aunque no quiera, como tal vez pueden resultarte a ti ahora, mientras los lees y te los imaginas, brotando de la boca de Arturo, articulados en una voz que no recuerdas y llegando hasta mí, dirigiéndose a mí, son extraños, tan extraños como una carta llegada a tu buzón por error, sin tu nombre en el sobre. Pero son míos, y son de verdad; de verdad que lo son. Y ahora tengo que dejarte porque Arturo está llamando al timbre de la puerta. Seguro que cuando la abra, recibo un nuevo «te quiero» con mi nombre como destinatario.

Verona.

14 de noviembre de 2013

Querida Verónica:

No te imaginas lo liada que he estado desde la última vez que te escribí. Y es que entonces, aunque ya sabía que iba a estar más que ocupada en los días sucesivos, para nada imaginé que tales ocupaciones fueran a tener tanto peso. Debido a ello, y porque me extendí más de lo que debía relatándote mi boda frustrada con Marcos, me olvidé de informarte de que tenía que preparar la presentación de mi novela.

No te imaginabas que pudiera ser escritora, ¿verdad? Seguramente la culpa de ello la tienen los prejuicios que existen en torno a los escritores; prejuicios que llevan a concebirlos como personas con mil sellos en sus pasaportes, conocedoras de primera mano de costumbres exóticas y lejanas, y que son capaces de relacionarse con cualquiera. Y claro, teniendo en cuenta que la imagen que tienes de mí se corresponde con la de una *agorafóbica*, para nada podría encajar en el oficio de escritora. Sin embargo, y dejando a un lado el hecho de que, actualmente, podría protagonizar un diario de viaje nada desdeñable, no siempre es necesario buscar en el mundo externo material para escribir.

Existen autores que, obligados o de manera voluntaria, gestan y crían a sus textos con su propia sustancia, sin necesidad de nada más porque es suficiente. Yo misma podría haber escrito, perfectamente, mi novela, aunque no hubiera salido ni de mi dormitorio. Pero lo he hecho.

Ya te hablé en cartas anteriores de mi estancia en París, donde viví tres años, como te dije, no yendo precisamente solo de la facultad a mi piso (una buhardilla encantadora que debo describirte en cuanto tenga un hueco) y de mi piso a la facultad. Me paseé sola y con Pierre por todas las calles y callejones parisinos que tenían acceso, y entramos en los lugares más inaccesibles. Y no creas que utilicé a Pierre como escudo; no, a la Verona que tú no conoces, a la que ya la habían besado y había elegido sin ningún tipo de duda por su parte tomar un avión a París, llevando consigo un francés que aún dejaba mucho que desear, no le hacían falta escudos ni chalecos protectores ante las balas de lo desconocido. Esa Verona, yo, entró y salió de donde quiso sin necesidad de ningún Pierre francés que le adobara el terreno. Fue capaz, incluso, de, en una de estas salidas en solitario, paseando por Montmartre, tomar la decisión (sin más influencia externa que la presencia de una hilera de artistas parapetados tras sus cuadros) de convertirse en pintora.

A la mañana siguiente, así, lo bastante temprano como para no darle a la pereza la oportunidad de actuar, pero lo suficientemente tarde como para estar ya bien despierta, salí de mi buhardilla equipada con todo el arsenal necesario para ejercer de artista. ¿Me imaginas sentada entre un montón de pintores, en mi sillita plegable, frente a un virginal lienzo? Me coroné con una de esas boinas tan francesas que había comprado el día anterior junto a la caja de óleos, la paleta y una camisa ancha azul marino. Así, vestida y armada bajo un confortable cielo encapotado y rodeada de iguales, me sentí más encajada que nunca, más pintora que nunca, a pesar de carecer del talento necesario para serlo. Y es que la ambientación ayudó mucho, tanto que cogí el pincel con la seguridad de quien sabe qué y cómo pintar, y comencé a deshonrar aquel lienzo al que le había tocado en suerte caer en mis inexpertas manos, con dos inmensos ojos (lo único que sé dibujar, además de estrellas, como ya sabes tanto tú como la pared del piso de Julie y

Serge) que me miraron de frente y me reconocieron como pintora y nada más, sin opción alguna a verme como una adolescente sin habilidades sociales. Y no te imaginas cuánto me gustó que me miraran así y pensaran, con sus pensamientos de ojos pintados, «esa es Verona, vive en París y pinta»; tanto me gustó que no pude evitar, tras ataviarlos con unas larguísimas y rizadas pestañas, pintar otros dos, otros dos y otros dos más, hasta llegar a una multiplicación ocular que me miró como si fuera yo lo único *mirable* en el universo, en aquel entonces y por siempre, para a continuación ser observados éstos por los artistas que tenía a ambos lados y detrás. Sentí yo sus miradas en aquella masa de ojos que podía ya llamarse cuadro (¡mi primer cuadro!) como si actuaran sobre mí, y a la vergüenza inicial le siguió el orgullo de ser reconocida como pintora no solo por aquellos ojos falsos. Al reconocimiento visual, además, le siguió de manera inmediata el vocal, llenándoseme pronto los oídos de halagos a mi pincelada (cercana a la impresionista pero con una mayor precisión, rozando el Realismo), a mi perspectiva (tan panorámica como la cubista y, a su vez, exacta, hermana del dibujo más técnico), al tratamiento del tema en la obra (originalísimo a pesar de la dilatada tradición a pintar ojos que arrastra la historia del arte mundial) y, lo más loado, a mi fuerza creativa, a mi inspiración, a ese *savoir faire* que va más allá del talento y de los límites, y que todos los presentes calificaron de «*magnifique*».

Ya en mi casa, con el cuadro enfrente y los elogios pegados aún a mi memoria, tendida en la cama, me di cuenta de que la buhardilla que ocupaba era más que propicia para albergar a un pintor. Se me ocurrió entonces, y aún lo pienso, que seguramente fue ella la culpable, en gran parte, de que me volviera pintora porque, un lugar como aquel, solo podía ser la residencia de un artista y nada más.

Era lo bastante amplia como para que en ella cupieran los lienzos más grandes, al no estar dividida en estancias, y la enorme

claraboya que tenía en el techo permitía que la luz pasara libremente a cualquier hora. Hasta la puerta de entrada, anormalmente alta para tratarse de la puerta de una buhardilla, facilitaba el hecho de poder dar paso a lienzos de un considerable tamaño. Si a todo ello sumamos, además, que estaba enclavada cerca de Montmartre (donde el conjunto de pintores había hecho también su efecto), que era una buhardilla (alojamiento bohemio por excelencia) y que yo deseaba pintar y, sobre todo, sentirme pintora y artista, ¿cómo no iba aquel cuadro que tenía delante a salir de mí?

Pero antes de seguir hablándote de él y de lo que le sucedió después de haber nacido, debo describirte un poco más el lugar que me inspiró a pintarlo, y contarte que tenía una alfombra preciosa en medio de aquella buhardilla, con flores y hojas estampadas, y grecas granates y verdes rematadas por flecos. La compré en un mercadillo cercano, junto con una cómoda de madera oscura (con unos bonitos tiradores de cobre) y una inmensa lámpara de pie que parecía un paraguas abierto. El sofá, orondo y de piel, a juego con una *chaise longue* verde, estaban ya allí cuando llegué, y pronto nos hicimos compañeros inseparables al pasar yo días enteros echada sobre ellos, compartiendo libros y manicuras de colores variados. La cocina, por otro lado (que tampoco adquirí yo), era tan pequeña que parecía de juguete, al contrario que la bañera que, instalada en medio del baño, con sus cuatro patitas y sus grifos viejos, bajo la claraboya, parecía la dueña de la casa.

De verdad que adoré aquella buhardilla y todo lo que albergaba como a un novio puede adorarlo su novia al comienzo del noviazgo, y la celé hasta el punto de no dejarle ni a Pierre entrar nunca en ella. Porque tal vez él no hubiera encontrado encantadora mi pequeña cocinita verde con el esmalte desconchado, ni le hubiera parecido adecuada la engreída montaña de revistas que se alzaba junto al sofá y que, de la misma manera, ofrecía frívolamente páginas llenas de fotos como servía, muy pragmática, de mesita

auxiliar. Y, ¿por qué iba a arriesgarme a que eso sucediera, a que todos mis queridos objetos fueran criticados? No, nadie entró en mi buhardilla porque era mía y solo mía.

Lo que pronto dejó de ser mío al día siguiente de haberlo pintado fue el cuadro de los ojos, mi primera y última obra. Y no porque la vendiera, no. Se la cedí a un galerista que escuchó hablar de ella al día siguiente de haber sido creada, por boca de uno de los pintores que estaba presente en el momento de su nacimiento, del que supe después que su nombre era Auguste y que su especialidad era pintar paisajes.

Él, Auguste, se maravilló de mi cuadro nada más esbozar yo el contorno del primer ojo, y al pintarle la pupila comprendió que Paul (el galerista que acabó siendo el poseedor de aquel) tenía que verlo.

Dar conmigo y mi buhardilla no les resultó difícil porque Auguste, según me contó cuando ya sabía su nombre, me siguió a mí y al cuadro de los ojos nada más marcharnos de su lugar de trabajo. Dos días después, así, estaba recibiéndolo en la puerta de entrada, sobre el felpudo, y concertando una cita para aquella misma tarde en la galería de Paul, Provenza. Allí llegué, impuntualmente pronto, en compañía del cuadro ocular, que fascinó a Paul en un grado superior al prometido por Auguste, recibiendo una propuesta de exposición e, inmediatamente después de ser aceptada esta, un nombre, *Visión deseada*, que, para mi sorpresa, no me costó nada elegir. El que sí se sorprendió y mucho, en cambio, fue Paul, nada más saber que aquel era mi primer cuadro; tanto que esta confesión la tomó por una mentira, por un deseo mío de ser presentada en el mundo del arte como una autodidacta sin didactismo. Podría fácilmente haberlo sacado del error cuando, tres meses después, me pidió un nuevo cuadro para exponer y fui incapaz de garabatear nada, pero creí más apropiado dejarlo sumido en la bonita mentira de que sí sabía pintar y que mi abandono del mundo artístico era un simple capricho. Por supuesto, envió a Auguste un número incontable de veces a mi casa

para tratar de convencerme de que no podía dejarlo, llegando yo, en un momento dado, a recibir cada nuevo ruego como un simple eco del anterior. Con el paso de los días y sus consiguientes rechazos, inevitablemente la insistencia de Paul y la de Auguste fue perdiendo fuelle y los ruegos dejaron de ser ecos para espaciarse en el tiempo sin llegar a desaparecer sin embargo nunca del todo. De vez en cuando recibo, así, un correo electrónico o una carta de Paul invitándome a una exposición en su galería, pidiéndome, solícitamente, que venga acompañada por una nueva obra que acalle las peticiones de sus clientes y las ofertas para comprarle *Visión deseada*, de la cual se niega a desprenderse.

Recuerdo que, antes de mostrársela, su mirada era la de un escéptico, tan fría como un cubito de hielo. Por supuesto, confiaba en el criterio artístico de Auguste (de no ser así no se hubiera molestado en concertar una cita conmigo y con mi cuadro), pero las grandiosas expectativas que este había tratado de infundirle no arraigaron en él hasta que no tuvo el cuadro delante y lo miró con sus ojos multiplicados. Fue entonces cuando la agnóstica mirada de Paul se volvió la de un creyente, fundando su religión sobre aquel aparentemente inocuo cuadro del que se enamoró a primera vista y al que miró con pupilas de enamorado, dilatadas hasta los confines de su elasticidad. Si el flechazo fue mutuo o no, no lo sé, pero poco importa. Al fin y al cabo un cuadro no puede amar, pero qué más puede querer que ser amado. Teniendo en cuenta esto, sin embargo, no era al cuadro, sino a mí, su dueña, su madre, a la que debía conquistar.

Paul, como galerista y, por tanto, como empresario, pensó que una oferta material me seduciría a mí tanto como a él los tersos párpados de *Visión deseada*, ignorando que el flechazo que había sentido por él me bastaba a mí de sobra para entregarle su lienzo y su pintura entera, en la salud y en la enfermedad durante todos los días de su vida, hasta que su muerte, y solo la de él, los separase.

Por eso, cuando rechacé su oferta (no recuerdo concretamente en cuánto consistía, pero sí que era una cifra bastante surtida de dígitos), a la ilusión de su mirada de enamorado se le apagaron las bombillas. Te reconozco que sentí entonces el malévolo deseo de prolongar su decepción y hacerle creer que en absoluto era mi intención desprenderme de *Visión deseada*, pero no pude. Nada más afirmar, por tanto, que el cuadro era suyo, completamente suyo, Paul se iluminó de un fogonazo y sus ojos no tuvieron ya ojos sino para los ojos del cuadro.

Una semana después, *Visión deseada* fue presentado formalmente en el mundo artístico en una exposición en la que, aunque hubo otras obras, ocupó esta un lugar preferente. Fue la protagonista de los folletos de la galería y Paul la colgó en la pared más inevitable de esta, de la que no se separó en toda la noche, pudiendo ser testigos los presentes de la pasión que el galerista profería a aquel pequeño cuadro que yo había pintado. Y si era yo la que lo había pintado, su creadora, ¿por qué no era yo el objeto de su admiración y sí él? Por esta cuestión tengo que reconocerte que durante la exposición sentí ciertos celos, a pesar de que Paul tampoco me dejó a mí sola ni un momento y me presentó ante todos como una grandiosa novedad artística. Sin embargo, ni una sola vez me miró como a *Visión deseada*. No, era imposible que me mirara como a él. ¿Cómo iba yo a poder compararme con él? Por eso cuando Paul flirteó conmigo al terminar la exposición y me invitó a su casa, lo rechacé. No hubiera podido soportar que no pudiera mirarme como al cuadro cuando estuviéramos solos, o que pensara en él en lugar de en mí. Preferí que me insistiera; para vernos, para que le hablara de mis inexistentes estudios artísticos, para que le enseñara otras obras mías (también inexistentes)... Preferí que me insistiera hasta rozar el acoso telefónico y presencial, esperándome muchas tardes junto a mi casa, con ruegos en las palmas de las manos y súplicas en la voz. Porque Paul sufría; sufría al pensar que yo tenía en mi poder otras

obras que podían fascinarlo y enamorarlo, y me solicitaba que se las diera, pensando que iba yo a permitir que le fuera infiel a *Visión deseada*. No, ni aunque hubiera podido pintarle una amante lo hubiera hecho.

Su acoso no tuvo más remedio que continuar, así, volviéndose cada vez más lacrimoso y reforzándose con el arsenal publicitario que organizó para presentarme, más allá de la exposición, como una gran pintora, de manera que mi nombre se multiplicó, con su pez y con su pan, por todas las revistas y suplementos artísticos del país con los que Paul tenía algún contacto, siendo fotografiada tantas veces como la propia *Visión deseada*. En los textos que acompañaban a las imágenes me definí siempre como amante de los gatos y pintora ocasional. La primera afirmación era siempre pasada totalmente por alto por el entrevistador, pero la segunda despertaba en él una insistencia similar a la de Paul, fomentada en saber si pronto iba a presentar otra obra. Yo contestaba rotundamente entonces que no, que *Visión deseada* era la primera y la última, lo que provocaba que mi entrevista pasara a ocupar la portada y dicha aserción el titular, hecho que encendía aún más los ánimos de Paul al ver escrito en papel y letras mayúsculas que mi decisión de no pintar nada más iba en serio. Y lo cierto es que, llegada al punto de ser considerada una verdadera artista, autora de una obra calificada por muchos críticos como insuperable, en absoluto lamentaba no poder continuar siéndolo en el futuro porque ¿cómo se supera lo insuperable? De haber sabido realmente pintar solo podría haber creado una obra peor que *Visión deseada*, o puede que igual de buena, pero nunca mejor. Por ello, voluntaria u obligatoriamente, una retirada era lo mejor, aunque ello supusiera dejar de conceder entrevistas. En la última que me hicieron dejé claro que no iba a haber más tras ella y que *Visión deseada* sería, desde ese momento, la única protagonista. Por supuesto, ninguno de los críticos que la comentaron me creyó, como Paul, y, como espera él aún, no me

extraña que alguno de ellos piense firmemente que cualquier día aparecerá una nueva obra firmada por mí, a pesar de que *Visión deseada* todavía les sirva para ocupar muchos de sus comentarios. Paul me los envía, cada cierto tiempo, en forma de reseñas y, aunque todas me agradan, me gustó especialmente una reciente de un tal Michel Broumeau, catedrático de Arte. Según él, la obra pretende reflejar las distintas partes del yo a través de cada uno de los ojos del cuadro. El hecho de que sean ojos y no cualquier otro elemento gráfico el que lleve a cabo esta representación provoca, desde el punto de vista de Broumeau, que el que contemple la obra se vea en la tesitura de ser observado por todos sus yo directa y cruelmente.

¿A que es interesante su observación? Sobre todo porque en absoluto, cuando pinté el cuadro, quise que nadie fuera mirado por él salvo yo misma, y en ningún modo de manera cruel, todo lo contrario, como bien sabes.

Es absolutamente increíble que un mismo objeto, situación, elemento o cualquier cosa capaz de ser sentida o mirada, pueda ser interpretada de manera tan diferente según el punto de vista. Espero que le suceda lo mismo a mi novela a partir de pasado mañana, cuando ya sea presentada formalmente y entregada a todos los que quieran leerla. No me gustaría haber creado algo limitado a un solo punto de vista.

Verona.

20 de noviembre de 2013

Querida Verónica:

Ya puedo decirte que *Anáforas*, mi novela, existe para alguien más que para mí misma, no siendo para nada extraño, por tanto, aunque pueda parecerme hasta imposible que un completo desconocido la tenga ahora mismo abierta de par en par entre sus manos y está ella dejándose leer entre reticencias, como toda novela que se hace respetar.

Solo de pensar que esto pueda estar pasando siento vergüenza en los mismos grados en los que la podría sentir tu Verona. Aunque no es solo pudor lo que me cubre, como un abrigo demasiado pesado y tres tallas más pequeño; no, un grave estado de nerviosismo en forma de bufanda espesa me está ahogando desde hace media hora, cuando supe por boca de mi editor que las primeras críticas habían germinado ya en algunas de las principales páginas literarias de Internet. Debería entonces, nada más comunicarme la noticia, haber corrido ante la pantalla y el teclado, y haberme zambullido en ellas sin darle tiempo a la bufanda a enroscárseme en el gaznate. Sin embargo, la he dejado reptar, sigilosa e hipnóticamente, alrededor de mi cuello, a pesar de no estar en absoluto paralizada por el miedo. No, no les tengo miedo a las críticas, y no porque la palabra «crítica» no sea capaz de infundirme el mismo terror que a cualquiera, sino porque sé que las que se refieren a *Anáforas* no son malas; no, no podrían serlo, como tampoco fue un fracaso su presentación hace cuatro días, cuando recibió aplausos, cuando yo recibí aplausos, y fue calificada de *originalísima*. ¿Sabes lo que

significa ese aparentemente inocuo adjetivo superlativo? Por supuesto que lo sabes; sabes que es más que difícil, casi imposible, que una novela sea considerada original. Lo sabes tan bien como la protagonista de la propia novela y como lo sabe Arturo, que estuvo a mi lado en la presentación y me aplaudió con más brío que nadie. Bueno, que nadie no, porque Braulio también lo hizo tan efusivamente como le fue posible, junto a un cartel gigantesco de la portada de la novela, al lado del que me fotografió varias veces. Y es que Braulio es fotógrafo. Lo conocí por culpa de una de tantas entrevistas que le hicieron a *Visión deseada* y, como consecuencia, a mí, en París, de las que ya te he hablado.

Recuerdo que cuando entré en el estudio fotográfico, Braulio estaba de espaldas, ajustando unos focos, luces o qué sé yo, y lo tomé por un fotógrafo más de los tantos con los que ya me había topado. Sin embargo, cuando a los pocos segundos se dio la vuelta y lo vi de frente y me encontré con los ojos grises más bonitos que puedas imaginarte, quise salir corriendo de allí. Por supuesto, a ti no te extrañará en absoluto que, ante una situación como aquella, en la que yo, indudablemente, me encontraba en desventaja, quisiera huir cobardemente, puesto que tal comportamiento encaja a la perfección con lo que hubiera hecho hace quince años. Sin embargo, y no porque no sintiera la necesidad de ser la Verona que tú conoces, no tuve más remedio que quedarme y, delante de aquellos ojos protegidos por las cejas más espesas y perfectas que hayan podido crecer nunca en una cara, sentirme tan adolescente como puedas recordar, totalmente paralizada e inexpresiva ante la cámara fotográfica. Debido a ello, Braulio se vio en la obligación de tratar de romper un hielo sobre el que, perfectamente, podríamos haber patinado Arturo y yo antes de darnos aquel beso ficticio acerca del que te escribí.

Teniendo en cuenta lo guapísimo que era (no te puedes imaginar cuánto a través simplemente de unas pocas letras), me extrañó

muchísimo que tratara de mostrarse, además, agradable entre disparo y disparo. Decía «por favor» y «gracias» cada vez que yo intentaba borrar un inexpresivo gesto, e incluso se empeñó en hacerme reír varias veces, obteniendo solo un par de sonrisas nerviosas provocadas, a esas alturas, más por su excesivamente agradable comportamiento que por su desbordante belleza.

Y es que Braulio no es guapo; no, decir que lo es supone describirlo a medias. De espaldas es guapo; de lejos, es guapo, pero de frente es belleza pura, aunque te pueda sonar cursi leer la palabra «belleza» y sus derivados en referencia al físico de un hombre en lugar de al de una mujer. Sus ojos son, como ya te he dicho, grises, pero no de un gris normal, plausible en unos ojos, sino de uno plateado, tan brillante como el filo de una navaja. Su pelo, por otro lado, castaño oscuro, se deja caer hasta los hombros serpenteando ligeramente como virutas deshechas, fundiéndose a mitad de camino con una barba de pocos días que cerca unos prominentes y rosados labios que no parecen de carne. Es tan sumamente bello que te aseguro que me dio la sensación, que me la da aún a pesar de conocerlo desde hace tiempo, de no ser real. Y no solo porque su físico diste mucho del de un hombre corriente, sino porque fue, como ya te he dicho, excesivamente simpático conmigo el día que nos conocimos, teniendo en cuenta que yo me mostré totalmente antinómica a cualquier gesto de cordialidad. Y si yo fui tan poco afable y mi belleza estaba a siglos luz de poder compararse con la de él, ¿por qué me invitó a cenar al terminar la sesión de fotos? Nada más escuchar la invitación me pareció habérmela inventado de lo poco verosímil que era. ¿Por qué quería Braulio prolongar aquel horrible encuentro durante el cual yo me había mostrado totalmente impávida? Incrédula, así, pensando que todo era una alucinación, acepté su oferta, con el único aliciente de poder confirmarme durante la cena si, ciertamente, Braulio era un ser real capaz de comer. Mis dudas se esfumaron poco después frente a un

plato de pollo, comprobando a su vez que su masticar, además de totalmente humano, era más desmedido de lo que pudiera nunca haber sospechado y, a pesar de ello, no lo afeaba en absoluto. No, estaba igual de bello con las mejillas infladas por culpa de un trozo de pan que sonriendo con sus perfectísimos labios entre bocado y bocado. No disfruté, sin embargo, mirándolo de frente, solo para mí, como puedas suponer. Bueno, tú, conociendo mi parte más insegura, ya sabes que no lo hice. La imagen de mí misma en mi cerebro, agitando los dientes y con las mejillas infladas, no me permitió hacerlo; que no es que me supusiera mucho más guapa en comparación con él durante la sesión de fotos. No, en ninguna situación, ni tratando de poner mi mejor pose, podría igualar nunca en belleza a Braulio. La estampa de mí tragando una cucharada tras otra de flan, sin embargo, no debió resultarle tan espeluznante al proponerme, mientras recogía yo a duras penas un último trocito de flan que se resistía a ser engullido, ver algunas de sus fotos en su casa. Cuando por fin mi cucharilla logró pescar el esquivo pedacito, con la propuesta también sobre ella, me vi en la obligación de asentirla y aceptarla y afirmarla porque, ¿cómo iba a decirle que no a la belleza, a la simpatía, a la amabilidad y a todas las cualidades que pueden hacer a una persona atractiva para las otras? Ante esta pregunta retórica, tú, sin embargo, estarás cuestionándote contrariamente cómo pude decirle que sí. Porque la Verona adolescente, la que, aunque no quiera reconocerlo, tenía aún en la boca el sabor a caramelo del flan, nunca hubiera pensado ni tan siquiera muy superficialmente aceptar una propuesta de alguien como Braulio, tan exento de defectos, demasiado agradable y hermoso para ella, demasiado... Era él, el adverbio de cantidad, el que no dejaba lugar a dudas para la negación. Porque, ¿qué podía querer Braulio, teniéndolo todo en grados superlativos, de alguien como Verona? Contra una pregunta así yo podría defenderme diciendo que, para entonces, tenía ya mucho que ofrecer, pero me

estaría mintiendo. Por mucho que hubiera cambiado y adquirido cualidades que antes no tenía, en absoluto podían medirse en altura con las de Braulio; es más, las suyas, tan infladas, tan innatas, tan de serie, menoscababan las mías, demasiado novatas aún. Y, ¿para qué iba a querer yo tener a alguien al lado que hiciera tal cosa? Yo no podía ofrecerle nada a Braulio, pero ¿qué podía ofrecerme él? Al comprobar que la respuesta a esa pregunta era, sin duda, inseguridad (y por consiguiente una mayor presencia de la Verona pasada), dejé sobre la mesa la copa de vino que tenía en la mano, dispuesta a abandonar el bonito y amplio estudio en el que vivía Braulio y que, con su presencia, parecía estrecharse por segundos.

Al día siguiente, a pesar de mi inexcusable huida (no me molesté en inventarme un pretexto plausible; simplemente dije que tenía que irme), recibí una llamada suya. Por supuesto, yo no le había dado mi teléfono, ya que solo pensar en volver a tenerlo cerca o lejos suponía volver a sentirme minada, encogida, tan pequeña e insignificante como una pelusa.

¿O no? Estar a su lado realmente suponía hacerme sentir pelusa, ¿o más bien escoba? Porque yo nunca antes había gustado a alguien como él, un ser perfecto, utópico; y yo le gustaba, eso estaba claro. De no ser así no se hubiera molestado en invitarme a su estudio ni en conseguir mi número de teléfono ni en invitarme nuevamente a vernos. Por qué le gustaba, por otro lado, era algo casi inexplicable, algo que cualquiera, incluida tú, hubiera tomado por inventado. Pero era cierto, lo es aún, y podría darte una explicación del todo plausible a tal hecho.

Yo le gusté, o más bien le fasciné, porque no fui yo la que se dejó fotografiar con miedo y timidez la primera vez que nos vimos. Fue, muy al contrario, una Verona a la que solo le faltó el acné, rechazada por Raúl y por Arturo; una Verona capaz de provocar, por simple antagonismo, que todas las cualidades sociales, físicas y espirituales de Braulio se vieran hinchadas hasta el punto de estallar.

Montados los dos en su moto, unos minutos después, camino al restaurante, te aseguro que pude verlas totalmente reventadas, diseminándose como ovillos de polen, adherida yo a la espalda de Braulio de tal modo que no me costó nada sentir su pulso en la mía.

Tras concluir así con la invitación aún en el auricular, esperando una respuesta, que el único motivo que le había llevado a Braulio a buscarme otra vez era el mismo que le llevó a hacerlo la primera (su egolatría), acepté vernos nuevamente sin importarme ya si íbamos a comer o a hacer submarinismo.

Por supuesto no lo hice por una razón altruista. Yo le hacía sentirse bien consigo mismo, pero en absoluto provocaba él en mí el mismo efecto. ¿Qué podía aportarme él entonces, estarás preguntándote, además del hecho de poder vanagloriarme de haber logrado llamar la atención de alguien como Braulio? Celos, esa es la única respuesta. Con Braulio a mi lado era capaz de provocar esa reacción que nunca antes había estado a mi alcance. Nada más entrar en cualquier lugar en el que hubiera alguien capaz de mirar sentía sobre mí una fresca brisa de celos que me ponía la piel más de gallo que de gallina, hasta el punto de llevarme a alzar el mentón para mostrar mi encumbrada cresta. Tal vez entonces se preguntaran los ojos rebosantes de celos por qué diablos aquel ser tan soberbio me daba la mano o me acariciaba la espalda, y puede que incluso sacaran conclusiones que para nada se acercaban a la realidad, pero eso a mí, huracanada a esas alturas ya de envidia, no me importaba en absoluto.

Paseé orgullosa mi recién adquirida capacidad para despertar celos por todo París, *otelizando* a cualquiera que se cruzase conmigo, colgada de Braulio como un complemento más. ¿O era él el complemento? Sí, desde luego lo era él, y lo dejaba claro yo colgándomelo como un bolso, con su brazo sobre mis hombros, o como una riñonera rodeándome la cintura. De la última manera lo

llevaba cuando Arturo lo vio por primera vez durante la presentación de la novela.

Nada más encontrárselo y tener enfrente de él sus ojos, su pelo, su mandíbula, su barbilla y todas las preciosísimas partes de su cuerpo, le cambió el gesto (sonriente hasta entonces). Si a la belleza perfecta de Braulio añadimos además el hecho de que estaba este adherido a mí como una pegatina, puedo decirte que el gesto no solo cambió sino que se descompuso de tal manera que aún no se ha recuperado, como te relataré en mi próxima carta.

Verona.

29 de noviembre de 2013

Querida Verónica:

La última carta que te escribí tuvo tres protagonistas: mi novela, Braulio y los celos. Con respecto a la primera me alegra informarte de que ha recibido una acogida tan gloriosa como esperaba. Todos los críticos literarios están de acuerdo en afirmar que es una obra nueva en todos los aspectos en los que podría serlo: su argumento, su estructura, la forma de presentar a los personajes, el tipo de narrador... «Rompe completamente con la tradición y crea un nuevo tipo de literatura, de la misma forma que lo pudieron hacer los románticos o los surrealistas, en su época», dice una de las críticas, «en un momento en el que parecía que ya nada nuevo podía darse», termina diciendo. Me ha producido una satisfacción enorme leer un comentario como este (y como otros igual de elogiosos) porque precisamente eso es lo que cualquiera que escribe algo espera: que sea diferente a todo lo anterior. Y al escribirte esto no puedo evitar que se me escape una sonrisa irónica porque, precisamente por ser distinta, la Verona de hace años no gustó.

¿En qué circunstancias tiene validez lo diferente y en cuáles no? ¿Y si mi novela tampoco gusta por ser demasiado distinta? Puede que les guste a los críticos, pero ¿y si no sucede lo mismo con los lectores a los que no les preocupa en absoluto la tradición literaria anterior? No, eso es imposible; por supuesto que les gustará. Tiene que hacerlo a pesar de no parecerse a la mayoría. Tampoco Braulio se parece a la gente corriente y a todos les gusta. Sí, *Anáforas* les fascinará como lo puede hacer Braulio, como lo hizo cuando llegó a

la presentación con la cámara de fotos colgada de su cuello y una cobertura de despreocupación encima. Todos los ojos me dejaron a mí para mirarlo a él a medida que pasaba por su lado, clavándosele como vulgares y paticortas chinchetas. Por supuesto, hubiera sentido envidia hasta grados descomunales, por mí y por mi novela, de no haber terminado su camino Braulio a mi lado, con su cuerpo lleno de punciones invisibles, y de no haber sido yo y mi novela y nadie más los focos de atención del objetivo de su cámara. Pero así fue. *Anáforas* y yo nos convertimos en las protagonistas de cada disparo y cada ojo de Braulio, enquistados ellos en nosotras como las miradas del resto en él.

Tras los aplausos, que se extendieron en el tiempo hasta que a todos les empezaron a doler las palmas de las manos y no tuvieron más remedio que parar, Braulio dejó de acribillarnos con la cámara de fotos y me susurró al oído con su hermosa voz (a juego con el resto de su cuerpo) que la novela le encantaba. Tras agradecérselo yo con total sinceridad, me lo coloqué en la cintura, como ya te he dicho, muy bien puesto, con el brazo derecho estirado a lo largo de mi espalda y cada uno de los dedos de su mano flexionados lo suficientemente como para acoplarse al tamaño de mi talle. Así dispuestos lo exhibí por toda la sala, bajo los ojos siempre presentes de un Arturo al que los celos se le rebosaban hasta de las uñas. Las pobres tuvieron que pagar con su propia vida el hecho de que yo me dejara besar el cuello varias veces por Braulio, y el que prefiriera regalarle a él todas mis miradas sonrientes de novelista consagrada, dejando para Arturo solo unos cuantos posos de estas. Sin que él se diera cuenta, sin embargo, no dejé de mirarlo de reojo durante toda la velada. Y es que no tenía ninguna intención de perderme un espectáculo tan interesante como el que mi coqueteo ofrecía. Pude ver perfectamente así, además del voraz mordimiento de uñas cercano al canibalismo, la agitación de piernas y de manos de un lado a otro y de una copa a otra. Con tres o cuatro de estas de más

salió Arturo a la calle, a mi lado y al de Braulio, todavía cosido este último a mí, con la seguridad de que su tortura de celos acababa allí mismo, con Braulio caminando por una calle contraria a la nuestra. Yo sé bien, sin embargo, a fuerza de decepciones, que no es bueno creerse en la seguridad de nada, y quise aleccionar a Arturo. Por eso me disculpé con él y lo dejé, atónito ante mis enseñanzas, solo en la estrecha acera, incrédulo, mientras Braulio y yo nos alejábamos en la moto calle abajo. Recordando su cara de pasmado me dormí, con una sonrisa de satisfacción en la mía, una hora después de que Braulio me dejara en mi casa y él se fuera a la suya.

Porque no vayas a creer que ha habido entre nosotros nada más que los roces necesarios para provocar en los demás la envidia y los celos que tanto me gustan. No, ni siquiera nos hemos besado nunca en la boca, aunque tú, conociéndome ahora, hayas podido creer a lo largo de todas estas líneas en las que Braulio ha hecho acto de presencia que haya sido así. Y no porque él no haya querido, no. Ha intentado más de una vez besarme, llegando a utilizar incluso la técnica avasalladora de la que yo me valí con el profesor Alonso y que, en mi caso, pude evitar con una complicada acrobacia de esquive. No, entre Braulio y yo no ha ocurrido nada porque yo no he querido. Y no sabes la satisfacción que me produce saber que es así, que soy yo la que ha decidido todo y no él; que soy yo la que ha dejado siempre a Braulio con las ganas, con la imagen de un beso inventado en su cabeza, con la esperanza de que un día que no llegará nunca ese beso llegue a realizarse.

Por supuesto que me encantaría besarlo, besarlo y mucho más, pero si cualquiera de una de esas cosas sucediera, él ganaría más de lo que yo podría perder porque, ¿sabes hasta qué punto la imagen física de mí misma se vería mermada ante la belleza de Braulio? Él, prácticamente cincelado, haría que mi carne, en comparación con la suya, pareciera gelatina a punto de desmoronarse. No, nunca me desnudaría delante de Braulio y más teniendo en cuenta que el

hecho de no querer hacerlo le hace a él sentirse mal. ¿Sabes lo frustrante que debe ser para alguien como él sentirse rechazado? Recibe propuestas amorosas y sexuales cada vez que pone un pie en la calle; yo he sido testigo de ello. Y yo, muchísimo menos guapa y simpática y agradable que él (y mucho menos aún a su lado), he osado rechazarlo un número incontable de veces que se extenderá hasta el infinito. Porque yo nunca le perseguiré mendigando una mirada suya, como sí hizo Arturo con los ojos azules de Ingrid.

Negar que los ojos de Ingrid eran más bonitos que los míos sería pretender engañarme tanto a mí como a ti. Ya te la describí hace años con todo el detalle y el asco que me producía solo pensar en cualquier cosa que tuviera que ver con ella, y no voy a volver a hacerlo ahora. Sí te puedo confesar, en cambio, que la belleza de Braulio me recordó pronto a la de ella y, por consiguiente, a mí con quince años y empachadísima de celos. Unos celos que no tendrían nada que envidiar a los que le germinaron a Arturo por dentro nada más verme al lado de Braulio hace ya trece días, y que no han dejado de crecerle desde entonces.

Tal vez el hecho de que Ingrid sea como Braulio en su versión femenina me haya frenado a tener algo más con él... Porque yo detestaba a Ingrid. ¿Cómo no iba a hacerlo? Si tú no fueras la amiga que eres, me cuestionarías argumentando en contra de esta afirmación con pregunta retórica incluida, que la pobre Ingrid no hizo nada para que sintiera por ella tanto asco. Sin embargo, lo eres y sabes muy bien que hizo más de lo que se puede hacer sin hacer nada.

Su inacción con consecuencias llegó al límite el último día lectivo del tercer curso de secundaria, cuando no se le ocurrió otra cosa a su preciosa cabecita de frondoso pelo rubio que actuar en solitario, como bien recordarás. Solo con haber hecho acto de presencia sobre el escenario hubiera bastado para que la atención de padres, profesores y alumnos se adhiriera a ella como un rollo de celofán,

pero a la atractiva rubia le dio, como te conté entonces, por bailar, y no de cualquier manera. Pasó del *ballet* más técnico al *hip-hop* callejero sin descolocársele ni un mechón del moño, y todo ello enfundada en un ceñidísimo *maillot* que se le debió incrustar a Arturo hasta la retina (seguro que aún recuerda el color). Solo un empotramiento profundo pudo explicar el hecho de que, durante el curso siguiente, persiguiera a Ingrid como me persigue a mí Sigmund cuando quiere fervientemente que le rasque la barriga. Sí, está claro que la imagen de Ingrid bailando, embutida en un *maillot* que marcaba su perfectísimo cuerpo de quinceañera, debió calársele hasta bien adentro, no siendo capaces ni siquiera los meses de verano de hacérsela olvidar. Por su culpa tuve que ser testigo de un acoso hacia Ingrid totalmente improductivo, dado que los azulísimos ojos de esta estaban por entonces interesados en los casi negros de Ricardo. Por su culpa tuve que ver a un Arturo caricaturizado, tratando de ser más simpático de lo que era, más caballeroso de lo que era y se puede ser a los quince años, más engominado de lo que le podía quedar bien a su pelo...

Por supuesto, te mentiría si te dijera que la consecuencia que más me irritó, de todas las que provocaron el baile y el *maillot* de Ingrid, fue el hecho de que Arturo dejó de lado la naturalidad para tratar de convertirse en un monigote con aspiraciones a seductor. No, en absoluto me hubiera importado que se falseara a sí mismo para tratar de seducirme a mí. Lo que me molestó hasta el punto de odiarlo... ¿Llegué a odiar durante un tiempo a Arturo? Sí, por supuesto que lo hice. Lo odié durante todo el curso siguiente, durante todo el último curso en que lo vi por última vez. Y no fue solo Ingrid la causante de ello. Sería injusto culparla a ella de todo, aunque claramente sí tiene parte de culpa del sufrimiento que persigue a Braulio desde hace años al no poder yo corresponderle. Porque Braulio sufre y mucho.

Cada vez que se ha producido un reencuentro entre nosotros, a lo largo de los días que dura este, noto yo cómo va él floreciendo poco a poco, iluminándosele la esperanza al esperar que yo me deje caer de una vez por todas en sus brazos como lo haría cualquiera, como quiso hacer Arturo en el regazo de Ingrid. En cada despedida, sin embargo, percibo claramente su apagamiento al comprobar de nuevo que vuelve a ser rechazado por mí. Eso mismo le pasó la última vez que nos dijimos adiós tras acompañarme él a mi piso y, al comunicarme que volvía a París por trabajo, no encontrar en mí un gesto, una palabra o una mueca de tristeza. Muy al contrario, recibió toda la indiferencia y *gelidez* que fui capaz de expresar, por culpa en parte, como ya te he dicho, del *maillot* de Ingrid y de ella misma.

Porque si Ingrid no hubiera bailado como lo hizo, tampoco Arturo la habría perseguido tan fervientemente, por lo que el asco hacia ella y el odio hacia él nunca hubieran florecido en mí, siéndome mucho más fácil recibir a Braulio con los brazos y las piernas abiertas. Pero no fue así. Ingrid bailó y contra eso yo no puedo hacer ya nada salvo alimentar, con una dieta rica en nutrientes, los celos recién nacidos de Arturo de la misma manera que cebó él los míos con Ingrid y con Roberta.

Ya sabes que lo de Roberta me molestó aún más que lo de Ingrid, siendo ella la última culpable en esta pequeña lista de culpabilidad de que yo pasara, como en el dicho, del amor al odio, no en un paso pero sí en un solo curso escolar.

Y es que el hecho de que Arturo se sintiera atraído por Ingrid en lugar de por mí era normal, porque ni a mí me hubiera quedado tan bien un *maillot* ni sabía bailar; pero Roberta, ¿en qué me superaba ella? No era más inteligente que yo, al menos a nivel académico, como ya te he contado en más de una ocasión, ni tampoco más guapa, siendo totalmente objetiva. Sus modales, por otro lado, dejaban mucho que desear (rumiaba chicle a todas horas y los tacos nunca faltaban en su discurso) y no era, en absoluto, simpática ni

graciosa. ¿Qué vio Arturo entonces en ella? No pude responderme a esta pregunta hace catorce años ni puedo tampoco hacerlo ahora.

A Arturo, en cambio, no le costará nada saber qué puedo yo ver en Braulio. Porque él sí es endiabladamente guapo, correcto como una guía de protocolo, y tan gracioso y simpático como un elegante payaso.

Si lo pienso bien, Braulio le supera en todos los aspectos. ¿Se habrá dado cuenta de ello Arturo? No estaría bien que viviera en el engaño, que pensara que yo lo prefiero a él porque es mejor que Braulio. Tal vez debería hacérselo notar, hacerle bailar a Braulio con su propio *maillot*, ¿no crees?

Verona.

5 de diciembre de 2013

Querida Verónica:

Comienzo esta carta comunicándote que el baile particular de Braulio ya se ha producido y ha tenido sus efectos.

Como te dije en mi última carta, no me parecía correcto que Arturo no supiese con total certeza que las cualidades de aquel superan a las suyas tanto como el baile de Ingrid hubiera superado cualquier actuación mía. De mostrárselo con total claridad, por tanto, me he encargado a lo largo de estos pocos días en los que no te he escrito, así como de alimentar los desnutridos celos de Arturo.

¿Que por qué digo que estaban desnutridos? Porque lo estaban, y todo debido a que Arturo, como yo sospechaba, no se había percatado de la perfección de Braulio ni de su semejanza con Ingrid. Me di cuenta de ello nada más proponerle salir ambos con Braulio y aceptar él con total despreocupación. ¿Cómo no temía ni siquiera un poco las comparaciones? De ninguna manera hubiera aceptado yo pasear siquiera al lado de Ingrid, mucho menos ir con ella a una fiesta. Arturo, en cambio, no solo aceptó sino que se mostró contento con la idea de volver a ver a Dora, la directora de la obra de Lorca y anfitriona de la fiesta, y a un montón de desconocidos que, debía creer él, conseguiría encandilar con su simpatía. Menos mal que estuvo allí Braulio para sacarlo de una mentira tan tonta...

Yo por mi parte, para colaborar con la causa, le pedí a este que viniera a buscarme a mi piso, de manera que llegáramos los tres juntos, Arturo, Braulio y yo, a la casa de Dora y pudieran todos hacer las comparaciones con mayor facilidad. Allí nos presentamos

así, yo en medio de los dos, con la impuntualidad requerida en cualquier fiesta. Por supuesto, y como esperaba, Braulio acaparó todas las miradas nada más traspasar el umbral de la puerta, logrando hacerse también con cada par de oídos en cuanto comenzó a hablar.

Te aseguro que esa noche estuvo más simpático, amable, correcto y encantador que nunca, superando con cada gracioso giro y salto de tema los giros y saltos que pudo ejecutar Ingrid sobre el escenario escolar. Y yo, por supuesto, lo miré; lo miré con toda la atención que fui capaz de mostrar, tratando de emular en cada pestañeo los del Arturo de hace quince años ante la imagen de Ingrid bailando. Cuando cansada de mirar solo, me asenté al lado de Braulio con la disposición de convertirme en sedentaria durante todo el tiempo que pudiera durar la fiesta, los celos de Arturo ya mostraban michelines incipientes.

A esas alturas de la velada puedo decirte, por tanto, que había conseguido lo que quería. Sin embargo, no me sentía satisfecha, así que, aprovechando que en ninguna fiesta falta la música y por consiguiente el baile, dispuesta a traspasarle el asco que me despertó Ingrid a Arturo, le pedí a Braulio bailar a través de un susurro en su oído que pretendí que sonara como mucho más. Y así debió ser, porque Braulio me miró como cada vez que nos reencontramos después de mucho tiempo sin vernos, con los ojos muy abiertos y una sonrisa tan grande como un cielo sin nubes. Cogidos los dos de la mano nos hicimos un hueco, así, en medio del salón, y como atados por un cordel de tres vueltas bailamos una salsa tan pegados como me fue a mí posible, con la mirada de Arturo presente en cada contoneo, sintiéndose como una sombra oscura. Por si a este no le era ya más que fácil percatarse de nuestro baile, además, a los invitados no se les ocurrió otra cosa, cuando Braulio me agarró una pierna y la subió hasta su cadera, que parar

de bailar ellos y dejarnos solos en medio del salón, mojados de vítores que nos animaban a no parar.

Desde luego, la Verona que tú conoces nunca se vio protagonizando una escena como aquella, y más teniendo en cuenta que ella nunca fue protagonista de nada. Solo de imaginarme, por tanto, encorsetada en un círculo y contoneándome más que una bailarina de la danza del vientre, tiene que parecerte que no es de mí de quien te estoy hablando. No trates, sin embargo, al leer la escena, de ponerme una cabeza o un cuerpo distintos a los míos, porque te aseguro que fui yo la que despertó los celos de Arturo a pesar de que, sinceramente, si yo fuera tú, también me costaría imaginarme inmersa en semejante acción. Una acción que dio unos frutos totalmente inesperados pero que, en el fondo, yo quería que cayeran del árbol desde el mismo momento en el que hicimos los tres nuestra entrada en la fiesta.

Las circunstancias se precipitaron en el momento en el que noté el aliento caliente de Braulio sobre mi cuello. Fue entonces cuando, sin saber cómo (tenía la mirada puesta en la lámpara del salón, demasiado lacrimosa, por cierto, para mi gusto) me vi separada violentamente de él, encontrándolo, cuando dejé de mirar la lámpara, tirado en el suelo y golpeado por Arturo. Por supuesto, me asusté ante tal escena, y más aún cuando las tornas giraron y fue Arturo el golpeado por un Braulio mucho más corpulento que él. Me asusté pero no hice nada para impedir que la pelea continuara, y no solo por miedo a salir dañada al tratar de separarlos, sino porque, al verlos a los dos en el suelo peleando como animales, sentí un malévolo placer.

Ya, ya sé que sentirse adulada por el hecho de que dos hombres se peleen por una como si fuera un trofeo a ganar, una cosa capaz de ser propiedad de alguien, revela una actitud totalmente machista por mi parte que, te aseguro, me sorprende y avergüenza mucho. Sin embargo, y siendo totalmente sincera, no pude evitar, como ya te he

dicho, no sé por qué, que me agradara el hecho de sentirme como un premio a conseguir por parte de dos hombres, aunque tal circunstancia me deshumanizase.

Mi satisfacción se vio acrecentada, además, por el desenlace que tuvo la pelea, al quedar Arturo tan marcado por fuera como lo estuve yo por dentro durante tantos años. ¡Si le hubieras visto! Parecía un boxeador después de un combate perdido. Braulio, sin embargo, apenas quedó señalado por un par de golpes.

Los tres, yo en medio de los dos combatientes, al igual que cuando llegamos a la fiesta, abandonamos el lugar cuando la pelea comenzó a hacerse insostenible, con toda la atención puesta sobre nosotros, para continuarla verbalmente en la calle bajo la luz de las farolas tintada con colores sainetescos. Una pelea entre ellos que dejó pronto de lado los reproches para bañarse en ruegos.

Braulio, deteriorado pero igual de guapo que siempre, no dejó de decirme que me fuera con él a su piso, que Arturo era un salvaje por haber empezado la contienda, que no sabía controlar sus celos (que al iniciarse el altercado debían de estar ya obesos), que temía que me agrediera a mí también y, sobre todo, que él me amaba como yo ya sabía; mucho más, según él, que Arturo. Este, por su parte, con un rostro cada vez más hinchado por los golpes y teñido de un rojo seco, se puso de rodillas (supongo que además de porque quería dar más pena, porque las fuerzas le flaqueaban) y me pidió perdón mil veces (o puede que incluso más, no llegué a contarlas) por haber iniciado la pelea; me aseguró, con las manos juntas como rezando, que él no era violento, que todo lo habían provocado unos celos que no traía él de serie; me dijo, entre «perdón» y «perdón», que Braulio tenía la culpa de todo, que se había propasado conmigo, y fue entonces cuando la pelea dejó de ser verbal para retornar nuevamente a sus orígenes primitivos. Con los dos prodigándose puñetazos y patadas abandoné la escena, aburrida de verles sangrar.

Al día siguiente mi teléfono sonó tantas veces que a medianoche el pobre estaba ya afónico y mi oreja, aturdida de tanto escuchar. Y es que las charlas de ambos, tanto de Braulio como de Arturo, con sus «lo siento» lacrimosos y sus «yo te quiero más» fueron tan poco originales y repetitivas como esperaba. Lo que no esperé de ningún modo, o tal vez sí ahora que lo escribo, por ser lo más lógico, fue que Arturo me echara en cara el hecho de no pararle los pies a Braulio.

Nada más escuchar semejante reproche me vino a la cabeza la diferencia entre la relación de Arturo e Ingrid y la mía y la de Braulio, iluminada por un enorme foco rojo. Mientras Arturo, con su gravosa insistencia, solo consiguió un absoluto desdén por parte de Ingrid, yo, con el sutil interés recriminado por él, había logrado que Braulio me correspondiera ilimitadamente. Al darme cuenta, por tanto, de que los celos de Arturo tenían una doble vertiente, solo pude responder a su reproche negando cualquier interés mío hacia Braulio, hecho que aún irritó más a aquel.

No creas, sin embargo, que el enfado a Arturo le ha durado mucho, ni que le ha impedido seguir rogándome que le elija a él y no a Braulio. No, le ha durado lo suficiente como para darme opción a mí a seguir como una buena ama de cría, alimentando sus rechonchos celos.

Hace tres días, así, sin ir más lejos, después de uno entero sin querer ver a ninguno de los dos, quedé con cada uno de ellos sin que el otro lo supiera y aceptaron ambos sin oponer ninguna resistencia.

A Braulio lo cité un poco antes que a Arturo, de manera que pudiera vernos este ya juntos nada más entrar en el restaurante. Yo misma me ocupé de elegir una mesa bien visible desde la entrada en la que nos encontró, al lado de un ramo de flores, a Braulio y a mí cogidos de la mano. Con las suyas vacías y un mohín de enfado, se colocó Arturo ante nuestra mesa, quieto como una estatua. Braulio,

por su parte, con un gesto de sorpresa en la voz y la barbilla levantada, me agarró las manos con más fuerza nada más verlo, para preguntarle a continuación qué demonios hacía él allí. Arturo respondió a su pregunta diciendo que los que no tenían nada que hacer en el restaurante eran él y su ridículo ramo de flores para aclararle a continuación, con la cara de Braulio ya a su altura levantada de su asiento, que era yo quien lo había invitado. Metida a esos niveles de la discusión ya en escena, sin levantarme en ningún momento, les pedí a ambos entonces que se sentaran, que tenía algo muy importante que decirles y las cosas importantes, como todo el mundo sabe, no se dicen de pie. Recelosos, obedecieron, y al tenerlos frente a mí esperando una respuesta definitiva de elección por mi parte, me dio mucha pena tener que dejar de jugar con ellos a los pretendientes celosos.

Y es que no te puedes imaginar cuánto me divierte interpretar el papel de Desdémona, teniendo en cuenta lo que me gusta actuar y el hecho de que mi Otelo sea Arturo. Por eso, y porque era una pena dejar anémicos de golpe unos celos que tanto me había costado cebar (bueno, no tanto), decidí postergar una elección que ya estaba tomada (y en la que las dos sabemos que Braulio tiene las de perder) y mentir a ambos diciéndoles que necesitaba más tiempo para decidirme por uno solo.

Amplié mi discurso afirmando que ambos me gustaban mucho; que Braulio (quien me miró nada más terminar de pronunciar su nombre con unos suplicantes y preciosos ojos grises) me había demostrado ampliamente lo importante que había sido para él durante los últimos años, manifestando una constancia fuera de lo corriente. Le dije, como si no lo supiera ya él, que tenía todo lo que le podía gustar a cualquiera y que me sentía muy halagada por su interés hacia mí.

A Arturo, cuya espalda a esas alturas de mi discurso mostraba ya una curvatura de perdedor, le aseguré, por otra parte, que su

reencuentro había supuesto una muy grata sorpresa para mí, sin confesarle, por supuesto, hasta qué punto realmente lo era (¿no creerás que iba a decirle que llevaba enamorada de él dieciséis años?).

Me declaré así a los dos, sin declararme a ninguno, dejando en el cargado aire de colonia del restaurante (cuyo culpable creo que era el camarero con su ir y venir de mesa en mesa) una elección que aún dista de ser definitiva. Y es que cada vez me dan más ganas de dejar plantado a Arturo. Sí, ya sé que sería una completa estupidez el hacerlo, tanto como el sencillo hecho de pensarlo. No sería lógico ni cabal dejar ir algo que llevo catorce años esperando que llegue, pero en el mundo de los sentimientos la sensatez carece de poder de gobierno. No, los sentimientos, con su irracionalidad y falta de previsión, solo pueden dejarse gobernar por la locura. Por eso, aunque sea un completo desvarío dejar a Arturo, a mi primer amor, al causante de estas cartas y de las que las precedieron, por Braulio, no puedo evitar sentir unas irrefrenables ganas de hacerlo. ¿Te imaginas cómo se sentiría Arturo si lo hiciera? Desde luego mucho peor que como me sentí yo al ser ignorada totalmente por su atención para centrarse toda ella sobre Ingrid. Pero ¿se sentiría igual, al menos, que yo cuando su atención despechada buscó consuelo en Roberta? No lo creo.

Verona.

15 de diciembre de 2014

Querida Verónica:

Se acerca la Navidad y, como cada año, no me parece que hayan pasado los días suficientes como para ver de nuevo la televisión atestada de anuncios de juguetes y los escaparates empachados de turrón. Sin embargo, así ha sido, y yo, para no ser menos, ya he plantado el árbol sin raíces, a reventar de espumillón, en medio de la sala de estar. Bajo él está ahora mismo Sigmund mientras te escribo esta carta, más colorido que un arcoíris con las luces de las bombillas reflejándose en su pelaje blanco. Al verlo así, tan luminiscente como una máquina tragaperras, no puedo evitar acordarme de Raúl y su pedida de mano hace ya seis Navidades. Entonces no pude evitar decir que sí, como ya te conté, y pasar la Nochebuena, la Navidad y las fiestas colindantes en un empalagoso mazapán de aparente felicidad amorosa, pero este año me he propuesto dejar de lado cualquier deslumbramiento. No, estas Navidades no tengo ninguna intención de ablandarme como un polvorón y regalar felicidad al prójimo, aunque este se llame Arturo y haya pasado catorce fines de año sin él. Por eso, y a riesgo de comerme las doce uvas en su ausencia una vez más, siguiendo la idea que tan contundentemente, y vestida con camisa de fuerza, me rondaba por la cabeza en mi última carta, he roto con Arturo para darle un sí a Braulio.

La decisión de hacerlo se precipitó nada más escribir mi nombre al pie de la carta y reflexionar sobre las líneas finales de esta. Bueno, más que reflexionarlas las reanimé y todo sin ningún tipo de

esfuerzo, a pesar de haber permanecido en coma durante catorce años. Es lo que tienen los recuerdos infantiles y adolescentes, que se pegan al cerebro como una calcomanía imposible de borrar, a pesar de que pase mucho tiempo e irrumpan en la cabeza instantes nuevos dispuestos a ocupar su sitio. Lamentablemente, por muy propensos que lleguen éstos a querer ser recordados, nunca logran la adherencia de los recuerdos viscosos de los catorce y los quince años. Por eso, tras releer los nombres de Roberta y de Ingrid, sin poder evitarlo, en una cruel retrospección, me vi de nuevo siendo ignorada por un Arturo imberbe que esquivaba mis ojos para buscar los de ellas, que nunca me elegía para formar parte de su equipo de baloncesto, que bailó con todas las chicas excepto conmigo en cada fiesta de cada curso, que me omitió sin permitirme fijarme en su cerebro como él se cinceló en el mío.

Con una masa de fotogramas del pasado en mis ojos y un cúmulo de angustia resucitada en mi garganta, descolgué el teléfono así y cité a Arturo para el día siguiente. Por supuesto, no le dije, ni siquiera veladamente, que el motivo de la cita era dejarlo más plantado que mi árbol de Navidad, con raíces y todo; eso debía decírselo en persona, mirándome él a la cara como no lo hizo nunca durante los dos años que compartimos aula, con la solemnidad requerida y la misma morosidad con la que voy a relatarte el momento en esta carta, sin omitir detalle alguno. Porque no todos los días se pierde, por voluntad propia, lo fervientemente añorado a lo largo de catorce inviernos.

Te diré, por tanto, que Arturo llegó a la cafetería en la que yo lo cité exactamente media hora antes de la señalada según me confesó nada más sentarme, impuntualidad que me impidió adelantarme a él e imaginar la escena de nuestra ruptura, algo que me apetecía mucho hacer. No me gustó nada así toparme con sus ojos buscándome en el mismo momento en el que crucé el umbral de la puerta, aunque me halagó su apremio por verme, que quedó más

que manifiesto a través de una sucesión de gestos nerviosos impropios en él. Decirte que se mostró torpe sería decir poco. Se tropezó con su propia silla, con mi pierna, con la copa de vino y con todo lo *tropezable* que pudiera haber en aquella mesa, la cual, sin saberlo aún, iba a ser pronto testigo de una pérdida voluntaria tras catorce años de búsqueda.

Pero la torpeza de Arturo no fue la única que lo acompañó a la importante cita, no; vino de la mano, como yo no esperaba a pesar de ser lo más esperable, de la misma caricaturización que mostró hace quince años y de la que te hablé en una anterior carta. Esa que le afloró Ingrid y su baile y, por lo visto, yo también sin proponérmelo ni desearlo, pero que me facilitó muchísimo llevar a cabo un propósito que se me mostraba un tanto arduo. Porque puedes imaginar que no fue nada sencillo para mí sentarme frente a Arturo para dejarlo ir; no, y por si no lo era ya de por sí, mucho menos me lo facilitó su atolondrado comportamiento inicial, absolutamente enternecedor. ¿Cómo iba a decirle que lo dejaba solo, teniéndolo enfrente empapado de vino? De lo único que me daban ganas era de llevármelo a casa, quitarle la camisa sucia y abrazarlo hasta que se me durmieran los brazos. Pero el hecho de que se pusiera de repente a hablar tras levantar la copa ya sin vino, como un mal actor tratando de ser gracioso cuando no lo ha sido nunca, y se recolocara el pelo y el reloj y me dijera cursiladas tales como que yo era la mujer de su vida y me pusiera la misma cara de ruego que le puso a Ingrid tantas veces, exactamente la misma, con los ojos entornados y un pequeño pliego en el ceño, me llevó a desear dejarlo manchado de vino para siempre.

Con la decisión más que tomada a esas alturas de la cita de dejarlo sucio y *desabrazado*, sin ningún tipo de concesiones, decidí preparar el terreno antes de enterrar sus raíces en la tierra. Para abonar esta opté por hacerle creer que lo había citado para confirmarle que él, y solo él, era el elegido. Y lo mejor es que no tuve que mentir para

hacerlo. Le dije lo que las dos sabemos ya de sobra: que era lo que he siempre he esperado, aunque él, por supuesto, interpretó el comentario de manera metafórica y no literal. Le dije que me parecía muy atractivo, sin decirle que ya me lo pareció hace dieciséis años; que me encantaba su sonrisa, sin confesar que la primera vez que la vi supe que ninguna otra podría hacer que se parara el mundo; que era encantador, sin revelar que fui yo la que quedó encantada por él hasta el punto de necesitarte a ti y a un batallón de cartas como refugio, hasta el punto de considerarlo mi primer amor.

Tras esta última arada, tan incompleta como las anteriores, con unas ganas irrefrenables de completarlas todas y un miedo represor sirviendo de dique, el nombre de Braulio hizo su entrada en escena. Pronunciarlo me costó, no te imaginas cuánto, después de hacer un inventario completo en mi cabeza de todo lo que me fascinó y fascina de Arturo. Pero la decisión de abandonarlo estaba ya tomada y no podía echarme atrás, aunque, por supuesto, la Verona que tú conoces sí lo hubiera hecho. Ella, tras confesarle a Arturo hasta las comas de cada una de las cartas que te he escrito, vaciándose toda de su amor por él, se hubiera olvidado del porqué de aquella cita, pero yo no. Yo no fui a aquella cafetería para declararle a Arturo que lo amaba desesperadamente desde hacía dieciséis años, sino para decirle que no lo quería más en mi vida, que lo dejaba solo para, nuevamente, perderse en el vacío en el que había estado durante catorce años, para decirle que prefería a Braulio; que lo prefería porque él me conocía mejor, porque nunca me había dejado perderme y porque elegirlo suponía hacerle sentir a Arturo algo parecido a lo que sentí yo cada mañana viéndolo llegar al instituto asido de la mano de Roberta. Por supuesto, estas tres razones las omití, quedando un hueco lleno de silencio en su lugar, un silencio que Arturo interpretó como una ausencia de motivos por mi parte para convertir a Braulio en una opción mejor que él. Menos mal que pronto lo saqué de su error elaborándole una dilatada lista de las

cualidades de Braulio. Nada más terminarla (solo por puro cansancio y no porque no pudiera alargarla más), Arturo no tuvo más remedio que darse por vencido y, por consiguiente, resultarme a mí de nuevo tan tierno como en el momento en el que se manchó la camisa de vino.

No sabes qué ganas me dieron entonces de decirle que todo había sido una broma, que la perfección de Braulio era tan insufrible como la imperfección más imperfecta, y que él, con su falta de gracia y su torpeza y su ceño arrugado, estaba muy por encima de aquel. Pero tuve que callarme. Me mordí la lengua, literalmente, y agarré mi copa de vino con desesperación, clavándole las huellas dactilares hasta lo más profundo del cristal. Di un trago largo y con el vino perdiéndose esófago abajo, abandoné la cafetería y a Arturo.

Ya en la calle, mientras me colocaba la bufanda y los primeros copos de nieve del día se me pegaban a las mangas del abrigo, me acordé del día en que tomé la decisión de irme a París.

Ese día, de hace ya diez años, mis padres, tan confiados de mi falta de determinación como Arturo de mi amor por él, me miraron con la misma incredulidad que este cuando salí de casa arrastrando la maleta. La única diferencia entre la situación que viví con ellos y la que he vivido con Arturo, además de la ausencia de manchas de vino en las respectivas camisas de mis padres, fue la causa que me llevó a sustituirlos.

En el caso de Arturo ya sabes que ha sido mi solidaridad por hacerle sentir tan despreciado como me sentí yo lo que me ha hecho reemplazarlo por Braulio. Con respecto a mis padres fue la necesidad y nada más, una necesidad alargada, punzante, cuadriculadamente inevitable, pura y tan blanca como la nieve que caía mientras recordaba la cara de Arturo y su copa vacía, la que causó mi huida a París.

El desencadenante, por otro lado, de llevarme a comprar un billete solo de ida y a meter en una maleta, precipitadamente, toda la ropa

y libros que me cupieron, fue, sin duda, el insufrible amor que se profesaban mis padres.

Desde que tengo uso de razón mis padres han sido más que padres dos enamorados, convirtiendo el amor en el protagonista de sus vidas, y la cuestión es que yo, al ver desde niña a ambos tan enamorados, nunca pude tomarme tal hecho, el amor, sino como algo cotidiano y, por tanto, muy alejado de lo accidental, llegando al extremo de creer que lo que sentía el uno por el otro era algo corriente, algo que podía sucederle a cualquiera, algo insoportable para los que nunca han sido queridos como ellos. Y por eso llegó un día en el que necesité apremiantemente salir de aquella casa con olor continuo a enamoramiento. Necesitaba respirar lejos, muy lejos de allí, tanto como para olvidarme de que un amor así existía. Por eso tuve que sacar de su cuenta del banco (yo no tenía ninguna propia) todo el dinero que, según mis cálculos, podría necesitar para comprar el billete de avión y sobrevivir durante unos meses, y dejarlos atrás para vivir mi vida, la vida de Verona, aunque la que tú conociste en absoluto hubiera logrado reunir el valor suficiente como para renunciar a la comodidad que mi hogar me había ofrecido hasta entonces. Ella, por el contrario, hubiera tomado el insufrible papel de observadora del amor e hija sobreprotegida que le había venido rodado como una inmensa bola de nieve tan blanca como la que me caía encima mientras recordaba la cara de Arturo y su copa, sin proponérselo siquiera, porque ella no era capaz de proponerse nada. Ella, que en ese entonces tampoco hubiera besado al profesor Alonso unos años antes, ni hubiese comenzado a estudiar Filología Francesa porque de ningún modo se decidiría nunca a ir a Francia, se hubiera encerrado entre las muchas paredes de la casa de sus padres para no escribir nunca su vida, para dejarla en blanco, para esperar a que se le consumiera mientras la Verona que tú no conoces ejercía de maga en varias salas de variedades de París.

Mi incursión en la magia fue totalmente casual. Cuando los primeros meses parisinos pasaron y el dinero que me llevé empezó a disminuir, no tuve más remedio que plantearme alguna manera de conseguir aumentar mis cuentas. Tenía muy claro, sin embargo, que no estaba dispuesta a esclavizarme a un trabajo como cualquier adulto más. Lo ideal, pensaba, sería poder sacar de una chistera un montón de euros de colores que se derramaran en cascada por el suelo de mi adorable buhardilla, por arte de pura magia. Fue entonces cuando se me ocurrió que lo único que podía hacer en mis circunstancias era convertirme en maga.

El problema era que ni tenía chistera ni sabía siquiera cómo sacar de ella un conejo, mucho menos una cascada multicolor de billetes. Por eso no tuve más remedio que gastar un poco del poco dinero que me quedaba en una entrada para ver a Le Grandiose Philippe, uno de los magos más admirados de París. Recuerdo que asistir a su espectáculo fue una experiencia que sobrepasó en límites inesperados lo mágico.

Llegué al pequeño teatro en el que actuaba como llega una alumna el primer día de clase, con muchas ganas de atender y no perder ningún detalle. Con el paso de los minutos y la sucesión de trucos, sin embargo, mi atención quedó sublimada totalmente.

Le Grandiose Philippe tenía una habilidad fuera de lo corriente para provocar que el espectador saliera de sí mismo para marcharse donde él quisiera, a un mundo de exquisito terror o de almibarada belleza, pero sobre todo a un mundo de incredulidad. Y todo gracias a los dos instrumentos propios de cualquier mago sin pretensiones de parecer nada más: una chistera y una varita. A ambas pude observarlas con meticulosidad cuando terminó el tercer espectáculo suyo al que asistí. En el primero de ellos me limité simplemente a observar y a tomar todos los apuntes mentales que su actuación me permitió. En el segundo, en cambio, me presté voluntaria para formar parte de ella.

A Le Grandiose Philippe le gustaba que el público fuera un elemento más de su espectáculo, por lo que siempre pedía que varios espectadores subieran al escenario para ayudarle en sus trucos o para convertirse en uno de ellos, como fue mi caso. Te puedes imaginar que mi intención al levantar la mano y dejar atrás mi asiento no fue en un principio acabar siendo un experimento más del mago, sino tratar de ver los resortes de alguno de sus trucos desde cerca, pero te aseguro que la experiencia, aunque me dejó igual de ignorante que antes de prestarme voluntaria, mereció la pena.

Nada más subir al pequeño escenario (no mediría más de unos cinco por dos metros cuadrados) y hacerle frente, desde las alturas, al público apiñado en sus butaquitas verdes, llenos de ansia por que sucediera pronto lo inesperado, lo sorpresivo, supe que no me había equivocado al tomar la decisión de convertirme en maga. El verme minutos después sobrevolando toda la sala sin saber cómo, sobre un montón de bocas entreabiertas de sorpresa que parecían esperar a ser pescadas, me confirmó que cualquier esfuerzo por lograrlo estaba justificado.

¿Sabes lo que se siente al volar, al volar de verdad? No, claro que no lo sabes. Tendrías que haber volado tú para saberlo porque yo me veo incapaz de describírtelo. Sí puedes suponer que es como la libertad de pensamiento convertida en física; como sacar de tu cabeza una idea totalmente *inmaterializable* y hacerla materia pura, visible y palpable; como expirar una intensa bocanada de aire lentamente. Y yo lo hice, de verdad que lo hice, por obra y gracia de un truco de magia de Le Grandiose Philippe; un truco del que no logré atisbar, lamentable y afortunadamente, ni una muesca de sus ingredientes, saliendo del teatro sumida en el vuelo que hacía unos segundos había ejecutado, e inconsciente de mi aterrizaje.

Tras el tercer espectáculo del mago, sin embargo, como ya te he dicho antes, me sumergí en las entrañas del truco que presentó

aquella noche y de otros muchos, no quedando para mí oculto ni uno solo de sus resortes.

Te estarás preguntando ahora por qué Le Grandiose Philippe me mostró a mí, una espectadora más, sus secretos de magia. Ante esta duda tengo que confesarte que lo cierto es que no me resultó nada fácil que lo hiciera y que, de haber sucedido lo contrario, me hubiera decepcionado mucho.

¿Qué clase de mago hubiera sido de haber ido por ahí alcahueteando sus secretos de magia? No, Le Grandiose Philippe se resistió tanto como pudo a hacerlo cuando, a la salida del teatro, tras confesarme acérrima fanática admiradora de él, me agarré a la falda de su chaqué para impedirle marcharse. Se siguió resistiendo después de camino a su casa, montado en bicicleta y haciendo eses por culpa de mi taxi, lo suficientemente pegado a él como para permitirme a mí seguir acosándole. Y dejó de resistirse ya ante la puerta de su casa, deliciosamente enladrillada en amarillo y coronada con una larguísima y afilada chimenea, cuando le juré por Houdini que lo único que me importaba en la vida era ser maga. Tras mi falso juramento, abrió la puerta, también amarilla, de su casa y me dejó entrar.

Podría hablarte ahora de lo que sucedió dentro, de cómo me enseñó a hacer volar a cualquiera, incluso a ti si quisiese, o explicarte lo sencillo que puede ser sacar un tigre, y no un conejo, de una chistera, pero la casa amarilla de Le Grandiose Philippe merece una descripción y una carta entera.

Verona.

17 de diciembre de 2013

Querida Verónica:

Ya ves que apenas he tardado un par de días en volver a ponerme delante del teclado e iniciar una nueva carta; y no porque tenga necesidad de hablarte de Arturo, dejado y abandonado en vísperas de Navidad, más solo que la pobre vendedora de fósforos del cuento, no. Vuelvo a escribirte con tanta premura para concederle a la casa amarilla de Le Grandiose Philippe la carta prometida que se merece.

Como ya te dije hace dos días, la casa entera del mago estaba enladrillada en amarillo y amarilla era su puerta. Amarillas también eran las tejas de su tejado y amarilla esperé yo que fuera su entrada. Por eso me sorprendió tanto encontrar, nada más abrirse la puerta, unas paredes tan negras como una pupila, a juego con las baldosas del suelo, extendidas hasta no supe dónde. Porque la casa amarilla (solo por fuera) del mago, a pesar de parecer minúscula vista desde la calle, parecía no tener fin una vez que te sumergías en ella. Caminar por su pasillo de entrada, así, en cuyas baldosas pude verme reflejada en todo momento, como una Verona dada la vuelta, fue como caminar por el universo infinito, vacío y negro. En un momento dado, tras varios minutos viéndome bocabajo reflejada en las baldosas, se me ocurrió darme la vuelta para comprobar cuánto nos habíamos alejado de la puerta amarilla y, para mi sorpresa, no pude encontrarla. La oscuridad del pasillo se la había tragado como si fuera un melocotón y tuve miedo, durante unos instantes, de que también me tragara a mí. Menos mal que Le

Grandiose Philippe espantó pronto mi temor al abrir una puerta blanquísima que apareció, por arte de magia, a uno de los lados del pasillo. Tras ella, con el susto ya pasado, me encontré, aunque no lo creas, con una habitación tan infinita como el pasillo mismo. Las paredes se extendían hasta perderse más allá de mi vista, pareciendo el suelo un prado abierto florido de cachivaches. Lo mismo podías encontrar allí un dado octogonal de más de un metro, que una pecera tan pequeña como un dedal en la que nadaba una hormiga verde. Con la boca tan abierta como un *hoolah hoop* dejé revolotear mi mirada de un objeto a otro mientras Le Grandiose Philippe me confesaba que aquella era su fábrica de trucos, un lugar sacrosanto para él y en el que solo había dejado entrar, aparte de a mí, a otras dos personas por vernos a las tres en la mirada el verdadero deseo de convertirnos en magos. Yo le miré entonces con los ojos tan de maga como me fue posible, mientras sobrevolaba mi cabeza una inmensa moneda tan brillante como el sol.

El techo de la fábrica de trucos no era, como tal vez esperabas, especialmente alto; cualquier habitación corriente igualaba sus dimensiones, pero el hecho de que en él hubiera un espejo ampliaba visualmente, de manera considerable, su altura, además de permitirme ver repetidas la moneda voladora (que seguramente había salido de alguna oreja gracias a Le Grandiose Philippe) y a mí misma coronada unas horas después con la chistera que todo mago merece.

Mi entronización fue tan espectacular como puedas imaginarte, y me permitió conocer otros recovecos de la casa del mago. Para ganar mi chistera tuve, en primer lugar, que jurar ante él que nunca revelaría ningún truco a nadie salvo a los futuros aspirantes a mago. Tras el juramento, con la chistera ya puesta, Le Grandiose Philippe me condujo hasta el salón de la casa, para lo cual tuvimos que salir de la sala de los trucos y volver a perdernos por el oscuro pasillo. Después de un par de minutos andando por él, que me parecieron

muchos más, llegamos a una habitación sin puerta de dimensiones limitadas que albergaba un enorme columpio, este sí, amarillo. En él se subió el mago para balancearse hacia arriba y hacia abajo, hacia arriba y hacia abajo, cada vez más convulsamente hasta alcanzar una estantería situada casi a la altura del techo, mucho más alto este que el de la fábrica de trucos. De ella tomó una varita negra con los bordes blancos que te será fácil relacionar con la más clásica de entre todas las varitas de mago. Después se bajó del columpio de un salto y me hizo entrega de ella con la seriedad requerida. Yo la cogí con mucho cuidado por miedo a que se me cayera y que, al hacerlo, surgiera de ella un truco que me convirtiera, tal vez, en un pato o en un cogollo de lechuga.

Con la imagen de mí plagada de hojas verdes apelmazadas me surgió la curiosidad de saber qué comía un mago y, por consiguiente, cómo era su cocina. Para saciar mi inquietud, y aprovechando que Le Grandiose Philippe acababa de recibir una llamada telefónica y me había dejado sola junto al columpio, salí de la sala amarilla en busca de dicha estancia.

Tras solo tres pasos dados tuve mucho miedo de perderme en el pasillo negro y los arrepentimientos comenzaron a recorrerme igual que una enredadera envuelve una pared. Menos mal que la cocina, en ese momento, vino a mi encuentro. Se me presentó tan amarilla como la fachada de la casa, el techo y el columpio, y repleta de comida. ¿Qué clase de comida?, te estarás preguntando como me lo pregunté yo hasta el punto de salir en busca de una respuesta, sin miedo al pasillo negro. Tal vez intentes contestarte a través de alimentos de naturaleza fantástica del tipo filetes de manzanas azules o sopa de asteroides dulces, pero yerras en tu respuesta, te lo aseguro. En medio de aquella cocina azulejada en amarillo descubrí que lo que verdaderamente come un mago es conejo y paloma, nada más, por ser lo único comestible que se podía encontrar en ella; eso sí, en cantidades exorbitantes.

Se me mostraron así palomas escabechadas en una cazuela junto al fuego, palomas confitadas en una bandeja sobre la mesa; sobras de palomas fritas en el frigorífico, polos de paloma (con sus picos y todo) en el congelador, palomas asadas girando en el horno, mareadas, y mucho conejo. Conejo con tomate bullendo en el fuego, conejo con patatas en una fiambrera, conejo en salsa junto a la radio encendida, conejo congelado y descongelado, pastel de conejo, con orejas y rabo, conejo encebollado, tortilla de conejo, arroz con conejo, sopa de conejo, y más palomas, palomas por todas partes. De verdad te digo que en mi vida había visto tanta comida junta y tan poco variada, pero, a su vez, tan lógica. Porque, ¿qué podía hacer Le Grandiose Philippe con el excedente de conejos y palomas, fruto de sus trucos más clásicos y, por tanto, básicos en cualquiera de sus actuaciones, sino comérselo? Sin duda, un mago considerado como tal no podía alimentarse de otra cosa. Tras llegar a una conclusión tan básica y, por tanto, irrefutable, se me presentó un problema inmenso y amarillo: ni el conejo ni la paloma me han gustado nunca lo suficiente como para pasarme mi vida entera de maga alimentándome solo de ellos. Tenía que buscar alternativas.

Una, en apariencia, la más plausible, pensé que podría consistir en sustituir a ambos animales por tigres o elefantes en mis trucos. Tras proponerle mi idea a Le Grandiose Philippe (ya fuera de la cocina, por supuesto, y sin saber él que me había dedicado a fisgar su casa en su ausencia), este, sin objetar nada, me dio las pautas para sacar a aquellos de una chistera con la misma aparente facilidad con la que sacaba él conejos y palomas. Sin embargo, tras echarle una profunda ojeada a mi varita de mago me di cuenta de que resultaría muy pretencioso por mi parte realizar una variación de tal envergadura en un truco tan tradicional como el de sacar animales de las chisteras, además de que, bien mirado, no resultaría práctico en absoluto.

¿Qué podía hacer yo con un tigre o un elefante? Comérmelos no, por supuesto, y llevármelos a casa después de la actuación tampoco. No podría pasearme por las calles de París con ninguno de los dos ni tampoco cabrían en mi maletín de mago. Además, ¿dónde iba a poner yo un elefante o un tigre? ¿En el salón? ¿En la entradita? Por no pensar en el hecho de que, tras varias actuaciones, no tendría un solo tigre ni un solo elefante, sino manadas enteras.

Concluí así, sin duda, que la antiquísima tradición de hacer aparecer por arte de pura magia solo conejos y palomas debía continuar, aunque ello me obligara a mí a cambiar mi dieta. O puede que a poner un restaurante.

El caso es que, para evitar llenar mi recién estrenada vida de maga de animales con los que no sabría qué hacer, decidí dejar de lado, por el momento, mi chistera, dispuesta a aprender trucos con consecuencias menos graves para mí. Sin embargo, tras perfeccionarme en la habilidad de poder convertir un pañuelo de lo más corriente en un frondoso ramo de flores (truco que me sorprendió por su sencillez de ejecución, pero del que no voy a revelarte nada), de nuevo la curiosidad por la extraña casa se me despertó ansiosa por saber cómo podía ser la habitación en la que dormía el mago cada noche.

Afortunadamente, a los pocos minutos de comenzar a imaginar todo tipo de alcobas capaces de albergar los sueños de Le Grandiose Philippe, no tuvo más remedio este que dejarme sola de nuevo para atender otra vez un teléfono que lo reclamaba. Yo le di entonces, silenciosamente, las gracias a aquel y me perdí en el pasillo oscuro, el cual, por familiaridad ya a esas alturas, cada vez me infundía menos miedo.

Después de recorrerlo durante no sé cuántas baldosas, el dormitorio, tan educado como lo había sido la cocina, salió a buscarme, con sus puertas amarillas abiertas de par en par. Unas puertas que mostraron a mis ojos igual de abiertos que ellas la

habitación más bonita que puedas imaginarte. Tan bonita era que temí que fuera un sueño y tuve miedo de cruzar su umbral por si, al hacerlo, su imagen se perdía en mi imaginación para no volver más. Su encanto, sin embargo, pudo más que el temor y pronto me vi recorriéndola con mis zapatos y mis ojos por completo, sin olvidar ningún detalle. ¿Quieres que te dé yo alguno de ellos? Sí, por supuesto que quieres. Quieres saber que sus paredes estaban empapeladas con un sobrio y a la vez barroco papel que pintaba orquídeas, y que su suelo era tan cuadriculado como un blanquinegro tablero de ajedrez. Como si fuera yo la reina me moví a su antojo por él, descubriendo que Le Grandiose Philippe coleccionaba postales (encontré un baúl lleno de ellas sobre su escritorio), tal vez de todos los lugares que había visitado, y que adoraba la música. Tenía un precioso gramófono cerca de un sillón amarillo, junto a la ventana, y una columna balanceante de discos que llegaba casi hasta el techo y en la que podía encontrarse casi de todo. Y tenía libros, no sabes cuántos. Una estantería repleta de ellos zigzagueaba por cada una de las paredes del cuarto, cercándome. Me hubiera encantado leer algo sentada en el sillón amarillo, o tal vez poner música y bailar sin pisar las baldosas blancas, pero temí que el mago pudiera descubrirme. Por eso no tuve más remedio que abrir su bonito e inmenso armario negro con mucho cuidado y separar unas perchas de las otras evitando ruidosos choques.

La ropa del mago no me llamó la atención en exceso. Le Grandiose Philippe atesoraba las prendas propias de cualquier mago: levitas de satén y chalecos con lentejuelas. Deslumbrada por tanto brillo, me asaltó la cuestión, sin embargo, de que necesitaba con urgencia un nuevo vestuario que me iluminara.

Con la imagen de mí misma más dorada que el envoltorio de una moneda de chocolate, me tendí en la cama del mago sin hacer sonar sus muelles. Echada boca arriba, bañada por su dosel azul, me

pareció estar en un mar dado la vuelta, y te aseguro que me dieron ganas de quedarme a dormir allí para siempre. No me hubiera importado en absoluto no volver a comer (ni siquiera patatas fritas) ni volver a escribirte. Supongo que ni siquiera me hubiese importado no volver a ver a Arturo. Al fin y al cabo, había sobrevivido catorce años sin verlo, y estoy segura, lo estuve, tumbada en aquella cama que parecía hecha de algodón, que podía seguir sobreviviendo sin él. Sin embargo, no tuve más remedio que quitarme la pereza y no hacer lo que de verdad quería (algo que pocas veces puede hacerse). Me levanté de la cama y, dejando atrás el dosel azul, los libros y los discos, volví a perderme en el pasillo oscuro queriendo hacerme creer que aquella habitación, fácilmente *bautizable* como santuario, no había existido nunca.

Le Grandiose Philippe, afortunadamente, como había sucedido con mi visita a su cocina, no tuvo ninguna constancia de mi excursión a su dormitorio. Su conversación por teléfono fue tan dilatada como lo había sido la anterior y me cuidé mucho, como ya sabes, de no hacer ningún ruido que pudiera alertar sus sospechas. Como si fuera, por tanto, la huésped y alumna más correcta, continué siendo instruida por el mago tras dejar atrás su dormitorio, como si de ningún modo me hubiera echado en su cama ni hubiera fisgado su baúl de postales. Es más, tanto interés puso él por enseñarme sus mejores trucos que al cabo de una sola semana pude debutar como L'irréelle Verona en *Le Carrousel*, uno de los más famosos teatros de espectáculos de París. Allí me presenté, vestida con un impecable frac negro y una camiseta dorada de lentejuelas (que adquirí en una tienda recomendada por el propio Grandiose Philippe), dispuesta a deslumbrar a un público que, sin duda, no estaba allí por mí.

Yo era aquella noche, antes de salir al escenario y superar a mi maestro, un nuevo plato en la carta de postres, jamás probado ni juzgado, sin más aval que el juicio de Le Grandiose Philippe. Este fue quien me presentó, con demasiada floritura para mi gusto, ante la

audiencia poco dispuesta a probar nuevos platos. Hasta que desplegué mi varita, claro. Con unos cuantos movimientos y un poco de música surgida de mi chistera, les di lo que, en el fondo, esperaban sin saberlo. Los convertí en otros.

La mujer de la primera fila que, embutida en su butaca, recordaba los presupuestos que debía presentar al día siguiente en su oficina se convirtió así, tras bañarla de confeti azul, en la cantante que de niña soñó ser, y actuó como tal en su concierto imaginado. El señor de la segunda, ajeno a este, por otra parte, y armado con su armadura, dejó atrás el teatro y a los presentes para luchar fervientemente con su espada, cabalgando sobre un corcel blanco por su princesa de cuento, olvidando que tenía que madrugar para ir a la carpintería, manchado de un confeti que borraba el rastro de cualquier viruta, de cualquier realidad.

La irrealidad soñada, la que esperaba medio dormida en los rincones del cerebro de cada uno de los presentes, la desperté aquella noche así, a golpe de varita, y la convertí en la protagonista de todas las actuaciones que sucedieron a la primera, dejando un poco de lado los trucos más clásicos y no solo (que también) por evitar comer en exceso paloma y conejo; no, convertí a la irrealidad en protagonista porque quería ser consecuente con el nombre artístico que me había otorgado Le Grandiose Philippe, quien, tras una cuarta actuación, empezó a detestarme a unos grados solo posibles en el caso de que la envidia entre en juego.

Le Grandiose Philippe envidió a partir de entonces la manera en que yo tomaba mi chistera y sacaba del bolsillo mi varita; envidió mi camiseta de lentejuelas y la forma en que lanzaba al aire el confeti, y criticó en exceso el hecho de que limitara hasta el punto casi de no darle cabida, según él, la puesta en escena de los trucos más clásicos. La envidia lo mordisqueó hasta roerle los huesos y no pudo evitar tratar de menoscabar mi recién adquirida popularidad. Con lo

que no podía contar el mago a esas alturas, sin embargo, era que yo ya empezaba a cansarme de ejercer como tal.

Solo hacía un mes que paseaba de la mano de la irrealidad por los teatros más populares, recibiendo aplausos, vítores y multitud de flores, pero... Ahora que lo pienso, puede que fueran estas últimas las culpables de mi temprana retirada. Ya sabes que nunca me ha gustado ninguna de ellas. La gente regala flores cuando no sabe qué regalar o cuando no conoce los gustos del destinatario, convirtiéndose, en mi opinión, en el regalo más impersonal que puede existir y, además, en el más inútil. ¿Qué pretendían mis seguidores que hiciera con tantos jarrones repletos de ellas? Mi camerino de maga se convirtió pronto en una floristería, lo que me llevó a sentirme como una florista y, ¿cómo iba a hacer trucos de magia una vendedora de flores? Solo ellas tuvieron la culpa de mi cansancio. A ellas debió agradecerles Le Grandiose Philippe mi desembarco del mundo de la magia y su consiguiente ascenso en popularidad. Acudí a verlo, ya como exmaga, a una de sus actuaciones, y estuvo mejor que nunca, mejor incluso que antes de conocerme. Debí presentarme en su camerino (sin flores, por supuesto) para que me agradeciera el hecho de haberle superado y provocar con ello que él se superara a sí mismo, pero preferí irme a casa con el alivio de no tener que alimentarme nunca solo de conejo y paloma.

De camino a mi buhardilla, con el sueño susurrándome y la actuación de Le Grandiose Philippe aún grabada en mi retina, tuve la sensación, es más, aún la tengo, de que toda mi vida de maga había sido producto solo de un simple truco. Puede que el mago desplegara la segunda noche que lo vi actuar la irrealidad que yo creí utilizar más tarde y me convirtiera en maga por unos instantes, no teniendo en absoluto las flores la culpa de mi retirada. El final de la actuación del mago, con el telón cayendo, sería entonces el único culpable y la escritura de esta carta tendría el mismo valor que

puede tener el hecho de relatar un simple sueño. Menos mal que al día siguiente tenía una prueba para actuar, realmente, como maga (obviando, por supuesto, los trucos con animales) en un pequeño café-teatro. Necesitaba el dinero.

Verona.

27 de diciembre de 2013

Querida Verónica:

Comienzo esta carta felicitándote la Navidad y confesándote que he decidido, tras darle muchas vueltas, que Arturo vuelva a ser mi novio. Al fin y al cabo, es lo que siempre he querido, lo que llevo dieciséis años queriendo, y no tendría ningún sentido que lo dejara de lado ahora por Braulio, al que nunca he querido. Por eso llevo unos días planeando cómo puede ser nuestro primer fin de año juntos, aunque aún no le haya hecho saber que, ciertamente, no va a pasar los últimos días de 2013 rogando por mi regreso ni viéndome de un lado a otro colgada del brazo de Braulio.

Y es que he puesto mucho interés, desde que lo dejé abandonado en la cafetería hace ya varias tardes, en que nos viera a ambos juntos o, en el caso de no poder ser, que lo hiciera cualquiera que pudiera después informarle de ello. Informarle de que nos queríamos mucho, muchísimo, y paseábamos nuestro amor por cada una de las librerías a las que iba yo a realizar lecturas de *Anáforas*, y por cada sala en la que Braulio exponía alguna de sus fotos.

Anteayer, para no ir más lejos, un compañero de trabajo de Arturo pudo vernos perfectamente agarrados de la mano mientras Braulio le explicaba a una señora muy interesada en comprar una de sus fotos que lo que pretendía expresar al fotografiar un sacapuntas sin cuchilla era frustración. Para asegurarme, sin embargo, de que había entendido que nuestra toma de manos no era en absoluto inocente (y así tenía que hacérselo saber a Arturo), le di un beso a Braulio ya en la calle, frente a él, con toda la pasión que me fue posible.

Ya ves que al final no he tenido más remedio que besarlo. De no haberlo hecho, Arturo no tendría ahora (como seguro que la tiene) una imagen clara de ese beso que, sin duda, le ha despertado unos celos que sobrepasan la obesidad; unos celos ya reventados. Porque no vayas a creer que besar a Braulio me ha gustado. No, ya te he contado que es demasiado perfecto, tanto como para hacerme a mí sentir imperfecta, por lo que, como ya suponía, el beso me resultó incómodo, excesivamente incómodo. Y eso que sucedió muy rápidamente.

Nada más ver al compañero de trabajo de Arturo frente a nosotros, a punto de acercarse para saludarnos, yo me despeñé sobre Braulio tan vertiginosamente que no me dio tiempo ni a vislumbrar su cara, por lo que podría, perfectamente, haber besado a cualquiera y no darme ni cuenta de no haber sido porque llevaba a este de la mano como a un niño pequeño. Gracias a mi precipitación, eso sí, pude imaginar que era a Arturo a quien besaba, y no a aquel, y ponerle las ganas necesarias de las que carecía en aquel momento. El problema, este sí innecesario, llegó cuando separé mi boca de la suya.

Mi primera mirada, irremediablemente de soslayo, fue dirigida entonces hacia el compañero de trabajo de Arturo, que giraba ya su cuerpo para subirse al coche y que, sin duda, lo había visto todo. Con una sonrisa de satisfacción empañándome, imaginándome cómo iba a contarle a Arturo la pequeña historia del gran beso (porque el beso fue grandioso, te lo aseguro, uno de los mejores que he dado nunca), me topé con la cara de Braulio entonces, la cual, además de totalmente inoportuna en aquel momento, reflejaba la estupidez propia del enamoramiento; una estupidez incapaz de percibirse cuando es una misma la que la siente y que, como las dos sabemos, de ningún modo pude mostrar yo ni antes ni después de aquel beso. Lamentablemente, Braulio la reflejó por los dos.

Tras separar mis labios de los suyos así y dar por terminado el perfectísimo beso (al que la imagen de Arturo había aportado tanto), se empeñó con todo el empeño posible en ir a mi casa o en que fuera yo a la suya, eso le daba igual. La satisfacción, entonces, que me había envuelto al pensar en Arturo odiándome tanto como era capaz de amarme, imaginándome con la lengua dentro de la boca de otro, se mudó al instante en arrepentimiento por culpa de un peguntoso Braulio que no cesaba en tratar de repetir un beso que de ningún modo tenía ni tiene la intención de perpetuarse.

No es por la *peguntosidad* de Braulio, sin embargo, por lo que he decidido retornarle a Arturo su tratamiento de novio, a pesar de sentirme últimamente tan llena de huellas como la barandilla de una escalera mecánica. Y es que Braulio, desde el beso, se siente con más derechos que nunca a ponerme dedos y uñas encima, como si hubiera supuesto este una concesión de usufructo sobre mí. Desde entonces me veo esquivándole *in praesentia* e *in absentia*, haciendo oídos sordos a sus insistentes llamadas telefónicas (cuyos timbrazos me parecen más chirriantes que los de cualquier otro interlocutor en ciernes) y a sus mensajes de texto remitidos a través de los más variados medios. Me veo como no soñé verme nunca: en la impensable situación de esquivar beso tras beso, yo que deseé la llegada del primero con una constancia y desesperación inmerecidas para el que, por naturaleza, siempre es y debe ser el más sencillo, el menos anhelado. Y te aseguro que el hacerlo, además de agobiarme hasta el punto de sentirme ahogada a veces por Braulio, sin aire y encharcada, me hace verme desencajada en el tiempo, *rejuvenecedoramente* envejecida.

Porque Braulio no debería ahora, en este año a punto de terminar en el que he cumplido los treinta, comportarse como un pretendiente para vestirme a mí de pretendida cuando no lo he sido nunca. Debería tener quince años menos para hacerlo, quince años menos los dos, con los pasillos del instituto de fondo tan tibiamente

azules como los recuerdo, y una petición para quedar por la tarde en la boca con la esperanza amarillenta de un beso enredándosenos entre los ojos. Debería tener quince años menos e ir a buscarme a casa de mis padres, provocando con su presencia (más acicalada de lo normal, como requeriría la ocasión) que una nebulosa transparente de vergüenza invadiera todo el salón y que yo, hasta el momento solo hija, solo niña, por primera vez fuera vista a ojos de mis padres como un ser sexual capaz de despertar deseo, capaz de repetir la misma situación que interpretaron ellos como pretendiente y pretendida como lo fueron mis abuelos, bisabuelos, tatarabuelos y tataratataratatarabuelos, como lo eran por entonces, hace quince años, con distintos ingredientes pero igual receta. Cada compañero de cada aula de cada promoción del instituto como debí interpretar y cocinar yo una tarde de invierno o de verano, con Arturo o, siendo menos pretenciosa, con cualquier quinceañero prototípico capaz de convertirme en una adolescente prototípica más a la que invitan a salir, a la que pretenden, a la que desean.

Pero esos quince años más de Braulio, esos quince años de más pesándome a mí tanto como quince toneladas de tiempo, sin padre ni madre que sirvan de aliño, invalidan definitivamente su condición de pretendiente real, invalidándome, por tanto, a mí como pretendida. No importa que su deseo sea mayor hoy que el que pueda sentir cualquier adolescente típico por una adolescente típica en cualquier lugar de este mundo lleno de tópicos; eso no lo legitima. Si, por el contrario, no le interesara en absoluto, si su única pretensión a la hora de invitarme a salir fuera dejarme plantada esperando en el salón con un vestido nuevo demasiado ajustado, riéndose de mí, aspirante a pretendida, pero tuviera quince años, solo quince años, no me sentiría fuera de tiempo, demasiado impuntual para encajarme ya en la caja de los convencionalismos; una caja en la que de ninguna manera quisiera meterme ahora pero

en la que, sin quererlo, quise encajonarme cada tarde de cada día de mi excéntrica adolescencia.

Y ya sé que es estúpido y tontísimo haber preferido ser despreciada por Arturo o por cualquier otro chico, denostada sobre el sofá, con los ojos untados encima de la esfera de un reloj que nunca marcaría su hora de llegada; lo sé. Pero te aseguro que hubiera sido menos cruel eso que lo que fue; que nunca haber sido invitada a salir ni siquiera para ser fruto de una broma humillante; que nunca haber podido sentirme mínimamente vulgar, asediada por un cliché que me *enclichetara* porque yo sola no era capaz de hacerlo, nunca fui capaz de hacerlo. Y ahora, quince años después, con los prototipos sociales derrumbados y la caja en la que debí encajarme inundada de polillas, viene Braulio a invitarme a salir con aires de adolescente trasnochado. ¿Qué podía decirle salvo «no»? No a sus tardías invitaciones y, con ello, a todas las que no me hicieron y me hubiera gustado denostar. No a él por completo, a su insufrible perfeccionismo, a su comportamiento con código de barras, a su hermandad con el par de zapatos negros que me hicieron dudar de mi predilección por los rojos.

¿Me ha hecho Braulio, como ellos, dudar de mi amor por Arturo? No, en ningún momento ha sido capaz de hacerlo, nunca podría haber sido capaz de hacerlo. Aunque... Aunque, siéndote sincera, sí debo reconocer que ha tambaleado su fachada, que ha logrado hacerlo. Y todo por culpa del orgullo, del mío que pensé que no tenía y que Braulio se encargó de despertar con su belleza. Él y solo él es el causante de todo; de que lo haya paseado como a un trofeo de caza sin cuernos; de que los celos de Arturo se me presentaran, engordaran y, consiguientemente, estallaran; de que lo haya besado. Y debe pagar su culpa.

Mañana mismo le diré adiós para no volver a saludarlo nunca, para tratar de hacer como si nunca hubiera existido. Y mañana él, cuando le diga que no lo quiero, que no lo he querido ni podré quererlo

nunca, porque me enferma el hecho de que sea más guapo y más simpático y más amable y más todo lo socialmente admirable que yo (porque el ser todo eso me hace sentirme a mí más marginada que nunca y yo ya no soy una marginada); mañana, cuando se lo diga, se fruncirá y me rogará trillones de lágrimas con las rodillas plisadas para que no lo deje. Y al verlo así, tan de cerca, como no lo tengo ahora, encontraré en él, inevitablemente, a Ingrid convertida en hombre; a la Ingrid que deseé descuartizar, decapitar y romper en mil pedazos cientos de veces para que no fuera tan perfecta, para que se volviera un trozo de perfección solo, medianamente soportable entonces. Y querré mañana, cuando vea a aquella en lugar de a Braulio, partirla como a un insufrible folio virgen tantas veces y con el mismo asco que le pueda tener a él. Y Braulio seguirá llorando y rogando, y embarrada yo en sus ruegos cada vez lo odiaré más; con cada súplica salada lo odiaré más, y entonces tomaré un cuchillo de la mesa; un cuchillo que estará allí, tan cerca de los dos, porque unos minutos antes habré pelado algo de fruta, no recordando después, en un sentido freudiano del término, dejarlo en el fregadero; un cuchillo que, ya que estará allí, en mis manos, reluciente y provocador, no evadiré como tantas cosas evadidas antes; un cuchillo que, solo porque yo quiero, clavaré en la piel de Braulio, en su bonita piel, en su incomodísima piel; un cuchillo que le hará desaparecer porque no puedo soportar que exista, porque no puedo soportar que me recuerde tanto a Ingrid; un cuchillo que clavaré no sé cuántas veces, viendo, tras cada hendidura, a aquella en lugar de a Braulio, o a los dos juntos, mezclados, como una masa roja ya, para mi tranquilidad, totalmente imperfecta.

Verona.

1 de enero de 2014

Querida Verónica:

Voy a escribirte esta carta despacio, con todo el sigilo que me permitan las teclas. Es muy pronto y, aunque de día, el sol continúa durmiendo. Para sustituirlo no he tenido más remedio que encender la pequeña lámpara azul de la mesilla cerca del teclado, iluminándolo lo suficiente como para vislumbrarlo y escribirte. La cama me queda a unos pasos y yo estoy sentada en el suelo, con el ordenador sobre las piernas, frente a ella, observándola, importándome solo ella. Y es que en ella, dentro de ella, vagamente alumbrado por esa pequeña lámpara que ya te he presentado, inconsciente de que yo ahora, en este primer día del año, esté escribiéndote esta carta, duerme Arturo.

Hace unos minutos yo estaba a su lado en la misma cama, en mi cama, compartiendo con él el sueño y, tal vez, hasta soñando lo mismo, pero no sé por qué ni cómo me he despertado. He creído al hacerlo, al agitarme entre las sábanas y notar entonces su cuerpo, el cuerpo de Arturo, que aún estaba dormida y que, sin duda, en el momento más inoportuno (teniendo en cuenta que cualquiera lo era) iba a dejar atrás el sueño. Por eso me he visto en la necesidad de levantarme de la cama, de huir de ella como se huye de una pesadilla. Porque *pesadillesco* hubiera sido, sin duda, despertarme realmente y comprender que Arturo no estaba allí, que nunca lo había estado porque jamás existió el día en que nos cruzamos como dos trenes de un problema matemático y yo le hablé.

Ya fuera de la cama, con los pies en el suelo y el camisón *colgoso* por culpa de la gravedad, he comprendido, para mi descanso, al tener delante aún la figura cubierta por el edredón, que nada era un sueño. No lo era ni lo es, y al encender la pequeña lámpara e iluminarla un poco más, iluminarla lo suficiente como para que dejara de ser un simple bulto en una cama, un hombre más, al convertirlo la tenue luz amarillenta en Arturo, me he lanzado estrepitosamente sobre el ordenador para escribirte.

Y es que a esta carta que se está formando ahora mismo a sí misma con cada letra y cada línea no puedo negarle la importancia misma que tuvo aquella que, en otoño, te informó de la vuelta de Arturo; esa vuelta que hace unos minutos, aletargada dentro de las sábanas, me ha parecido irreal.

Esta carta, sigilosa, nocturna casi, anuncia, con gritos mudos, la llegada de mi sempiterno deseo de Año Nuevo.

Y es que al fin, por fin, cuando ya pensé darme por vencida y no comerme ni una uva más al lado de un reloj, puedo afirmar y escribir y gritar (si no estuviera él durmiendo aquí al lado) que Arturo es mío, que inicia el año siendo mío, como debió serlo al comienzo de cada uno de estos catorce años pasados en los que no he hecho otra cosa que despertarme sin él; sin él aunque no sola.

Mentiría si te dijera que todos los *primerisísimos* días de enero pasados los he recibido en una cama ocupada solo por mi propio cuerpo. Hace un año, para no alejarme más en el tiempo, no fue así. El uno de enero de 2014 me desperté absolutamente acompañada, tanto como para no poder mover ni una pierna sin precipitarme sobre la arena y dejar atrás una hamaca llena de frustración *desfrustrada*. Pero para que entiendas qué podía hacer yo recibiendo el año en una hamaca de rayas en medio de una playa con resaca tengo que obligar a esta carta a viajar en el tiempo sin más máquina que mis propios recuerdos, retrayéndose las horas suficientes como para encontrarme a mí enfundada en un bikini verde, con las

chanclas encharcadas de arena y una flor en el pelo. De esta guisa despedí un año en el que el Arturo real no asomó por ninguno de sus días (el imaginado creí verlo cada uno de sus doce meses), junto a un montón de amigas incontables, en isla Margarita. Allí llegamos dispuestas a bailar todo lo que las horas que quedaban de aquel treinta y uno de diciembre nos lo permitieran, entregándonos frenéticamente a un lugar recosido de gente.

La exótica idea de dejar atrás un fin de año tradicionalmente frío, con la calefacción haciendo oposiciones a hoguera infernal, y sustituir las tiritonas por los sudores más ardientes fue solamente mía, y todas y cada una de mis amigas la recibió con agrado.

No creas que las amigas estas a las que me refiero son las mismas de las que te hablé hace ya bastantes cartas con respecto a una agradable fiesta de cumpleaños; no, estas son otras, muchas otras, porque desde hace bastante tiempo no tengo ningún problema para entablar amistad con cualquiera. Por eso mismo no me resultó difícil tampoco enfundarme en los grupos de amigos que salpicaban la playa, y bailar y hablar y beber con ellos como una más de cada subconjunto. No me acuerdo bien de los nombres de todos los que me acompañaron esa noche de hace solo un año, pero sí recuerdo a una Mónica que se reía frenéticamente de cada cosa que yo le contaba, y a un Jaime o puede que a un Javier que, con un león tatuado en su pecho, no dejó de tocar la guitarra hasta que esta se le quedó dormida entre los dedos, obligándonos a bailar mucho más de lo que hubiéramos querido. Creo incluso (tal vez lo he soñado) extender mi baile particular y contonearme junto a la espalda de un extraño al que ni siquiera llegué a verle la cara, durante horas, esquivando, entre canción y canción cada ola que, curiosa, se acercaba a espiarnos.

Aunque lo que más claramente recuerdo, por encima de nombres, risas y cabezas de león, es la sensación de sentirme parte de un todo, de un conjunto absolutamente homogeneizado, sin más

grumos que un individualista átomo incapaz de fusionarse y que pronto se me presentó como Gerardo.

A Gerardo lo encontré mientras dejaba tan seca como un desierto una copa antes llena de un líquido desconocido, anaranjado y muy dulce. Tras su orondo cristal, ya transparente a esas alturas, a no mucha distancia se me presentó su imagen, completamente alejada de cualquier fusión. Y no es que yo lo viera como un elemento extraño dentro del grupo solo por afán de encontrar elementos extraños (al haber sido incapaz yo de fundirme con grupo alguno durante tantos años; no). Gerardo estaba realmente, y no porque yo quisiera, desencajado, desunido del resto de puntos que formaba la enorme cicatriz de la playa, sentado sobre la arena y mirando sin ver, *desencontrado*. Menos mal que fui yo a encontrarlo detrás del cristal de la copa acampanada y lo adosé sin cemento, casi sin que se diera cuenta. De haber comprendido en el momento en el que dejé atrás aquella y el omnipresente baile que mi acercamiento hacia él no tenía otro fin que hilvanarlo con el resto, *desindividualizándolo*, hubiera huido de mí como de cada uno de los pequeños azulejos que, junto a la arena, las olas y el sol mismo formábamos aquel colorido mosaico *antinavideño*.

Sin embargo, al no ser yo quien se acercó a él sino tu Verona, la mayólica *inencajable*, Gerardo bajó su guardia hasta hundirla en la arena, hasta enterrarla y dejarse acoplar definitivamente durante, al menos, lo que duró la fiesta y su consiguiente resaca.

Y es que él a ella, a la Verona adolescente que se le acercó, sin copa y con la mirada vergonzosa, esquiva, incapaz de rozarse siquiera con la suya y desvinculada de todo contexto, despegada, la aceptó como se acepta lo propio, lo cotidiano, como se puede aceptar el reflejo de una misma frente a un espejo. Fue incapaz de rechazar, por tanto, el hecho de que ella, y no yo, se sentara a su lado, llegando a agradecerle con una sonrisa, incluso (en un lugar en el que de ninguna manera esperaba poder sonreír), el interrogante

«¿Tú tampoco bailas?», reinterpretado por él como la contraseña de un club del que pensaba formar parte solo él.

Sentada la una al lado del otro, así, como un par de ovejas *antirredilistas*, tras la primera y definitiva toma de contacto, los dos miraron a su alrededor ya sin vergüenza y abrieron sus bocas para balar libremente y quejarse de todo, de todo lo que no se atrevían a quejarse ante los oídos del resto de los reconfortados en su agrupamiento, de los hermanados.

Gerardo pudo decirle a Verona que odiaba la arena, granosa y seca, y odiaba el mar, demasiado salado e infinito; odiaba bailar suelto y agarrado, con música *acaracolada* o *velocípeda*, y odiaba no sentirse dentro, incrustado, sumergido, ahogado. Verona asintió a sus confesiones y se absolvió a sí misma, y se vio a sí misma en los ojos de Gerardo, en la boca de Gerardo y en las palabras de Gerardo. Se vio, vi yo, a la Verona adolescente sola ante mí, sin rastro de aquel, lamentándose a sí misma por su incapacidad para amar la arena y el mar, para bailar y para encharcarse debajo de cualquier arcoíris. Verona lloró ante mí sin las risas del resto, protegida por el escudo de mi ensamblaje, protegida por una porción del conjunto que era capaz de conjuntar a cualquiera si quería y que conjuntó a la Verona que tú conoces en forma de un Gerardo desconocido que pedía en silencio ceñirse entre las cintas del encorsetado conjunto playero. Y para hacerlo hizo lo que le hubiera gustado que cualquiera, llámese Arturo o Marcos, hiciera con ella, conmigo, hace ya demasiados años.

Besé a Gerardo sin que me lo pidiera ni con los ojos (más que nada porque nunca se hubiera atrevido a hacerlo), y con mi beso lo acepté y lo aceptaron todos como parte de la estampa playera. Como un píxel más ya del dibujo pudo amar la arena tibia y el mar rizado, y pudo ensortijarse entre sus olas, bailando al son de la guitarra tocada por el león tatuado, quien nos miraba turbiamente por culpa del sudor de Jaime o tal vez de Javier. Pudo amarlo todo

porque lo reconoció como propio, como la imagen de sí mismo en el espejo, detrás del espejo, dentro del espejo, como una Alicia despierta. Dormidos los dos nos quedamos no sé en qué momento, tras despedir el año a gritos, a besos y a abrazos con dos copas gemelas de la que me lo mostró, tras su redondez transparente, en las manos.

El final de este cuento en el que Gerardo podría ejercer perfectamente de patito feo o yo de príncipe despertando a Blancanieves ya lo conoces. La hamaca de rayas es nuestro colorín colorado, aunque sus rayas fueran de color naranja, y como en todos los cuentos, tras ella, no hubiera nada más.

Gerardo desapareció para mí entre sus líneas, aparentemente más dormido que la bella durmiente, pero en el fondo, tan despierto como un enanito cantando camino a la cantera, mientras yo me alejaba de él, de la playa y de la isla, con una margarita deshojada en el cerebro, recordándome la huida de un año más.

Verona.

2 de enero de 2014

Querida Verónica:

No sé cómo demonios la importantísima carta de ayer, en la que tenía que hablarte del, más importante aún, hecho de que Arturo haya dormido en mi cama, conmigo también dentro de ella, acabó convirtiéndose en una rayada retrospección llena de copas vacías, personajes de cuento y, lo que es peor, con un tal Gerardo que a nadie le importa como personaje protagonista.

Bueno, sí sé cómo todos ellos se me colaron entre las letras; fui yo misma la que los dejó entrar.

Y es que mi falta de capacidad para creerme que verdaderamente había pasado la Nochevieja más nueva que nunca, al lado de Arturo, me llevó a abrir una puerta que debía seguir cerrada porque era otra por la que iba a pasar, una muy distinta y mucho más cercana cronológica y espacialmente; tan cercana como mi propio dormitorio, desde el que vuelvo a escribirte hoy para contarte lo que deberías ya saber con todo detalle desde el día de ayer.

Todo comenzó un treinta y uno de diciembre de 2013 en el que, con las paces ya más que construidas y Braulio totalmente fuera de cualquier juego, Arturo y yo nos encerramos en el ya citado dormitorio dispuestos a despedir para siempre un año que no olvidaríamos nunca.

¿Cómo iba a imaginarme yo que este año que se inició como uno más, aparentemente, con su uno de enero prologándolo y el calendario oliendo a papel virgen, iba a traerme de vuelta a Arturo? Sí, ya sé que cada año he pensado e imaginado hasta el hastío más

tedioso que iba a encontrármelo, pero ya sabes que una parte de mí no estaba segura de que eso fuera realmente a pasar. Y, sin embargo, así ha sido; así fue. Y hace solo un par de días ese año tan importante se ha terminado del todo como todos sus predecesores, consumiéndose entre ciclos lunares, fines de semana y equinoccios igualitarios.

Y precisamente porque se ha marchado sin distinciones, sin que la Tierra decidiera dar una vuelta completa más al sol o la primavera aterrizar con retraso, tan modestamente como todos los que lo precedieron, necesitaba una consideración que lo alejara del resto.

En un principio, dislocando la imaginación para que las posibilidades más impresionantes para dejarlo ir pudieran colonizar mi cerebro, se me ocurrió que no había idea mejor que dejar marchar al AÑO (con mayúsculas) con Arturo y yo tan lejos de aquí como nos fuera posible, en un sitio en el que nunca hubiéramos estado antes ninguno de los dos, despidiendo el glorioso año viejo y dando la bienvenida al año nuevo en un sitio nuevo, con la vida nueva que habíamos recreado juntos a partir de una inexistente relación vieja. Este lugar debía ser lo bastante lejano y desconocido como para parecernos tan irreal como el hecho de que hubiéramos podido encontrarnos de nuevo sin, aparentemente, esperarlo ninguno de los dos.

Llegada a este punto, la imaginación sintió una contractura que llevó a la idea a perder totalmente el equilibrio y a caer entre el hipotálamo y la hipófisis, inevitablemente. El causante de tan desafortunado accidente no fue otro que el hecho de que ningún sitio queda ya en el que yo no haya estado antes, aunque sea sin Arturo, y una de las premisas imprescindibles para que el plan geriátrico-nocturno se cumpliera consistía en el hecho de convertir una simple Nochevieja en una fuente de novedades.

Con la idea del viaje lejano derrumbada así no tuve más remedio que obligar de nuevo a mi imaginación a hacer malabarismos con

todas las opciones posibles que se resistían a aparecérseme de una manera plausible. Hasta que miré a mi alrededor y te vi a ti en forma de un simple nombre. Verónica...

¿Cuántas tardes, noches y mañanas hemos compartido las dos solas separadas solo epistolarmente? ¿Cuántos secretos te he participado refugiada entre unos cuantos folios? Y de entre todos esos secretos, ¿cuántos le he mostrado a Arturo? ¿Le he contado que guardo un bolígrafo suyo que le robé del pupitre en cuanto salió al recreo? ¿Le he dicho que me he besado la mano cientos de veces, apoyada en la puerta del armario, cerrando los ojos e imaginando que lo besaba a él? ¿Sabe acaso que muchas noches he dormido rodeando con mis piernas una almohada que interpretaba el papel de su cuerpo?

No, por supuesto que no lo sabe. No sabe nada de lo que sabes tú y cada una de las cosas que me acompañaron en mi huida a París, ni de lo que saben las que se quedaron allí, atascadas en el tiempo de mi memoria, aún iguales a hace diez años en ella. Él no sabía nada, pero ahora, en este nuevo año, ya lo sabe todo.

La definitiva decisión de pasar la Nochevieja encerrados en mi dormitorio se me reventó en el cerebro igual que un huevo, deslizándose su yema y su clara con toda su mucosidad. Echar a aquella del escenario y batir la clara hasta que la idea estuviera a punto de nieve fue tan sencillo como el hecho de que Arturo aceptara dejar a un lado los cotillones y los fuegos artificiales para acogerme a mí por completo, con la Verona de hace catorce años asomándose sin vergüenza, y la de ahora recibiéndolo para no dejarlo marchar nunca.

La proposición se la hice por teléfono y él la aceptó con la misma efusividad que si le hubiera propuesto pasar la noche en un palacio enladrillado con piedras preciosas. Porque Arturo hubiera dicho que sí a cualquier oferta que yo le hiciera después de ver peligrar su estatus de novio bajo la ya inexistente sombra de Braulio. Por eso no

le importó aceptar una invitación tan aparentemente aburrida como encerrarse en mi dormitorio sin pretensión sexual alguna, como le hice saber después de que aceptara con un «sí» desesperado. Con él buceando en mis oídos y el auricular del teléfono durmiendo ya en el salón, me lancé en picado sobre mi dormitorio como si de una piscina sin fondo se tratara. Y es que tenía mucho que sacar de la caja.

¿Recuerdas la caja? La metí en la maleta a la fuerza, entre unas botas y una bufanda muy gruesa; parecía no querer huir conmigo. Una vez en París la escondí bajo mi nueva cama y en ningún momento salió de allí hasta que, con mi regreso a España, no tuvo más remedio que volver ella a viajar embutida en la maleta. Me pareció entonces, como hace unos días, más grande que antes y mucho más llena, a pesar de contener lo mismo de hace catorce años. Vacía se quedó, desnuda, como cuando la agotamos de galletas el día de mi decimocuarto cumpleaños, frente a Arturo hace dos días, pero no sintió vergüenza sino alivio.

La botella de cava acompañando a este llegó a mi casa a la hora esperada con la actitud esperada, y yo sentí saltar mi estómago sin esperarlo. Estaba más nerviosa de lo que creí que iba a estarlo y sentí ganas de desmontar el plan, de derrumbar la nata y hacerla natilla, y convertir la noche tan ampliamente planeada en una noche más de fin de año. Lo sentí durante un rato; un rato que se dilató más de lo debido hasta que, en un gesto, llevé una mano hacia mi cara y encontré en mis dedos el olor a hierro de la caja.

Estaba sola en mi cuarto esperándonos, llena de recuerdos que debía compartir con Arturo porque el hecho de no hacerlo me llevaba a dejar a la Verona adolescente, a la que se enamoró de él más que yo misma, escondida en ella, tan marginada como lo estuvo siempre. Por eso, con el estómago saltándome aún como una colchoneta onanista, tomé a Arturo de la mano y lo encerré en mi dormitorio, dispuesta a liberarla.

La caja, como era de esperar, llamó su atención de la misma manera que podía hacerlo cualquier caja de galletas vacía. Abrirla, sin embargo, y encontrar en ella el bolígrafo rojo perdido, como creía él hacía tantos años, le despertó las exclamaciones y los gestos, y le llevó a pedirle una explicación a la caja que no tuve más remedio que darle yo.

Tuve que decirle así que le había escuchado hacía más de catorce años decirles a varios compañeros de clase a los que ni yo ni la caja queremos recordar, que el dichoso bolígrafo rojo era un regalo de su abuelo materno, alguien a quien, yo sabía, adoraba. Minutos después, empezada ya la clase de no recuerdo qué, observé desde la distancia cómo aquel aparentemente insignificante bolígrafo pasaba por cada uno de los dedos de Arturo, por su cabeza, rascándola con firmeza, por el contorno de su cara y, lo que fue aún más impactante para mí, por su boca. El bolígrafo fue chupado, y hasta ligeramente mordido, por un Arturo que escuchaba con la atención distraída unas explicaciones que a mí se me escurrieron por los oídos igual que la lluvia cayendo. Y entonces sonó el timbre. El resto de la historia ya la sabemos los cinco: la caja, el bolígrafo, tú, yo y ahora también Arturo.

No pude evitar robarlo aunque, en un principio, mi idea consistiera solo en mirarlo y tocarlo un poco, como le confesé a Arturo. Sin embargo, tras sentir en él el tacto de este, aún caliente en su cuerpo frío de bolígrafo y asustarme por un ruido de pisadas en el pasillo, en un acto reflejo lo escondí en el bolsillo de mi chaqueta, pasando a continuación a uno de los de mi mochila inevitablemente. De ahí a llegar hasta mi casa y no volver nunca a manos de Arturo solo hubo un pequeño paso que bien puede justificarse en el hecho de que casi no tuve tiempo ni de mirarlo en clase.

Ya en mi dormitorio, en cambio, a solas con él, sí que lo tuve. Tuve un montón de días para intentar sentir los dedos de Arturo y su olor y sus labios a través de él, al cabo de los cuales, irremediablemente,

acabé sintiéndolo más mío que suyo, desembocándome la idea de devolvérselo. Hacerlo hubiera supuesto una enrevesada manera de que él me tocara y hasta me besara, aunque fuera *indirectísimamente*. El plan para llevar a cabo, sin embargo, la devolución, no salió, como las dos sabemos, del modo esperado.

Christian y sus, hasta entonces desconocidos para mí, sigilosos pasos casi me descubrieron retornando el bolígrafo a un rincón de la mochila de Arturo (donde fácilmente podía haberse perdido días atrás), obligándome a volver a esconderlo nuevamente en uno de mis bolsillos y a temer más que a nada ser sorprendida como una presunta ladrona. Este miedo, y el hecho de que mi posible contacto con Arturo a través del bolígrafo fuera excesivamente indirecto (pensar que el tocar él lo que había tocado yo suponía tocarme a mí, era más un trabalenguas que una manera de sentirlo cerca), me llevó a hospedar a este con la hospitalidad requerida, como le conté a Arturo, en la caja, sin más cargas por su parte que dejarse mirar por mí de vez en cuando con poco interés, dejándole la tinta intacta.

Con él nunca escribí absolutamente nada, ni una carta dirigida a ti ni el poema de versos acrósticos que le leí a Arturo dos noches atrás tras relatarle la historia del bolígrafo. Pero antes de decirte si le gustó o no el poema, antes de que lo imagines a través de mí leyéndolo, debería contarte cómo se tomó la declaración de mi pulsión cleptómana. Y es que confesársela no supuso, sin duda, confesar simplemente un robo. Hacerlo conllevó declararle que mi interés por él se fruncía dieciséis años en el tiempo.

Con tal revelación rodeándolo como un acordeón desplegado, Arturo miró a la Verona que tú conoces; la miró directamente solo a ella, como nunca lo había hecho antes y ella tanto había esperado que lo hiciera. La miró y sonrió con hoyuelos y todo y le preguntó, irónicamente, por qué no se le había ocurrido convertir el robo en un secuestro y pedirle un beso a cambio del bolígrafo; él, sin duda, se lo hubiera dado. Verona fue entonces la que sonrió y, con el

bolígrafo mirándolos desde la caja, dibujando en el aire una analepsis fue besada por Arturo por primera vez; ella y no yo, y sentí entonces, sentimos las dos, que nos estaba besando dieciséis años atrás, en el dormitorio en el que las dos dormíamos ahogadas en peluches. Las mismas paredes de entonces me pareció encontrar cuando el beso terminó para empezar la declaración de amor de Arturo a desdoblarse.

Él me amó en secreto igual que yo a él, por supuesto que lo hizo; yo, en el fondo, sabía que así era. Ingrid y Roberta solo fueron sus particulares Braulios, nada más. Yo y solo yo fui la que le importó siempre, y al encontrarnos después de tantos años de espera me reconoció como su primer amor perdido, frustrado por el tiempo, nada más verme. Fingió no reconocerme por vergüenza entonces, solamente por ella; por la misma por la que no me reveló que me quería en la adolescencia, por la misma por la que no se lo declaré yo. La estúpida vergüenza juvenil y ya madura tuvo la culpa de todo. ¿O es que no crees que fuera así? ¿Crees que te estoy mintiendo, que hace dos noches Arturo no confesó con la misma claridad con la que me he confesado yo ante ti tantas veces que me amaba desde hacía dieciséis años?

Por supuesto que lo crees. Crees que soy una mentirosa; hasta yo misma lo creo. Y, aun así, le conté a Arturo, después de su turbia confesión, desnudándome por dentro más de lo que a esas elevaciones era ya posible, a riesgo de despeñarme por ellas, el momento en el que me enamoré de él, cuando, de espaldas, a siete pupitres de distancia, lo vi el primer día de instituto. En ese instante ya supe, como sabes tú, que era él el único al que verdaderamente podría amar como se ama a esa edad y no vuelve a amarse nunca. Y no sabes cuánto me cuesta pensar y creer, como a ti, que él entonces, minutos después, cuando se giró y pude verlo de frente y enamorarme más, sintiera por mí lo mismo.

Y, sin embargo, es cierto. Él me lo aseguró y yo debo creerle; quiero creerle; de la misma manera que quise creer que el poema de versos acrósticos que le di a leer, con el papel ya *amarronado* y en estado de descomposición, le gustó. Porque lo cierto es que a mí me pareció horrible, un atentado contra el verso y hasta contra la prosa, a pesar de no tener con esta nada que ver. Pero a él le gustó, de verdad que le gustó, y me pidió quedárselo. ¿Te imaginas lo que supuso verlo en sus manos, leído, después de tanto tiempo esperando ya sin poder esperarlo? Porque el poema, sin duda, ya no esperaba a Arturo; ya no esperaba nada salvo deshacerse en la lata, tal vez, al lado del bolígrafo al que, seguro, ya sentía tan familiar. Y, sin embargo, le llegó su turno como debería llegarle a todo; como le llegó a Arturo el de abrir su propia lata que, en su caso, se disfrazaba de simple cartera. Del bolsillo de su abrigo la sacó, la abrió y, con las tarjetas de crédito y las fotos familiares desplegándose sin vergüenza ante mis ojos, la escudriñó hasta las entrañas, sacando de entre ellas una pequeña foto de carné en la que me costó reconocerme.

Hace más años de los que no te escribo, Arturo, tan enamorado de mí como yo de él, le robó una foto mía al tutor del curso tan hábilmente como logré hacerme yo con su bolígrafo rojo y la escondió. La escondió y la miró; la miró y la escondió, pasando la foto por multitud de bolsillos en su particular periplo temporal. Bolsillos de chaquetas, de pantalones, bolsillos de carteras; de carteras marrones de piel, de carteras negras, de carteras pequeñas, de carteras estrechas, de carteras nuevas y de carteras viejas, siendo observada por Arturo hasta el enrojecimiento de sus ojos, hasta dejarlos secos y *deslagrimados*, hasta saber que la camiseta blanca que llevaba yo en la foto tenía una pequeña mancha azul (que parecía de tinta) junto al cuello, a mi derecha, no a la de los ojos de Arturo, quienes evitaban pestañear ante ella para no perder ningún detalle. Sin bajar ni un párpado, así, pasaron los años uno

detrás de otro, numéricamente ordenados, y los ojos nunca se cansaron de mirar la foto, de mirar a Verona, quien siempre estuvo con ellos y con Arturo sin saberlo.

¿Te das cuenta? Nunca he sabido que Arturo me quería ni que me miraba a través de aquella Verona siempre joven y pequeñita. ¿Cómo he podido no saberlo? ¿Cómo he podido vivir sin notarlo? Mi cara debería haber sentido un pequeño cosquilleo, aunque fuera lejano, cada vez que los ojos de Arturo la lamían y, sin embargo, no ha sido así. Siento como si, durante todos estos años, los sentidos se me hubiesen fugado o, más bien, como si nunca los hubiera tenido. Aunque hace dos noches, cuando Arturo me enseñó la foto con los bordes ya biliosos y me contó su historia, la de ella y no la mía, los cinco se me rebosaron de los diques racionales y me sentí explotada, reventada, redimida. Mi secreto, el de mi perenne amor por Arturo, había sido al fin confesado por aquella Verona a la que le daba miedo hasta respirar.

Con él aleteándonos el tiempo llegaron las doce, sin campanadas ni sacrificios de uvas. ¿Para qué iba a pedir yo un deseo al nuevo año si este que se marchaba ya me lo había dado todo?

Verona.

7 de enero de 2014

Querida Verónica:

Los Reyes Magos ya se han ido, deslumbrados por el curso de una nueva estrella, y no me han dejado en los zapatos ni un rescoldo de carbón. Vacíos y enrojecidos pero con más ganas de andar que nunca me dan la espalda desde los pies de mi cama, tan radiantes como el día que los compré. No les importa que mis tres colegas de profesión los hayan ignorado como tampoco me importa a mí, que ni siquiera me tomé la molestia de escribirles un remite.

Desde que dejé de lado las muñecas y las cocinas de juguete no les he pedido nunca nada porque sabía que lo que verdaderamente quería no podían concedérmelo. Ni ellos ni el bombo rechoncho que, infestado de bolas numéricas, no deja de girar cada año con la promesa de materializar los sueños más *materializables*. Si Arturo hubiera sido solo eso, pura materia y nada más, podría haber escrito mil cartas y comprado otras tantas participaciones loteras, pero al ser él *inadquirible*, al no exponerse en todo su esplendor tras el cristal transparente de un escaparate como mis brillantísimos zapatos rojos, me he visto en la imposición de quedarme sin mi oro, mi incienso y mi mirra, año tras año encadenado, hasta ayer.

Arturo me ha regalado este seis de enero sin Reyes todo lo que quise tener en cada inicio de año y nunca pude comprar ni alquilar ni pedir ni suplicar. Arturo se ha regalado a sí mismo a mí como yo me lo había querido autorregalar siempre, y para disfrutar de él se entronizó y coronó mucho antes de que los tres Magos vislumbraran estrella alguna en el cielo. Adelantó mi regalo, así, al primogénito día

del año, y para dejarme jugar más tiempo aceptó ampliar nuestro encierro en mi casa hasta convertirlo casi en hibernación.

Como dos cocodrilos ya sin lágrimas, después de haber llorado en Nochevieja muchas más lágrimas que uvas se comió el país entero bajo la dictadura de los husos horarios, nos enlodamos en mi casa para, hasta el día de hoy, no pisar ni el felpudo. Aquí estamos desde hace una semana completa, con sus siete tardes y sus siete cenas, sin que la claustrofobia haya hecho efecto alguno aún en nosotros. Muy al contrario, hemos preferido reducir al mínimo nuestro espacio, pasando la mayor parte del tiempo confinados en mi dormitorio, reconvertido en mausoleo. Allí pasamos por entero el primer día de este año, encarcelados voluntariamente, sin salir ni para ducharnos, alimentándonos solo de magdalenas y leche y escuchando hasta entumecérsenos los oídos la canción *Al last* sin decirnos nada.

¿Qué podíamos decirnos si ya nos habíamos dicho todo lo importante? Lo único que me apetecía a mí era quedarme callada y saborear las palabras de Arturo, aún refulgiendo en mis oídos como fuegos artificiales recién reventados. Por eso y porque el quedarse quieta sin, aparentemente, hacer nada nunca me ha parecido una pérdida de tiempo, pasamos el año nuevo incubándonos el uno al otro y soñando sin dormir.

El segundo día de clausura nos vimos obligados a incluir en nuestra dieta de hibernación una ducha, por lo que no tuvimos más remedio que ampliar nuestro espacio de ocupación y añadirle el cuarto de baño. Sin olor ya a encierro y puestos a desbordarnos, dejamos que la cocina se sumara a los metros habitables, pasando en ella todo el tiempo necesario para convertir unos granos de azúcar y una playa de harina en un gigantesco y majestuoso pastel.

A Arturo le gusta cocinar tanto como a mí aunque no lo hubiera imaginado nunca, por lo que mi idea de dejar de lado las magdalenas que se bebían, como todas las de su clase, la mayor parte de la leche en cada inmersión y sustituirlas por un radiante

pastel de chocolate alicatado de nata le pareció la mejor de las ideas para ocupar por entero nuestro segundo día juntos.

La cocina, impecable hasta que la invadimos, se convirtió pronto en un campo de batalla en el que no se salvaron ni nuestras cabezas, con el pelo aún húmedo por culpa de la ducha en el momento en el que los huevos comenzaron a proyectarse techo arriba. El resultado de tal masacre fue un pastel precioso por fuera y riquísimo por dentro que decidimos destruir a mordiscos en la cocina en lugar de en el dormitorio, al quedar esta invadida por un aroma tan dulce que podía olerse con la lengua. Enmudecidos los dos, con la boca a rebosar de nata, fuimos acabando con él poco a poco, sin prisa, dándole tiempo al bizcocho a ahogarse en nuestra saliva. Si hubiéramos hablado no habría sido lo mismo; el sabor del pastel no habría sido el mismo. Se habría acallado entre las palabras perdiendo su dulzor, convirtiéndose en decorado en lugar de en protagonista porque la conversación, sin duda, hubiera ocupado un lugar preferente. Por eso no nos dijimos apenas nada mientras se iba gestando, ni tampoco cuando lo coronamos con el bolígrafo rojo y mi foto de carné, hincados los dos en la cúspide junto al poema de versos acrósticos, antaño precioso a mis oídos y hace unos días horrible, a pesar de que Arturo dijera lo contrario.

No nos dijimos nada mientras nos empastelábamos como ya sabes que tampoco nos lo dijimos el día anterior, como no necesita una misma decirse nada. Porque estar con Arturo estos días ha sido tan agradablemente cómodo como estar sola, con la misma falta de pretensiones y de aire infestado de sociabilidad. Por eso he podido escuchar una sola canción las veces suficientes como para empacharme de ella y comer sin la necesidad de entablar una impertinente conversación sin sabor alguno a chocolate. Al tercer día de reclusión, sin embargo, con la boca y los oídos plagados ya de agujetas, sentí una inesperada hambre de no sentirme tan cómoda

estando sola al empezar a cansarme de mí misma. Fue entonces cuando le pedí a Arturo que me hablara de él.

Aunque a Arturo estos catorce años de ausencia hayan podido cambiarlo tanto como me han cambiado a mí, me sería imposible percibirlo, teniendo en cuenta que el Arturo adolescente solo se esbozó en mi cabeza con trazos gruesos y sin atisbo alguno de precisión. En sus líneas básicas, sobre las que se fundamentaba su silueta, reflejaba un encaje total en la estampa estudiantil, interpretando el papel de joven un tanto rebelde pero tierno en sus profundidades, de falso mal estudiante. En estos trazos, sin embargo, yo quería y he querido, a lo largo de todos estos años sin verlo, encontrar una línea fuera de su sitio, emborronada tanto como lo estaba yo en un rincón del dibujo. Fuera de sus contornos quería situar así a Arturo, más cerca de mí que del resto, imposibilitado para difuminarse nunca.

Hace cuatro días, con el *Claro de luna* de Beethoven ejerciendo de banda sonora original (para dar un toque melancólicamente cinematográfico a la situación), sentados los dos en mi dormitorio y con la mirada puesta en él, sintiéndolo como una mera imagen virtual, incrédula, escuché el relato de su vida desde que comenzó a existir para mí a los catorce años.

Al retrotraerse a esos días, Arturo dijo sentir algo ácido punzándole la memoria, algo capaz de *desendulzar* un aire que a mí, imaginándole a él respirando a esa edad, me parecía hermosamente empalagoso. Él, sin embargo, se ahogaba. Se ahogaba entonces y se sintió ahogar mientras me contaba que, a pesar de ser capaz hace dieciséis años de charlar con cualquiera, de caminar al lado de cualquiera y de correr por cualquier pasillo del instituto, el aire que lo envolvía todo lo sentía irrespirablemente húmedo. Y, sin embargo, lo respiraba. Lo hacía como lo hacían todos, con total naturalidad, inhalando oxígeno aparentemente, viviendo aparentemente. Y mientras lo hacía, mientras se obligaba a sí mismo a hacerlo, me

veía a mí de lejos como yo nunca quise que me viera y como él deseaba mostrarse: descaradamente morada, negándome a nadar.

Arturo era, subterráneamente, un náufrago y no un pirata, como siempre deseé que lo fuera, como inevitablemente lo era yo. A los ojos de todos los marineros, sin embargo, y dadas sus sorprendentes capacidades para nadar y bucear y sumergirse, era un camarada más y, como tal, nunca pudo hacerme caso a mí, ahogada y sin vestigio alguno de poder flotar algún día. Este hecho, junto a la vergüenza de la que ya te hablé cartas atrás, propició sin duda su incapacidad para declararse, optando por declararle amor *catorceañista* a la foto de carné.

En silencio, y con el aire viciado, llegó el abandono. Arturo dejó los estudios y me dejó a mí, dejándose ahogar sin remedio como yo nunca supe ni hubiera jamás supuesto.

A lo largo de todos estos años inexistiendo así, según me contó, se ha ido desencajando del barco hasta el punto de perderse entre las olas sin hacer nada más que esperarme a mí para ahogarse conmigo. Sin estudios, se ha dejado gastar por un trabajo que le ha ido borrando los días, unos días que, mirándolos hace cuatro, a mi lado, tan monótonos como hechos en serie, no los ha sentido suyos salvo por el hecho de que han existido para llevarlo hasta mí, para anclarlo en mí cuando pensaba que el mar ya no tenía arena. Escuchándolo se me ha empañado su cara y el olor a sal de Martín me ha escocido en los ojos.

Yo, al contrario de Arturo, comencé a nadar al poco de su marcha, llegando a surcar piscinas enteras y hasta un mar desempozado. Pero antes de llegar a Martín y su barco y el mar rodeándonos sin contornos, debo rebobinarme hacia atrás lo suficientemente como para que me veas llorando un verano entero sin Arturo en el horizonte, vacío este hasta el punto de *deshorizontarse* y no ser capaz tampoco de *verticalizarse*; vacío hasta el punto de parecerme que iba a evaporarme a mí.

Teniendo en cuenta, sin embargo, que mi cuerpo no está formado solo de agua, me fue imposible cambiar del estado líquido al gaseoso y desaparecer entre vapores acuíferos. Tuve que conformarme, por tanto, con que llegara el otoño y después el invierno, con su primavera esperándolo a la vuelta de cualquier flor, para recibir de nuevo a un verano que me gritó, nada más *solsticiarse*, descaradamente a la cara que un año entero, con sus cuatro correspondientes estaciones, se me había fugado sin darme cuenta, esperando a un Arturo que, al contrario que aquellas, no iba a llegar nunca.

Con las insolencias veraniegas cegándome los ojos y un año menos de vida, me di cuenta de que tenía que agarrar a esta por uno de sus lados y hacerle algo, lo que fuera; violarla, estrangularla o abrazarla; cualquier cosa que supusiera no dejarla guardada en su funda por miedo a que se estropeara, se manchara o me la robaran. Tenía que usarla, que para eso era mía, sin dejar que el tiempo se le comiera un pedazo más. Mordisqueada, pero bastante entera, el primer día del mes de julio de aquel año decidí airearla un poco llevándomela a la piscina.

Allí llegué estirando el bañador por todas partes, tratando de que tapara más de lo que él, con su raquitismo propio de bañador, era capaz. El aire, como soplado por el mismísimo desierto en persona, trató de revolverme la toalla que se extendió a duras penas sobre el césped y tras un rato soportándolos con dificultad a todos: al calor, al aire y al incómodo bañador, me levanté con la intención de no poner ningún tipo de impedimento a que los meses veraniegos se me comieran sus correspondientes días.

A punto de salir de aquel recinto infernal en sus calores y en su aforo, repleto de bañistas que, al contrario que yo, ejercían como tales y parecían disfrutar de ello (de sus bañadores, sus toallas y su agua, a la que yo ni me acerqué siquiera) me topé con una piscina muy distinta a aquella que dejaba atrás; una que, tapada por un

techo y unas paredes como cualquier edificio, se resguardaba de convertirse en una estampa pseudo-playera y de quemarse bajo un sol que a mí, con los hombros a punto de enrojecerse, me parecía de lo más antipático.

Me paré ante ella en seco, como si las chanclas me dolieran más de lo que ya lo hacían, y con los ánimos inflados de nuevo por dar algo de uso a mi vida, entré en ella con total indecisión.

Por dentro, aquella piscina con intolerancia a la luz natural y hechuras olímpicas era aún más grande de lo que parecía por fuera, lo que me intimidó mucho, algo nada difícil teniendo en cuenta mi natural *animalamiento*. Sin embargo, en lugar de huir de ella como hubiera hecho la Verona más adolescente, como acababa de hacer hacía unos minutos de la piscina descubierta, impúdica, me quedé allí mirándola, retándola con los ojos, más quieta que la escalerilla que, a ambos lados, la adornaba como un par de pendientes. Y entonces me topé con Álex o, más gráficamente dicho, él se topó conmigo.

Cierto es que yo no tenía por qué estar allí, en una piscina que no sabía nadarla ni con flotador, pero también lo es que Álex no tenía por qué ejercer de guardián del reino *piscinesco* ni darme tan ingrata bienvenida a través de un descarado empujón. Y es que me empujó con el celo propio de un perro al que le robas su esquina, sin disculpas ni remordimientos. Muy al contrario, conmigo desplazada un paso completo y mis chanclas torcidas, se giró para mirarme con ojos de propietario de la piscina cubierta y de todo lo que suponía: su agua, su cloro, su bordillo y, sobre todo, su cualidad deportiva, inexistente en mí y perceptible, por lo visto, en su inexistencia por parte de Álex, aunque tratara de camuflarla bajo la licra del bañador. Desplazada de mi eje original de Verona que quiere utilizar su vida, desequilibrada, salí de la piscina con ganas de guardar lo que me quedaba de ella en una caja fuerte.

A medida que me alejaba de aquella y de su melliza, sin embargo, la rabia por el trato recibido fue ganando terreno a mis deseos de celar mi inexistencia con cerrojos y candados. La decisión de no volver a ninguna de las dos piscinas, así, se fue reblandeciendo como un bombón en el mes de agosto, por lo que, al día siguiente, con la tranquilidad que aporta cualquier distancia temporal y el bombón hecho ya chocolate untable, decidí volver a enfundarme el bañador y regresar al lugar del que había sido tan descortésmente expulsada.

Cuando entré de nuevo en la piscina con aires (o más bien aguas) de claustro, me sentí valiente y aterrorizada a partes iguales. Menos mal que Miriam, una monitora y profesora de natación que, además de caerme muy bien desde el principio y ayudarme a aprender a nadar, me hizo desligarme de la manía de odiar a la gente solo por su nombre (ya sabes que la Miriam de segundo de E.G.B. me imposibilitó la vida durante todo el tiempo que compartimos aula hasta el punto de llevarme a detestar a todas las Miriam vivas y muertas); menos mal que ella, la nueva Miriam, me tendió una mano que ejerció de salvoconducto para ocupar aquel terreno que me era tan hosco.

Gracias a sus lecciones, y a un rulo de goma espuma al que me agarré como un náufrago a un tablón, durante los días sucesivos del mes de julio me metamorfoseé en perrito y mariposa y como tales surqué las aguas estancadas de la piscina mientras, en otras, Arturo iba desaprendiendo a nadar.

No puedes ni imaginarte, o tal vez sí, lo satisfecha que me sentía cada vez que lograba alcanzar cada una de las orillas tras la dificultosa experiencia de sentirme sin el consistente refugio de un suelo sólido bajo mis pies. Orgullosa de mí misma hasta el punto de vitorearme interiormente como una dicharachera animadora con pompones y todo, a principios de agosto fui liberándome de los grilletes del rulo, dejándolo surcar las aguas solo sin, por cierto,

ningún estilo. No como yo que, a esas alturas temporales y náuticas, era capaz de nadar como si hubiera estado practicando ya dentro del líquido amniótico.

Mi aprendizaje se volvió conocimiento el día que logré bucear igual que un pez, descubriendo el tamaño y la textura de los azulejos que recubrían el fondo de la piscina. Tocados y mirados, con su recuerdo en las yemas de mis dedos arrugados a causa de tanta agua, regresé a la superficie con la sensación de que en lugar de piel tenía escamas. Una vez oxigenada, sin embargo, y con la mirada de Álex encima secándome la ilusión me sentí fuera del agua aun estando dentro.

Los desérticos ojos de Álex me persiguieron durante todos los días que acudí a la piscina con la firmeza de aprender a nadar. Me los encontraba antes y después de mojarme y durante cada uno de mis recorridos, con su pesadez, trataban vanamente de aplastarme en el agua. Porque lo que ellos desconocían, al igual que su dueño, era que yo ya no tenía hechura alguna de estepa ni de nada que pudiera asociarse con la sequía. Yo me había propuesto diluviarme para siempre, con el chaleco salvavidas de mi propia voluntad bien ajustado en el cuerpo, y él, con sus miradas desaprobatorias de nadador profesional, de nadador ancestral, no iba a quitármelo para obligarme a ahogarme; nadie era capaz de obligarme ya a nada. Yo sola me obligué a que me desobligaran durante aquel segundo verano sin Arturo, y con el color ya recuperado, sin vestigios de moraduras asfixiantes en la cara, encontré en mis nuevas habilidades la capacidad suficiente para enfrentarme a los ojos secos de Álex.

Y es que sus ojos, a pesar de que no lograban hundirme ni un mililitro aunque lo intentaran con vehemencia, me molestaban. Me molestaban como lo hacían los de cualquiera que me juzgara como una tecla incapaz de insertarse en el teclado, teniendo en cuenta que la Verona adolescente apocada y fuera de juego ya no existía al

final de aquel verano. De haber existido, de haber sido ella la que acudió cada día de aquellos dos meses a la piscina, de haber sido ella la observada por Álex, no hubiera yo tenido nada que objetar. Pero que se empeñaran él y sus impertinentes ojos en continuar viendo en mí lo que ya no había, no podía consentirlo. Y por eso, porque no podía, no tuve más remedio que obligarles, yo sí, a los tres, a dejar de mirarme.

Puede que los ojos de Álex fueran bonitos. Puede que fueran verdes o azules y que sus pestañas se arquearan con voluptuosidad. Puede que alguien los describiera, incluso, en una carta, con tintes o manchas poéticas de la misma manera que he hecho yo tantas veces con los ojos de Arturo. Puede que alguien estuviera enamorado o enamorada de ellos y seguro que a sus padres les parecerían preciosos, pero todas esas conjeturas y certezas no me importaron a mí en absoluto durante el tiempo que tuve que sufrirlos. Y todo porque aquellos ojos yo nunca pude verlos con objetividad. Para mí no tenían color ni forma; podría decir, incluso, que no eran ni ojos. Para mí ellos, los ojos amantes y queridos por otros, eran una mirada enjuta y afilada cuyo único cometido en su vida, desde mi limitado punto de vista en aquella piscina limitada y durante aquel verano limitado a sus correspondientes meses, era tratar de marchitarme cuando apenas empezaba a florecerme. Por ello, la penúltima semana de agosto, con la goma de las gafas de buceo ya dada de sí, tome la decisión de cerrarlos para siempre.

Estarás pensando que podría haber dejado que los últimos días de aquel último mes *piscinero* para mí se marcharan como todos sus predecesores. Estarás pensando que, ya que había aguantado la mirada reseca de Álex más de un mes entero, bien podría haberla soportado unos cuantos días más. No tienes en cuenta, sin embargo, en la masa de todos estos pensamientos, que mi capacidad para dejar las cosas pasar como si no me rozaran, como si no me hicieran surcos en el camino, había llegado a su fin después de una infancia

acabada y una adolescencia que daba visos ya de agotarse. Con mi vida ya viviéndose necesitaba una semana entera, ya que no había tenido un mes, para sentirse como tal y nadarla yo tranquila sin que la losa de ahogada tratara de empujarme de nuevo hacia un fondo del que ya habíamos ascendido las dos.

En busca de esa semana, así como, oficialmente, la nueva Verona, la que estás conociendo en esta carta, desconociendo a la antigua, correspondí a Álex con el mismo gesto con el que él me recibió cuando irrumpí en la piscina, poniendo en mi caso, eso sí, como correspondía a mi recién estrenada actitud, mucho más entusiasmo. Tanto como para que él y sus ojos encharcaran la piscina con su presencia; tanto como para que no la quisieran abandonar jamás. Teniendo en cuenta, sin embargo, que la piscina cubierta a la que siempre le guardaré agradecimiento no era, afortunadamente, una pecera ni Álex un pez de colores, no tuvo este más remedio que dejarla atrás, eso sí, obligado por los forenses. Fuera del agua ya, rodeado por todos los que habíamos acudido como un día más a nadarla, se vio sin poder verse, claro, con una tonelada de ojos encima mientras los suyos, para mi sonrisa, permanecieron cerrados.

Los ojos de Álex dejaron de mirarme desde aquel día, pudiendo yo nadar al fin con la certeza de haber dejado atrás mi actitud, morfología y semántica anterior.

Tras esa semana que no olvidaré nunca, en la que me perfeccioné a mí misma como nadadora, en la que me sentí y me creí nadadora, el verano se marchó extraoficialmente, pero de ninguna manera noté que lo hiciera como el año anterior, hueco y con ademanes de cleptómano. El verano, esta vez, se dejó ir con anécdotas por encima, adheridas a él como un *post-it* en un frigorífico y fáciles de traspasar al húmedo otoño que asomaba ya vestido de mes de septiembre. A él se las pegué todas en cuanto le di la bienvenida a su uno en el calendario. Mi bañador, la cordialísima piscina cubierta, la sorprendentemente agradable Miriam, los adustos ojos de Álex,

mis arrugados pies agitándose en el agua, la muerte de aquel... Haciendo recopilación de cada una de ellas miré a septiembre desafiante, retando a la llegada del otoño con un montón de anécdotas más que incrustarle entre sus hojas caídas.

Verona.

10 de enero de 2014

Querida Verónica:

Aunque te cueste creerlo, por extraño y no por verosímil, Arturo y yo seguimos internados sin vislumbrar el exterior ni por las ventanas. A una de ellas tuve la tentación de asomarme hace unos días, pero al encontrarme con la nieve cercando el alféizar desistí horrorizada.

Afuera hace frío y aquí todo arde. Mis ojos se encienden con solo mirar a Arturo, con solo pensar que está conmigo. Hace ya diez días que no salimos de aquí, que nos movemos como ratas de laboratorio dentro de sus pequeñas y gratificantes jaulas. Hace ya diez días que no abrimos ni un milímetro la ventana de mi cuarto por miedo a que se nos escape por ella un recuerdo, una sensación o un beso antiguo inventado, y hace ya días que sus paredes sufren las consecuencias. Enfebrecidas, parecen incubar algún virus que no deja de espesar el ambiente, *densándolo* y entumeciéndonos los cuerpos. Ahora mismo, mientras te escribo, siento los dedos mórbidos y ajenos, palpitantes, como si sus venas estuvieran hinchadas y a punto de reventar, y la cabeza me hierve. Me hierve igual que un cráter sin lava mientras veo a Arturo, a solo un lanzamiento de ojos, echado en la cama fingiendo dormir, parado, casi inexistiendo. Ayer, al volver del baño y entrar en mi dormitorio, durante unos segundos me pareció no verlo, me pareció que se había esfumado igual que los vapores del radiador, sigilosos e invisibles y, sin embargo, estaba en el mismo sitio que ahora, como ahora, con los ojos cerrados, medio dormido.

Los dos simulamos dormir más de lo considerado normal desde hace unos días. Supongo que nos da miedo hacerlo de verdad por si, al despertar, nos damos cuenta de que nuestro encuentro ha sido solo un sueño y que realmente estamos los dos solos en dormitorios distintos, en casas distintas, en vidas distintas. Por eso, desde hace unos días, como ya te he dicho, dormitamos solo incubando un sueño falso. Precisamente la falta de uno real y de algo de ventilación fueron las que me llevaron anteayer, en lugar de a desaparecerme a Arturo, a confundirlo con una alucinación.

Estaba tirada en el suelo sobre la alfombra, escuchando no recuerdo qué disco rayado cuando, cansada de que no dejara de decirme siempre lo mismo, me incorporé y mi nariz se topó con un Arturo en pie serpenteando a causa del calor, igual que un oasis con palmera en medio de un desierto. Al encontrármelo así, casi translúcido y tan quieto como la ya nombrada palmera, el fútil mareo que había sentido al dejar atrás la alfombra se intensificó hasta convertirme en una nómada sin ninguna capacidad de sedentarismo. Mi cabeza, sedienta, empezó a girar sin moverse ante la imagen de un Arturo que pudiera quitarme la sed. Pero, al igual que cuando me desperté el primer día de nuestro encierro con la sensación de que su presencia en mi cama era tan falsa como el reflejo de un oasis en la retina de un moribundo enterrado en arena, tuve miedo; tuve miedo de abalanzarme sobre Arturo y no encontrar nada; no encontrar nada más que la corriente de aire producida por mis propios brazos al tratar de abrazar una ilusión. Por eso decidí volver a tumbarme en la alfombra y aterrizar en ella mis tres deseos sin lámpara maravillosa, mientras no dejaba el tocadiscos de repetirse una y otra vez, como si tuviera problemas digestivos.

Hoy, dos días después, sigue diciéndome lo mismo mientras miro mi cama medio desnuda. Y es que me he visto obligada a exiliar al edredón y dejarla casi sin ropa. Con la sábana solo se me muestra pudorosa, casi culpándome de la expatriación forzosa del edredón a

mí, cuando es el calor el único culpable de todo; de que ella sienta una vergüenza encima que la sábana blanca le impide enrojecer y de que hace unas horas no pudiera encontrar a Arturo por ninguna parte.

Cuando me he despertado estaba junto a mí, igual que diez mañanas atrás. Con los ojos entreabiertos y empapada en sudor lo he dejado tan quieto como lo está ahora y, adormilada, he llegado hasta el baño. A la vuelta, con la cara ardiendo a pesar de haberla encharcado en agua fría, sin embargo, y más mareada aún que al despertarme, ya no estaba allí. He sentido entonces que la cama hueca se me caía encima y que las cuatro paredes del cuarto acorralaban mi cuerpo adormecido con una violencia acosadora. Atrapada entre ellas, casi sin poder moverme y con el suelo no parando de hacerlo, he recorrido cada rincón del dormitorio primero, y de toda la casa después, buscando un resto de Arturo. Cada una de las habitaciones, durante mi búsqueda, ha ido ampliándose como un abanico abierto, convirtiendo a aquella en un laberinto interminable de cocinas y baños y mucho calor.

¿Cuánto calor puede caber en una casa? El sofá ardía sin llamaradas mientras buscaba un rescoldo de mi Arturo entre sus cojines y en cada taza un humo cóncavo anunciaba la falta de una boca que no fuera la mía. Solo el bolígrafo rojo permanecía en la caja, escondida bajo la cama, junto al poema de versos acrósticos. Lo he mirado y he odiado el hecho de que él sí hubiera sentido las manos, los ojos, la boca y los dientes de Arturo; de que él sí hubiera sido una vez de Arturo mientras que yo no había sido nunca de nadie. Enfebrecida, he estampado la caja contra el biombo para matar al pájaro azul que parecía nadar en él mientras yo me ahogaba en la inexistente humareda, mientras me quemaba en el infierno de la ausencia de mi Arturo, más perdido aún que antes de haberlo encontrado. Incendiada, he cerrado los ojos y me he hecho un ovillo, sintiendo entre las cenizas una mano ajena sobre mi

cabeza, revolviéndome el pelo. Sin miedo, por no sentirme sola, he desenterrado la cabeza de entre mis brazos y, al abrir los ojos, he reencontrado a Arturo, carbonizado y echado sobre aquellos un segundo después de abrirlos. Él también había estado buscándome, alucinándose por entre las esquinas de una casa que parece empezar a desaparecernos. Ahora, tranquilos los dos, él echado y yo escribiendo, sé que tenemos que salir de aquí para que nos vean otros y creernos verdaderamente que nos hemos encontrado.

Verona.

15 de enero de 2014

Querida Verónica:

He de empezar esta carta pidiéndote que olvides la anterior, teniendo en cuenta que fue la fiebre, consecuencia directa de la hibernación, su principal protagonista. Hasta tal punto se apoderó de mí durante ella y ese día que, para mi vergüenza, me hizo perder a Arturo cuando ya es imposible que eso suceda. Él es mío y voy a conservarlo para siempre, aunque mi dormitorio lo quisiera para sí hace cinco días. Y es que no debimos dilatar nuestro encierro tanto tiempo, permitiéndole a aquel hacer la tentativa de *desconvertirnos* en dúo para hacernos trío. Él, con su cama más llena que nunca, con su caja de lata abierta y su ventana cerrada; él, Arturo y yo, y la vida fuera, el mundo fuera, muertos los dos para nosotros tres, ausentes de todo, estuvimos a punto de convertirnos en uno por sus deseos febriles.

Todo fue perfecto hasta aquel día, hasta hace cinco días, cuando el encierro se reventó porque nadie, aunque quiera, puede guardar su propia vida para obviar la de los otros, la de todos los demás, aunque los demás le importen un bledo. Nadie puede sepultarse y bastarse consigo mismo. Todos necesitamos la suma y hasta la multiplicación; la suma de Arturo en mí y de ambos en el dormitorio, dividiéndonos para ampliar el cociente, para crear al cociente, para gestar al cociente. Dividiéndonos para sumarnos en otros, para vernos en otros, para existir en los otros porque sin los otros no hay existencia, porque sin ti no existe esta carta aunque yo la escriba, aunque las letras se escriban, puesto que sin mí escribiéndolas

tampoco existen las letras. Sin destinatario no hay remitente. Por eso hace cinco días, a punto de perderse Arturo en mí y yo en él, a punto de ser él yo y de yo ser él, a punto de ser ambos la habitación con olor a centígrado y a leche cortada, a punto de extinguirnos, abrimos la puerta de la calle para sembrarnos por el portal y escribir esta carta, para remitirla y para que tú la leas después, para ampliarnos el uno en el otro, en la carta y en ti. Germinándonos, nos dejamos iluminar por un sol escondido, pisando la nieve que pisaban los otros, los que nos miraban al cruzársenos y nos hacían reales a los dos, como individuos y como pareja, sobre todo como pareja. Porque yo necesitaba no sentirme solo yo, sola entre la nieve, sola para todos. Por eso acepté dos días después de nuestra fuga, con la nieve incrustada en la suela de los zapatos de tanto aplastarla, acudir junto a Arturo a una reunión con nuestros antiguos compañeros de instituto. Nuestros... Míos no fueron nunca, como tampoco yo de ellos.

Cuando Arturo me habló de la reunión, con los dos ya desencarcelados y sin poso alguno de muestras febriles, el recuerdo de aquellos compañeros a los que él se refería me rodeó como una niebla gris. Volver a ver a cualquiera de ellos no me apetecía en absoluto, y no solo por el hecho de que sabía que despertarían en mí una nube de malos recuerdos, sino porque el hacerlo se me presentaba como algo antinatural o, siendo más específica, *antitemporal*.

Reencontrarme con aquellos adolescentes que siempre se me mostraron tan ajenos conllevaba revivir un pasado que, como pasado, no tenía por qué hacerse presente, no debía hacerse presente porque era ya pasado, tiempo muerto, y el tiempo, como la vida, no puede resucitar. Al decirte esto estarás pensando que Arturo también ha vuelto de mi pasado para convertirse en presente y, según mis intenciones, hasta futuro, pero su caso en completamente distinto.

Arturo para mí nunca fue pasado. Yo lo despegué de él hasta este ahora, arrastrándomelo por entre los segundos aunque no se diera cuenta, haciendo surcos con su recuerdo. Él nunca se alejó de mí, como sí lo hicieron el resto de personas que rodearon mi adolescencia y mi paso por un instituto del que solo me sirvieron los libros. Ese resto de personas, ese poso de *atrezzo* ya fermentado, formado por chicos y chicas de los que nunca quise recordar ni un rasgo destacable de sus caras, fueron los que crearon la nube de niebla gris de la que te he hablado; una nube que, *filamentándose*, quiso atraparme entre sus hebras en cuanto Arturo mencionó nuestro pasado difunto. Un pasado que él tampoco quería revivir. ¿Por qué iba a querer hacerlo si, según su confesión, se le había hecho irrespirable? Acudir a aquella reunión era, sin duda, un disparate, un suicidio de nuestro presente desde el pasado. Los dos lo supimos en cuanto Arturo clavó la pala sobre su tumba, en cuanto tomó la primera cucharada de arena.

A medida que fui escuchándole hablar de aquel tiempo, sin embargo, a medida que fui recordando anécdotas y fisonomías borrosas, retrayéndome Arturo a unos días suyos que también fueron míos, que fueron igual *calendariamente* a los míos, la terrorífica nube se fue tornando en rosa al venirme a la memoria, atado por un finísimo hilo, el día en que lo reencontré hacía ya meses. Y es que por entonces yo también saqué a colación aquellos años, tirando a Arturo de cabeza al pasado mientras yo me quedaba en la orilla, asustada.

Ese tiempo siempre me dio miedo. Tal vez por eso decidiera nublarlo. Tal vez la niebla gris existió solo por mi causa, solo porque yo quise. Pero el caso es que, oyendo a Arturo hablar de varios profesores y asignaturas, con los pies ya enarenados, con la tumba casi vacía, escuchándole nombrar a gente que durante años taché de innombrable, la nube agrisada fue tornándose rosa y engordándose, *desagrisándose* y desagriándose, provocando en mí

unas ganas inmensas de zambullirme en ella y tragármela como si fuera algodón de azúcar. Tan inmensas eran, tan incontenibles, teniendo además en cuenta que hacía ya mucho que no me inclinaba a la contención, que no pude evitar empacharme en rosa unos minutos más tarde, con un Arturo al lado convencidísimo, gracias a mí, de que era una extraordinaria idea acudir a la reunión y descremar los años muertos; descremarlos para incendiarlos de nuevo más tarde, para hacerlos arder más tarde hasta convertirlos en recuerdos nuevos, purificados, capaces de archivarse como una carpeta nueva en la memoria sobre el nombre «adolescencia».

Vestida de rosa yo (para no olvidar la nube) y de azul marino Arturo, así, dos días más tarde, burlamos al reloj haciéndolo girar hacia la izquierda en cuanto entramos en el comedor del restaurante, reservado en exclusiva para la ocasión. Los *reservantes*, así como los ideólogos de la reunión, eran los que sospechábamos y confirmamos al poco de hacer nuestra entrada. Eran los que siempre hacían todo hacía ya años, los que decidían qué música sonaba en las fiestas de fin de curso y de qué se hablaba en los descansos; los que provocaban y lo paraban todo; los que movían las fichas por cada casilla a su antojo, teniendo en cuenta que este era el único válido. Por qué era el único válido era algo misterioso, algo que ni hoy, después de convertirme yo también en una mano capaz de dirigir una ficha por un casillero, soy capaz de responder. Lo único que sé es que cuando Tamara, Rubén o Sandra (como ves recuerdo sus nombres, aunque en absoluto quiera), *desencasillaban* o encasillaban una pieza del juego, el resto, incluyendo a Arturo, obediente, se dejaba llevar por la jugada, como si el hacerlo fuera una consecución de esta. Yo, por mi parte, marginada del tablero entonces, con el dado redondo a *kilosiglos* de él, girando sin causa y sin fin, los miraba parada, excluida, sin ficha que mover, no como hace dos días.

Porque hace dos días, cuando entré de la mano de Arturo en el salón con mi vestido rosa enguantado, deslumbrante por dentro porque ya no era aquella Verona del dado redondo, porque tenía uno cuadrado lleno de ases capaz de deslumbrar a todos por fuera, me inserté en el juego con la corona de la reina incrustada en mi capacidad de movimiento, dispuesta a comerme a cada ficha que no había tenido intención alguna de verme nunca ni como un vulgar y microcéfalo peón.

Tan brillantes Arturo y yo (yo aún más que él), como dos piezas nacaradas de dominó, así, nada más hacer acto de presencia, nos miraron todos como yo esperaba y quería, convirtiéndonos en un centro de atención del que nunca formé parte. Tan poca parte formé que, como me había sucedido meses atrás con Arturo, los primeros jugadores que se nos acercaron en medio de aquel tablero de juegos no fueron capaces de reconocer salvo a aquel. Menos mal que estaba yo allí *dispuestísima* a ser la que no era y tomar de la que desconocían todos solo el nombre al que, afortunadamente, sí recordaban.

Al repetirlo Sandra en su boca, al chuparlo su lengua con afanes recordatorios, la imagen de tu Verona se le proyectó en la memoria como la de la jugadora sin ficha. Mirándola a ella y a mí, reflejándome yo en su retina, tan rosa como encumbrada, nos buscó alguna igualdad que pudiera dejarme nuevamente como hace dieciséis años fuera de cualquier juego. Para su pesar, materializado en una inverosímil sonrisa le fue imposible encontrar alguna, no teniendo más remedio que aceptar que yo era tan apta para jugar como lo podía ser ella.

Con la sonrisa aún mordiéndole la cara me dijo que estaba más guapa de lo que recordaba, más alta de lo que recordaba, más aceptable (eso no lo dijo pero sé que lo pensó) de lo que recordaba. Yo, por mi parte, le dije que ella estaba igual, tan igual como hace dieciséis años, hecho que me resultó desconcertante.

Que te pase por encima tanto tiempo y no te cambie ni un poco es trágico; a mí me parece trágico. Por eso me conmovió el hecho de que Sandra siguiera manteniendo aquella irritante risa infantil y una concepción de la vida tan tradicional como entonces, manifiesta al preguntarnos, antes que otra cosa, si estábamos casados y teníamos hijos como lo estaba y los tenía, por supuesto, ella. Su jugada inicial, como ves, fue tan predecible como clásica, tanto como para poder, de un solo movimiento, amenazarla yo con un jaque mate, pasando al lado de su torre familiarmente enladrillada, limitada y amurallada, y de su caballo bien domesticado sin visos de salvajismo con total facilidad.

Con su rey ya muerto y todas sus familiares piezas llorando alrededor lágrimas incapaces de resucitarlo, Arturo y yo la dejamos atrás para forzar el reencuentro con otro jugador.

Tamara, vestida tan de verde como una de las fichas del parchís, fue la siguiente en iniciar la partida al buscarnos con los ojos y después con el cuerpo entero desde uno de los rincones del salón. Con una copa en la mano y dos besos en la mejilla nos recibió con la familiaridad propia de alguien que te conoce. Lo curioso fue descubrir al momento, con los besos aún titilando en las mejillas, que me conocía como Electra y como Mecanógrafa y no como excompañera de clase. Y es que Tamara era una fan de la Verona actriz, de esa que no pudo Arturo creer que existiera, por lo que, nada más confirmarse que yo era realmente aquella, su jugada se convirtió en un atropellado recorrido de oca a oca y de puente a puente sumando Tamara una pregunta tras otra, tratando de saber todo de mí sin darme apenas tiempo a responder a nada.

Cuando ya estaba a punto de llegar a una meta sin oca ni plumífero que se le pareciera, su recorrido paró en seco al descubrir que mi razón para estar en aquel lugar era la misma que la de ella. Desconcertada, con la ficha tan perdida como en un laberinto, me vi en la obligación de jugadora de aclararle las reglas del juego, entre

las que se encontraba el hecho de que yo me había sentado en una silla igual a la suya en las mismas aulas y los mismos días que lo había hecho ella, aunque le fuera imposible creerlo, tanto como para cambiar su verdor por la palidez de un dado sin puntos.

La lívida Tamara no podía creer que hubiera pasado por alto, durante dos cursos completos, la presencia de su futura actriz favorita; que la hubiera ignorado y descartado en cada partida como tampoco podía creer que la Verona que ella, extrañamente, sí recordaba fuera la que tantas veces había acudido a ver al teatro.

Y es que yo para Tamara solo fui siempre una sombra clara, de esas que no cuentan con bastante luz como para proyectarse en el suelo oscuramente, como una verdadera sombra. Por eso me había pisado tantas veces, sin pedir perdón alguno porque a las sombras nadie les pide perdón por pisarlas, y mucho menos a las claritas que casi ni se las ve.

Con los pies avergonzados por su pasado, Tamara trató de compensar sus pisadas con una cordialidad aún más atropellada que su retahíla de preguntas anterior, llena de sonrisas y contactos cariñosos, recordándome con ellos las veces que había afirmado de viva voz, ante el resto de compañeros, que le daba asco tan siquiera rozarme.

Con ese recuerdo recién revivido latiendo con una fuerza inesperada después de tantos años muerto, puse en marcha el escuadrón de mis fichas con la intención de invadir su tablero y comérmela por completo, con cubilete y todo. Masticarla y tragármela como un caramelo masticable fue tan fácil como mentirle diciendo que yo, la actriz admirada, venerada y adorada por ella, no la recordaba en absoluto. Nada más oír esto, Tamara pasó de estar pálida a borrarse por completo, a sentirse borrada por mí como la ficha blanca de un dominó. Sin signos ni señales, vulgarmente olvidada, volvió al rincón del que había salido con el deseo, seguro, y la imposibilidad de poder cambiar su pasado.

Con otro jugador fuera de juego y henchida yo a esas alturas de triunfo, lancé de nuevo mi dado a la espera de continuar moviéndome por el casillero lleno aún de fichas que tragar. Rubén, siempre acompañado, fue el siguiente en abrir la partida.

Con una chica muy guapa y totalmente desconocida agarrada de su mano, se nos acercó, o más bien se le acercó a Arturo, feliz por el reencuentro. A él le dio un abrazo, soltando de la mano a su acompañante con bastante desdén, para mirarme a mí a continuación con ojos radiográficos.

Mi pelo, ojos, boca, cuello, escote y etcéteras fueron escaneados por sus agrisados ojos con la atención propia de alguien interesado sexualmente en otra persona, aunque te cueste creer que aquel Rubén que las dos recordamos pudiera mostrar por mí ese tipo de interés. Te aseguro, sin embargo, que mi primera impresión no estaba equivocada, como pude comprobar cuando Arturo y la desconocida acompañante de Rubén, que no pintaba ni jugaba nada allí, nos dejaron solos un momento; él, por ser requerido por su antiguo compañero de pupitre y aquella por tener que ir al aseo. Fue entonces cuando Rubén, tan engreído y altanero como un afilado alfil, desplegó sus cartas sobre la mesa, mostrando con ellas sus deseos de sustituir la mano de su acompañante por la mía, su boca por la mía, su cuerpo entero por el mío. Nada más descubrir, sin farol alguno, sus intenciones, y con su cara a una distancia de la mía totalmente idónea para realizar mi jugada sonriéndome a mí misma por dentro al recordarme que, irónicamente, Rubén me había descartado como jugadora un número incontable de partidas, lo miré con deseo. Impúdicamente, mis ojos se fijaron a los suyos, acariciándolos como deseé yo más de una vez que lo hicieran ellos con los míos. Sintiéndose vencedor, Rubén dejó sus fichas paradas, permitiendo que fueran las mías las que formaran la rectilínea señal del fin de partida con las tres fichas alienadas. Tres en raya.

La primera de ellas le reveló el hecho de que ya nos conocíamos, de que ya habíamos jugado antes en el mismo tablero aunque no me recordara como compañera; la segunda incendió sus ojos, además de acariciados, ya tibiamente sorprendidos de estupor al enseñarle mi nombre, tras cuyas letras venía como una coda la imagen de una Verona *antideseada* por él más que ninguna otra pieza adolescente del juego.

Arañándole los ojos aquella y humillándoselos yo al repudiarlo y desecharlo con mi tercera ficha, nuevamente con Arturo al lado, lo dejé atrás junto a su acompañante (nunca ha sabido jugar solo), perdido totalmente, desconcertado, sin posibilidad alguna de encontrar la línea de meta.

Me encantaría que pudieras haber visto la cara que se le quedó después de rechazarlo. Observarla fue aún mucho más gratificante que ver desde lejos la de Tamara o la de Sandra, aunque mucho menos que contemplar la de Ingrid.

Cuando ya me creía *multivencedora*, laureada sobre un podio al que nunca antes había podido aspirar, escuché el eco del nombre de Ingrid resonando entre los presentes. Nada más vocalizárseme entre los tímpanos su último fonema, sin dientes ni lengua a los que asirse, mis ojos buscaron el rostro de Arturo, dispuestos a escudriñar en cada uno de sus pliegues y músculos un gesto de añoranza hacia aquella. Pero no encontré nada. Te aseguro que no encontré nada. Cuando escuchó su nombre, él no sintió nada. Sus letras le pasaron por el recuerdo como si nunca antes las hubiera oído, como si juntas formaran una palabra inexistente para él. Y entonces yo, tranquila, me acordé de Braulio y de la sangre y del cuchillo y de mi engaño al hacerme creer que la muerte de aquel llevaba, colegida, la de Ingrid.

Al contemplar la inmutabilidad de Arturo sin embargo, al verlo tan hueco como un pozo sin agua mientras el temido nombre se extendía como una baraja de cartas sobre el tapiz, me alegré de que no estuviera muerta. Porque de haberlo estado jamás hubiera

podido comprobar cuál podía ser la reacción de Arturo al reencontrarla, al toparse nuevamente con la que fue su... Me niego a escribir que fue su amor. A ella nunca la quiso, nunca como yo sí a él. Ingrid fue solo un capricho, una bonita bailarina falsa girando en una caja de música, absurda y monótonamente sin alcanzar ni aspirar nada más. ¿Cómo se puede querer a alguien tan limitado? No, estoy segura de que nunca la quiso. Por eso pudo escuchar nombrarla sin sentir nada, sintiendo menos que yo, que la busqué infructuosamente entre cabezas y hombros, con la corona de laurel tambaleándose en mi seguridad de vencedora.

Porque me sentí insegura, te lo confieso, a pesar de repetirme una y otra vez, contándome los comodines que me quedaban, que Arturo nunca la quiso. Y todo porque me vino inevitablemente, sin requerirla, la posibilidad de que Arturo no sintiera nada al escuchar nuevamente las dos sílabas de Ingrid lamiéndole los oídos porque su nombre nunca tuvo lengua ni cuerpo ni sustancia para él; porque Ingrid para él no había sido un sonido ni una idea ni un concepto, sino una imagen, la imagen de la bailarina giratoria, vacua pero asquerosamente hermosa, inaguantablemente hermosa, incomparablemente hermosa a mi lado y, lo que aún era más grave, inalcanzable.

Porque si ella le hubiera correspondido, si Arturo hubiera jugado ya su partida con Ingrid y hubiera perdido o ganado o empatado, si todo hubiera estado ya dicho, yo tendría una jugada nueva con la que competir. Pero al no haber habido nunca nada entre ellos a pesar de la insistencia de Arturo, al tener aún los dos los dados dentro del cubilete agitándose y desperezándose tras tantos años de espera... Me asaltó entonces violentamente la temible cuestión de qué ocurriría si Ingrid, esta vez, le correspondía y volví a buscarla con ansiedad entre cada ficha, esperando no hallar en ella todavía a la bailarina deseada y ansiada por un Arturo que parecía seguir sin inmutarse. Parecía... No podía estar segura.

No lo estuve hasta que vi sus ojos encontrándola, topándose con ella como nos habíamos topado los dos meses atrás y, en su caso, conociéndola. Quise no seguir entonces la dirección de los ojos de Arturo; quise dejarlos solos mirando sólo y buscar yo un hueco en el que hundir los míos, en el que hundirme yo por completo como la Verona más adolescente y olvidada, como la que tú recuerdas, pero la voz de Arturo me lo impidió. Ella, tan grave y cálida y templada como siempre, me obligó a encontrarme con Ingrid después de tantos años tratando de olvidar su imagen de vencedora. Fue entonces cuando comprobé que la partida ya estaba ganada.

Los ojos de Arturo me mostraron hace dos días, tras miles tratando de no encontrar nada que tuviera que ver con la imagen de Ingrid, a una bailarina incapaz ya de girar, rota, escindida, que cuando abrió la boca y nos saludó y se *desconvirtió* en imagen solo para ser algo más para tratar de ser algo más se quedó en tentativa.

Yo ya sabía que ella nunca fue nada más, pero es que ahora, como pude comprobar en la reunión, ni siquiera es lo que fue. El tiempo se la ha comido físicamente, se la ha tragado, evitándome a mí el trabajo de tener que esquivar a sus peones y sus caballos y hacerle un jaque a su rey. Un rey que llegó hasta nosotros junto a su reina mordida y se presentó de nuevo, tras catorce años sin representarnos nada, como Ricardo; el Ricardo con el que Ingrid prefirió recorrer el casillero, obviando la persecución de Arturo.

A Ricardo el tiempo no lo ha olido siquiera, no le ha echado encima ni una milésima de segundo de aliento, y el hecho de llevar a su lado una ficha tan mordida como Ingrid le suma mucho atractivo por simple comparación. Por eso me dieron unas ganas terribles de metérmelo en la boca y chuparlo hasta que se me deshiciera, hasta dejar a Ingrid sin consorte, además de roída.

Cuando los dos nos confirmaron que su noviazgo se había extendido hasta ese día, que se había prolongado después de que él

no pudiera resistirse a una Ingrid antaño irresistible, mi decisión de devorar a Ricardo se convirtió en un hecho.

Lograr que dejara de lado su ficha vieja y dañada, y optara por lanzar mi dado, fue tan sencillo como llevármelo a un rincón con la excusa de buscar bebidas, con la excusa de conocernos como nunca nos habíamos conocido, con la excusa de que Arturo e Ingrid, que tanto se habían tratado en sus años estudiantiles (aunque no todo lo que Arturo hubiera querido) recordaran viejos tiempos.

Me encantaría haber podido escuchar lo que se dijeron los dos solos y, aún más, escuchar las entrañas de Arturo rebosantes de decepción, incrédulas al recordar que alguna vez había sentido él algo por aquella carcomida Ingrid. Teniendo en cuenta, sin embargo, que los pensamientos que podía tener Arturo en ese momento eran tan inaudibles como los de cualquiera, aunque en absoluto desconocidos para mí, preferí no estar presente cuando su desilusión se le desbordara fuera del cubilete y ocupar ese espacio de tiempo en los aseos, con Ricardo poniéndome contra la pared de baldosines azules y viendo el reflejo de su espalda en el espejo.

La espalda de Ricardo es tan soberbia como la de Arturo, pero hasta hace dos días no me había percatado de que era tan ancha ni de que se le marcaban tan violentamente los omoplatos. A ellos me agarré con desesperación mientras me besaba en la boca y en ellos me fijé cuando se alejó, unos minutos después, con mi carmín pegado a su cuello para volver al lado de una Ingrid defenestrada que no tardaría mucho en darse cuenta de que le había comido su rey.

Con su sabor en la boca salí de la reunión de la mano de Arturo, dejando atrás la imagen de un puñado de perdedores sustituyendo el agrio recuerdo que conservaba de cada uno de aquellos detestables jugadores y excompañeros de clase.

Después de ese día, de hace dos días, ya no tengo miedo de recordar ese tiempo plagado de cuadernos y polvo de tiza porque

ahora yo, y solo yo, tengo en mi mano las cartas de vencedora, las fichas de vencedora, los movimientos de vencedora. Yo les he vencido a todos después de dieciséis años, como satisfactoriamente me recordé unas horas después de dejar atrás el restaurante en el que se celebró la reunión. Con Arturo digiriéndose a mi cama y Ricardo en mi cerebro (sin poder borrar de él la imagen de su *omoplática* y excelsa espalda), me dormí sonriendo. En mis sueños, una elegante Ingrid bailarina se desplomaba ante las risas crueles de un Ricardo y un Arturo coronados, no quedando de ella más que un par de apolilladas zapatillas que mis zapatos rojos se encargaron de aplastar.

Verona.

17 de enero de 2014

Querida Verónica:

Vuelvo a escribirte con tanta precipitación porque ha sucedido algo que no puedo dejar de contarte.

Tal vez no te percataras de ello, pero en la detallada descripción de los hechos que sucedieron en la reunión de exalumnos, relatada en mi carta anterior, no salió a colación Roberta por ninguna parte, ni bajo los cubiletes ni entre las cartas que se repartieron. Y lo cierto es que, aunque me acordé de ella antes de atravesar mis pies la línea de salida, también lo es que se me olvidó su nombre nada más empezar a jugar. Hasta ayer por la mañana.

Mientras desayunaba tostadas con mermelada de melocotón acurrucada en la cama, con Sigmund a mis pies rogándome una galleta, Arturo irrumpió en la habitación anteponiendo un periódico arrugado a sus pasos y totalmente exaltado. Mi extrañeza y la de Sigmund se manifestaron dejando de lado el apetitoso desayuno y pasando a asentar toda nuestra atención en el ya nombrado periódico que, al extenderse, nos reveló el origen de la precipitación de Arturo y pasó a tomar el cargo de cosmogonía de esta carta que te escribo.

En unas letras muy grandes y muy negras, propias de titular, podía leerse en él: «El calificado como terrible accidente de una furgoneta causa la muerte de una mujer de treinta años». De haberse quedado el hecho aquí, tanto Sigmund como yo podríamos haber vuelto a nuestras tostadas y galletas respectivamente, con total normalidad, teniendo en cuenta que el superávit de información trágica a la que

cualquier persona se enfrenta cada día, a través de múltiples medios de información, la inmuniza ante el dolor ajeno aunque no quiera. Sin embargo, al dejar escurrir los ojos por el arrugado papel un poco más abajo, descubrieron éstos, empapados de letras totalmente, que dicha noticia no me era lo suficientemente ajena como para volver a convertir a la mermelada de melocotón en mi nirvana del día (no así en el caso de Sigmund, a quien las galletas le siguieron pareciendo la panacea a todas sus preocupaciones matutinas). En el renombrado periódico se detallaba, bajo el siempre pretencioso titular, que una furgoneta de la perrera pública había atropellado de manera fatal a una mujer de treinta años llamada Roberta...

Ante este nombre se detuvieron mis ojos y sobre el apellido que lo sucedía se abrieron sin que las legañas que aún los adornaban pudieran poner objeción alguna.

La mujer asesinada por la furgoneta de la perrera, como me confirmé tras leer la noticia completa un número mayor de veces que galletas devoró Sigmund sobre la colcha de mi cama, era Roberta Fernández, la Roberta que, por culpa del despecho que causó Ingrid, fue una vez de Arturo mientras yo me mantuve desposeída, sin más dueño que yo misma.

Según se contaba, Roberta, muy elegantemente vestida de camino a una reunión de antiguos alumnos, cruzó la calle sin mirar y por un lugar impropio para hacerlo, siendo arrollada entonces por la, totalmente inocente, furgoneta de una protectora de animales, cuyas puertas y jaulas reventaron a causa del atropello y del posterior choque contra un árbol centenario (que afortunadamente salió ileso), sucediéndose entonces una riada de perros de multitud de tamaños y razas que, confundiendo a Roberta, puede que con uno de los suyos o quizá con una salchicha gigante, la lamieron con tal frenesí que casi la devoraron por completo.

Junto a la noticia escrita podía verse una foto en la que se omitía la imagen de la Roberta mordida, prefiriendo optar por la de la

furgoneta, igual de malparada pero mucho menos hiriente.

Con ambas, noticia y foto, asentándoseme y surgiendo de su asentamiento una reconstrucción de los hechos no exenta de toques fantásticos (me imaginé a Roberta con cara de perro), volví a mi desayuno encontrando en él un sabor distinto.

Una hora después, ya fuera de la cama, vestida y sin rastro de mermelada entre mis dientes, paseando junto a Arturo bajo los deshojados árboles, buscando algo que nos llamara la atención lo suficiente como para querer comprarlo (nuestra última adquisición juntos consistió en un globo terráqueo de madera que asustó a Sigmund hasta el punto de llevarlo a esconderse durante toda una tarde bajo mi cama), mientras sentía un frío horrible en la mano que Arturo no me llevaba tomada, me vino a la boca un rescoldo agridulce que nada tenía que ver con el café ni con la demasiadas veces nombrada ya en esta carta mermelada de melocotón.

El sabor venía de un lugar distinto a mi estómago aunque se me reflejara en la lengua tan seca, sobre la nieve, como un trozo de papel. Papel de periódico, noticia, mujer atropellada, Roberta. Su nombre escrito en negro se me rompió en la boca y sentí ganas de vomitar. Le dije a Arturo que estaba mareada y que necesitaba sentarme y beber algo. Nervioso y preocupado, sin poder imaginar que Roberta era la culpable de mi malestar, me animó a que entráramos en la primera cafetería que encontraran nuestros pasos. Una manzanilla y un par de pastas después se tranquilizó, aunque ninguna de ellas fuera capaz de quitarme de encima unas arcadas que, como ya te he dicho, no tenían su origen en mi tracto digestivo. Muy al contrario, me empacharon un tanto y, unidas al desayuno primero, llevaron a Arturo a especular, al sumar mi inusitada hambre a las citadas náuseas, sobre un posible embarazo.

Sonriendo, con las migas de una de las pastas cayéndome brutalmente sobre el regazo, Arturo se sinceró diciendo que le encantaría tener un hijo conmigo, que solo conmigo podría ser

padre. Indigestada físicamente y con la imagen de Roberta devorada por los perros en mi imaginación, su revelación me sonó como un ladrido en la boca del estómago.

Yo a Arturo no lo quiero, lo adoro. Mi amor por él ha sido capaz de esperarlo durante dieciséis años y hubiera podido, te lo aseguro, esperarlo aún más, mucho más; lo suficiente como para morirme yo en la espera. Por eso, porque nadie lo ha querido más que yo, porque nadie puede quererlo más que yo, me sería imposible tener un hijo con él. Su actitud al suponer un posible embarazo, así, me sentó tan mal como las dos pastas y la manzanilla, como la noticia de Roberta devorada por los perros.

No es que yo no quisiera ver a Roberta muerta más de una vez. El tiempo en que se paseó pegada a Arturo como una extremidad suya más me dieron ganas de descuartizarla hasta no dejar de ella más que la corteza; y el hecho de que se comportara durante toda esa época como una perra en celo, tratando a Arturo como su hueso, me llevó a la conclusión de que la muerte recibida había sido, sin duda, la más apropiada para ella. Lo que no quería decir que la noticia en sí no me impresionara y que aún lo hiciera más el hecho de que Arturo no hubiera mostrado desazón alguna.

Sí, es cierto que había irrumpido en mi habitación ansioso y traía el periódico arrugado, pero, tras finalizar mi desayuno, caminar con él por el parque y verlo sentado en la cafetería acompañando a mi manzanilla con un café, llegué a la conclusión de que los nervios matutinos y los pliegues del periódico se debían solo a su afán por contar la noticia, por descubrirme algo desconocido, y no por el hecho en sí.

A Arturo no le había afectado en absoluto que a Roberta se la comieran los perros, como me demostró la falta de atención que prestó al tema tras soltar el periódico entre mis manos. Era como si aquella Roberta mordida de la que se hablaba en aquel no hubiera existido nunca en su vida, como si fuera una completa desconocida.

Hasta a mí me había afectado más, al imaginármela llena de sangre manando de entre los puntiagudos colmillos de los perros, deformando su cuerpo de mordida en mordida, velozmente pero poco a poco, con pequeñas dentelladas, dejando las manos que tocaron a Arturo sin dedos, la boca que lo besó sin labios, los ojos que lo miraron de cerca como dos cuencas vacías. Roberta perdió todo lo que tuvo de Arturo anteayer por la noche, mientras que yo ayer lo tuve frente a mí pidiéndome que le hiciera padre.

Y es que, tras disipar sus dudas, tras confirmarle que en absoluto estaba embarazada, su ilusión se convirtió en una cadeneta de peticiones y vacuos intentos por convencerme de que convirtiéramos su falsa sospecha del día en una certeza.

No tuve más remedio entonces que llenar la cafetería, bastante llena ya de bocas ansiosas de leche y tostadas, de excusas diversas, entre las que no incluí, por supuesto, la única con verdadero peso, la única que podría haber aplastado sus deseos hasta dejarlos tan planos como iba a continuar estando mi barriga.

No hubiera estado bien decirle que me era imposible tener un hijo con él porque de ningún modo hubiera podido soportar la posibilidad de que a él lo quisiera más que a mí. Sí, ya sé que sería su amor por él un amor distinto pero también lo es que, sin duda, sería mucho más profundo, más denso e indestructible que el que pueda sentir nunca por mí. ¿Sabes lo que supondría para mí saber que Arturo quiere a alguien más que a mí, y lo que es peor, a alguien que yo le he ayudado a crear, al que yo también debo querer de igual modo? Yo a ese hijo no podría amarlo, no podría aunque hiciera uso de todo el instinto maternal que la naturaleza me ha dado. No podría sino detestarlo por tratar de robarme el amor de Arturo; odiarlo por logar hacerlo sin siquiera proponérselo.

Dar a luz a su hijo supondría, inevitablemente y aunque no quiera, convertirme en una mala madre, en la peor de todas las madres, celosa e incapaz de amar. Por eso, con las tazas vacías de nosotros y

el frío blanco helándonos de nuevo la nariz, Arturo y yo nos perdimos nuevamente por el parque con el sueño paternal de aquel enterrado bajo las cucharillas.

Verona.

25 de enero de 2014

Querida Verónica:

Tras la infructuosa tentativa de Arturo de convertirnos en padres, narrada en mi anterior carta, un nuevo objetivo surgió en aquel que, esta vez sí, ha recibido una aceptación por mi parte. Vamos a vivir juntos.

Un día después de que la noticia de la muerte de Roberta sobrevolara sobre la vida de Arturo como puede sobrevolar una mosca, sin punzarle siquiera como sí lo haría un mosquito, y tras convencerle de que no era una buena idea por ahora (ni nunca) tener un hijo, Arturo amaneció con el incontenible deseo de despertar a mi lado cada día de su vida. Y si me fue sencillo buscar objeciones a su idea de ser padres, aún me resultó más fácil encontrar ventajas al hecho de compartir con él el mismo espacio. Por eso asentí y acepté sin ningún tipo de trabas, poniendo como única condición que debíamos vivir en mi casa. Porque mi casa me encanta, me fascina, tanto como la sonrisa de Arturo, y me niego a renunciar a ambas.

Hace ya un año que vivo aquí, en el ático desde el que te escribo cada una de estas cartas. Ya sabes que siempre quise vivir en un ático y no solo por evitar los ruidos molestos de los vecinos del piso superior, sino también por tener una azotea con invernadero incluido. Por eso cuando, buscando una casa nueva tras dejar atrás a Martín (al que ya mencioné hace bastantes párrafos y del que no debo olvidar hablarte), el agente de la inmobiliaria me enseñó la terraza de mi, ahora, ático, no necesitó hacer uso de su palabrería

de vendedor. Me enamoré de ella nada más pisarla, nada más comenzar a imaginármela vestida con mi ansiado invernadero, remendado de cristales y plantas verdes.

No es que mis gustos hayan cambiado en cuanto a flores y plantas se refiere durante los años en los que no te he escrito. A aquellas sigo sin poder soportarlas, como te recordé, por si lo habías olvidado, en la carta referente a mis días de maga. Por las plantas de hoja verde, por otro lado, tampoco puede decirse que sienta adoración, pero logro tolerarlas, por lo que fue a ellas a las que invité a poblar un invernadero que, sin ellas, no se hubiera sentido como tal.

Llegadas a este punto puede pasarse por tu cabeza el absurdo silogismo de que, si no me gustan las flores ni sus derivados, si nunca las he querido tener cerca, no debería haber mandado construir un invernadero en una terraza cuyas dimensiones se justifican solo por el hecho de que en ella podía construirse dicho invernadero. Podría haber comprado un ático con una terraza mucho más pequeña o, yendo un poco más lejos, podría haber obviado por completo la terraza, teniendo en cuenta que solo la necesitaba por culpa de un invernadero que, como todos, me exigía unas plantas que yo no quería darle.

Tu razonamiento, totalmente aceptable, no tiene en cuenta, sin embargo, que yo he querido siempre un invernadero por una razón distinta a la primigenia por la que cualquier amante de las flores justifica tener uno. Yo lo he querido siempre nada más que para poder sentirme fuera, bajo el cielo sin techos ni lámparas embombilladas, desacotada de paredes y tabiques, pero lo suficientemente resguardada como para no evaporarme. ¡No te imaginas cómo es ver las estrellas desde su interior! Se muestran tan brillantes como vistas desde fuera pero sin intimidar nada, sin decirte con descaro: «Yo estoy aquí, a años luz de distancia, ocupando una milimétrica parte del universo, apenas nada, igual que

tú». Son mucho más sumisas a través de los cristales, te lo aseguro, tanto como para permanecer calladas, solo brillando.

Como ves, mi decisión de no abandonar mi ático para mudarme a la casa de Arturo está más que justificada, como también lo estuvo el hecho de construir el invernadero. Una obra que no se vio exenta de complicaciones; como cuando sus constructores pretendieron que su techo fuera más bajo de lo que mis aspiraciones métricas pretendían, o cuando me vi envuelta en un rollo de formalidades con aspecto de documentos y papeleos varios. Menos mal que mi felicidad se desenmarañó por completo en cuanto me vi en su interior aún vacío de plantas verdes. Unos cuantos helechos y ficus después, sin visos de enredaderas por ninguno de sus rincones (las plantas trepadoras siempre me han dado miedo), pude encerrarme, con la libertad de su transparencia, a contemplar el cielo día tras día y noche tras noche, sentada en un sillón de mimbre comodísimo, acurrucada entre cojines y el pelaje de Sigmund, completamente satisfecha.

Un sillón tan de mimbre como el mío le compré a Arturo, con sus correspondientes cojines (nunca me parece tener suficientes) tres días después de aceptar su propuesta y no poner él pega alguna a hacer un montón de idas y venidas (que parecía que no iban a tener fin) cargando con cajas de cartón repletas de libros, películas y discos. Anteayer me trajo una embarazadísima de todos ellos que nos hizo reír simétricamente en cuanto nos dimos cuenta de que cada uno de los discos que contenía ya los tengo yo. Sin dejar de enseñar los dientes, los colocamos junto a los míos en la estantería, hermanándolos como gemelos y sin que las envidias propias de los hijos únicos asomaran por entre sus portadas.

En esta mudanza llena de elementos coincidentes (con una caja de libros nos pasó ayer lo mismo que con la de los discos), los muebles de Arturo, como ya le dejé claro cuando comenzó su transfusión de objetos a mi ático, deben quedarse en su lugar de origen, sin

posibles permisos de residencia futuros. Y es que mi casa ya está lo bastante llena de todos los sofás, mesas, sillas y demás hipónimos *mueblísticos* que siempre me han gustado y he querido comprar; como el sillón granate de terciopelo que, creo, ya mencioné en alguna de las primeras cartas de nuestro reencuentro, el biombo plagado de pájaros que sí estoy segura de que te presenté, o una gramola antiquísima donde cualquier cosa suena bien. No faltando ni sobrando nada, por tanto, las sillas y somieres de Arturo no tienen más remedio que quedarse solos, sin cuerpo que los aplaste, en un piso que mañana estará vacío por completo de él, con su ropa ya invadiendo hasta la conquista mi armario. Hoy mismo me ha traído la última maleta, atestada de camisas. Ahora, mientras te escribo en mi cuarto frente al mueble abierto, puedo verlas colgadas de las perchas, huecas y sin vida a la vista de cualquiera, pero llenas de Arturo para mí. Con cada una de ellas puesta puedo imaginármelo mientras hundo mis dedos sobre el teclado, dándoles la forma de sus brazos (torneados pero sin visos de bíceps artificiosos), de sus hombros (ya mil veces calificados como excelsamente anchos) y de su espalda, inolvidablemente cincelada. Presentándoseme como lo está haciendo ahora en mi mente, vívido hasta parecerme casi real, por obra y gracia del algodón de las camisas, mientras me miro los dedos repiqueteando las letras no puedo evitar imaginarme a éstos desabrochando ordenada y frenéticamente cada uno de los botones de cada una de las camisas de Arturo con mucha más habilidad con la que estoy pulsando cada tecla. Si estuviera ahora aquí, te aseguro que no te estaría escribiendo. Tendría los dedos demasiado ocupados para poder hacerlo. Pero estoy sola frente al armario abierto, sola frente al ordenador. Aunque mañana... Mañana él llenará mi casa, mi invernadero y mi cama. Mañana los dos nos sentaremos en nuestros respectivos sillones de mimbre, incrustados entre cojines, como si lleváramos catorce años haciéndolo, como si catorce años hubiéramos pasado regando juntos los ineludibles

helechos. Mañana, Arturo y yo viviremos ya juntos de verdad, no como fingimos vivir durante nuestro encierro, como he fingido yo hacerlo durante todos estos años sin él.

Cuando Arturo me pregunte mañana, sin embargo, o dentro de dos meses, desayunando en el salón o lavándose el pelo en la bañera, si alguien antes que él ha compartido su rutina con la mía a lo largo de todos estos años en los que sus camisas y discos han permanecido en armarios y estanterías distintas, no tendré más remedio que mencionar a Francesco.

Francesco apareció en mi vida después de dejar a Raúl (para mí siempre Marcos) con un sí en la boca y una negativa palpitando en sus oídos, a los kilómetros suficientes de distancia como para quedarse él en la iglesia de la que nunca lo vi salir y perderme yo por los puentes de Venecia. Hubiera bastado, por supuesto, con limitar mi huida a una distancia mucho más reducida pero, puesta a huir y a no desaprovechar el que iba a ser nuestro viaje de novios, me precipité al aeropuerto con la marca de la liga aún en mi muslo y sin más compañía que una lacónica maleta. Ella, yo y unas ganas inmensas de aprender italiano nos vimos unas horas después en el hotel, tiradas sobre la cama de matrimonio que nunca pretendí compartir con Raúl y sin anillo alguno en mi dedo anular.

La primera semana allí fue gloriosa. La ciudad y el hotel eran tan sugerentes como un cuadro renacentista y yo, anegada en ellos aun sabiendo ya nadar, comencé a sentirme pronto como uno pintado por el propio Bellini.

Igual que una Venus sin Vulcano al que serle infiel, a lo largo de mi viaje de novios en femenino y singular crucé cuatrocientos puentes suspirando en cada uno de ellos mientras las góndolas no dejaban de asentir. Encajada entre canales traté de leerle los ladrillos a cada edificio que surgía entre las aguas, oliendo húmedamente el recuerdo de amores ahogados y frustraciones empozadas. Entre lecturas y paseos, los días se me fueron sin darme apenas cuenta de

su curso, ahogándoseme en una falsa laguna Estigia, no diciéndome ni adiós. Hasta que se me murieron todos.

El último día de mi luna de miel me vi sin miel ni pan en el que untarla, totalmente arruinada y sin saber adónde ir. Fue entonces cuando reparé en Francesco.

Francesco Vita tenía el pelo y los ojos oscuros, la piel tostada y una pléyade de admiradoras a su alrededor que no dejaban de repetirle, con gestos y con palabras, que era guapo, como si él no lo supiera ya. Su nariz recta y su barbilla coronada con un hoyuelo manifestaban una belleza clásica y perfecta hasta el punto de parecer haber sido gestada con compás, escuadra y cartabón. Vestido con un traje gris claro, tan impecable como él y el hotel completo, me recibió con una sonrisa en cuanto me interpuse entre su harén.

Los ojos de Francesco, vistos de cerca, eran como dos brillantes átomos de petulancia, con una disposición innata para deslumbrar a cualquiera. En cuanto le dije, sin embargo, que tenía una queja con respecto a su hotel, su luz se mermó hasta fundirse.

Ni Francesco Vita ni sus ojos podían creer que nadie en el mundo tuviera algo que objetar a su bellísimo hotel, reflejo de sí mismo y de todos los Vita antecesores y futuros descendientes. Incrédulo y enfadado a partes iguales, me acompañó hasta mi habitación, donde le dije que residía la fuente y origen de mi gravísima y ofensiva queja. Una vez allí, con los brazos cruzados sobre un traje que no daba opción alguna a arrugarse, descorrí yo las cortinas para mostrarle el paisaje más bonito que hayas podido soñar nunca para pasar después a abrir mis brazos y señalar con el dedo índice extendido hasta la luxación cada cosa que encontraba a mi paso, confesándole mi amor por la cama y las alfombras, por los cuadros y hasta por los pomos de las puertas. Francesco, sin entender nada, fue tornando con cada indicación su gesto de acritud en desconcierto hasta que le forcé una sonrisa al confesarle que la

belleza de su hotel y su igual de bello emplazamiento era mi único problema; uno solo pero enorme, tan profundo como el Gran Canal, sin góndola ni euros a los que asirme.

¿Cómo iba a ser capaz de abandonar un lugar tan hermoso tan pronto (teniendo en cuenta además que cualquier momento me hubiera resultado precipitado)? Necesitaba quedarme como se necesita un libro cuando aprendes a leer. Necesitaba quedarme aunque mi necesidad no supusiera la muerte física, aunque marcharme no conllevara dejar de respirar. Y Francesco, solo él, tenía en su mano no provocar una muerte sin cadáver pero muerte en su trasfondo. Porque hay muchas maneras de morirse. Se te puede morir la ilusión y matarte a ti con ella aunque sigas parpadeando.

Con los ojos fijos, sin movimiento pero encharcados, busqué en los oscuros de Francesco una respuesta a mis ruegos, un «sí» que podía ser un «no» pero que yo no quería creerlo «no», aunque a la vez supiera que podía serlo. Atemorizada ante su respuesta, esperando que nunca llegara y a la vez ansiándola por culpa de un esperanzador «sí», me dejé caer en sus brazos en cuanto asintió, a riesgo de arrugarle el traje y de que cambiara de opinión con respecto a mi permanencia en el hotel.

La cadena de hoteles de los Vita se extendía, además de por la propia Venecia, por el mundo entero, finito y redondo, construyendo un collar de más de tres vueltas. Tal vez por ello no le importó a Francesco cederme una habitación gratuitamente, apartándola del negocio, de las ganancias y de los euros que pudiera generar. Tal vez por ello o porque yo le gusté más que ninguna de las mujeres que formaban su plétora de admiradoras, siendo quizá el hecho de que yo no lo admirara lo que le gustó de mí.

Yo no admiré nunca a Francesco porque no había nada que admirar en él. Era guapo, pero no más que Braulio y que otros

muchos hombres, y su principal actividad consistía en pasearse por un hotel divino pero en cuya divinidad no tenía él nada que ver.

El hotel era producto de sus abuelos, bisabuelos, tatarabuelos o vete a saber qué familiares predecesores, de los cuales su belleza también le venía heredada. Lo único admirable en él era, por tanto, la esplendorosa suerte que había tenido al recibir su herencia, pareciendo que el azar le había carcajeado encima en lugar de sonreírlo solo. Más que admiración, despertaba envidia.

A pesar de todo ello, sin embargo, no pude ni puedo negar que fue encantador conmigo desde el principio. Cada día de los que pasé en la habitación prestada me envió a ella el desayuno y vino a buscarme también para pasar la mañana juntos.

Unidos como uno solo nos bebimos Venecia hasta secarla, hasta no dejar de ella ni la camiseta rayada de un gondolero. Y entonces Francesco me ofreció su casa.

Toda esta introducción compuesta por un viaje sin luna y sin miel, sin un euro que sacarse del bolsillo y con un hotel capaz de enamorar a cualquier turista, adquiere sentido en este momento de la carta, cuando Francesco, con los ojos menos vanidosos y más inyectados de súplica que nunca, me pide que viva con él, de la misma manera que lo hizo Arturo hace siete días.

Mi traslado a casa del italiano fue mucho más ligero que el de aquel en términos físicos, aunque, junto a mi grácil maleta, llevara conmigo una espesa carga de necesidades que esperaban encontrar alimento allí. Lo que sí encontré al menos, nada más cruzar el umbral de una puerta tan grande como la de un monasterio, fue una sala de estar en la que juré conjugar el verbo copulativo que la denominaba hasta gastarlo, sin pretensión alguna de salir nunca de allí. Las mismas ganas de estatismo me despertaron el dormitorio y la cocina, además del baño, *enmarmolado* como un panteón y en el que en absoluto me hubiera importado ser enterrada.

Todo en aquella casa era bonito y caro, y no porque piense yo que ambos adjetivos comparten sinonimia alguna. La casa podría haber estado llena de objetos valiosos tan feos como un charco, pero lo cierto es que la decoración se había hermanado con la belleza hasta el punto de contagiar cada rincón y esquina. Vivir allí era como hacerlo en el preciosísimo hotel que pronto dejé de echar de menos.

Mi estancia en la casa de Francesco comenzó a adquirir prestancia cuando la cotidianeidad entró en ella en forma de clases de italiano. A ellas acudía cada día tras ducharme en una ducha que parecía una cascada y vestirme con mi ropa nueva, a juego con la casa, con la ciudad y, por supuesto, con el propio Francesco. A él no le importó en absoluto acompañarme a multitud de tiendas y ayudarme a elegirla; es más, le encantó que contribuyera a llenar un vestidor que, con lo que traía en mi grácil maleta, presentaba el aspecto de una sala de espera sin esperanza.

Con mis nuevas chaquetas, vestidos y zapatos, salí junto a Francesco de la que era ya nuestra casa, camino al hotel y a mis clases, respectivamente, durante una multitud de semanas que pronto se convirtieron en meses. A lo largo de ellos, él se enamoró de mí como no había logrado hacerlo de ninguna otra mujer, según me confesó en un italiano que, a esas alturas mensuales, hablaba y comprendía yo ya igual que el mismísimo Boccaccio. Y para que le creyera, para que pudiera hacerlo igual que tú mientras lees su declaración puesta en mis letras, me dio una amplia lista de motivos para hacerlo.

Francesco, guapo hasta gastar la palabra belleza, me amaba porque le parecí inteligente el mismo día que me conoció, cuando fui capaz de apoderarme de su presencia y su atención por encima de todas las mujeres que lo cercaban. Cuando le conté, además, que estaba allí sola, desposada de un marido que había dejado soltero ante el altar, con los anillos sin dedos como testigos, le admiró mi valentía.

Me sonó extrañísimo entonces escuchar dicha cualidad aplicada a mí, una cobarde acérrima durante siglos, tanto como debe extrañarte a ti haberlo leído. Sin embargo, hay que reconocer que fui valiente.

No todo el mundo es capaz de tomar una decisión como la que yo tomé, totalmente contraria a lo que debe hacerse, a lo correcto, a lo normalizado por las reglas más sociales, a la ética... Y yo lo hice. Pasé por encima de la corrección con pisadas firmes, sin vacilaciones, aplastándola igual que una hormiga, dejándola sin opción alguna a construir su venoso hormiguero, sin opción a dedicarse a sus labores como debe hacer toda buena hormiga. Yo maté a la hormiga y le permití a la cigarra reír por una vez, y cantar y bailar sin remordimientos moralistas ni sentencias finales al concluir la fábula. Yo lo hice aunque te cueste leerme y verme como una adoradora de cigarras. Francesco supo que lo hice. Y al saberlo me admiró, al igual que admiró mi belleza (aunque se alejara de la de él), mi *enroscado* sentido del humor y, sobre todo, mi capacidad de amar Venecia, su hotel y a él como a tres elementos de una misma cosa.

Amante y amada de la bella tríada, dejé pasar los meses anegada en la serenidad de un agua sin olas. Hasta que me dieron ganas de que al menos una me golpeara y me tumbara, aunque ello conllevara caerme.

Tras un año conviviendo con Francesco empecé a no poder soportar acudir cada mañana a las clases de italiano. Las abandoné y opté por quedarme en casa, igual de bonita que hacía un año, igual que dentro de dos.

La casa de Francesco formaba parte de un palacete inmenso del siglo XIX que había sido seccionado, repartiéndose sus partes entre los distintos Vita. Con la mirada perdida entre sus paredes, una tarde, le pregunté a un jarrón igual de viejo que ellas cuánto tiempo llevaba posicionado sobre el podio de mármol en el que lo encontré

cuando irrumpí en su vida, pero no me contestó. Solo me miró cansado, con sus hojas pintadas cansadas, con una frialdad cansada, derramándoseme por los ojos entonces una multitud de posibilidades de localización para aquel que iban más allá del sempiterno podio de mármol ya nombrado: la cómoda de madera blanca de la entrada, aunque sintiera una corriente de aire cada vez que se abriera la puerta; la pequeña estantería de la salita de estar, en la que se vería un tanto apretado; el contundente mueble del salón, a pesar de estar ya repleto de cosas; la mesita del pasillo, aunque estuviera un poco coja; mi tocador, al lado de los perfumes... La casa de Venecia ofrecía, como la ciudad misma, demasiadas posibilidades como para quedarse con una sola por muy confortable y bonita que pudiera ser esta. Por ello, desplegué la raquítica maleta con la que había llegado a Venecia con ansias de huida y la llené con lo primero que mis manos encontraron al abrir el vestidor. Dejando atrás el dormitorio y el pasillo, unos minutos después, a punto de cerrar tras mis tacones la puerta, volví la vista y agarré el jarrón de cristal, que se dio la vuelta para despedir al podio, feliz también al verse sin nada encima por una vez, mientras dejábamos la que ya quería ver como mi excasa. En la calle, con la maleta en una mano y el jarrón en la otra, me dejé navegar como una góndola sin dueño, dispuesta a que el agua me erosionase a mí la vida y al jarrón, el cristal.

Verona.

30 de enero de 2014

Querida Verónica:

Hace cuatro días que sé que los dedos de Arturo se arrojan sobre los cordones de sus zapatos en cuanto éstos sobrepasan el umbral de la puerta de entrada. Hace cuatro días que sé que la aversión irracional de Arturo hacia los marcapáginas lleva a sus libros a padecer de esquinas dobladas, incurables y crónicas. Hace cuatro días que sé que los calcetines de Arturo se enroscan como espirales y que siempre, aunque no quieran, terminan del revés, con los hilos fuera. Hace cuatro días que puedo leer el nombre de Arturo tras el mío en el buzón.

Ayer, con la pequeña llave en la mano junto a las otras en el llavero, al verlo escrito en mayúsculas, totalmente legible, dudé que el buzón fuera mío, aunque ello supusiera dudar de mi propio nombre y mi apellido ejerciéndole de coda. Pero entonces me vino el recuerdo del día que lo reencontré, su tardía confesión de amor, la caja de galletas abierta, la mudanza desamueblada, su cepillo de dientes sin tapa al lado del mío... Con una sonrisa tonta causada por el desfile de recuerdos metí decidida la llave en la cerradura de nuestro buzón, de Arturo y mío, tras sacudirme la incredulidad y sabiéndome Verona, dueña y posesión de Arturo a partes iguales, aunque a las dos nos cueste creerlo. Porque hace cuatro días que mi vida es tan inverosímil como distinta.

Como si me fuera ajena, hace cuatro días que paseo por mi piso mirando las cosas que se han entrometido entre las mías, llegando a mudar la forma de las paredes, el color del techo, el sabor del aire.

Hace cuatro días que he tomado la decisión de no escribir ni una página más de una novela, de no traducir del francés ni una oración sin complementos, de no interpretar a nadie más que a mí misma. Porque desde hace cuatro días lo único que quiero hacer, lo único que mi voluntad me deja, es pasearme sobre las baldosas de una casa que me resulta extraña, para asentarme en la consciencia, a fuerza de objetos, el hecho de que Arturo vive conmigo.

Hace más de catorce años mis dedos vagabundeaban sobre el bolígrafo de aquel queriendo encontrar en él sus huellas. Hace cuatro días, ya cuatro, pueden afincarse en tantas cosas suyas que el bolígrafo se les presenta como una nimiedad, como algo insignificante hasta el punto de desprendérseles de su memoria arrugada de yemas, su tacto frío y llano de bolígrafo. Porque hace cuatro días que las puntas de mis dedos pueden rondar los jerséis de Arturo y tocar a intervalos los míos. Porque hace cuatro días que mis uñas son capaces de arañar el lomo de los libros de Arturo un segundo antes de arañar los míos. Porque hace cuatro días que sus cosas y las mías se rozan, se tocan, se mezclan en una pasta que cada uno de mis sentidos no deja de amasar para volverla uniforme y poder tragármela de un bocado. Porque desde hace cuatro días no me alimento sino de Arturo reflejado en sus cosas, viviendo en sus cosas, como si se hubiera diluviado a través de sus cosas hasta inundarme la casa entera.

Los discos de Arturo, aunque iguales a los míos, me suenan mejor. Sus libros, con las mismas letras, con las mismas páginas, los leo mejor. Oyendo a unos y leyendo a otros espero a Arturo desde hace cuatro días con la mirada pulimentando la mirilla de la puerta. Lo espero como si no lo hubiera encontrado nunca, con miedo a que nunca aparezca. Y entonces, desde hace cuatro días, escucho sus zapatos gritar y la llave revolviéndose en la cerradura, confirmando que el buzón no miente.

Comprenderás que no puedo salir, que desde hace cuatro días no puedo. Si lo hiciera, se me borraría el aire de Arturo del oído, su olor de los ojos, su piel de la boca. Desde hace cuatro días no puedo hacer nada más que amar sus cosas y las mías, empapadas de él, como a él mismo. Venerar el televisor en el que ambos nos inyectamos los mismos píxeles y pulgadas, reverenciar los sofás y sillones compartidos, glorificar la lavadora en la que la ropa de los dos bucea para ahorcarse junta en el tendedero y arder bajo una misma plancha cuyo calor me excita después. Desde hace cuatro días venero la ducha y bañera compartidas, en las que la piel de ambos bebe ebria de igual jabón, y adoro la esponja azul que me mira provocativa y sin ojos pero rebosante de Arturo, más *arturizada* a través de sus poros que cualquiera de los cubiertos con los que haya podido comer o cenar hoy. En ellos, entre tenedores y cuchillos, logro encontrar pequeños rescoldos de Arturo desde hace cuatro días, antes de ahogarlos fregadero abajo, después de haberse clavado donde he clavado yo los míos. Porque desde hace cuatro días Arturo y yo compartimos dentífrico y leche, margarina y felpudo en el que limpiar los pies de todo lo ajeno a nosotros, de todo lo que nos quiera manchar el hogar de Arturo y mío, mío y de Arturo, en el que desoxigenamos el mismo aire mientras vemos anochecer y amanecer en los mismos cristales, desde hace cuatro días.

Verona.

15 de febrero de 2014

Querida Verónica:

Hoy te escribo rectificándome, desdiciéndome de lo dicho y de lo escrito en mi carta anterior, esa en la que Arturo ejerció de *tsunami* en mi piso, todavía encharcado.

Tecleé en ella que no volvería a interpretar a nadie más que a mí misma, con la inexorable razón, como argumento principal, de que lo único que podía hacer era tratar de confirmarme que Arturo vivía en mi casa, conmigo también dentro. Una vez segura de ello, sintiendo a aquel diluido en cada recodo, empapando las telarañas más esquinadas, no pude, como ya sabes, sino mojarme de Arturo hasta el tuétano, hasta ser más Arturo que él. Calada en la boca del estómago, con las arterias mojadas, recibí una llamada de teléfono, sin embargo, que se sucedió en otra y en otra, elevándose al cubo multiplicado por la fertilidad, no dándome opción a huir de ella con las raíces colgando.

Insertada en la tierra, abonada y a punto de florecerme, me vi obligada a decir que sí a una oferta que me lleva a escribir esta carta y a, como he dicho, contrariar mi decisión.

A partir de mañana no solo responderé al nombre de Verona, como tan gratamente llevo haciendo desde que Arturo me descarriló hace ya meses. A partir de mañana también deberé girar la cabeza y afirmar cuando escuche decir «Penélope» con todos sus fonemas alineados. Y es que, a partir de mañana, actuaré en una obra teatral sobre el mito de Ulises y Penélope[5], en clave de musical.

Al leer este último adjetivo, se te ha plegado la frente en un gesto de extrañeza que solo la explicación que inicia el siguiente párrafo puede alisar.

Me ofrecieron hace días, a través de llamadas telefónicas insistentes hasta el agotamiento, ejercer de Penélope cantarina porque, después de aprender a nadar y ver a Álex hundirse sin flotación futura, tomé clases de baile y canto hace años. Sí, ya sé que me recuerdas demasiado tímida como para mover un solo dedo al ritmo de cualquier música, pero ten en cuenta que las clases las tomé después de aprender a nadar y no antes. Es más, tan después fue que ya el profesor Alonso había pasado por mi vida, besándome y aplastándome con su lunar.

Para entonces, con mi primer beso ya, al fin, guardado y dispuesto a salir del rincón de mi memoria en el que residía, siempre que lo reclamara, me sentía tranquila, en paz, sin la necesidad imperante de tener que seguir esperando. Lamentablemente, la satisfacción de lo nuevo suele durar poco; todos siempre queremos más, por lo que el beso, rememorado hasta que la imaginación se coló en su saliva mudándolo un tanto, inventándolo, me supo pronto a poco, a pesar de no venir solo.

Con la necesidad así de saciar mi mente con más recuerdos a los que recurrir, me apunté a las clases ya nombradas, de canto y baile, con la única intención de encontrar en ellas un maestro que continuara las lecciones del profesor Alonso.

El homólogo de este, y que impartía el curso musical, era guapísimo, según había oído y pronto pude comprobar. A pesar de ello, en la primera clase, con las mallas encajadas en las piernas y un sentido totalmente arrítmico del baile, una imparable pereza recorrió a aquellas con solo pensar en la elaboración de un nuevo plan con el que lograr mi objetivo.

Ya sabes lo difícil que me fue conseguir mi primer beso, aunque tuviera al profesor Alonso solo para mí y lisiado en un sofá. ¿Cómo

iba a lograr reducir a un hombre que no paraba de moverse y de bailar con todas? Deprimida hasta el punto de sentirme *desbesada*, decidí, sin decisión, lanzar mi ilusión al aire y tratar de aprender a bailar solo, completamente desganada. Hasta que Bruno irrumpió en la clase y mi esperanza recuperó la clorofila perdida.

Bruno bailaba, para mis ojos, mejor que el profesor, al que superaba, además, en atractivo, con diez años menos y mucho más vigor. Verlo bailar me cansaba las pupilas hasta la tumefacción, a pesar de permanecer, mientras él giraba y movía la cadera, más quieta que cualquiera de las columnas del aula.

La pasión que Bruno ponía en el baile era desproporcionada, lo que facilitaba el contagio. Al cabo de un par de semanas viéndome obligada a subir y bajar las piernas bajo la dictadura de los ritmos más variados, me vi infectada totalmente por ella. Ya no sentía vergüenza cuando él o el profesor clavaban sus manos en mi espalda para dirigirme por el salón, ni mis orejas se enrojecían al saberme mirada. El pudor al movimiento se me escurrió hasta poder pisármelo a ritmo de salsa (ya sabes por una carta anterior que esta la bailo tan bien como para provocar una trifulca con sus puñetazos y su sangre correspondiente) o de tango. No logré salir inmune de ningún baile, como tampoco Bruno de mí.

La presencia de este en el aula de baile se justificó el primer día por la ausencia del profesor titular, y siguió haciéndolo en los consecutivos al serle a este muy útil para llevar una clase que cada vez contaba con más alumnas. Esta última cuestión podría haber sido un problema si Bruno hubiera sido el profesor, con muchos más años que los míos encima y una actitud profesionalmente distante; pero Bruno no era el profesor (aunque quisiera que me adoctrinara) sino un ayudante y coetáneo mío. Si a esas dos circunstancias añadimos el hecho de que yo ya había sido besada e instruida en un sofá, convencerlo para que saliera conmigo fue más que sencillo.

Aceptó, con la condición que le puse de ser yo la dirigida y no él, puesto que, por aquel entonces, al no haber pisado yo aún ni la acera de una discoteca ni sala alguna de fiestas que emparentara con ella no hubiera sabido adónde llevarlo. Esta inexperiencia que hubiera podido caer en cualquier otro como un terrón desabrido, cuadriculado de aburrimiento, se deshizo en el cerebro de Bruno con todo el dulzor de lo novedoso. Para él, bailarín acostumbrado a dirigir por la pista, le pareció más que atractiva mi ausencia de trayectoria al permitirle ejercer de Pigmalión. Asida a su brazo así, ilusionada y nerviosa en fracciones igualitarias, una noche de no recuerdo qué mes me dejé engullir por las entrañas de una sala de fiestas, dispuesta a dejarme desflorar.

Iluminada y exaltada, rodeada de, bajo el punto de vista de tu Verona, demasiada gente, pronto, tanto Bruno como yo misma nos sorprendimos por mi capacidad de adaptación a un medio que yo creía originariamente incompatible conmigo. En un par de horas me sentí en mi hábitat hasta el punto de desligarme totalmente de mi actitud de turista, pasando a ejercer, con una naturalidad sorprendente, de guía del propio Bruno en la pista, no así en la alcoba.

En esta y otros locativos factibles fui ilustrada por él, demostrando en todo momento un interés digno de matrícula de honor, aún mayor del supuesto por mí en un principio. Y es que junto a Bruno era fácil intoxicarse de entusiasmo. La pasión que ponía en el baile, ya mencionada, se extrapolaba a todos y cada uno de los cajones de su vida, dejándolos rebosantes y desbordantes, capaces de tapizar a cualquiera que se les acerara. Y yo me acerqué. Me acerqué tanto que me acolcharon de piel, que me enardecieron sin posibles acotamientos. Salvaje y primitivamente, embozando la racionalidad temerosa de tu Verona, me moví dentro y fuera de las sábanas y los zapatos de baile con Bruno y su apasionamiento dentro y fuera de mí. Drogada de él y por él, sin más sustancia tóxica recorriéndome

las venas que su propio vigor, engullí los meses sin masticarlos hasta que me indigesté.

Bruno era demasiado intenso como para alimentarse de él durante más de unas semanas sin sufrir empacho. Con un cólico en la razón y las piernas hinchadas lo dejé girando en la pista de baile una tarde para no volver a verlo más.

Suficientemente adoctrinada, tras el curso *introductorio* del profesor Alonso y las clases intensivas de Bruno, sin ninguno de los dos cerca, me sentí aliviada de la misma manera que cuando tuve entre mis comisuras y piernas el recuerdo de mi primer beso y lunar. Ambos, hasta que Bruno lo remedió, además de insuficientes, como ya sabes, corrieron el riesgo de parecerme meras casualidades aisladas, accidentes sin posibilidad alguna de repetición. Menos mal que aquel los amplió mucho más allá de lo que en un principio parecía necesario, sembrándome deseos y necesidades inesperadas que, como ya sabes, se vieron saciados en exceso.

Una vez recogida una cosecha, así, más variada y abundante de lo previsto, centré mi atención, bastante distraída a esas alturas, en el curso parejo al ya cultivado: el de canto.

Con una impuntualidad impropia en mí (causada, sin duda, por las agujetas clavadas por Bruno en mis cimientos), entré en el aula el primer día de clase, con pocas ganas de entonar un escalón, mucho menos una escala completa. Al fin y al cabo yo me había inscrito en la clase de canto solo porque iba soldada a la de baile, nada más. La presencia de Lorena allí nada más cruzar yo la puerta, sin embargo, hizo mudar mi interés.

Lorena era alta y guapa. Lorena cantaba espectacularmente bien. Lorena era amable y correcta; simpática y cordial. Lorena gustaba a todos y yo le gusté a ella.

El primer día que la vi, ese en el que la impuntualidad hizo que sus ojos se fijaran en mí al cruzar la puerta como una mancha a destiempo, me limité a observarla.

Su seguridad al cantar era análoga a su seguridad a la hora de tratar con cualquiera. Levantó la mano las veces que quiso para preguntarle a la profesora de canto sus dudas, no mostrando ningún titubeo al planteárselas, exponiendo, asimismo, su opinión e ideas en cuanto a las actividades que aquella sugirió para el curso. Esta confianza en sí misma y sus capacidades quise pensar yo que se limitaban solo al ámbito de la clase, pero mi consoladora deducción se desplomó en cuanto la observé al terminar esta.

Lorena, con sus partituras y su cuaderno ya engullidos por el bolso, se presentó a su compañero de pupitre (cuyo nombre, según pude oír, era Damián), sin reflejar desasosiego alguno, de la misma manera que fui yo capaz de presentarme a cualquiera al cabo de poco tiempo. Junto a él y a otra chica (de la que supe después que se llamaba Andrea) salió del aula conmigo detrás espiándole los pasos.

Lorena les contó que tenía una profesora particular de piano, que María Callas era su ídolo y que adoraba los musicales. Ya en el metro, siguiéndole las estaciones a pesar de marcar estas una dirección contraria a las mías, me enteré de que estudiaba música en el conservatorio, de que ejercía de profesora de guitarra los sábados por la tarde, de que también tocaba un poco el violín y de que odiaba las acelgas. Este último dato fue el único en el que coincidimos.

Después de cinco estaciones con sus correspondientes paradas y referencias musicales, me vi obligada a verla bajarse del tren y mezclarse con el resto de los viajeros.

Con el vagón de nuevo en camino, me aposté en el mismo sitio en el que había viajado Lorena, apoyándome en el mismo cristal, colocando la mano en el mismo agarradero. Fue entonces cuando descubrí algo más de ella tras saber ya que adoraba la música por encima de cualquier otro posible amor; olía a vainilla.

En el andén contrario, unos minutos después, fui remediando la dirección, haciendo un repaso mental con sus correspondientes e imaginarias anotaciones de todos los datos recién exprimidos. Una vez en la calle, con el sol ya en la cara, me dirigí con una decisión poco frecuente aún en mí a la perfumería más cercana en busca de una colonia con aroma a vainilla.

Con la nariz pegada al frasco, imaginándome ser Lorena comprándola, con su mismo pelo y manos, con su misma convicción musical, descubrí que la vainilla era, como también para aquella, mi olor favorito.

Al día siguiente me desperté, para mi sorpresa y la del curso de canto, ilusionada por acudir a este. ¿Quién iba a pensar que aquella entrometida clase iba a llevarme a despertar así? Yo, desde luego, un escueto día antes, no.

Desayuné y me duché así, sabiéndome el agua más dulce y más frescas las tostadas. Hasta mi ropa de siempre la encontré más bonita doblada sobre el edredón. Y todo porque olía a Lorena, porque todo mi cuarto había sido pulverizado con la colonia avainillada hasta casi la extinción de esta, hasta el punto de engañar a mi nariz y a mí en la extensión de su olor; hasta el punto y la coma de hacerme creer que yo era Lorena. El siempre demasiado realista, en mi opinión, espejo de mi cuarto, con sus pegatinas de mariposas mirándome con inocencia desde uno de sus rincones me sacó, sin embargo, pronto del error aromático.

Desvainillada totalmente, *deslorenada*, me dirigí a clase con la misma apatía del día anterior volviendo a turbarme. Hasta que mis pupilas chocaron con la verdadera Lorena.

Con su carpeta forrada de pentagramas la vi subir de lejos los tres escalones que precedían la academia, sin que sus suelas mostraran ninguna contraindicación. Ellas, como sus botas completas, con cremalleras incluidas, querían estar allí de verdad, sin dudas con ínfulas de níqueles creciéndole entre los tacones y las punteras. Y

todo porque el amor a la música de Lorena las dirigía, sin necesidad de batutas rígidas ni pedestales altivos. Nada más verla, el aroma se me erizó de nuevo, llenándome de púas el cuello y el escote.

A lo largo de todo este segundo día de clase celé a Lorena con intenciones fotocopiadoras. Ya olía como ella y estaba en la misma clase en la que ella, pero eso no me bastaba. Para copiarle cada uno de los poros necesitaba sentirme igual que ella, ser ella desde dentro, desde los intestinos, sin darle a ningún espejo la opción de escupirles una verdad distinta a mis capas más externas.

Lorena cantó este segundo día tan bien como el primero y, como el primero, se mostró enclavada en sus correspondientes cinco líneas negras. Porque Lorena no era una mentira como pretendía ser yo. Su compás estaba escrito en la partitura ese día y también los siguientes, dándole el pie a ella para dibujar la línea melódica de su vida. Y es que la vida de Lorena no se dibujaba con números de calendario sino con notas, siendo precisamente ellas las que me llevaron a seguirla en el metro y a comprar después la colonia de vainilla, a imitar su postura al cantar y a copiarle el número de pestañeos.

El amor por la música de Lorena era tan inabarcable que me hacía querer uno para mí; un amor igual de intenso y con la misma capacidad de expansión.

Si yo hubiera sentido por entonces una pasión como la de ella, intensísima y factible, te aseguro que nunca me hubiera vaporizado de vainilla. Pero Arturo no estaba allí entonces; ni él ni ningún sustitutivo suyo.

Los bailes recién aprendidos y las lecciones de canto por aprender no me bastaban. Ni siquiera el cada vez más cercano ingreso en la facultad, me bastaba. Tratar de ser Lorena era lo único que podía hacer.

Imitar su peinado, casi siempre recogido en una trenza, fue tan sencillo como encontrar unos vaqueros con el mismo corte que los

que solía vestir. Calzada con unas botas de igual tacón y agarrada a una carpeta empapelada con fotos de María Callas me presenté en clase el séptimo día, en el que en absoluto esperaba descansar.

Este séptimo día era clave para que el proceso de conversión en Lorena obtuviese los resultados esperados: que ella se fijara en mí por simple igualdad, que se acercara a mí por simple igualdad, que le gustara por simple igualdad. Igual que un imán despolarizado, Lorena se pegó a mí, a su igual, sin condiciones, como yo esperaba, ese séptimo día.

Durante la mitad del curso cantamos imitándonos la una a la otra, paseamos nuestra mutua aversión a las acelgas por el aula y los pasillos, e invadimos el ambiente con la misma vainilla. Fui capaz, en esos días, de olvidarme de Arturo y no pensar más que en la música, de creer que había nacido para la música, como si mi vida fuera un cuadernillo de instrucciones destinadas para un fin.

Te confieso que me sentí muy cómoda pensando de esa manera, creyendo que todo lo que me había sucedido antes, que todo lo que había hecho y deshecho, que todo lo que nunca hice, tenía como único objetivo hacerme ir a parar a aquel curso en el que jamás pretendí inscribirme.

Una mentira, tristemente, por muy pequeña que sea no incluye entre sus cualidades la capacidad de perpetuarse.

Yo no amaba la música como lo hacía Lorena. Mi amor era solo una ridícula imitación, como lo es cualquiera. Si Lorena hubiera amado, con el mismo fervor con el que amaba la música, el esquí, me hubiera lanzado ladera nevada abajo a riesgo de despeñarme tras sus pasos.

El objeto a amar no me importaba en absoluto. Me daba lo mismo una corchea que una pista blanca. Lo único importante era la intensidad.

Los días creyéndome cantante y Lorena se me pasaron verosímilmente uno detrás de otro. Damián y el resto de

compañeros me adoraban tanto como a aquella. Yo misma me gustaba más que antes. Seguro que incluso a ti te hubiera gustado más Lorena que la Verona que te escribía. Es más, Lorena nunca hubiera tenido la necesidad de escribirte. Porque Lorena no se parecía, más allá del barniz *avainillado* y el desprecio a las acelgas, en nada a tu Verona ni a mí. Y por eso, cuando la mentira empezó a derretírseme sobre la verdad caliente, a fundirse entre la certeza de mi nombre y el tuyo, de las cartas escritas, del Arturo perdido, de mi falta de amor hacia otra cosa que no fuera él; él aunque no estuviera, aunque no fuera a estar nunca ni cerca ni lejos, aunque no pudiera volver a verlo siquiera, la verdad, dura como una piedra capaz de resquebrajar cualquier mentira por muy querida y bonita que pudiera ser, me golpeó tan fuerte como pudo mientras miraba las manos de Lorena escribiendo una melodía con unos dedos que ni eran míos, ni nunca pretendieron serlo.

Lorena nunca quiso ser como yo. Nunca trató de copiarme como yo a ella; ni la trenza ni la cantante favorita, ni siquiera el odio mutuo, totalmente casual, a las acelgas. Y, aun así, gustaba a todos. Gustaba como yo nunca fui capaz de hacerlo.

Damián fue el primero que se presentó a ella, el que inició una conversación con ella. A mí Daniel, con el que compartí pupitre al sentarme a su lado ese primer día en que llegué impuntualmente, ni me miró hasta que no fui un reflejo de Lorena. Ni él ni Andrea ni Damián ni nadie se acercó a hablar conmigo hasta que no fui un clon de aquella. Porque solo Lorena les gustaba, solo ella, y yo, por pura semejanza suya.

La dualidad carece de capacidad de supervivencia. Dos igualdades se anulan cambiándose, como dos signos negativos multiplicados, o reduciéndose a una, al multiplicarse dos signos positivos.

A Lorena no le costó nada ser Lorena. Ella no tuvo que hacer ningún esfuerzo para apreciar las canciones del musical *Los miserables*, ni aprender a encontrar más favorecedores que ningún

otro los vaqueros claritos. Ella no valoraba lo que suponía ser Lorena, lo que valía amar algo que tenía a su alcance y ser estimada por los demás sin necesidad de hacer nada. Y por eso, porque no había hecho nada cuando yo había hecho todo, no se merecía ser la que sobreviviera de las dos.

Tú, al igual que yo, sabes lo fácil que es extender el desprecio. Con solo un miligramo sobre el cuchillo puede untarse todo el pan. La única complicación es lograr encontrar esa pequeña cantidad untable, esa masa con la que bañar a la víctima. Un defecto.

Encajada entre dos brazos y una espalda, sin posibilidad alguna de caerme, uno de los días en que Lorena y yo volvíamos juntas, en metro, a nuestras respectivas casas (uno de esos días en los que me veía yo obligada después a mudar de andén para poder llegar, de verdad, a mi casa), me percaté de que Lorena, al hablarme de una pieza musical que le encantaba y de la cual no escuché ni el título, escupió un poco de saliva sin querer.

Yo hasta entonces tenía a Lorena como perfecta hasta el punto de no salivar siquiera. Sin embargo, lo hacía, y hasta en exceso a veces.

Fuera de aquel vagón, muchas horas más tarde, con una página menos en el calendario diario, me di cuenta de que había encontrado el defecto a extender.

Al día siguiente hablé con Damián. Él, al no distinguir la original de la copia, se consideraba tan amigo de Lorena como mío, por lo que aceptó mi crítica hacia la verdadera con la naturalidad y el rechazo esperados. Una crítica que pasó de la boca de este a los oídos de Andrea en menos de una jornada de clase, desdoblándose después por toda el aula hasta el punto de perderse su origen por entre los participantes.

Pronto todos comenzaron a cuchichear acerca de los problemas de Lorena para guardar la saliva dentro de la boca, manifestando su tendencia a compartirla con el aire y con los interlocutores que tuviera enfrente. «Llama» fue el poco original apodo, así, que se

ganó más pronto de lo que yo esperaba (pasaron solo un par de días desde que hablé con Damián) en la academia de música. Muchos fueron los testigos que corroboraron mi experiencia en el vagón a partir de entonces, exagerando, por supuesto, cada incidente. Algunos decían que Lorena era capaz de ahogar a cualquiera que hablara frente a ella, mientras que otros afirmaban categóricamente negarse a tener una conversación con ella sin armarse antes con un chubasquero que los resguardara. Dijeran una cosa u otra, lo cierto es que con cada hiperbólico comentario Lorena hablaba cada vez menos, dejándose desaparecer cada vez más. Ya no opinaba acerca de nada de lo que se decía en clase ni quería acompañarme en el metro al terminar esta.

Yo le agradecí sobremanera y en silencio poder volver sola a casa cada día sin incómodos cambios de andén por en medio, así como el hecho de poder sentirme única nuevamente.

Con Lorena transformada en Llama ya no me vi en la obligación de copiarle ni el peinado. Se mostraba tímida en exceso, abatida, indigna de ser imitada en ningún sentido. Su pasión por la música, aunque siguiera viva internamente, no se le atisbaba ni de perfil, lo que me ayudó pronto a olvidarla.

El curso musical llegó a su fin, por tanto, conmigo mucho más segura en todos mis sentidos. Junto a Bruno me amplié físicamente y, gracias a Lorena, lo hice también moralmente. De entre las paredes llenas de pentagramas salí con la seguridad elevada hasta las notas doblemente sostenidas, sabiendo, además, aunque no entrara en mis planes, bailar y cantar lo suficientemente bien como para, varios años más tarde, poder ejercer de Penélope en un musical.

Verona.

[5] Ulises dejó a su esposa, Penélope, y a su hijo, Telémaco, para participar en la guerra de Troya. Durante su larga ausencia, Penélope fue acosada por diversos pretendientes, por lo que dijo que no elegiría a ninguno hasta que acabara de tejer un sudario para Laertes, su suegro. Para que su trabajo no acabara nunca, tejía durante el día y descosía una parte de lo tejido durante la noche.

27 de febrero de 2014

Querida Verónica:

Ayer Juan José, un exjefe del que no te he hablado aún, me rogó que volviera a ocupar mi puesto de trabajo en su fábrica de papel. Con los oídos arañados le colgué el teléfono. De haberme pedido que volviera en persona, de no haber habido un teléfono intermediando entre los dos no sé, sin embargo, si hubiera podido negarme.

Al cabo de dos minutos el teléfono volvió a sonar. Me asusté desde la boca del estómago y me sentí encogida.

El teléfono no dejaba de chillar mientras yo, pequeñita, lo miraba tirada en el suelo. Cada vez más grande, cada vez más histérico, adoptó el tono de voz de mi exjefe para gritarme a la cara que iba a trabajar con él simplemente porque ya lo había hecho antes. Esa fue la única y arrolladora razón que no dejó de arrojarme encima a lo largo de todos los minutos en los que no paró de sonar; una razón que explotó en el aire y cayó al suelo, y que yo pisoteé igual que una mosca, girando con sus alitas como una trompa en el suelo.

Debe ser horrible morir aplastada. Si yo fuera del tamaño de una mosca, hubiera muerto ayer aplastada por el auricular del teléfono, por la voz de mi exjefe, por mi condición de empleada. O tal vez me hubiera acostumbrado a vivir con el cuerpo tan liso como una baldosa.

Hay cosas que parecen imposibles, como sobrevivir a un aplastamiento, pero no lo son. Son sucesos que te asfixian las alas, que te las resquebrajan impidiéndote volar, pero hasta los hechos

más insoportables pueden lograr deshacerse de sus prefijos. Por eso, tal vez (seguro), si hubiera descolgado el teléfono o si no hubiera este existido nunca, la mosca y yo habríamos podido acostumbrarnos cada una a nuestras respectivas condiciones de empleada y aplastada, respectiva y recíprocamente. Porque a todo podemos acostumbrarnos las dos; a todo puede acostumbrarse cualquiera. ¿No crees que es trágica la capacidad de adaptación?

Verona.

28 de febrero de 2014

Querida Verónica:

Los ensayos del musical están resultando mucho más gratificantes de lo que esperaba. Porque lo cierto es que, teniendo en cuenta que nunca me gustó cantar ni bailar, como ya sabías y te lo confirmaron los motivos que me llevaron a inscribirme en el curso musical del que ya te hablé hace dos cartas, no esperaba en absoluto disfrutar trabajando en una obra de este tipo. Acepté la oferta, simplemente, por la halagadora insistencia con que me fue ofrecida. Una vez aceptada, sin embargo, me sentí un tanto manipulada.

Cuando llegué al primer ensayo, así, hace ya varios días, no pude evitar creerme tan maleable como una marioneta de madera. No quería estar allí y, sin embargo, lo estaba; no quería cantar pero entoné cada nota; no me apetecía bailar y, aun así, no paré de moverme. Me detesté a mí misma por haber aceptado una oferta espléndida, sin duda, pero que yo no quería, por pura inercia.

Llevar a la práctica mis conocimientos musicales, sin embargo (que yo tenía, por cierto, por mucho más limitados), a lo largo de toda esta sucesión de días que se me han perdido desde el primer día de ensayo y la penúltima carta que te escribí, me ha hecho darme cuenta de que canto y bailo fantásticamente bien. Y por si no me había dado cuenta de ello, Miguel Esteban, el director del musical, admirador mío desde que me vio en la voz y el nombre de Electra, no ha dejado de decírmelo.

Fue él el que logró convencerme de aceptar el papel después de enterarse de que un par de líneas de mi currículo aludían a mis

destrezas musicales. Desde entonces, según me confesó, supo que solo yo podía ponerle cuerpo y voz a su personaje y su obra, escrita por él mismo.

Sus elogios al recibirme el primer día de ensayo, ese en el que empecé a responder al nombre de Penélope además de al mío propio, a pesar de resultar tan sinceros como una página en blanco, no lograron enamorarme del proyecto, ni borrar mi sensación de títere lleno de cuerdas enredadas. Solo yo misma oyéndome y viéndome en el espejo de la sala de ensayos, con los empeines extendidos y cualquier atisbo de desafinación desterrada de mis cuerdas vocales, pude hacerme amar la obra a fuerza de un amor inesperado.

Porque yo no esperaba de ninguna manera bailar y cantar con la perfección y elegancia con la que lo hago, de verdad que no lo esperaba. Si lo hubiera esperado, no habría sentido la necesidad de aborrecer a Ingrid como lo hice, ni habría tenido una alergia interna por el baile un año después de dejar de verla envasada al vacío en su *maillot*.

¿Cómo iba a imaginarme que unas habilidades artísticas tan alejadas de mis gustos fueran a elegirme a mí, que ni protagonistas fueron de su propio aprendizaje? Y, sin embargo, lo hicieron, queriéndome más que la pintura, a la que yo sí que amé sinceramente desde siempre.

A lo largo de todos estos días de ensayo he aceptado así que si el arte, la música o vete a saber qué fuerza natural o artificial han querido que sea yo una transmisora de sus movimientos y escalas, ¿cómo voy a darles la espalda? Sería muy egoísta por mi parte privar a todos los que asistirán a la representación del musical de Ulises y Penélope de mis habilidades, de este don que me ha sido inesperadamente regalado. Mi responsabilidad es cantar y bailar, me guste hacerlo o no.

Lo más extraño de todo, lo que no podía imaginar de ninguna manera que pudiera pasar y que, sin embargo, ha sucedido, es que cada vez me gusta más. Supongo que se debe a que no es fácil no querer algo que te quiere tanto como me aprecian a mí la música y el baile. Si alguien me hubiera querido a mí tanto como ellos, hace quince años, tal vez Arturo no hubiera ocupado el lugar preponderante que ha ocupado siempre entre mis sentimientos. Si Leo, por ejemplo, me hubiera querido así...

No sé si te acuerdas de Leo. A mí misma me cuesta recordarlo aunque sea yo la que lo haya sacado a colación en este momento tan inoportuno. Pero es que al escribirte de esa falta de amor capaz de traspapelarse de una persona a otra, capaz de calcarse sin papel de calca entre sus hojas, en mi adolescencia, me ha venido a la mente la pasividad de Leo, tan poco atractiva como un marco sin cuadro, incapaz de llamar la atención de nadie hace quince años, al igual que yo.

Leo era tan transparente que me cuesta recordar su cara. Solo puedo retrotraer hasta esta carta y este ahora su nombre y una languidez que lo recubría de arriba a abajo vistiéndolo de invisibilidad. No sé de qué color eran sus ojos ni qué forma tenía su nariz. Solo sé que parecía levitar en vez de pisar, susurrar en vez de hablar. Nunca hubiera podido sentir nada por él, sentirme atraída o desearlo, a no ser que él sí lo hubiera hecho.

Ahora sé con una certeza incapaz de concebirse hace dos cartas que si el Leo que ni recuerdo me hubiera amado o deseado o perseguido, yo habría tenido que corresponderle con todo el gusto con el que se puede amar, desear o perseguir por pura equivalencia, por mantener un equilibrio desequilibrado pero, al menos, capaz de sostenerse sobre el alambre si llegar a caer.

La impertinente duda que se me está clavando en el cerebro desde que descubrí que el amor puede pegarse igual que un virus o una pegatina, es si Arturo me hubiera amado a mí también por puro

contagio simétrico, de haberlo forzado yo a hacerlo, de haberle forzado mis sentimientos a hacerlo. Es una duda molestísima esta, y más teniendo en cuenta que no puedo sacármela de la cabeza quitándole el calcetín a mi cerebro y dándole la vuelta a aquella. Sé que va a quedarse ahí, rechinando durante todos los días que permanezca siendo Penélope, todos en los que el nombre de Leo, refiriéndose a un desconocido, vuelva a hacer eco con sus letras en la cueva de mis tímpanos, dentro de diez años o fuera de un mes. Menos mal que los aplausos de mañana erosionarán un poco sus contornos.

Mañana, por fin, seré Penélope para todas las manos que se sienten ante las butacas del teatro; para todas las que lean las críticas teatrales; para todas las que paseen por cualquier calle con las marquesinas y las paredes empapeladas con el anuncio de la obra y mi nombre. Los aplausos son capaces de acallarlo todo.

Te pellizcan la garganta y la ilusión igual que un beso en la boca. La primera vez que me rozaron los labios, cuando terminé de ser Electra y el telón cayó, noté la barbilla mal afeitada del profesor Alonso clavándome las palmas de las manos. La lengua del teatro me lamió por completo mientras cientos de dedos se entrechocaban, mientras mi saliva se resbalaba por ellos, mientras mi ilusión me mordía las ovaciones. Estoy deseando que el telón se derrumbe para volver a ser besada por primera vez.

¿Cómo será este nuevo primer beso de mañana? Porque mi actuación de mañana será distinta a las anteriores... Cuando el público me vea cantar y bailar, sus aplausos me besarán como nunca han besado a nadie. Será como un beso esperado durante años, rebozado de espera o no esperado jamás; como el imaginado hasta la multiplicidad de todas las posibilidades e imposibilidades, o como uno carente de esbozos. Será desmedido, sin renglones, de la única manera que puede ser un primer beso. Será capaz de hacerme

sentir especial, como únicamente pueden hacerle sentir a cualquiera un diluvio de aplausos.

Debe ser muy desolador no haber sido dotada de ninguna habilidad en la que sobresalir. Seguro que te sientes hueca, vacía e incapaz de llenarte, vulgar.

La vulgaridad es trágica. Podría protagonizar cualquier obra de Esquilo, Sófocles o Eurípides sin rasgarse ni una *d*. La vulgaridad me da miedo. Siempre me ha aterrorizado pasar por mis días igual que han pasado todos de los que nadie sabe nada; igual que pasarán todos de los que nadie sabrá nada. Y es bastante absurdo que un gesto tan poco elaborado como el choque, de manera iterativa, de las palmas de las manos, sea una prueba fehaciente de la salida de la vulgaridad. Pero lo es, igual que un primer beso.

Sí, ya sé que un primer beso es lo más vulgar del mundo, que a cualquiera lo besan y que nunca se aplaude después de hacerlo; pero porque el beso en sí es el aplauso. A mí me parecerá el aplauso mañana, cuando lo escuche sobre el escenario. Tanto me lo parecerá que ahora, antes de mañana, me está creciendo mientras te escribo el temor de no haber sido nunca besada, como si mi recuerdo del profesor Alonso fuera una completa mentira capaz de desacreditar cada beso que lo ha sucedido, capaz de hacerme llegar hasta este 28 de febrero de 2014, con casi treinta y un años encima, con la boca totalmente inmaculada. Menos mal que mañana todos me aplaudirán.

Verona.

2 de marzo de 2014

Querida Verónica:

Debo comenzar esta carta con el momento en el que el telón cayó, el mismo momento que finalizó la carta anterior y que inició mi reflexión acerca de la figura de Penélope. Cuando, con toda su pesadez de paño, dio fin a un pedazo de la vida de aquella para repetirlo hoy con las mismas guindas, los aplausos desvirgaron la insignificancia de mi espera a Arturo; su poca consistencia, su falta de constancia frente a la de Penélope, frente a la que acababa de ser y, con el telón arrastrando el dobladillo por el suelo, ya no era.

La caída del telón y los consiguientes aplausos no trajeron consigo la misma sensación que la de mi primer beso, como esperaba y te relaté en mi carta anterior; y todo por culpa de Penélope.

Si hubiera interpretado a cualquier otro personaje estoy segura de que las palmas y vítores me hubieran sabido tan suaves como los labios de mi antiguo profesor. Llegar a ellos con la apariencia de Penélope y con la sensación aún encima de haber sido ella, lo cambió, sin embargo, todo. Y todo porque ella supo esperar.

Ella pudo dejar correr sus días al monótono ritmo de una aguja que se esconde bajo la tela para volver a salir y esconderse después. Ella supo ser como esa aguja. Durante las dos horas que la tuve entre mis dedos, estrechísima y punzante, me aterrorizó. Las dos horas de la vida de Penélope se me mostraron como una vida entera cosida a un sudario, como la vida que hubiera tenido de no haber huido de mi casa hace ya diez años.

Puedes reprocharme, con toda libertad, no haber tenido las costuras de Penélope para esperar a mi Ulises. Fui una inconstante por no esperarlo como ella, solo esperando, nada más que esperando, aunque no llegara nunca. Ese es el verdadero amor, el que se cose a un dobladillo y se queda en él sin pensar en pespuntes ajenos. Aunque, ¿cómo iba a coserme si ni siquiera tenía una tela a la que asirme? Ulises era el marido de Penélope, mientras que Arturo nunca fue nada mío durante mi espera. Yo no tenía, para protegerme en mi costura, un dedal repleto de recuerdos comunes como sí tenía ella, ni contaba con una promesa con la que enhebrar la aguja. Porque Ulises tenía que volver al lado de su mujer, pero Arturo carecía de compromisos. ¿Y si nunca hubiera vuelto? No se puede malgastar una vida a base de monótonos zurcidos, no se puede. Ni siquiera Penélope hubiera podido. No, ahora que te escribo todo, que te confieso que me sentí totalmente infiel a mi amor por Arturo al terminar la obra, veo claro, entre las letras, que Penélope hubiera sido igual de infiel que yo. Solo una loca, una persona totalmente alejada de la realidad, hubiera sido fiel a un deseo sin expectativas, tan irreal como un sueño.

No debo arrepentirme de haber amado a mi novela, en lugar de a Arturo, a lo largo de los meses que no hice nada más que escribirla, que ansiarla leída por otros; ni tengo por qué sentirme culpable de haberme perdido en el mar, como se perdió Ulises, en compañía de Martín.

Martín, al que ya he mencionado en varias cartas antes que en esta, pero del que no sabes aún nada más que el nombre, me navegó y se dejó surcar hace ya más de un año; este verano hará dos.

Martín me miró la primera vez que lo vi como si no existiera más mujer en el mundo que yo misma. De haber mirado así a tu Verona, esta se hubiera echado para atrás tres pasos, dejándole a aquel la impresión de que su mirada no había surtido efecto alguno en ella.

Como hace más de un año, afortunadamente, y aunque me pesara hace un momento a causa de la fidelísima y esperanzada espera de Penélope (ella sí tenía un compromiso que la avalaba), yo ya no era la Verona que sí hubiera esperado sin aval alguno; di, en cambio, cuatro pasos para adelante, en lugar de tres atrás.

Dos días después de conocerlo me lancé mar adentro con Martín en su barco sin pensar en las consecuencias.

Al leer esto pensarás que fui una inconsciente, que Martín podría haber sido violentamente peligroso o desesperadamente aburrido, y que no hubiera tenido más opción entonces que dejarme ahogar entre las olas. No te das cuenta, al pensar así, sin embargo, que de no haberme dejado ir sin despertar todas las secuelas posibles, como sí las hubiera desperezado tu Verona, me hubiera ahogado igualmente, salvo que, en lugar de hacerlo entre un montón de olas y un mar demasiado salado, lo hubiese hecho entre las limitaciones de una bañera sin espuma; y ya sabes lo horriblemente descorazonador que es darse un baño en un agua sin espuma.

Martín apareció en mi vida así para quedarse en ella el tiempo que él, yo o aquella, sin contar conmigo, lo necesitó una tarde de julio extrañamente nublada. Mirando el cielo y, a intervalos consecutivos, mis escotadísimas sandalias, preocupada de que más pronto que tarde los dedos de mis pies acabaran *empapadísimos* y resbalosas las suelas de aquellas, paseaba con un grupo de amigos por el paseo marítimo cuando escuché la voz de Martín. ¿Cómo podría describírtela? Indudablemente, era grave; de no haber sido así, y haber tendido a un tono agudo, aunque fuera muy levemente, no hubiera llamado mi atención más sexual como lo hizo. Pero decirte que era grave y ya está no es suficiente, y menos aún lo sería acompañar dicho adjetivo con el adverbio «profundamente»; no sería ni suficiente ni lo bastante original como para definir una voz tan única como la de Martín. Sí podría hacerlo valiéndome de una metáfora tan literaria y manida como el canto de las sirenas o, mejor

aún, el rumor del mar. Juntar ambos conceptos te daría una muy apropiada y a la vez cursi descripción de lo que me pareció la voz de Martín antes de verlo y de borrar totalmente de mi cabeza la preocupación de tener que volver al hotel (que estaba a una distancia nada desdeñable de allí) con los pies empapados.

Nada más tener frente a mí al dueño de aquella voz me olvidé de todo y de todos. Tanto me olvidé que pasé la noche entera sentada a los pies de su barco, empapada, imaginándome en qué postura dormiría y viendo su silueta a través de los ojos de buey. Aquella *humedísima* noche me resultó extrañamente breve a pesar de no conciliar el sueño ni un instante. O tal vez sí. No sé si el momento en el que pude vislumbrar a Martín en la cubierta del barco, refrescándose bajo la lluvia de un calor que entre cualquier pared debía resultar asfixiante, lo soñé o fue cierto, aunque preferiría optar por la segunda opción.

Sea como fuera, verlo entre susurros de luz, dejándose llover encima sin camiseta alguna y con el pantalón tan pegado al cuerpo como su propia piel, aunque resultara ser un simple sueño, conformó una imagen tan erótica como capaz de compensar el hecho de pasar la noche más incómoda de mi vida, calada hasta la ropa interior y sentada sobre un suelo de madera.

Durante todas las oscuras horas rellenas de momentos reales o, quizá, soñados, que pasé pensando solo en Martín y en su voz, en su voz y en Martín, sin pararme a pensar qué demonios hacía yo en aquel lugar, mojándome y espiando a un desconocido, no pude evitar, esto sí, inventarme la vida que quería que tuvieran ambos.

En mi nocturna imaginación, los dos habrían huido de su vida anterior y vieja buscando una nueva a estrenar, sin importarles si podían considerar esta, los demás, mejor o peor que la anterior. Y todo porque a Martín y a su voz no les importarían los demás un bledo; no les importaría ni la vida misma, ya fuera la anticuada o la aún no desenvuelta. Para Martín y su voz la vida sería, simplemente,

una simultaneidad sin consecución, sin búsquedas futuras ni futuros buscados. Cada día para ellos sería una suma de veinticuatro horas nuevas sin perspectivas de continuarse más allá de la medianoche, sin dramatismos que cocerse con la luz del sol.

Mientras trataba de imaginármelos concibiendo la vida así como en el fondo es; sin un futuro certero al que esperar y venerar y adornar en la espera, sin visos espirituales y materiales de perpetuación, la imaginación entera se me derritió entre las grietas de los tablones de aquel suelo de madera.

¿Cómo se puede vivir cada día como si no existiera un siguiente? ¿Cómo se le puede dar tan poca importancia a una vida completa? ¿Cómo podrían hacerlo Martín y su gravísima voz, capaz de rumorear al mar entre sus escamas? Estaba claro, lo estuvo mientras imaginaba a Martín contemplando el mar con el agua hasta el cuello, uno de esos días en los que no le daría ninguna importancia a comer una cosa u otra, a despertarse a una hora u otra, a tenerme a mí al lado o a tener a cualquier otra; estaba claro que la vida que, mojada de sueño pero con los ojos muy abiertos, le había inventado era demasiado salada para mí.

Cuando miré el reloj eran las nueve y diez de la mañana y una manta muy fina me cubría las piernas. El cuello, la espalda y la cabeza me dolían, pero lo único que me importaba era saber quién me había cubierto con aquella delgada manta azul. ¿Habría sido Martín? Eso es lo que supuse mientras me incorporaba dificultosamente y, de la misma manera, estiraba unos músculos endurecidos, por simple hermandad, con el suelo sobre el que había pasado una noche entera. Imaginándomelo saliendo de su barco y cubriéndome con ella me sentí adulada, para pasar inmediatamente después a considerarme despreciada por una manta azul marino.

Y es que Martín debería haberme despertado para invitarme a dormir sobre una cama seca, y no limitarse a taparme con una ridícula manta incapaz de ser lo suficientemente cortés. Su voz

invitándome a desayunar algo, unos minutos más tarde, me hizo olvidar la manta, la lluvia y su falta de preocupación por mí.

Aunque no fue solo la voz de Martín lo que me atrajo de él. Como ya te he dicho antes, me miró cuando nos cruzamos por el paseo, muchas horas antes de encontrarme dentro de su barco tomando café en una taza recuerdo de Florencia; me miró como si no existiera ninguna otra mujer en ningún espacio o dimensión.

¿Te han mirado a ti así alguna vez? A mí nadie hasta esa tarde.

Los ojos de Arturo, desde hace muchos meses, sí que lo hacen; sí que fijan sus pupilas en mi cuerpo y lo rebañan hasta que las córneas no pueden más, hasta que mi cuerpo no puede dejarse mirar más. Cuando Martín hincó sus pestañas sobre mi cara por primera vez sentí miedo, el mismo que me recorrió las piernas con la taza recuerdo de Florencia entre las manos.

Podría haberme alejado de aquel barco y su dueño entonces, seca totalmente ya de lluvia. Podría haber vuelto al hotel y olvidado a Martín para siempre. Al fin y al cabo, nada nos unía aún ni lo haría nunca. Martín era de los que no se emparentaban con nada.

El empapelado de las paredes confirmaba su falta de arraigo físico; la manta azul marino que me miraba arrugada sobre su catre, el sentimental.

Más de cien postales y fotos con otras tantas caras cubrían las paredes del barco. Tantas eran que, a falta de espacio, no habían tenido más remedio las nuevas que clavarse encima de las viejas y tapar allí una frente completa, allá solo una ventana. Con el café a punto de acabárseme me vi tapando yo un torreón con mi cabeza al cabo de unos meses. Mi sentido común, en ese momento, me invitó a marcharme; mis sentidos físicos, a quedarme hasta desgastarlos.

Martín me gustaba mucho más de lo conveniente. Me gustaba tanto como para que mi preocupación por mojarme los pies se dejara ahogar; tanto como para sentir vergüenza. Porque vergonzoso fue, sin duda, autoinvitarme a comer en su barco o, en

el caso de que no quisiera (reacción por su parte que me hubiera llevado a la vergüenza igualmente), invitarlo yo a él a comer en el hotel en el que me hospedaba. Fue vergonzoso, además de por el descaro de la autoinvitación, porque lo hice sin recibir por parte de él señal alguna de que yo le gustara. Y todo porque tal hecho me daba absolutamente igual.

No me importaba lo más mínimo que la intensísima mirada de Martín fuera exactamente igual de intensa, o incluso más, cuando se dirigiera a otra. Ni siquiera me importaba que quisiera fijar sus ojos en otra mientras comiéramos sentados en la cubierta de su barco unas horas después, ni que pudiera pensar en otra masticando el pescado. Lo único que me importó en el momento en el que le pedí que compartiéramos mantel en el sitio que fuera, frente a la sopa o el helado que fuera, lo único en lo que verdaderamente pensé fue en no pensar en nada, en tomarme y comerme la vida como si no fuera nada más que aquella comida con postre o sin él, con barco o sin él pero con Martín y su atractiva despreocupación al lado. Una despreocupación que se le transparentaba a través de la piel y la ropa, que se le dejaba ver cada vez que hablaba y se quedaba en silencio.

La despreocupación de Martín salía a la luz cada vez que pasaba su dedo anular derecho por encima de la cicatriz que, con un trazo muy fino, más propio de un lápiz de dibujo técnico que de uno artístico, se le dibujaba sobre el labio superior. Ese gesto totalmente inconsciente te obligaba a encontrarle un defecto que hubiera permanecido escondido de no haber sido por él. Y todo porque a Martín no le importaba sacar a la luz todos los defectos que cualquiera quisiera esconder bajo la oscuridad de mil virtudes.

No le importaba mostrar dejadez en el vestir ni en su peinado; no le importaba parecer sucio. Creo que ni siquiera le importaba estarlo más de una vez.

Su apariencia descuidada, aunque incapaz de restarle un atractivo que residía, precisamente, en esa falta de cuidado, se extrapolaba a su comportamiento como si uno se reflejara en la otra. Sus camisetas arrugadas hacían juego con su falta de cortesía, y el descaro con el que hablaba a cualquiera iba perfectamente acorde con una barba que, de vez en cuando, se extendía libremente cuello abajo (Martín se negaba a afeitarse todos los días de la misma manera que se negaba a dar los buenos días cada día).

Martín, en resumen, externa e interiormente, era tan único como una planta salvaje, un caballo salvaje o cualquier ser vivo salvaje que se niega a domesticarse bajo los influjos de la luna, del calendario o de una libreta de ahorro. Por eso no le pareció mal que yo le invitara a comer en su propio barco, como tampoco se lo pareció el hecho de que me anclara a este como una fotografía o postal más después de la sobremesa, para no marcharme de allí en todo lo que quedaba de verano. No me juzgó como otro lo hubiera hecho, como yo misma lo hice y también tú, hace unas páginas. No me tachó de inconsciente ni de excesivamente atrevida; no me tachó de valiente ni de caradura sin timón; no tachó ni subrayó ni rozó siquiera, con un rojísimo bolígrafo rojo con aires de fiscal, mi actitud. Me la dejó intacta, indemne de juicios de valor sobrevalorados, tan limpia como el cielo, ya sin nubes, con el que nos cubrimos cuando el barco dejó atrás sus amarres.

Te confieso que en el momento en el que el mar comenzó a hacerse más grande y el puerto más pequeño, sentí un miedo dulce de quedarme a solas con Martín. Yo no contaba con su despreocupación para refugiarme en ella, para cubrirme con ella cuando sus gestos o bromas se me volvieran tan antipáticas como las de un títere. ¿Qué iba a hacer entonces? La respuesta a esta pregunta no logré encontrarla hasta después de siete días, cuando Martín se puso tan pesado por culpa de un estúpido chiste que había leído en un libro de tapas naranjas que encontré desagradable su

voz. Huyendo de ella, mis oídos se lanzaron al mar con el ansia de un suicida y mi cuerpo, tratando de salvarlos, se lanzó tras ellos. Entre la sal infinita para mis ojos, entre el agua batiéndome las piernas, encontré la respuesta esperada: nadar.

Nadar fue lo único que hice cuando era lo único que se podía hacer para huir de un Martín insoportable, de un día insoportable, de un pensamiento insoportable entre los limitados límites del barco. Nadé todo lo que nunca los ojos de Álex pensaron que pudiera nadar; todo lo que nunca pensé (ni encorsetando a mi imaginación en la redondez de un flotador) que pudiera nadar. Las piernas y los brazos se me cansaban en ocasiones; se cansaban de moverse y de pedirme no nadar más. ¡Pero había tanta agua aún! Había tanta que al cabo de muchos días nadando me sentí pequeña; tan pequeña como para encontrar al mar despreocupándose de mí misma. ¿Qué más le daba a él que me ahogara? Yo no era nada más que un pequeño punto, un insignificante punto en medio de toda su agua. Ni siquiera a mí misma me parecí importante un día en el que estuve una hora o más, o puede que menos (me olvidé del tiempo y se me tragó los minutos), nadando.

Si un pensamiento como ese le hubiera rozado la piel a Martín, este se lo hubiera rascado hasta desprendérselo de las uñas. Y todo porque a él no le hacía falta sentirse nada en medio de la inmensidad del mar; él ya se sabía pequeño, tanto como el resto. Como los ancianos, los niños, los abogados, los rubios, los pecosos, los aspirantes a actores... Y no le importaba. ¿Por qué a mí sí tenía que hacerlo? ¿Por qué a mí sí tenía que desconcertarme ser algo insignificante, algo incapaz de *insignificar* a alguien como sí podía hacerlo el asquerosamente salado e inmenso mar? Desde aquel día en el que me mojó el ego, empapándomelo y encogiéndomelo como si lo hubiera lavado a demasiados grados, toda el agua que rodeaba el barco se me hizo insoportable.

Pasé el último mes de verano encerrada entre los tablones del barco, buscando en Martín un refugio en el que esconder mis pensamientos y acallarlos. Dejé de verlo desde entonces como algo más que un cuerpo; me olvidé de su voz y de lo que pudiera decirme. Pasaba las tardes y los días pegada a él, recorriendo cada uno de sus poros, contándole los pliegues de sus nudillos. Me concentraba en el sonido de mi lengua lamiendo su cuello, en el de mis dientes mordiéndole los labios, tratando de no escuchar el mar afuera, moviéndose, agitándose, diciéndome cosas que yo no quería oír.

En cada silenciador beso no podía evitar encontrar en el cuerpo de Martín, sin embargo, en el momento menos oportuno, cuando había logrado olvidar que el mar estaba fuera, que existía, un intensísimo sabor a sal. Volvía a sentirme pequeña entonces, más de lo que nunca pudo hacerlo tu Verona, y lloraba sobre el pecho, los hombros o la espalda salada de Martín sin que este se diera cuenta de ello.

De habérsela dado, ¿le hubiera importado un poco? ¿Me hubiera importado a mí que él llorara sobre mi pelo o mis rodillas? Indudablemente, no. Yo no me convertí en polizón de barco para enjugar las lágrimas de nadie. Cuando me bajé de este y dejé a mis espaldas el mar, paré de llorar y me alegré de no sentir ese turbador balanceo de las olas, tan terrorífico como el vaivén de una cuna. Fue entonces cuando compré mi ático y me instalé en él para vivir sola hasta la llegada de Arturo.

No sabes cuánto necesitaba vivir sola. Martín, fuera de la cama, me sobraba en cada rincón del barco. Me molestaba encontrármelo cada mañana con los codos apoyados sobre la pequeña mesita en la que desayunábamos. Era insoportable verlo untar el pan con mantequilla, tanto como abrocharse los vaqueros unos minutos después. Fue tremendamente tranquilizador no toparme con nadie en el momento en el que el café comenzaba a bullir en la cafetera, y

mucho más poder saborearlo con el sonido del silencio susurrándome en los oídos medio adormecidos aún.

Las cosas no se ven igual cuando estás sola. Ni siquiera el propio cuerpo se aprecia de igual manera.

Sola pude darme cuenta de que mis uñas son estrechas y tienden a ascender un poco hacia el final. Me gustaba observármelas mientras veía la televisión o leía un libro sola, apoyadas sobre mis muslos, hincadas en los márgenes blancos. Sola se lee mucho mejor. Cuando tienes a alguien al lado, aunque no te dirija ni una onomatopeya, estorba. Estorba su imagen distorsionada, de soslayo, en los ojos, haciéndose ver aunque éstos no quieran, porque lo único que quieren y quieres tú es imaginarte cada personaje, acción y escena de cada página sin presencias inoportunas que las enturbien. Tampoco es lo mismo bañarse en una casa vacía que en una llena. Cuando nadie respira más allá de la puerta del baño (que puede quedarse abierta con libertinaje cuando estás sola), la espuma, sabe mejor. Con el tiempo ahogado bajo el tapón del desagüe, sin urgencias impropias, nada te impide apostarte en la bañera como si el mundo entero se limitara a sus resbaladizos márgenes.

Viviendo sola, sin más compañía que una misma, el afecto se repliega como un muelle con problemas de flexibilidad. Hablándote solo a ti, mirándote solo a ti y pensando solo en ti, te aseguro que puede una llegar a enamorarse de sí misma como nunca podré yo amar a Arturo.

Es un amor muy distinto al que siento por este el que me nació entre la ausencia de otro. Me quise, a lo largo de todo ese año, con una ternura maternal, protectora, sin más egoísmo que el del amor propio. Me enamoré de mi cuerpo y de cada una de mis ideas, que podía profesar libremente sin que nadie las rebatiese; sin que nadie les pusiera puntos donde no tenían ni tildes. Me amé más de lo que

nadie podrá amarme nunca, aceptándome los defectos y elogiándome las virtudes. Y todo gracias a unas cuantas sillas vacías.

A los muebles tampoco se los mira igual cuando vives sola. Cuando compartes cerradura con alguien, ya sea un familiar o un amante, a los sofás se los ve como meros objetos útiles en los que sentar a aquellos, en los que colocarlos porque las personas no pueden estar descolocadas en una casa, de la misma manera que no pueden estarlo los cuadros o los exprimidores.

Cuando vives sola, en cambio, y la cerradura es solo tuya y de su respectiva llave, tus ojos no son capaces de sacar a la luz el pragmatismo de los sillones con igual descaro. Pueden ellos, entonces, mostrar los encantos de su piel y su tela, contonearse ante ti (mucho más receptiva porque no los imaginas aplastados por un trasero y un par de muslos) con una voluptuosidad inimaginable con una persona encima.

Todo alrededor de una cambia cuando estás sola, incluida una misma, al igual que cambia la percepción del otro cuando no está presente.

Yo no podía imaginarme a Arturo como realmente era cuando no estaba conmigo. Hace un año lo veía afeitado hasta las raíces, con el pelo más largo o con un bigote cercándole el labio superior. Lo veía, incluso, más alto o más bajo, más callado o igual de hablador que siempre.

¿Fue alguna vez hablador? No lo sé. Nunca podré saber cómo era realmente entonces, cómo podía ser pensar como pensaba él.

Si hace dieciséis años yo hubiera sido Arturo, si me hubiera encajado dentro de sus costillas y neuronas, si hubiera estado en él sin estar él presente robándome protagonismo, podría haberme amado como lo amé yo, como lo hizo tu Verona.

Hace dieciséis años, sin embargo, nos encontrábamos los dos a millas de piel desollada, sin entrañas en las que ceñirse el uno en el

otro, a pupitres equidistantes, imposibilitados para rozarnos siquiera; hace dieciséis años.

El tiempo no se va para volver como las olas, chocándose una y otra vez sobre los mismos granos de arena, tragándoselos con el ansia de un reloj sin arena; impidiéndoles hacer su regreso triunfante como Ulises; impidiéndoles descoser lo ya cosido; digiriéndolos en sus entrañas saladas para no girar nunca hacia la izquierda.

El tiempo no se parece en nada a las olas aunque resulte tan molesto como ellas, aunque su sonido repiqueteando en el reloj resulte tan molesto como el ir y venir de aquellas.

El tiempo es capaz de tragársete aunque estés sola contemplando un bonito sillón vacío.

Verona.

12 de marzo de 2014

Querida Verónica:

Comienzo esta carta informándote de que una rutina calmada se ha instalado en los tabiques de mi vida sin que yo la haya invitado a hacerlo.

Desde la última vez que te escribí no he hecho otra cosa que ir al teatro y volver de él, que salir y entrar de mi casa, que vivir junto a Arturo. Viéndome así, repitiendo un día en el siguiente, haciendo del hoy un ayer y del mañana un hoy, me cuesta reconocerme en la Verona que dejó atrás la Venecia de Francesco porque necesitaba perderse para sí misma entre los pasillos del mundo.

Junto al doméstico jarrón veneciano que ya conoces me dejé caer Italia abajo hasta Roma para nadar más tarde a Grecia y desembocarme en Turquía. Tiñéndome de negro me sumergí hasta Ucrania, crucé Rusia y rodé sin meridianos que me ataran a la India. Sureñamente, de allí llegué a Indonesia para seguir bajando hasta Australia. Carente de índices que señalaran mi rumbo y con el Índico al lado, me *oceanicé* en él hasta Madagascar, Mozambique, Tanzania y, África arriba, Marruecos. De allí salté el Atlántico cayendo en Canadá, desde donde brinqué hasta Estados Unidos para bañarme en el Golfo de México antes de hacerlo en el Caribe y tomar tierra en Venezuela. Con la Argentina acabándome América entera, volví a *atlantizarme* para volver a casa junto al jarrón, arañado ya de tanto pasaporte y aduana.

Mirándole el cristal ayer como se lo miré hace cinco años, confundida por tanto día homógrafo extendido en este mes que no

ha llegado aún ni a su mitad, saqué desesperadamente la caja de postales que tanto quise tener, tras encontrar la de Le Grandiose Philippe al espiarle el dormitorio, y me zambullí en ella al encuentro de ese pasado peregrino que empezaba, y continúa aún, a presentárseme como algo ajeno, como si solo el cristal del jarrón se hubiera opacado a lo largo de estos cinco años pasados y mi piel siguiera transparente.

Los recuerdos necesitan alimentarse de cosas al cabo del tiempo. Cuando aún reposan tiernamente en el cerebro, recientes, sin durezas en sus contornos, no requieren de postales que los reblandezcan y los derritan para revivirlos más fácilmente. Cuando empiezan a envejecer, sin embargo, y ya no hay manera de masticarlos, algo tan simple como una postal hace que se te deshagan entre las muelas.

Mi caja de postales me mostró ayer mis arañazos, tan irregulares como los del jarrón, como los de cualquier epidermis de más de treinta años. ¿Cómo voy a acostumbrarla a la regularidad, sin pliegues ni arrugas, de la monotonía pringosa que se me ha untado igual que una crema? Hace ya mucho que no puedo permanecer así, parada como una estatua, como lo estuvo el jarrón hace cinco años, dejando que la vida se me escurra entre mi piel aceitosa.

Necesito conocer a otra gente que no sea Arturo; ir a otros sitios que no sean mi casa y el teatro; hacer otra cosa que no sea actuar.

A lo largo de mi viaje circular por el mundo no necesité hacer nada; no escribí ni trabajé en ningún sentido (ni remuneradamente ni por puro gusto personal); no interpreté ni estudié nada. El cambio de escenario y de actores secundarios me bastó para sentir que no estaba desperdiciando mi vida, que estaba haciendo algo aunque no hiciera nada.

A veces basta que a tu alrededor sucedan cosas para sentirte viva, para no creerte irreal en una vida irreal gastando un tiempo irreal. Si mis padres hubieran hecho algo o Arturo estuviera haciendo algo en

un sentido lo suficientemente sustancial como para escribir el pronombre *algo* en mayúsculas, no hubiera escapado de aquellos ni me sentiría como me siento, teniendo la necesidad yo de hacer ese algo que los demás se niegan a llevar a cabo. Un algo que se me manifiesta oscuramente, que no se deja ver con nitidez. ¿Qué puedo hacer para quitarme de encima una cotidianeidad que descaradamente me muestra sus deseos de quedárseme al lado para siempre?

Está claro que dejar el teatro atrás sería la opción más factible, ya que él no parece dispuesto a dejarme a mí. Eso mismo tuve que hacer con Mauricio cuando a la que se empeñó en abandonar fue a su mujer.

La primera vez que vi a Mauricio estaba subido a un caballo, siendo este el que llamó mi atención y no él. De no haber pasado por mi vida en ese entonces ya un profesor y un ayudante de baile, además de algún que otro nombre con y sin oficio conocido, el caballo hubiera sido visualizado por mis retinas con la insignificancia con la que puede serlo una mota de polvo, entregándole mis ojos a Mauricio sin ninguna traba. Teniendo en cuenta, sin embargo, lo dicho, además del hecho de que me había desplazado hasta aquella finca alejada de todo lo cercano a mí con el único objetivo de aprender a cabalgar como toda una amazona, Mauricio se me mostró imperceptible.

Mi intención nunca fue que se enamorara de mí. Ni siquiera cuando se bajó del caballo y no tuve más remedio que fijarme en él, la remota conjetura de que tal hecho pudiera suceder me rozó en el hombro. Las cosas ajenas a una, sin embargo, no pueden preverse.

Mauricio tampoco pudo presagiar que su corazón se le iba a parar para inmediatamente después acelerársele aquel viernes (que bien podía haber sido un miércoles) en el que yo me decidí a aprender a montar a caballo, pero así fue.

Nada más tenerlo frente a mí y verme obligada a dejar de lado el blanquísimo equino en el que venía para fijarme en él, me di cuenta de que no le era en absoluto indiferente. Se trabó al hablarme de las clases igual que lo siguió haciendo a lo largo del tiempo que seguimos viéndonos. Le ponía nervioso que me acercara a él, esquivaba mis ojos, pero, aun así, me buscaba. Sentía su mirada sobre mi cuerpo a muchos metros de distancia, cabalgándome el pelo o la espalda, deseando un acercamiento que no se atrevía a provocar. Tuve que ayudarle yo a que se diera.

Recuerdo aquel día como si no hubieran pasado más que unas horas. Había acabado mi clase y estaba más sofocada de lo normal por culpa de un día que pedía, a golpe de truenos, quitarse el calor con un poco de lluvia. En las cuadras olía más a humedad que a caballo y solo podía oírse un relinchar fatigoso y el ruido de los cascos bailando claqué en el suelo. Todos se habían ido ya. Era tarde para haber concluido la clase hacía solo unos minutos; tarde para eludir una tormenta cuyas nubes ensombrecían ya por completo las caballerizas. Con las piernas doloridas y desgarbada, mirándome las botas todavía exentas de barro, sentí a mis espaldas los lúbricos y pesados ojos de Mauricio.

Podría haber continuado andando por el lúgubre pasillo sin girarme; podría tal vez, incluso, haber llegado hasta mi coche sin mojarme ni media suela; pero opté por darme la vuelta como una veleta, como si los ojos pequeños y cercados de arrugas de Mauricio guardaran entre sus párpados un viento suave e ineludible. Atraída por él, desanduve lo andado por mis botas cansadas, dejándolas caer a medio camino tras mi camisa, antes de mi pantalón. Desnuda ante Mauricio, con las primeras gotas de la tormenta comenzando a caer sobre el tejado lentamente, pidiéndose permiso la una a la otra, dejé que me huracanase con el deseo que, como te he dicho ya dos veces (o puede que tres), le surgió sin preverlo ni desearlo, tan

espontáneamente como me nacieron a mí las ganas de aprender a cabalgar un día, no sé por qué.

Mauricio me tapó, con su cuerpo sobre el mío, sobre el suelo sucio, la visión de un techo que debía estar al otro lado empapado hasta las aristas. Mientras lo hacía, mientras no podía ver más que su cara afectada por la gravedad, replegué cualquier pensamiento para dilatar las aletas de mis oídos, los tímpanos de mi nariz, mis cinco sentidos multiplicados.

Gracias a su quintuplicación recuerdo un peso enorme sobre mi tripa y la piel rugosa de Mauricio desollándoseme entre las uñas (aún me parece sentirla). Recuerdo el olor a humedad intensificándose, penetrándome desde el techo mezclado con un olor a cuadra inevitable desde donde estábamos. Recuerdo el relinchar de Mauricio, los jadeos de los caballos. Me recuerdo más deseada que nunca, más esperada que nunca.

Mauricio me esperó como yo a Arturo; sin esperanzas pero con ellas, inventándose una reciprocidad inexistente que aquella tarde de tormenta yo convertí en real.

Te debe costar muchísimo imaginarme tirada en el suelo con un tal Mauricio encima y no solo porque no puedas ponerle a él una cara y un cuerpo (más allá de unos ojos pequeños y cercados de arrugas, limitadamente descritos hace unas líneas). Aunque te dijera que Mauricio tenía el pelo castaño, menos largo en la nuca y los laterales que en la parte más alta de la cabeza; aunque te dijera que sus ojos, además de pequeños, eran oscuros, casi negros, y que un bigote cuidado techaba sus labios más bien finos, no podrías imaginarme bajo él. No podrías hacerlo aunque te dijera que su torso era tan ancho como para doblar el mío, ni aunque supieras que su piel era ligeramente tostada incluso bajo la camisa. No podrías porque no eres capaz de imaginarme como una persona que se desnuda ante alguien y se deja llevar, sin pedir antes permiso a todo y a todos; sin pedir antes permiso a Mauricio (a pesar de que

supiera que iba a dármelo sin restricciones), a los caballos (que mostraban más agitación por la lluvia que por nosotros) y a la cuadra entera. Sin pedir antes permiso al recuerdo de Arturo, a mis padres, a la sociedad completa, al sacramento del matrimonio, a la lluvia, a mis botas, a tu imagen de mí, a mi profesora del parvulario, a mi ropa interior, a mis yo pasadas y futuras, a aquel viernes que, como ya he escrito, bien podía haber sido un miércoles; a mí misma.

Aunque te cueste imaginarme con un Mauricio de piel tostada, cabello y bigote castaños, y pequeños ojos oscuros, encima, lo cierto es que así me vi un viernes; con él debajo el martes siguiente.

Mis avances como jinete pueden presentársete tan poco imaginables como mis encuentros con Mauricio, aunque ambas circunstancias se dieran de forma pareja a lo largo de las semanas que acudí con regularidad a la finca. Circunstancias que pasaron de ser dos a tres sin querer darme yo cuenta de ello. A los encuentros sexuales con Mauricio y mis progresos como amazona se les unió el enamoramiento de aquel, tan inesperado por mí como por él mismo.

Que te guste una persona u otra es algo inexplicable; tanto como que odies el té y adores el vino tinto. Por supuesto que el paladar puede educarse, enseñarle a querer un sabor que en un principio te ha resultado demasiado dulce o demasiado amargo, pero los amores a primera vista o lengüetazo son los únicos verdaderamente fiables.

Yo amé a Arturo en el mismo momento en que su cuerpo fue perceptible por el mío, en el instante en el que coincidimos en la misma aula. Mauricio me amó desde que sus espuelas se toparon con las mías. Un sentimiento así, carente de razones, de justificaciones, de raciocinios pringosos, es tan intenso como indestructible. Yo puedo negarme a beber vino tinto de la misma manera que la vida podría negarme a Arturo hoy, habiéndome impedido toparme con él un día de octubre. Hasta yo misma podría habérmelo negado no diciéndole nada por miedo o vergüenza; o porque no supiera, simplemente, qué decirle; o porque a mi cabeza

le fuera imposible creer que, realmente, él estuviera allí de nuevo, frente a mí, alcanzable con un simple estiramiento de brazo. Pero aunque así fuera, y mi boca nunca saboreara el vino tinto ni Arturo estuviera hoy a mi lado, seguiría deseando beber el primero al igual que seguiría amando al segundo. La reciprocidad, como los motivos, no es indispensable en cuanto a gustos y sentimientos.

Mauricio se sintió correspondido desde nuestro encuentro en las cuadras y a mí me tranquilizó el hecho de que estuviera casado.

De no haberlo estado, seguramente no hubiera dejado caer mis botas tras mi camisa, puesto que corresponderlo de tal manera implicaba un compromiso que no estaba dispuesta a asumir. Que estuviera casado, sin embargo, aligeraba los hechos.

Mauricio no necesitaba que yo lo quisiera en el sentido de preocuparme si tenía fiebre o si le iban mal las cosas en el trabajo; su mujer ya lo hacía por mí. Tampoco tenía por qué cavilar por el transcurso de nuestra relación, al verse ésta estancada en la categoría de desliz, tomando yo el bonito cargo de amante.

La palabra «amante» siempre me ha parecido tremendamente atractiva, tanto como para querer adoptar dicho nombramiento muchas veces. La fidelidad, con su pesadísimo tradicionalismo y sentido de posesión, sin embargo, me lo impidió hasta que me topé con Mauricio.

Por supuesto que Mauricio tenía remordimientos. Le venían en forma de repetitivas quejas y mohines cada vez que volvíamos a vestirnos. Los «esto no puede volver a pasar» y «no quiero hacerte daño» se diseminaron hasta el punto de desaparecer a lo largo del tiempo que duró nuestra relación. Y todo porque cuando algo se repite en exceso, ya sea una palabra o un hecho, se anula por sí solo, perdiendo cualquier efecto.

Volviendo a dos líneas anteriores a esta, y antes de contarte qué cómodas y aburridas, a partes iguales, me resultaban las

lamentaciones de marido infiel de Mauricio, debería rectificar el hecho de haber calificado como relación lo que hubo entre ambos.

Nunca tuvimos una conversación en la que no saliera a relucir su esposa entre alguna letra, ni supe jamás cuáles eran sus autores favoritos (ni siquiera supe si le gustaba leer). Calificar unos encuentros que no iban más allá del plano sexual, de relación, supondría bautizarlos con un nombre inapropiado, además de aderezar mi condición de amante con un condimento más pesado del que realmente le correspondía.

Fui la amante de Mauricio durante unos cuantos meses, nada más y nada menos. Una amante sin pretensiones de ascensos ni descensos en la escala afectiva de aquel. Me excitaba muchísimo el hecho de no conocer casi nada de él cada vez que me besaba el cuello, tanto como saber que su cuerpo no podía evitar buscarme a pesar de que su mente, con el anillo de casado reluciente y redondo girándole entre los principios, sancionara su comportamiento.

Tras más de media docena de días escuchándole sollozar por sentirse un pecador sin más penitencia que sus propios remordimientos, dejé de oírle, como ya he dicho, sin poder evitarlo, sonándome cada una de sus quejas como un suspiro hueco, como un jadeo más de los que había ya escuchado momentos antes bajo las sábanas o entre el heno.

Si yo hubiera sido su esposa, sin duda, me habría odiado. Habría odiado el inexplicable deseo que llevaba a Mauricio a besarme y tocarme a pesar de amarla a ella y ser incapaz de amarme a mí. No, él no me quería; yo no quería que lo hiciera a la vez que deseaba, muy pretenciosamente, que me antepusiera al nombre que se escondía bajo su alianza. Tal vez fue ese deseo orgullosamente estúpido, indeseado en el fondo, el que llevó a Mauricio a buscarme una tarde cargado con una maleta.

Cuando los vi a los dos juntos formando una sola figura, sin un caballo al lado que les diera sentido (teniendo en cuenta que la

única razón para incluir a Mauricio en mi vida fue el hecho de que él era profesor de equitación y yo deseé un día, no sé por qué, aprender a montar a caballo), quise salir corriendo de allí con montura o sin ella.

Mauricio y su maleta, según me dijo el primero, habían dejado atrás la vida marital porque su existencia se reducía solo a mí; porque más allá de mí solo estaba yo; porque desde que yo había entrado en su vida se le había mudado esta en la mía, se le había convertido en la mía, quedándose sin vida propia.

No voy a negarte que me encantó que me convirtiera en la dueña de su vida, a la vez que, irremediablemente, me perturbó.

Si Arturo me hubiera dicho lo que me dijo Mauricio y confirmó su maleta, si hubiera negado su existencia para convertirla en la mía, como fácilmente hubiese hecho yo... Yo podría haber borrado mi vida sin más goma de borrar que una limitadísima correspondencia por su parte. La hubiera dejado completamente en blanco, carente de renglones y márgenes perniciosos, para dársela a Arturo y dejarle a él que la escribiera, la dibujara o la garabateara. Tu Verona se la hubiera dado sin necesidad de escribírtela a ti, sin necesidad de contarte un ovillo de años después que una tarde, un tal Mauricio, me pidió prestada mi vida porque yo le había decolorado la suya sin siquiera proponérmelo.

Naturalmente, debería habérsela negado. Debería haberle dicho que las vidas no pueden prestarse si no se desea hacerlo con la misma carencia de razones con la que se prefiere el vino tinto por encima de cualquier té. En su lugar, sin embargo, y dejándome llevar por la vanidad (a la que debí haber guardado en una maleta con la que, en ese momento, yo no contaba), acepté su cuaderno en blanco y le dejé escribir en el mío. Esa misma tarde dormimos juntos en un hotel y hablamos, de verdad, por primera vez.

Hablamos de nuestra concepción de la vida, del sentido que le daba él, de nuestras creencias y descreencias religiosas, de política y

organizaciones sociales... Podría decirte que me hubiera encantado que coincidiéramos en todo, pero te estaría mintiendo. El simple hecho de tener que escucharlo me molestó, llevándome al arrepentimiento por haber deseado, aunque muy levemente, que Mauricio abandonara a su esposa y todo lo que ella comportaba para unirse a mí. Me arrepentí como si el hecho de haberlo deseado hubiera provocado su realización, como si mi deseo tuviera la culpa de sus actos. Ojalá un aluvión de arrepentimientos de esa clase me hubiese invadido cientos de veces a lo largo del tiempo que esperé a Arturo sin respuesta. Aunque, en tal caso, si mi ferviente deseo de ser correspondida por él se hubiera cumplido solo por el simple hecho de ser deseado, el arrepentimiento no hubiera tenido cabida por ninguna parte.

Al lado de Mauricio, unos minutos después de que se durmiera y se callara de una vez, sin sentir ya el desmañado orgullo de haber sido elegida por encima de otra mujer, como nunca fue tu Verona, supe que tenía que salir de aquella habitación.

Con el sigilo propio de un ladrón, como el que adopté cuando me hice con el bolígrafo rojo de Arturo, me vestí dejando de lado los tacones, y cerré tras de mí la puerta. Ya en el pasillo respiré liberada, sin sogas que me amarraran a los estribos de Mauricio quien, tal vez unas horas más tarde, o a la mañana siguiente, leyó mi nota y, seguramente, lloró. O al menos deseé que lo hiciera (espero que en esta ocasión bastara también mi deseo para que se cumpliese un hecho).

Ver llorar a un hombre como Mauricio, tan tosco, tan, aparentemente, poco sentimental, (aunque me dijera un número irrecordable de veces que me quería, respondiéndole yo con un silencio siempre), hubiera sido, como poco, curioso. Lamentablemente, tuve que quedarme con las ganas para evitar que tratara de convencerme (y quién sabe si lo hubiera conseguido) de que no lo dejara solo con su maleta. La nota, además, recostada

sobre el almohadón, al lado de su cabeza, ya decía todo lo que podía decirle, lo único pertinente en la situación en la que nos encontrábamos ambos. Un escueto «No te quiero», con el adverbio de negación bien subrayado, le dejaba claro que, o volvía a reescribir su vida, o se buscaba un nuevo cuaderno ajeno a cualquier párrafo mío.

Como ves, tuve que hacer ALGO yo, ya que Mauricio no hacía nada. Tuve, en primer lugar, que provocar un acercamiento que solo él deseaba que se diera y, más tarde, tuve que ser yo nuevamente la que le quitara de entre los dedos mi vida para que recuperara él la suya. Si te quedas quieta, nunca pasa nada. Solo pasa el tiempo.

Verona.

28 de marzo de 2014

Querida Verónica:

Tras mi última carta no he podido quitarme de la cabeza mis recuerdos del circo. Por supuesto que no sabes de qué te hablo aún, y pensarás que no tiene ningún sentido lo que acabo de escribir. Creerás que lo que yo llamo «recuerdos» serán inventos, al ser incapaz de poder imaginarme tú como artista circense, pero pronto desanudaré tus dudas. Y es que me he propuesto en esta carta relatarte mi experiencia en el circo, del todo real, lo más detalladamente posible.

Ya te he contado que las semanas que pasé cerca de Mauricio no sirvieron solo para hacer realidad un deseo de este y engrosarme yo el ego. Sirvieron también para convertirme en un jinete mucho mejor de lo que nunca pensé. Tan bien montaba que, pronto, el simple hecho de cabalgar solo se me antojó tan aburrido como caminar sin sentido por un parque desarbolado. Me vi en la obligación entonces de aprender a girar sobre el caballo sin que este se detuviera y a ponerme en pie sobre su grupa con el equilibrio de un funámbulo.

Mauricio y Lidia, una acróbata amiga suya a la que invitó a impartir unas cuantas clases y demostrar sus habilidades sobre el caballo, me enseñaron a realizar cada ejercicio con la misma aparente facilidad con la que los realizaría sobre el suelo, sin crines que me acariciaran la cara o los tobillos, en muy poco tiempo. Mauricio se emocionaba al verme sobre el caballo y temblaba de miedo cada vez que me tambaleaba un tanto y estaba a punto de caer. Lidia, por su parte,

me animaba a continuar progresando, elogiando mi capacidad para relacionarme con los animales y para mantener el equilibrio en movimiento. Sus elogios artísticos, sin embargo, pronto dejaron de ser tales.

Cuando Lidia me invitó a participar en una de sus actuaciones no imaginaba (ni yo tampoco) que su reciente admiración hacia mí iba a tornarse en recelo en cuanto mis brazos saludando al público anunciaran el final de mi número. Después de firmar el contrato por un año entero, el recelo se mudó en odio.

Lidia no podía soportar que yo cambiara de postura sobre el caballo bajo la carpa del circo Fratelo, su circo, a mucha más velocidad que ella, ni que aguantara en pie sobre la grupa muchos más segundos de lo que su equilibrio se lo permitía. La ponía enferma que pudiera estirar las rodillas mucho más flexiblemente de lo que ella pudiera estirar las suyas, así como que mi edad fuera capaz de plegarse en la de ella con la misma facilidad con la que yo acercaba mi cabeza al suelo mientras el caballo no dejaba de trotar.

Lidia tenía cincuenta años, y tras casi medio siglo de giros sobre la arena de la pista sobre su caballo sin carrusel, girando los días sin llegar a ninguna parte, mareándolos en una interminable sucesión de horas ancladas a los estribos de su montura, era incapaz de librarse ya de los yugos del circo. Mis giros, en cambio, ajenos aún a los treinta, podían libar libremente entre la arena de la pista sin que los anclajes de tiovivo alguno (ni de otro familiar aún con pulso) pudieran atarme a nada.

Yo pude dejar el circo a un lado así, con su insoportable y colorida carpa, en cuanto quise, en cuanto mi caprichosa voluntad me susurró sin palabras que ya no quería subirse más a una montura. Lidia, en cambio, no tuvo más remedio que quedarse allí. Cuando yo lo dejé atrás era tarde para que ella se fuera. Antes de que yo llegara ya era tarde. ¿Cuándo hubiera sido tarde para seguir esperando a Arturo?

Todo tiene, lamentablemente, su tiempo. Los malditos ciclos lunares, las rotaciones terrestres, el amarillento otoño arrancándole las hojas a los árboles...

Me hubiera encantado decirle a Lidia que aún tenía edad para marcharse del circo y hacerse pescadera o secretaria. Me hubiera encantado poder mentirle y que ambas creyésemos que la Tierra tarda un año en rodear al Sol solo porque quiere, y no porque sus amarres no la dejan tardar más. A las dos nos hubiera encantado dibujar una línea continua entre los granos de la pista y no mil círculos concéntricos cuya suma formaba uno sólo, redondo y solo, aplastado una y otra vez por los cascos de los caballos. Las figuras geométricas, sin embargo, son linealmente explícitas, tanto como una rúbrica.

Cuando firmé el contrato con el circo Fratelo y me convertí en la acróbata principal del número equino, Lidia, como ya te he contado, me odió por ser mejor que ella aunque yo, de ningún modo, tuviera la culpa de que un círculo no fuera igual que una línea recta ni, por supuesto, de superarla artísticamente.

Nadie es culpable de ser bueno en algo, en lo que sea, como tampoco nadie lo es de no destacar en nada. Tampoco Lidia fue la culpable de su odio hacia mí. Ella no lo cocinó despacio y con mimo; ni siquiera lo recalentó. Que lo sintiera, por otro lado, me agradaba aún más que el hecho de poder realizar sobre el caballo figuras que ella no podía recrear ni en su imaginación.

Tener una cualidad oculta, escondida a los ojos y los oídos de todos, es peor que no tener ninguna. Mostrársela al mundo y no despertar ni un ápice de odio, por otro lado, resulta tan poco gratificante como el aplauso de una marioneta movida por una misma. Gracias a Lidia y al circo Fratelo, pude sumar los dos hechos. Si a ambos les añadimos la circunstancia de que aquella, con los ánimos progresivamente más enterrados, realizaba sus ejercicios con peor acierto en cada número, obtenemos, en cuanto a satisfacción,

una matrícula de honor con su banda y su diploma ribeteado. Y es que Lidia, al caerse cada vez más frecuentemente y con menos gracia, del caballo, sin proponérselo de ninguna manera (muy al contrario) mejoraba mi ejercicio por simple comparación con el suyo.

Mis días circenses se me mostraron así llenos de purpurina con cada hora de ensayo, con cada número concluido; en parte gracias a Lidia y, por otro lado, gracias al ambiente artístico y totalmente ajeno al mundo real que se inhalaba en cada rincón de la redondez del circo.

Me encantaba pasear bajo la carpa justo antes de empezar a llenarse de público, con las gradas aún vacías y la garganta encorbatada de nervios.

Los nervios eran lo mejor y lo peor de la actuación. Con ellos anudados al cuello me sentía viva. Solo las sensaciones físicas pueden hacerte sentir así. Pensar en algo no basta; necesitas notar en la piel o en el estómago una hormona o un escalofrío recorriéndotelos, surcándolos sin que tú puedas detenerlos.

Seguro que Luisa y Jorge, los trapecistas, sentían bajo las uñas todas las sensaciones existentes en lo que duraba su número. El pavor que se cose a los ojos y al ceño justo antes de empezar a actuar, cuando la altura del trapecio los miraba con descaro; un salto en los intestinos en el momento de dejarse caer agarrados al columpio (el miedo entonces debía explotárseles); el placer tensando cada músculo al balancearse en el trapecio, con el miedo ya escurriéndose carpa abajo; y, al final, el cansancio no dejándoles respirar con fluidez, estrangulándoles los pensamientos. Ese momento debía ser, sin duda, el mejor.

Viendo a Luisa y a Jorge volando por encima de las cabezas de todos, rozando la cúspide de la carpa del circo, me di cuenta de que mis piruetas sobre Brújula, mi caballo y compañero de número, eran demasiado limitadas. Fue entonces cuando decidí marcharme, aun

incumpliendo un contrato al que le quedaban todavía varios meses para exhalar su último término.

Más torpe, con la conciencia de un montón de años encima atusándole la esperanza, más pequeña... Así era la Lidia que dejé cuando dejé el Fratelo. Me sentí muy satisfecha de haberla podido cambiar tanto, mostrándoseme la satisfacción con un sofoco suave despeñándoseme cuello abajo.

Seguro que Lidia te hubiera caído muy bien. Seguro que te hubiera gustado leer un montón de cartas suyas. Te hubiera recordado, sin duda, a tu Verona dentro de veinte años, aunque a ella no le hubiese hecho falta tener una artista al lado mejor que ella para achicarse; y todo porque para ella era tarde antes de ser pronto.

¿Cuándo hubiera sido tarde para seguir esperando a Arturo?

Verona.

5 de abril de 2014

Querida Verónica:

Puedo decirte ya (y hasta escribirlo) que no voy a volver a ser Penélope, que hace cinco días que no lo soy.

El primer día de este segundo mes primaveral (aunque el primero con todos los días estacionados en la estación de las alergias), decidí colgar la aguja y dejar colgado a Ulises, con los consiguientes intentos por parte de Miguel, el director de la obra (no sé si te acuerdas de él), de hacerme volver a la costura.

No sabes cómo me revoloteó por los pasillos del teatro y entre sus butacas, dentro y fuera de mi camerino, incrédulo de mi decisión. En ella ha pesado, sin duda, esa simiente de aburrimiento de la que te hablé hace dos cartas y que estaba empezando a bullirme en las acotaciones, pidiéndome a gritos que hiciera ALGO. El peso definitivo, sin embargo, el que ha colmado la balanza hasta hundirla, ha sido la suma de una sucesión de vítores, aplausos y buenísimas críticas recibidas en las últimas representaciones. Ellas son las principales causantes de que las creencias y certezas de Miguel vengan tambaleándose desde hace cinco días en sucesivos terremotos, inmedibles en escala alguna.

La lógica de Miguel Esteban no puede admitir de ningún modo que yo haya tomado la determinación de dejar la obra en su momento más álgido, con las entradas agotadas hasta el cansancio y las plumas de todos los críticos poniéndoseme a los pies. Es incapaz de asumir que quiera marcharme cuando todo es dulce y perfecto, y no

cuando la obra se empiece a agriar y la espera de Penélope a desesperar.

¿Quién quiere marcharse de un triunfo con el sabor de la derrota asomándose por entre sus juntas? Ya te respondo yo: nadie. A Penélope no le hubiera gustado nada dejar de coser cuando su Ulises estuviera viejo y achacoso, incapaz de incitar ya ninguna espera. ¿Qué interés hubiera tenido entonces su decisión de tirar la aguja al suelo? ¿Qué interés tendría que yo dejara la obra de teatro cuando ella me hubiera dejado a mí antes? Marcharme el primer día de este mes ha sido lo más sensato que podía hacer, te lo aseguro, al igual que marcharme del circo con mi actuación anunciándose en los carteles como el número estrella.

Cuando dejé atrás a Brújula y los aplausos siguieron sonando mientras yo colgaba mis lentejuelas para no ponérmelas más sentí, por supuesto, un atisbo de duda. Me dieron ganas de dejarme llevar por mis deseos de seguir sintiendo esos aplausos encima y debajo, y quise volver. Quise tanto volver que aún puedo notar esas ganas hormigueando bajo mi piel, pero sé que, de haber permitido que el circo me abandonara y me dejara por otra, como hizo con Lidia al sustituirla por mí, lo hubiera odiado lo suficiente como para olvidar que mi amor por él existió.

¿Sabes cuánto despreciaría a la pobre Penélope y cada tablón del escenario si les permitiera que me fueran infieles con otra actriz dentro de unos meses o un año? Los despreciaría a ellos y a mí misma por haberlos amado alguna vez, de la misma manera que no puedo evitar aborrecer aún hoy a Teresa.

Aunque no quiera reconocerlo y haga años que no escribo su nombre, todavía la recuerdo como si apenas hiciera dos días que hablábamos de nuestras películas preferidas y de las que nos quedaban por ver. No puedo evitar no haberme olvidado de que James Dean era su actor favorito, de que le aburrían las películas de ciencia-ficción, de que pestañeaba en exceso cuando hablaba de un

tema que le interesaba mucho. Me gustaría poder decirte que su imagen no aparece con nitidez entre mis recuerdos, que no la estoy viendo ahora reflejada en la pantalla del ordenador mientras te escribo. Porque lo cierto es que la detesto mucho más que a todos los que fueron mis compañeros de clase, aunque a las dos, tal hecho, nos parezca increíble; y todo por no haber tomado la decisión de dejar de ser su amiga en el momento oportuno, cuando aún soportaba su voz excesivamente aguda y su incómoda manera de cruzar las piernas al sentarse; cuando aún no me había cambiado por Blanca.

La primera vez que vi a Blanca, recién llegada al barrio, paseando a Brizna, su perrita, por la acera en la que el bloque de pisos en el que vivíamos Teresa y yo se alzaba desafiando a los árboles del parque, que no dejaban de crecer en la acera de enfrente, supe que un problema nuevo acababa de mudarse a mi vida. Creo que hasta te lo anuncié en una de mis cartas, con una letra excesivamente curvilínea que no hacía mucho estaba ensayando y opositaba a caligrafía definitiva. La perrita de Blanca fue la que me dio la voz de alarma ese día (aunque no recuerdo haberla oído ladrar nunca).

Brizna era (seguro que hace ya mucho que ha muerto), como recordarás, o tal vez no, una *beagle* de solo tres años, cariñosa, juguetona y capaz de mover su gracioso rabito con frenesí cuando Blanca le hacía alguna carantoña o jugaba con ella a la pelota. Una pelota que tomó la decisión de despeñarse pendiente abajo por mi calle justo en el momento en el que Teresa, mi entonces querida amiga, volvía del videoclub con la película *Titanic* bajo el brazo, dispuesta a verla a mi lado una tarde después. Tras su encuentro con la pelota de Brizna (seguramente llena de babas), sin embargo, tuve que conformarme con ver a la protagonista de la película salvándose ella sola en la soledad de mi salón.

Desde el encontronazo de aquella pelota verde con Teresa, nuestra relación no volvió a ser igual. Un día, después de haber sido ya

totalmente abandonada, vi a aquella junto a su dueña rodando despacio por el parque, sin pendientes que le metieran prisa, y deseé pisarla hasta reventarle su aparentemente inocuo cuerpo de goma, pero me contuve. Al fin y al cabo, ella, en el fondo, no tenía la culpa, aunque fuera, sin saberlo, el instrumento con el que se ejecutaron los hechos.

La culpa de todo la tenía el estúpido azar, el destino o como diablos quiera llamársele a esa consecución de hechos que suceden, o no, sin que nada ni nadie pueda evitarlos o provocarlos. Él, o ella, fue el verdadero causante de que aquella maldita pelota llevara a Teresa hasta Blanca, dado que, de no haber ido ella a buscarla, la dueña de la dueña de la pelota no hubiera ido nunca a encontrarse con la que por entonces era mi Teresa, al igual que esta tampoco hubiera ido, por voluntad propia y de ninguna manera, al encuentro de Blanca.

Teresa era, como ya sabes, demasiado tímida como para dar el primer paso para conocer a nadie; tanto como lo era yo, y Blanca nunca se hubiera molestado en hacerlo. Ella ya tenía por entonces muchos amigos, los suficientes como para no necesitar ninguno. Aun así, recibió a Teresa como una más, satisfecha por habérmela robado.

Seguramente recordarás cómo reaccionaba ante mí cuando, accidentalmente, nos cruzábamos por la calle. Su mandíbula dejaba atrás el ángulo recto para agudizarse, con altanería, por encima de mi mentón, justo antes de mirar a Teresa y después de mirarme a mí. Yo nunca le caí bien.

Las simpatías y antipatías se sienten en la piel como arañazos, aunque traten de esconderse con palabras y sonrisas falsificadas. Cuando Teresa, emocionada con su nueva adquisición (o más bien por haber sido adquirida), me presentó a Blanca, la sonrisa de esta me desgarró la timidez.

Blanca era demasiado abierta como para soportar a más de una persona tímida; con Teresa le bastaba y le sobraba hasta el punto de teñirla de desvergüenza lo más pronto que pudo. Y por eso, porque le sobraba, sabes que hizo todo lo que estuvo en su mano para que fuera la propia Teresa la que desgarrara nuestra amistad hasta no dejar de ella ni el recuerdo de un jirón.

Desde que Blanca entró en su vida, recordarás que Teresa no cesó de compararme con ella, gracias a un contexto comparativo que aquella supo propiciar. Si yo decía que me daba vergüenza ir a bailar, Blanca esgrimía que ella se moría por hacerlo; si yo argumentaba no ser capaz de hablarle a alguien por primera vez, ella expandía su capacidad de comunicación con esa persona hasta, fácilmente, lograr sumarla a su amplísima colección de amigos y conocidos varios. Que yo saliera perdiendo en aquel juego de comparaciones fue cuestión de puro tiempo (no siendo necesaria una excesiva dilatación de días).

Una de las cosas más extrañas, sin embargo, y que, creo, no comenté en el momento en que se dio, fue el hecho de que, una vez que Teresa me tachó de amiga con el rotulador rojo de la enemistad, sentí que hacía mucho tiempo que yo también deseaba tacharla.

Y es que Blanca no solo logró cambiar la percepción que Teresa tenía de mí hasta lograr convertirme en algo incómodo para ella, molesto (cuando había sido antes todo lo contrario); también consiguió cambiar a Blanca lo suficiente como para que ella tampoco me gustara a mí. Por eso mismo me molestó tanto ser tachada por ella cuando yo, a pesar de llevar mucho tiempo deseando deslizar su tinta sobre nuestra amistad, no le había quitado la capucha siquiera a mi rotulador. Este hecho, sumado a una pila de recuerdos suaves que se tornaron en ásperos nada más sentirme abandonada, provocó que el ya debilitado cariño que sentía por Teresa se vistiera, inevitablemente, de profunda animadversión.

Tras este razonamiento deductivo, en el que mi propia experiencia ha servido de argumento de autoridad, podrás concluir, como he concluido yo, que dejar el teatro con el ferviente deseo de seguir esperando a Ulises ha sido la mejor decisión que podía tomar, a pesar de que Miguel Esteban siga empeñado en rebatirla con su insistencia. Ya se cansará con el tiempo de insistir; el tiempo agota hasta lo inagotable.

Verona.

20 de abril de 2014

Querida Verónica:

Ahora que, nuevamente, vuelvo a ser yo para no ser nadie, tengo otra vez todos los minutos del día para respirar a Arturo hasta drenarlo, hasta no dejarle ni una lágrima.

Todos los días de este cuarto mes del año que ya se han ido he podido pasarlos, así, deshilachando las horas sobre la piel de Arturo y el pelo de Arturo, consumiéndolo como quise y nunca pude hacer hace dieciséis años.

Lamentablemente, ayer, mientras lo contemplaba leyendo mi novela, con el mismo interés con el que se puede contemplar un cuadro, olisqueándole las pinceladas, vi romperse mi dulce hibernación *arturizada* al preguntarme aquel si no pensaba volver a escribir.

Por supuesto que me dio miedo darle a Arturo a leer *Anáforas*, mucho más aún que el que me viera actuar en el teatro. Y todo porque en ella, oculta y disfrazadamente, se esconde él, el único elemento capaz de inspirarme una sola letra, ya sea escrita a mano o mecanografiada.

Hay teorías totalmente divergentes en cuanto al tema que un escritor puede acoger como *big bang* de su novela. Una aboga por no escribir nunca de lo que se sabe; otra, por omitir hablar de lo que no se sepa. La mía exige, como ya sabes, convertir a Arturo en elemento explosivo y cosmogónico de cada párrafo y oración, sin consultarme a mí ni a preceptiva alguna.

Todo lo que he escrito hasta ahora, así, lo he hecho contradiciendo y profesando las dos teorías expuestas, anulándolas y sumándolas en una sola, dando como resultado a un Arturo conocido y desconocido en los mismos porcentajes. Inventado por necesidad; descrito por pura coincidencia.

Lo que más me gusta de escribir es que dominas cada situación por completo, desde su climatología hasta sus vísceras, no dando opción a futuros inciertos. Escribiendo puedes tragarte el azar sin sufrir de ardor de estómago después; puedes tragarte el miedo de la incertidumbre. ¿Qué poder puede ser más grandioso que ese? Si quieres que alguien muera en una página, lo hace sin poner más impedimentos que los que tú quieras; si prefieres dejarlo vivir, puedes darle la inmortalidad que cualquier dios le negaría.

Escribir te permite resquebrajar el tiempo, partirlo en más de doce números sin esfera e incapaces de encajarse en consecución alguna porque, en lo escrito, la consecución es capaz de rebobinarse en cualquier sentido, barajándose sin necesidad de que los caballos sucedan a ninguna sota. Los tréboles del tiempo de un relato pueden extenderse en cualquier página a la vez que los diamantes, como en un cuadro cubista, sin que el tiempo real, ese que sufre de hiperactividad en tales grados que ni un descanso se permite tomarse, tenga capacidad para objetar nada. Porque el tiempo real no tiene nada que ver con el tiempo de un texto, afortunadamente. No sabes la tranquilidad que se siente sabiendo que, entre tus oraciones, él no puede colar una arruga o un día anulado por su igualdad con el precedente. Matar ese tiempo tan cruel, incapaz de darle una tregua a un día nefasto para dejarle corregirse, es otra de las cosas que más me gusta de escribir.

Si mi vida fuera *Anáforas*, si yo hubiera tenido la capacidad de convertirla en un montón de páginas blancas acotadas por sus rectilíneos márgenes, Arturo me hubiera amado hace dieciséis años, y ese tiempo real al que tanto desprecio no hubiera tenido

oportunidad alguna de reírseme en la cara mientras me robaba los días. Lamentablemente, no tuve nunca la oportunidad de escribir que Arturo se enamoró de mí la primera vez que me vio, con ese amor de tintes melodramáticos capaz de inundar una novela entera.

Mi vida nunca ha sido una novela de amor. De haber podido elegir un subgénero para ella, sin embargo, hubiera sido el amoroso por el que me hubiese decantado, a costa de resultar demasiado manida.

En el amor no hay originalidad, por muy único que pueda parecerle al enamorado su sentimiento. Yo sentí por Arturo a los catorce años lo mismo que, sin duda, debieron sentir el cien por cien de mis compañeros de pupitre (o casi) en algún momento de lo que duró el curso. El amor es una enfermedad común y, como tal, repite los síntomas en cada enfermo de igual forma. Solo en el tratamiento puede haber variaciones.

Si Arturo me hubiera correspondido, como todo paciente enamorado necesita serlo para curarse los síntomas sin dejar secuela alguna, *Anáforas* sería una típica novela de amor, capaz de certificar cada línea del prospecto. Al no hacerlo, sin embargo, la enfermedad se hizo crónica.

No hay nada más nefasto para curarse de cualquier enamoramiento que la falta de correspondencia. Los síntomas (véase: incapacidad para pensar en nada que no sea el objeto amado; ansiedad por ver a este a cada segundo; inseguridad física e intelectual; falta de sueño, de hambre y de todo lo que no esté relacionado con el omnipresente objeto amado) no se agravan, como podría suceder con cualquier otra enfermedad, pero se enquistan como los recuerdos adolescentes, incapacitando al enamorado para borrárselos cuando quiera.

De haberme Arturo correspondido cuando pudo, cuando los síntomas más graves estaban aún a tiempo de desaparecer completamente de mi sistema nervioso, sé, sin embargo, que podría haber eliminado cualquier resquicio de la enfermedad por completo.

Los amores correspondidos seguro que resultan ser, paradójicamente, como todo lo logrado, tan deseados como insoportables.

Me consuela pensar así que mi amor por Arturo hubiera resultado ser prescindible para mí de haber sido recíproco. Tal vez se me hubiera vuelto entonces tan poco aguantable como puede serlo un regalo un mes después de tu cumpleaños. Me consuela pensarlo o, simplemente, quiero que me consuele, no estoy muy segura. Porque, según este razonamiento, todos los primeros amores correspondidos (a los que, realmente, se les puede calificar como tales) resultarían ser decepcionantes y, tal conclusión, me guste o no, es tan tonta como puede serlo tratar de consolarse a una misma con una mentira.

Mentir es muy fácil, sobre todo si el que recibe la mentira tiene vocación de crédulo. Yo, ayer, persuadiéndome de que mi primer amor era aún más romántico que el de cualquier novela de páginas rosadas, que el de cualquiera al que la chica o chico que le guste le ha dado su primer beso a los catorce años recién cumplidos, me engañé diciéndome en silencio (mientras gastaba a Arturo y le decía que por supuesto tenía intención de escribir más, mucho más) que mi primer amor no hubiera sido más dulce de haberme Arturo querido también; de haberme besado. Me engañé diciéndome que, al menos, no ha tenido nunca la oportunidad de endulzarse para volverse después amargo.

Verona.

22 de abril de 2014

Querida Verónica:

Hace hoy seis meses que Arturo se cruzó en mi camino y en el de los zapatos rojos y, en un solo segundo lo mudó todo. Es extraño (y terrorífico a la vez) pensar cómo puede cambiar una vida completa en un sencillo instante, en un guiño de tiempo o en una mueca.

Yo no estaría escribiéndote esta carta ahora mismo de no ser por ese pequeño gesto cronológico; estaría haciendo otra cosa, no sé qué, ni nunca podré saberlo. ¿No tendría derecho, sin embargo, a que no fuera así, teniendo en cuenta que estamos hablando de mi vida? Mi vida... ¿Cómo puedo pensar que es mía? No puedo controlarla; va por libre sin contar conmigo, no pudiendo colocar en ella ni una coma a mi antojo. La suerte (buena o mala, según la perspectiva) es la única capaz de ejercer de corrector de estilo en ella; la única que pudo provocar que Arturo fuera a dar a mi misma clase, entre la misma pizarra y los mismos mapas físicos y políticos desnudos en la pared.

¿Me hubiese enamorado de otro de no haber estado él allí?

No pude fijar mi atención en nadie más que en Arturo por culpa del propio Arturo. No pude permitirme pensar en ningún otro como posible primer amor porque él copaba mis pensamientos hasta rebosármelos. Y todo por estar cuando y donde estaba yo.

Si hubiese ido a parar a otra aula o no hubiera nacido el mismo año que lo hice yo, me hubiese ahorrado cargar con una sucesión de días grumosos que su recuerdo ha ido espesando hasta volverlos

intragables. Me hubiese ahorrado sentir la fiebre inmedible por termómetro alguno que conlleva cualquier acto frustrado.

Desde luego que hubiera sido mejor para mí que Arturo hubiese ido a parar a un aula distinta a la mía, ajena, alejada por un pasillo entero plagado de radiadores y ventanas consecutivas o por doce meses alineados por culpa de la traslación. El estúpido azar, sin embargo, quiso ponérmelo en el camino para quitármelo después, no dejándome, para más afrenta, antes de llevárselo para sí, ni una pizca de él con la que enjuagarme la boca cuando ya no estuviera.

Catorce años más tarde, con la camisa de fuerza desabrochada, al irónico destino no se le ocurre otra cosa que volver a ponérmelo delante cuando ya no pensaba ni en pedírselo, cuando ya me había acostumbrado a no tenerlo.

Ya sabes que esto último es mentira, pero cierto es que no se puede jugar así con la ilusión, inflándola y desinflándola sin darle tiempo a sentirse globo. Es menos cruel dejarla deshinchada para siempre, sin posibilidad de arrugarse jamás como una pasa que antes fue uva. Lamentablemente, la suerte no cuenta con la compasión entre sus características básicas. Por ello, he tenido que cargar con mis propios hinchamientos y deshinchamientos como debe cargar con ellos cualquiera que no tenga la capacidad de escribir su propia vida.

Arturo, mientras continúa leyendo la del protagonista de mi novela (que tampoco tiene en sus manos su suerte; la tengo yo), ha pensado en la mía, agujereada para él desde que perdió mi pista hace catorce años, y me ha pedido (me pidió ayer) que le hablara de ella.

Si te dijera que no me gusta hablar de mí, mentiría. Creo que a todos nos gusta hablar de nosotros mismos, siempre que el receptor reciba nuestros sentimientos y manías con agrado. Por eso no me importó expandirme al hablarle de todo lo que tú ya sabes: Pierre, *Visión deseada*, Le Grandiose Philippe, mi empleo como traductora...

Sí, al final le he hablado de Pierre y he notado ciertos celos, desencajados cronológicamente, pululando en el aire. Le he hablado de él y de mis saltos de continente en continente; de mi viaje sin rumbo con salida en Venecia. Le he hablado de todo ello y aún le ha parecido poco. Y todo porque catorce años son muchos años, casi la mitad de mi vida y de la suya.

Para remediar esa hambre de datos, de hechos que se mezclen en el tiempo igual que una ensalada lo bastante repleta como para saciarlo, no tuve más remedio así que mencionar a Domingo.

Domingo fue muy importante durante siete meses completos de mi vida al darme la libertad que creo que todos pedimos en algún momento, aunque no tengamos el valor de hacerlo en voz alta. Me la dio sin pedirme él nada a cambio, como solo pueden dártela las cosas, nunca las personas.

Su carrocería oscura y su kilometraje destemplado me permitieron olvidarme del lugar en el que había nacido y crecido y de toda la gente que se me había enquistado, enquistándome yo a su vez en ellos, igual que cada onomástica a su día correspondiente. Gracias a él pude ver mi pasado como lo que era: una reducidísima nube en medio de un día nublado, un día que se me desenrolló en su parabrisas como un futuro prometedor plagado de rayos, truenos y mucha lluvia en la que nadar.

Domingo formuló su oferta irrechazable el mismo día en que lo vi entre los demás coches de segunda mano, con su cartelito del precio valorándolo injustamente sobre el cristal. Porque aquella cifra estaba claro que no calificaba todo lo que prometía: llevarme adonde quisiera y adonde no.

Sentada sobre el asiento del conductor unos minutos después de obedecer el cartelito y pagar lo que se me pedía por Domingo, me di cuenta de que, antes que yo, otra persona se había sentado en ese mismo sitio, con las palmas de las manos sudando el mismo volante. Extrañamente, noté como si cada uno de los viajes ya hechos por

Domingo fueran míos, a la vez que me empequeñecí pensando en que aquel coche tenía demasiados kilómetros para mí.

¿Qué podía aportarle yo a él, teniendo en cuenta que lo único que pretendía era usarlo para ir y venir del trabajo? Me tomaría por una conductora tradicional, por una coartadora de viajes y aventuras, sin valor para romper un mapa en pedazos o sacarle los circuitos a cualquier navegador. En solo unos días le parecería poco para él y miraría, en cada semáforo, desde sus faros delanteros, al resto de conductores con avidez.

No era justo para él ni para mí mantener esa distancia abismal que nos separaba y que acabaría, inevitablemente, llevando a Domingo a empequeñecer sus miras hasta el tamaño de las mías, tan reducidas como una ruta laboral. Para ponerme a su altura, no tuve más remedio, así, que obligarme (sin ningún desagrado) a renunciar a un trabajo que lo único que podía ofrecerme en adelante era exactamente lo mismo que ya me había dado.

La carta de renuncia no fue difícil de entregar.

Domingo comenzó a llamarse Domingo el mismo día que me vi liberada de las limitadoras obligaciones laborales, al darme cuenta de que algo tan importante como aquel coche, que me había ayudado a ver cuán restringida estaba, se merecía, al menos, un nombre. Elegirlo, por otro lado, no fue tan fácil. Necesitaba uno que remitiera a una persona y no a un objeto, dado que aquel coche me había hablado con la claridad de la persona más elocuente que había conocido nunca. Por otro lado, tenía que hacer referencia al tiempo; necesitaba que hiciera referencia a él. Consideré entonces el nombre de Julio, pero este me llevaba a pensar en el verano, en el calor, en las vacaciones del todo el mundo, y mi coche no tenía intención de llevarme de viaje de la misma manera que lo puede hacer cualquiera cuyo dueño cuenta con unos días libres, con una clara intención de vuelta. Yo no estaba segura de volver al punto de partida en el momento de emprender mi viaje en aquel coche. Ni siquiera estaba

segura de que el viaje tuviera un fin. Por eso tuve que llamarlo Domingo, porque era el único nombre que cumplía las dos condiciones que necesitaba que cumpliera; el único que él pudo aceptar con una reluciente sonrisa insertada en el capó.

Un domingo también, y no otro día (para hacerle los honores al coche), fue el elegido para iniciar el viaje que me hiciera sentir tan *kilometrada* como lo estaba el vehículo. Por supuesto que, antes de mi partida, tuve que escuchar las reticencias de todos los que me rodeaban en aquel momento y con las que pretendían anclar mis ruedas al asfalto. Decían que era una locura dejar todo lo que tenía junto al colegido esfuerzo que me había costado tenerlo. Decían que hacerlo, me llevaría al arrepentimiento.

Unos piensan que te arrepientes más de lo que has hecho que de lo que no; otros dicen lo contrario. Yo estoy de acuerdo con la segunda opinión.

El domingo de mi partida lo pasé, por completo, conduciendo, dejando al arrepentimiento disminuyéndose en el espejo retrovisor. Solo paré para realizar las necesidades básicas y para recoger a Fran.

Fran era el típico autoestopista que puedes encontrar haciendo autoestop en la típica película de carretera: aires de *hippy* (con su consiguiente desaliño y melenita al viento), bolsa de viaje tan ajada como sus botas y convicción de viajero. Domingo, al tenerlo delante, sé que se sintió menospreciado por él.

Y es que Fran no necesitaba de vehículo alguno para buscar lo que no puede encontrarse en ninguna parte para perderse buscándolo. A él le bastaba con sus propios pies, sin ruedas ni carrocerías; le bastaba con sentir la brisa en la cara, el cielo abierto. Lo envidié en cuanto su imagen se me mostró a través de los cristales todavía impolutos.

Fran tenía una sonrisa amplísima, capaz de ocupar por entero los interiores de un Domingo que no podía ocultar su rechazo hacia él.

Sin dejar de mostrarnos los dientes a ambos, nos relató las circunstancias que lo habían llevado hasta nosotros, entre las que se encontraba el hecho de que él nunca había podido acostumbrarse a la vida que, por nacimiento, le había tocado, con sus padres, hermanos y casita con piscina. Por eso, con solo dieciocho años (a pesar de que su barbita incipiente se empeñara en ocultárselos para ponerle encima alguno más) no había tenido más remedio que, desde hacía siete noches, dejar atrás todo aquello que le venía adherido desde el moisés para encontrar una vida propia que no le viniera pequeña ni grande. Tras escucharle detallar, uno tras otro, los distintos cambios de coche y compañeros de viaje por los que había pasado, supe que tenía que mentirle.

No podía confesarle que yo, con más años que él, tenía mucha menos experiencia como viajera y mucho menos podía decirle que, con su misma edad, no había logrado sino un primer beso a fuerza de operaciones matemáticas y lágrimas falsas, nada más; habría menoscabado mi recién adquirido orgullo de viajera hasta el punto de quedarme sin gasolina con la que continuar el viaje, llegándome a lamentar haberlo iniciado. Mentir era el único camino que se me presentaba accesible.

Arturo sonrió al escuchar la historia que Fran pudo lamer con la ausencia de asperezas de cualquier mentira que parece real. Seguro que tú también sonreirás al leerla.

Le conté a Fran que yo hacía ya más de seis meses que vivía como tan recientemente había comenzado él a hacerlo, cambiando cada día de caras a las que dar las buenas tardes, cenando con cubiertos distintos cada noche y durmiendo cada día entre sábanas de diferentes colores. Se creyó (¿por qué no iba a hacerlo?) que las personas más pintorescas y con las vidas más llenas de desconchones se me habían cruzado en el camino para contarme sus historias y tener yo luego cosas que contar a otros como él.

Lo más agradable de las mentiras es que, una vez iniciadas, se agrandan solas, casi sin esfuerzo. Pasar de contarle a Fran la historia del hombre que decía ser la reencarnación de Beethoven, a narrarle la de la chica que estaba enamorada de un primo suyo fallecido antes de su nacimiento, fue tan sencillo como conducir por una carretera solitaria. Llegada a ese punto de mi narración, en el que Fran me miraba boquiabierto mientras se sentía un principiante de aventurero en comparación conmigo, solo me faltaba darle a aquel las causas por las que yo estaba allí, a su lado, conduciendo sin más pretensiones que el propio hecho de conducir. Entonces sí que encontré dificultades.

¿Por qué iba a querer yo montarme en un coche (al que había tenido que darle un nombre para no sentirme sola a la vez que necesitaba estarlo) para perderme por carreteras desconocidas? Solo se me ocurrió una razón que argumentar, esta sí, totalmente sincera: una inmensa necesidad de huir.

El encierro puede sentirse aunque a tu alrededor no existan más paredes que las que puede formar el aire; ahogándote sin rozarte el cuello, atándotelo hasta rozar la asfixia. La huida, ya sea física o mental, es un lazo abierto de oxígeno, una cometa sin riendas que la amarren. Fran comprendió perfectamente mi necesidad de dejarme volar por el aire a riesgo de que se me engancharan las ilusiones en cualquier nube, relamiéndose al recordar él lo que había sentido en el momento justo en el que había comenzado a caminar para dejar atrás su casa, con sus ladrillos y sus padres dentro. Nunca antes había podido respirar como lo hizo en aquel instante.

Los dos compartimos el recuerdo de aquella bocanada de aire que habíamos podido exhalar sin miedo a no tener después nada que inhalarnos en los pulmones. Lo recordamos y sentimos añoranza por él; estaba claro que necesitábamos revivirlo.

Para hacerlo, después de una conversación tan extensa como pesada, llegamos a la conclusión de que era necesario someternos,

aunque fuera desagradable, a situaciones lo suficientemente claustrofóbicas como para ser capaces de despeñarnos hacia la huida más desesperada. El robo entraba en esa lista de situaciones.

Desde aquel día que recogí a Fran de la carretera, así, nos vimos obligados a robar en un número incontable de establecimientos de la más variada condición superando, seguro, en nuestras fechorías a los mismísimos Bonnie y Clyde. El hecho de robar en sí no resultaba en absoluto agradable; yo misma me hubiera restringido de no ser porque lo que sentíamos después de hacerlo, con el botín (que tampoco era lo más importante) dentro ya de Domingo, era esa sensación liberadora y adrenalínica que tanto placer nos despertaba a ambos.

Las situaciones en las que estuviera en juego nuestra integridad física también valían, por otra parte, para cumplir nuestro objetivo. La preferida de Fran era provocar discusiones con cualquiera que fuera más corpulento que él (algo que no era difícil), para salir corriendo después, huyendo de los puñetazos. La mía, hacer autoestop en los lugares más oscuros y aparentemente peligrosos, a pesar de que eso a Fran, acostumbrado ya durante una semana entera a hacerlo, no le pareciera suficiente como para alcanzar una bocanada de oxígeno lo bastante satisfactoria.

Me resultó curioso darme cuenta, cuando le estaba contando todo esto a Arturo, que era el peligro en sí y no otra cosa lo único capaz de hacernos sentir, al huir de él, lo mismo que habíamos sentido al escapar de nuestras respectivas vidas anteriores; limitadas estas, sí, pero no peligrosas. A no ser que la restricción pueda considerarse el mayor de los peligros.

Verona.

30 de abril de 2014

Querida Verónica:

En la carta anterior a esta te hablé de Domingo, como ya le había hablado a Arturo. No estés celosa, sin embargo, porque le haya contado a él algo antes que a ti, que siempre has sabido lo que a mí concernía con anterioridad a cualquiera. Los celos no tienen cabida entre nosotras, como sí esperé que la tuvieran cuando le relaté a Arturo que mi relación con Fran fue más allá de las huidas y los escapes.

Fran no me gustó físicamente cuando lo recogí en la carretera como a un perro abandonado y no porque no fuera guapo. Tenía unos grandísimos ojos marrones que eran capaces de tragar a cualquiera de un simple pestañeo, y su boca era tan bonita que parecía pintada. Sin embargo, su belleza, que era evidente, se veía cubierta por un velo de juventud demasiado infantil ya para mí a esas alturas. Un exhibicionista grano al lado de una de sus cejas se me reveló como la prueba definitiva de que la adolescencia aún no lo había abandonado.

Mirándolo de reojo, sonrosado y con su cabecita blanca coronándolo en el centro, sentí un mareo que me hizo dar un volantazo. Fran pensó que la culpa de todo la tenía el calor; a Arturo ni le hablé de aquel grano (ya ves que a ti te cuento más cosas aún que a él) que casi nos provoca un accidente.

La espinilla en cuestión tenía la repugnancia propia de cualquiera, pero no conseguí sentirla a lo largo de todo aquel primer día de viaje junto a Fran, a pesar de mirar a aquella directamente y rememorarla

cuando mi vista se fijaba en la carreta. Me resultaba demasiado familiar como para despreciarla. Me despertaba ternura y, extrañamente, cierta añoranza.

Si yo hubiese tenido aún dieciocho años, igual que Fran cuando compartimos viaje, no me hubiera visto obligada a dejarlo tirado en una estación de servicio tres meses después de conocerlo. Pero no los tenía; tenía muchos más, los suficientes como para detestar ya a los que tienen menos.

¿Sabes cuánto odio a las adolescentes? Salen del instituto con sus mochilas pintorreadas, las muñecas recosidas con las pulseras de moda y el esmalte de las uñas desconchado, sonriendo, felices de que acabe la jornada escolar, de que se les vaya el tiempo. Creen que sus quince años les van a durar siempre o, aún peor, anhelan que los dieciocho no tarden en llegarles. Parecen felices.

Fran parecía feliz cuando acercó su mano a la puerta de Domingo, dispuesto a que lo recogiera. ¿Por qué no iba a serlo? Yo fui feliz con él durante tres meses.

Le dije a Fran que tenía menos años de los que, en realidad, había ya cumplido hacía tiempo, y él se lo creyó o, al menos, fingió hacerlo. Todo esto no se lo conté a Arturo.

A Arturo le conté que Fran se sintió fascinado por mí nada más saber que le superaba en cuanto a aventuras pasadas. Se fascinó tanto que tuve que dejarlo porque no soportaba su fascinación.

Aquellos tres meses, a pesar de todo (de los años de más y de esa espinilla capacitada para provocarme una melancolía insufrible), estuvieron bien. Tan bien como mis días con la banda.

Ya sabes que siempre quise saber música pero que siempre, también, me dio vergüenza ir a clases de solfeo. Bueno, pues lo cierto es que cuando desterré la vergüenza lo bastante lejos como para no atreverse a invadirme de nuevo, ni siquiera ilegalmente, hice realidad mis deseos y aprendí a tocar el piano. Las clases vinieron antes de las de canto y después de las de Miriam y el rulo de goma

espuma, porque ya sabes que las clases de natación y la piscina cubierta supusieron el inicio de todo lo que vino, ha venido y está aún por venir; el inicio de la Verona que estás conociendo a través de estas cartas.

El caso es que de las clases de piano no le conté a Arturo más de lo que voy a contarte a ti. Él no sabe nada de música, como tú, y hablaros de conceptos técnicos os resultaría soporíferamente aburrido. Por eso voy a escribir, simplemente, que las clases fueron encantadoramente técnicas y que mis habilidades con el piano fueran aún más grandes que mis deseos de aprender a dominarlo. Sin salvajismos, así, fui capaz pronto de pulsar cada tecla con maestría, convirtiéndome, al fin, en pianista. Creo que es mejor dejarlo aquí y obviar los pentagramas y las corcheas, volviendo al punto en el que Fran salió de mi vida y de las entrañas de Domingo; el momento en el que Arturo empezó a escucharme con atención y a recuperarse de sus celos autoestopísticos.

Que Fran saliera de mi viaje no significó en absoluto que este acabara; es más, me alegré de verme de nuevo sola junto a mi coche, sin acné alguno que me perturbase. La soledad, sin embargo, en un viaje como aquel, lleno de comidas en restaurantes, noches en hoteles y estancias en demás sitios públicos, difícilmente consigue mantenerse mucho más de un día. Dos noches después de abandonar a Fran y olvidarlo lo suficiente como para no preguntarme qué estaría haciendo en cada momento lejos de mí, me topé sin remedio con Marcelo y Paula.

El sonido del saxofón siempre me ha parecido misterioso y, a la vez, me ha asustado de la manera en que ya sabes que solía asustarme todo lo que suponía algo diferente a lo habitual en mi vida. Ese tipo de temor lo sentí en cuanto crucé el umbral de la puerta de Vigilias, el bar en el que Paula cantaba cada noche y Marcelo tocaba el saxo.

La voz de Paula era tan enigmática como para provocarme el mismo temor que podía causarme Marcelo al entonar cada nota. Su imagen, siguiendo a aquella, se me presentó como la de la mujer que nunca imaginé yo, a los quince años, poder ser un día.

Paula no era perfectamente hermosa. Si se la miraba de cerca podías encontrarle mil defectos: la nariz ligeramente torcida, los labios irregulares, las manos demasiado grandes... Sin embargo, en su conjunto, gracias a su firme actitud, creaba una suma de elementos mucho más hipnotizadora que cualquier perfección. Paula derramaba seguridad por cada recodo de su cuerpo, mostrándose como la mujer más mujer que hayas podido imaginar nunca, como la persona con más personalidad del mundo. Al comprobarlo en mi propia piel y amor propio me sentí intimidada hasta que me percaté de que las intenciones de Paula para conmigo no incluían mermar en grado alguno la autoestima que aún se encontraba en pleno desarrollo; muy al contrario, quería compartir ese desarrollo conmigo, ayudándole a desarrollarse. Eso me quedó muy claro en cuanto nos conocimos.

Al darle dos besos me sentí igual de pegajosa que un caramelo reblandecido, pero la mano de Paula acariciándome el brazo me reconfortó. El barman me la presentó tras elogiarla yo con una copa de no recuerdo qué entre las manos, apoyada en la barra y buscando conversación con cualquier desconocido que se prestase a ello.

Paula sonrió al verme por primera vez con mucho más entusiasmo del que esperaba, concatenándose este a la presentación de Marcelo y su saxofón. Con los nombres ya dichos y mi temor menoscabado lo suficiente gracias a la amistosa actitud de los tres, nos sentamos todos en la misma mesa, asentándoseme a mí la sensación de que desde siempre ambos músicos habían estado buscándome para formar con ellos el trío que, junto al saxofón, eran incapaces de

sumar. Su propuesta de acompañarlos con el piano a partir de la noche siguiente tardó poco en llegar, un poco más en ser aceptada.

Yo nunca he sabido improvisar en mis relaciones con los otros, como bien sabes. Mis sentidos se han nublado durante toda mi vida ante lo inesperado y nunca he sabido decir o hacer lo que de verdad quería hasta que el momento había ya pasado, resultando irrecuperable. Por culpa de ese defecto innato he perdido oportunidades a las que abrazar con la boca bien abierta, afirmándome en un sí que me llenara los brazos. Afortunadamente, Marcelo y Paula percibieron en mí ese defecto y supieron esperar las horas suficientes como para que la propuesta se me cuajara. La noche siguiente toqué con ellos una canción detrás de otra, sin indecisiones.

Los dos músicos me enseñaron, desde ese día, a vivir la vida a ritmo de *jazz*, permitiéndome darle entrada a la sorpresa y permitiéndome también acogerla sin planes preconcebidos. La improvisación se apoderó de mí dentro y fuera de cada uno de los clubes en los que tocamos a lo largo de las noches siguientes.

Vigilias solo fue uno de los muchos lugares que tuvieron la suerte de albergar la música de Paula y Marcelo entre sus paredes. En común tenían todos un aire encantadoramente claustrofóbico y esa dejadez misteriosa que solo puede otorgar la nocturnidad. Sentada ante los diferentes pianos de cada uno de ellos, tocándolos a todos como si fueran únicos, descubrí que las noches eran mucho más largas de lo que nunca antes había percibido. Sin dormirlas, daba tiempo a vivir la vida con la misma morosidad con la que se muestra, iluminado, un día cualquiera, pudiendo conocer los mismos detalles íntimos de Paula y Marcelo que se me mostrarían bajo la solana.

Marcelo coleccionaba botones desde los diez años. Cualquiera le valía: pequeños como lentejas, dorados, novísimos... Que hubiera

continuado con su afición a lo largo de casi toda su vida, sin darle entrada a ningún receso, me pareció digno de admirar.

Paula, ferviente lectora de cualquier papel escrito que cayera entre sus manos, sabía de casi todo. Podía darte una clase de cine, de cocina, de alumbrado público o de tipos de anfibios con la misma naturalidad de quien habla del tiempo porque no sabe de qué hablar.

Entre los botones de uno incontables y las clases sin aula de la otra me dejé querer por ambos entre piano y piano, anocheciéndome bajo los brazos y las piernas de los dos, enredada en glisandos y portamentos.

Paula y Marcelo me regalaron la pulsera, aquella de la que te hablé, esa que jamás me quito, con su caracol, su hoja, su luna y su herradura; esa que me recuerda que la improvisación es fundamental para luchar contra el tiempo. Me la regalaron dos días antes de abandonarlos, dos días después de su última y más descomunal pelea.

Entre Marcelo y Paula yo era un elemento necesario pero discordante. La perfecta tríada se veía abocada a ansiar la paridad cada vez que mis ojos se posaban durante más tiempo encima de uno de los dos músicos o mis besos no se repartían por igual entre los dos pares de labios. Venía entonces la mirada de desaprobación de Paula o el ceño fruncido de Marcelo, sirviendo de antesala a los gritos de ambos y haciéndome sentir a mí como el niño al que casi despiezan en el juicio salomónico. Para evitar un desmembramiento que tarde o temprano llegaría conmigo huyendo junto a Paula en los asientos de Domingo o con Marcelo y su saxo precipitándonos por la autopista, los dejé, así, tan pares como los había encontrado, sin darle opción a la despedida lacrimosa a invadirnos.

Con las manos sujetando el volante y la pulsera de amuletos clavándoseme en el antebrazo, desde el principio de mi huida recordé con nostalgia los labios pintados de Paula, que maquillaban los míos al besarme, y las manos de Marcelo, capaces de hacer

sonar mi cuerpo como hacían aullar su saxofón. Después de lo que me habían dado supe que el viaje junto a Domingo no podía aportarme nada más.

Verona.

5 de mayo de 2014

Querida Verónica:

Ayer no pude escribirte como tampoco he podido hacerlo todos los cuatro de mayo incluidos en nuestra anterior época epistolar. Ya sabes que no hubiera podido resistir que me felicitaras en silencio mientras leyeras la carta nada más ver la fecha precediéndola, como tampoco hubiera podido fingir una felicidad socialmente obligada.

Lo que no tuve en cuenta, sin embargo, en el día de ayer es que no era este un cuatro de mayo más en mi vida, capaz de recordarme que estaba viva aún y que había perdido doce meses más que sumar a la larga lista de meses perdidos. No tuve en cuenta que esos treinta y un años tan nuevamente cumplidos traían pegados a sus horas a Arturo, con todo lo que él conllevaba.

Tener a Arturo al fin, a mi lado, no supone tenerlo solo a él; supone tener el deseo de tenerlo, la desesperación por tenerlo, las horas gastadas imaginando tenerlo. Tener a Arturo supone darle un sentido a todos los cuatro de mayo sin tenerlo en los que deseé, al soplar las aparentemente inofensivas velitas de mi tarta de cumpleaños, tenerlo.

Mi trigésimo primer aniversario, así, fue tan distinto como quise que fueran todos sus antecesores.

Ahora me doy cuenta de que debería haberte escrito ayer. Debería haberlo hecho para que apreciaras las múltiples diferencias existentes entre todos los cumpleaños anteriores, de los que no te he escrito nunca nada, y este, del que debí escribirte todo.

Cumplir treinta y un años ayer me hizo repensar nuevamente en el fortuito hecho de que Arturo y yo naciéramos en el mismo año y país, en la misma ciudad. Me gusta pensar que la suerte, como si no tuviera nada más importante que hacer, se empeñó en unirnos desde nuestro nacimiento a pesar de todo, incluso de mí misma y de mi falta de predisposición a hacer lo que debería haber hecho hace dieciséis años: confesarle mi amor a Arturo. Por eso volvió a ponérmelo en el camino catorce años después, para que remediara mi error, y si no lo hubiera hecho entonces... Si el octubre pasado, cuando me encontré a Arturo por la calle, porque la suerte así lo quiso, hubiera permanecido tan callada como lo estuvo siempre tu Verona, seguro que en este año, o puede que en el siguiente, volvería a encontrármelo para remediar lo que aún seguiría sin remedio. ¿O es que crees que sería demasiado pedirle a la suerte que volviera a ponérmelo delante una tercera vez, tras dos oportunidades desperdiciadas? Yo, no. Si el azar me lo ha dado dos veces no tendría por qué negármelo una tercera.

De no haberle hablado a Arturo, así, hace ya muchos meses, y no haberle dictado mi número de teléfono ni recordado antiguos datos estudiantiles, podría haberme consolado, perfectamente, en el día de ayer, soplando las treinta y una velitas y pidiendo un tercer encuentro con Arturo que en absoluto tenía por qué ser imposible. ¿A que no tendría por qué ser imposible?

Verona.

15 de mayo de 2014

Querida Verónica:

Ayer, Arturo y yo salimos a comprar libros con la misma ansiedad con la que se sale a proveer la nevera de fruta y leche; y todo porque ya no me queda nada por leer.

Arturo arqueó las cejas cuando le conté que había pasado un año completo de mi vida no haciendo otra cosa que leer y ver películas. Las arqueó para *desarquearlas* un segundo después y cambiar su gesto de extrañeza por el de envidia.

A Arturo le hubiera encantado gastar un año de su vida como lo gasté yo, leyendo a Baroja, a Joyce, a Sartre y Sastre, a Lorca, a los Machado, a Valle-Inclán, a Quevedo, a Gracián, a Ovidio, a Goethe; viendo a Bogart, a las Hepburn, a Landa, a Rabal, a Wilder, a Buñuel, a Chaplin... Antes de decidirme a parar un año entero mi vida activa, con su trabajo, parejas y amistades correspondientes, para no hacer nada más que vivir la vida de cada uno de los personajes que se me pusieran ante los ojos, hice una lista, casi interminable, en la que anoté los nombres y títulos de todo lo que deseaba leer y ver. No era cuestión de lanzarse a lecturas y visionados sin criterio ni planificación alguna, a riesgo de caer en un empacho de capítulos y escenas repletos de grasas saturadas.

Mi decisión de agarrar un año por completo, en lugar de conformarme con unas cuantas horas de cada día, se debió a la longitud que alcanzó la lista en un punto en el que todavía no le veía el fin. Me agobié entonces mucho, imaginándome día tras día tratando de leer una página más y viendo películas medio dormida a

las tantas de la madrugada. Solo cuando se me ocurrió convertir tal actividad en la única pertinente a lo largo de un año entero se me gastó el agobio.

Los preparativos para llevar a cabo mi plan se iniciaron el mismo día en que puse punto final a una lista que manoseé a lo largo de ese año, tanto que terminó con muchas más arrugas encima que las que le corresponderían a un papel de esa edad. Y todo porque tuve que pasearme por librerías de lo más variadas, videoclubes y bibliotecas en busca de cada libro y película que aparecía anotado en ella. La lista en cuestión, así, se vio doblada y desdoblada por mis manos en incontables ocasiones, guardándose en todos los bolsillos de mis chaquetas y pantalones, cuando no iba a ocultarse entre las páginas nuevas de un libro recién comprado (pocas veces) o entre las viejas de uno de biblioteca. Y es que las nuevas adquisiciones no preponderaron a la hora de conseguir cada uno de los libros y películas de la lista, teniendo en cuenta que no contaba con mucho dinero por entonces. No tuve más remedio, así, dado que la mayoría de los libros y películas que pasaban por mis manos no se quedaban entre ellas, que llenar una infinidad de cuadernos con resúmenes y comentarios acerca de argumentos, figuras retóricas, personajes, sintaxis, planos medios y largos y demás elementos reseñables que no era cuestión de olvidar una vez devuelto el libro o la película alquilada. Y no creas que me importó hacerlo, al contrario. Anotar cada cosa que me gustaba era como comentar con alguien la página o los actores que estuvieran ocupando mi tiempo aquel día. Era un poco como hablar contigo. Y te aseguro que ninguno de los cuadernos puso nunca ninguna pega a que me gustara más el diálogo de una película que el de otra, ni tampoco que anotara una frase y la subrayara después con bolígrafo rojo. Ninguno de los cuadernos puso nunca objeciones a los bolígrafos rojos.

Ayer a Arturo se los enseñé mucho antes de que saliéramos a comprar libros. Creí que se sentirían incómodos entre unas manos

que no fueran las mías, pero, extrañamente, sus muelles parecieron adaptarse a los dedos de aquel sin retorcerse más de lo que ya lo estaban.

A Arturo le gustó que cada uno fuera de un color distinto, con líneas y márgenes distintos, como distintos eran los diálogos y personajes de los que hablaban. Un orden excesivo le hubiese resultado artificial.

Me preguntó, rodeado de todos ellos, abiertos unos por completo y cerrados otros, por mis rituales de lectura y visualización de películas, y le relaté con gusto los detalles de aquellos días llenos de tranquilidad antihoraria, con madrugones, eso sí, para aprovechar la mañana al máximo, y desayunos que se alargaban hasta una película completa, con los títulos de crédito incluidos. Las horas que me sobraban hasta la llegada de la comida se me agotaban con la lectura de varios capítulos para pasar después a comer viendo la segunda película del día. La tercera llegaba más tarde para evitar la somnolencia que acompaña siempre a esas horas previas a la llegada de la tarde en la que, ya bien despierta, seguía leyendo hasta que mis tripas me suplicaban la cena. Una cuarta película y varias páginas más tarde me dormía con la tranquilidad de haber aprovechado el día por completo, sin pérdidas de horas laborales robándome la vida.

Te aseguro que a lo largo de todos esos doce meses no eché de menos nada. No añoré tener una boca a la que besar ni una pareja de baile; no lamenté no salir a la calle nada más que para aprovisionarme de tomos y DVDS, como tampoco lo hice de no hablar con nadie. Me bastaba con conversar con mis cuadernos y escuchar lo que cada personaje tenía que decirme. Los que mejor me caían, con los que guardaba cierta semejanza o de los que envidiaba un rasgo que yo no tenía, me daba la impresión de conocerlos de verdad, como si formaran parte de una sucesión de vidas que me inventé a base de escenas y párrafos; unas vidas

falsas que nada tenían que envidiar a cualquiera de verdad, al contrario. En ellas podía verme en un majestuoso palacio o luchando contra un oso en la montaña, y todo sin sufrir peligro alguno. Esa seguridad de vivir a través de otros me encantaba.

No puedo decantarme, por otro lado, por una película o un libro favorito. Algunos me decepcionaron; otras me gustaron aún más de lo que esperaba. Cuando la lista se me terminó me sentí realizada, como si hubiera hecho algo muy importante que tenía que hacer, a la vez que me invadió el mareo propio del que está perdido en una bifurcación de caminos sin señalización alguna. Rompí en un montón de trocitos que fácilmente se dejaron romper la lista que me había acompañado en mi viaje libresco y cinematográfico, y supe que no podía volver a la vida que todos consideran normal como si aquel año no hubiera existido. Necesitaba un tiempo de adaptación.

Verona.

27 de mayo de 2014

Querida Verónica:

En la carta anterior me dejé sin rumbo en el que orientarme, tan perdida como para despertar en Arturo, al describirle mi situación tras romper la lista, unas intensísimas ganas de encontrarme, ganas que se manifestaron en un beso tan dilatado e intenso que bien podría colmar por completo esta carta. Teniendo en cuenta, sin embargo, que no quiero que se te grabe en tu imaginación la imagen de mí misma con la cara triste, en medio de un bosque demasiado espeso como para salir de él, o en un laberinto, creo que es mejor que en esta epístola te relate lo que fue de mí en ese entonces en el que rompí la lista, en lugar de describirte un beso del que no podrías sentir ni un labio por muy bien que tratara de dibujártelo.

La lista rota ni me miró una vez que la hube partido. Estaba demasiado cansada para hacerlo. Mi cuerpo, en cambio, parado en su totalidad a lo largo de todo ese año en el que los actores y personajes habían vivido en mi lugar, se mostraba ansioso por hacer algo muy concreto que no pude especificar hasta que me vi sentada ante la televisión sin película que ver, ni libro alguno entre las manos. Mis recién adquiridos hábitos de *voyeur* necesitaban verse colmados como lo habían venido haciendo a lo largo de tantos filmes y obras literarias, y solo la realización de mi propia película, con sus imágenes más mías que ninguna, podía saciármelos. Lo supe mucho antes de tener una cámara delante.

Poner en práctica mi condición de directora de cine, demasiado novata, no fue fácil. De haberlo sido me hubiera sentido decepcionada. Cualquiera no puede hacer una película. Se necesita dinero, actores, cámaras, iluminadores, maquilladores, una idea... Esta última condición no fue importante para quitarme de encima mi necesidad de seguir viendo vivir a otros en lugar de vivir yo misma. Me importaba un bledo de qué tratara la película; es más, ni siquiera me importaba que pudiera considerarse, a los ojos de los demás, una película o no. Lo único importante, mi único objetivo, era grabar imágenes de otros en las que se les viera realizar situaciones cotidianas desde un punto de vista insólito. Buscar en la vulgaridad, la exclusividad.

¿Sabes lo hermoso que resulta ver una mano batiendo un huevo a solo dos centímetros del batidor? La mezcla anaranjada se revuelve en el plato igual que un mar embravecido con olas de color naranja. Porque, ¿no te parece aburrido que el mar únicamente pueda ser del mismo color que el cielo? Sí, ya sé que a veces este se *anaranja* con el atardecer, pero nunca como la yema de un huevo.

¿Y qué me dices de una lámpara de araña observada del revés? ¡Se asemeja tanto a una mesa en la que sería imposible colocar nada encima! Una mesa inútil por obra y gracia de la gravedad más ingrávida.

Aunque lo que más me sorprendió, lo que me dejó helada en un día en el que el sol calentaba el aire lo suficiente como para hacer temblar la imagen de cualquier superficie vista con un poco de perspectiva, fue la intrascendencia de un beso contemplado a través de la cámara y grabado a metros de distancia. Desaparece. Se lo puede tragar una nube cualquiera que en ese momento haya decidido sentarse encima del edificio de dos plantas que, fácilmente, puede tragarse también el beso; se lo puede tragar, sin necesidad de chuparlo o masticarlo un poco, el árbol más *desflorado* que puedas imaginarte. La boca buscando en los labios de otra boca lo que no

encuentra en la suya (el reconocimiento sexual, amoroso, social, cariñoso, deseoso, tierno, obligado) es visiblemente insignificante si te alejas de ella; no es apenas nada. Un beso no es apenas nada visto desde lejos, aunque sea el primero. ¿Por qué tiene que ser tan importante el primer beso?

Verona.

2 de junio de 2014

Querida Verónica:

La carta anterior terminó sin dejar asomar ni un resquicio de lo que supuso mi experiencia como directora de cine, mucho más fructífera de lo que en un principio y final me propuse. Antes de llegar, sin embargo, a los frutos madurísimos que dio, y adelantarme, será mejor que te cuente cómo construí esa película que los críticos no supieron calificar ni clasificar en los patrones cinematográficos más clásicos.

Tras el alquiler de todo el equipamiento necesario para llevar a cabo la filmación, me vi en la tesitura de elegir a los actores, hecho que me preocupó más de lo que debió hacerlo. Y es que, al no tener una historia entre las manos que ordenar ante la cámara, ni un argumento ni una sola línea de diálogo, comprenderás que decidir si quería un protagonista masculino, femenino o coral no era fácil. Menos mal que Aníbal, armado con una capacidad de improvisación que ya la hubiera querido yo para mí en mis inicios como pianista de *jazz*, apareció sin esperarlo de ninguna manera.

Aníbal había nacido para ser actor, eso no podía negárselo nadie.

Debe ser increíblemente reconfortante saber cuál es tu objetivo en la vida casi en el mismo momento en el que empiezas a vivirla. Tan evidente era para él que actuó por vez primera en el teatro, con solo cinco años, por petición propia a sus padres, según me contó junto a la bandeja del desayuno y tapado con mi colcha verde (¿o fue con la amarilla?). Desde este inicio, tomado con la determinación propia de

un artista innato, su carrera como actor no había sufrido ni una breve pausa.

La llegada de Aníbal a la grabación de mi, por entonces, proyecto cinematográfico fue reveladora. Nada más verlo entrar en la sala de filmación supe que él, y no otro, debía ser el protagonista de una historia sin argumento alguno que nació y surcó mi cerebro fulminantemente.

Aníbal sería en ella la suma de todos los hombres y mujeres existentes en la historia y la intrahistoria de la humanidad. Vestiría traje y corbata, tacones, rejilla goyesca, corona de rey, nariz de payaso, collares de todo tipo, guantes de motero, tutú..., y haría todo lo que todos han hecho a lo largo de la historia y la intrahistoria de la humanidad: soñaría, estornudaría, lloraría, se sacaría mocos de la nariz con el dedo meñique, cagaría y mearía, comería con cubiertos y sin ellos, con hambre y sin ella, y estaría solo. Solo Aníbal actuó a lo largo de los noventa minutos que duró mi ópera prima cinematográfica, y *Solo* fue su título.

Por supuesto, a lo largo de todos esos minutos de filmación mencionados, abusé de los planos cortos como ningún otro director lo haya podido hacer nunca, resultando la nariz de payaso y el tutú elementos independientes, ajenos en su totalidad a la presencia del cuerpo de Aníbal.

Una nariz de payaso vista de cerca hasta el punto de copar toda la pantalla adquiere dimensiones planetarias, no teniendo entonces su irrisoria forma nada que envidiar a la Tierra o a cualquier otro planeta colindante.

Después del descubrimiento de que un beso no es nada, aunque sea el primero, contemplado a mucha distancia, las grabaciones más alejadas del objeto filmado, por otro lado, sin *zoom* que las acercase acompañaron a los planos cortos sin darles opción a los medios a inmiscuirse en secuencia alguna. El resultado fue extremo. En una escena podías ver la cuenta de un collar con la perspectiva de una

mosca mientras escuchabas llorar a Aníbal y, en la siguiente, este, coronado, se disminuía en medio de la playa. Las críticas que recibió *Solo* un día después de su presentación fueron tan extremosas como mi combinación de planos. Un recibimiento manchado con medias tintas me hubiera resultado decepcionante.

Aníbal y yo paseamos la cinta, adorada y odiada en partes igualitarias, por todos los festivales de cine que se me pusieron delante. El ansia por ganar premios se convirtió entonces en mi único objetivo.

Tú no puedes saber lo satisfactorio que resulta ver un galardón colocado sobre una estantería, a pesar de que sea aquel tan feo estéticamente como lo suelen ser todos. Su presencia muestra, materialmente, que el esfuerzo realizado no ha sido gratuito, que no se ha muerto como una idea vacua que nunca pudo salir más allá de los lindes neuronales, ni como un deseo que se quedó en tentativa sin ganancia. ¡No sabes cuánto pude llegar a amar a aquellos premios! Según fueron viniéndome uno tras otro a veces, y otras a un mismo tiempo, se colocaron ordenadamente en las repisas. Un orden ajeno al cronológico me hubiera resultado artificial.

A pesar de adorarlos a todos, hasta al más feo y, socialmente, menos importante, el premio que más me satisfizo fue el que varios críticos crearon de manera exclusiva para *Solo*, al no atreverse a calificarla como película. Su nombre fue «Cinevolucionario» y mi película la primera que lo recibió. Creo que el año pasado estuvieron a punto de entregarle el segundo a una filmación francesa, pero al final el premio quedó tan desierto como en los años anteriores. Por lo visto, sus creadores no creen que ninguna filmación, después de la mía, haya mostrado un afán creativo lo suficientemente innovador como para ser merecedora del galardón. Yo, sobre este hecho, prefiero no opinar.

Sobre lo que sí que puedo opinar es sobre los discursos, al ser, a estas alturas, una especialista en darlos junto a un trofeo y un

auditorio repleto de personas que esperan oírte a la vez que les importa menos que nada lo que puedas decirles. ¿A quién le interesa lo que el director pueda añadir a su grabación? Lo único importante es la grabación en sí misma. Tras llegar a esta deducción no pude hacer otra cosa que romper cada uno de los borradores de posibles discursos a dar, y crear uno solo lo suficientemente breve como para no resultar aburrido, además de lo bastante polivalente como para ser válido en el recibimiento de cualquier premio.

La primera vez que lo pronuncié recibí más muestras de agradecimiento que las que yo misma proferí; la segunda fui elogiada por mi buen humor. Al pronunciarlo por cuarta vez, sin embargo, las malas críticas me escupieron encima. Para muchos era un insulto que no me tomara la molestia de recibir cada galardón con unas palabras distintas, aunque sinónimas a las anteriores; un insulto y una falta de consideración y respeto para con el premio recibido. Menos mal que a algunos (aunque a pocos) les pareció graciosa mi idea, y tan original como la verdadera ganadora del premio: *Solo.*

10 de junio de 2014

Querida Verónica:

A lo largo de estos días en los que no te he escrito, al igual que en la extensión de los anteriores, al continuar relatándole a Arturo lo que ha sido de mí, he llegado, inevitablemente, a pesar de seguir un orden totalmente caótico, al momento en el que los caminos de ambos se bifurcaron para no volver a enlazarse hasta mucho tiempo después. He llegado al momento en el que Arturo abandonó el instituto y, con él, a mí y cualquier continuidad de estudio.

Arturo ha sentido envidia cuando la palabra «doctorado» se ha inmiscuido en medio de la narración de mis experiencias estudiantiles, al dejar su currículo educativo reducido al mínimo, por pura comparación. Y todo porque a él también le hubiese encantado ampliar sus estudios hasta el punto de doctorarse un día como sí hice yo. Porque Arturo, en el fondo, fue un buen estudiante, aunque en su superficie se empeñara en demostrarles a todos lo contrario para no dañar su imagen de antagonista de empollón de instituto. Ahora que es capaz de confesármelo sin ser tachado de nada me ha dicho, me lo dijo anteayer, que debería haber seguido compartiendo aula a mi lado hasta terminar juntos la carrera en París, junto a Pierre y su libro, sin miedo de que los estudios elegidos supusieran un mejor o peor futuro laboral; sin dudas económicas acechando en los bolsillos, ni impedimentos familiares y *amiguistas* poniendo trabas donde no había ni trabillas a las que asir un delgado cinturón. Liberado de cualquier prejuicio y miedo.

Yo tuve miedo de obtener un aprobado en el examen de selectividad y verme en la obligación de tener que seguir estudiando. Hubiera sido mucho más fácil suspender o, más sencillo aún, no presentarme siquiera al examen para no arriesgarme a aprobar. Hubiera sido mucho más fácil y cómodo parar mi vida en ese instante en el que la infancia empezaba a fundirse y transformarse en una madurez blanda y maleable, capaz de adoptar cualquier forma. ¿Qué forma quería darle yo? ¿Qué forma podía darle?

Aprobando, las posibilidades se abrían igual que un abanico con ínfulas de vela de barco; suspendiendo, se limitaban. Afortunadamente, en ese tiempo era ya capaz de enfrentarme al miedo, aunque no consiguiera aún derrotarlo, por lo que el temido aprobado llegó vestido de siete y la ciudad de París, con su emblemática torre más afilada que nunca, se me dibujó en la pizarra de mis expectativas.

Ya sabes que no sé desde cuándo el deseo de vivir en la Ciudad de la Luz se me instaló entre las ilusiones, aunque supongo que lo hizo en un momento en el que la niñez se lo permitió libertinamente. El caso es que este deseo te lo manifesté mil veces en mis anteriores cartas, reseñándote que antes de ir allí y tenerla delante y alrededor, quería conocerla por completo, y el siete mencionado me permitió hacerlo.

Cuando estuve dentro de ella de verdad sabía quiénes la habían pisado y descrito, quiénes la habían amado antes que yo y cuántas veces se había dejado pintar y fotografiar. Sabía la sintaxis y la morfología de su lengua (ya te confesé que la pronunciación tardó en mejorarse hasta el punto de saberse) y tenía la certeza de que ella también se enamoraría de mí.

París me besó disfrazada de Pierre, me aduló a través de *Visión deseada* y no me decepcionó en ninguno de sus callejones, a pesar de mi imprudente idealización de ella. Por el contrario, fue capaz de

acogerme en mi primera huida (la más difícil, como todo lo primogénito) y de no desanimarme a continuar huyendo. Fue mi maestra y su materia, en la que más me apliqué, mientras que Arturo, todavía hoy, ni siquiera ha leído una sola de sus mañanas.

Él no sabe a qué huele París cuando los días lluviosos le encharcan los acentos circunflejos, ni conoce el tacto del Sena. No puede ni imaginarse cuál es el sabor de sus verbos irregulares mientras la pirámide del Louvre te traga, ni tampoco ha escuchado nunca un verso parnasiano bajo el contexto de un cruasán auténticamente galo. París es, para él, la desconocida que sería para mí de no haberme presentado a aquel, tan temido en su momento, examen de selectividad. Seguramente estaría llorando ahora de estar en el lugar de Arturo, duchando unas teclas de ordenador que no podrían hablarte nada más que de un trabajo para el que no hace falta saber nada en especial; un trabajo, o puede que más de uno, que habría ido mordiéndome los días desde que dejé atrás el pupitre y la pizarra; un trabajo como el de Arturo, capaz de envolverse en envidia al escuchar la palabra «doctorado», a pesar de no reconocérmelo.

Arturo se calló anteayer mientras me visualizaba con una carpeta bajo el brazo caminando por las calles de París, de camino a la facultad. La envidia misma, cubierta de orgullo, le paralizó la lengua. Pero yo sé que la sintió, y sonreí al saberlo.

Verona.

23 de junio de 2014

Querida Verónica:

¿Has sentido alguna vez la crueldad de un calendario? Anoche, estaba secando un tenedor de espaldas al que cuelga en una de las paredes de la cocina y, mientras mis ojos centraban toda su atención en los húmedos dientes del cubierto, sentí un escalofrío descarrilándoseme por la espalda.

Una impresión como aquella debería haberme inducido a girar, sin que la voluntad pudiera poner objeción alguna, pero, extrañamente, me quedé quieta, tan helada como si un alud de nieve me hubiera suspirado encima. No fue hasta no sé cuántos minutos después cuando, con el tenedor ya más que seco a medio envolver en el trapo de cocina, me vi capaz de volver la cabeza y, a continuación, un hombro que arrastró al otro, dándole la espalda al cajón de los cubiertos. Mi vista se topó entonces con la culpable de aquel gélido malestar: la descarada hoja del mes de junio.

Sí, ya sé que llevaba allí desplegada demasiados días como para tener la capacidad de causar sensación alguna ayer, pero es que hasta ayer no me había mirado como lo hizo, con el cinismo propio del que está por encima del bien y del mal.

A la hoja del mes de junio no le importa ser arrancada, aunque se haga con violencia. Puede que incluso sienta un placer masoquista mientras los dedos le desgarran los números y las onomásticas. Te aseguro que no me extrañaría nada que así fuera. Pero lo peor de todo, lo más terrorífico, es que no es solo el mes de junio el que manifiesta ese impúdico comportamiento; el calendario entero lo

refleja en sus doce meses. Me di cuenta ayer, por vez primera, tras descolgarlo y pasarle las hojas una tras otra, inaguantablemente ordenadas.

Julio se me carcajeó sobre los párpados mientras no dejaba de decirme que dentro de una escueta semana vendría a visitarme, y agosto no fue menos pudoroso en su amenaza. Uno tras otro confirmaron sus visitas sin invitaciones que las avalaran, sin que yo les ofreciera mis días como anfitriones. Aunque junio, sin duda, junto a enero y diciembre, fueron los que se expresaron con menos escrúpulos.

El veintidós de junio me espetó que mañana, refiriéndose a hoy, se cumpliría un mes más de mi encuentro con Arturo el octubre pasado, un mes menos para que se cumpliera un año, a la vez que, con su seis bien redondo como carta de presentación, no tuvo reparos en recordarme que, de este año en el que estamos, he engullido ya seis meses, aunque no me parezca que hayan pasado ni tres desde que el mes de enero me dio la bienvenida. Desconcertada e incapaz de rebatirle lo que no eran sino certezas, no tuve más remedio que tratar de recordar cómo había digerido esos más de ciento ochenta días, y simultáneamente volver la memoria a ese veintidós de octubre en el que mi vida dio un salto hacia atrás; hacia mi adolescencia, hacia ti, hacia un Arturo mal guardado en un archivador de anillas con pequeñas ilustraciones de ositos en su tapa, y sentí que mis días no eran míos.

Los noté prestados, carentes del sentido de propiedad que podría haberme dado, aunque fuera mínimamente, el pagar un alquiler. Prestados por un puñado de meses a los que no les importaba en absoluto que yo me muriera al día siguiente o lo hubiera hecho ya anteayer, ni que me hubiese atrevido a hablarle a Arturo ocho meses antes o no. Mi existencia o inexistencia no les impedía a ellos seguir recorriendo la interminable alfombra de los años por la que desfilaban con ínsulas de superioridad, una superioridad irrebatible.

Precisamente por ello, por su evidente supremacía, colgué el calendario donde estaba antes de sentir el escalofrío y traté de no pensar en las semanas, los días, los meses, los años y todos esos verdugos. Apagué la luz y lo dejé atrás para pensar en cualquier cosa que no me recordara la certeza que me acababa de revelar el mes de junio. La verdad suele ser demasiado insoportable como para pensar en ella mucho tiempo.

Verona.

2 de julio de 2014

Querida Verónica:

En ninguna carta te he hablado de Dante, ¿verdad? No, creo que no lo he hecho aunque tal vez sí y lo haya olvidado. Teniendo en cuenta la cantidad de personas diferentes que han pasado por mi vida, no sería para nada extraño que así fuera.

El caso es que, lo haya mencionado o descrito en alguna carta o no, hace tres días me pareció volver a encontrarlo en el perfil de un desconocido que llenaba una bolsa de plástico de albaricoques, mientras Arturo, a unos diez metros de la frutería, se cortaba el pelo.

Te aseguro que sus ojos eran iguales a los de Dante; su mirada era la misma. En ella lo reconocí cuando se puso de frente para mirarme y negarme que su nombre era el que yo no dejaba de repetir, además del hecho de que había nacido en Argentina. Sonriéndome, tan histriónicamente como recordaba que lo hacía aquel, continué aferrada a mi afirmación a pesar de sus negativas, hasta que, tras dictarme su número de teléfono, lo rubriqué con el que, me reconoció al fin, era su nombre: Dante.

Una hora después, con la figura de Arturo al lado y su nuevo corte de pelo mientras troceaba los tomates para emparejarlos con la lechuga en la ensaladera, me confirmé que el encuentro con Dante, sin duda, dejaba claro que, de no haberle hablado a Arturo aquel veintidós de octubre en que mi destino quiso que me lo encontrara, hubiera vuelto a toparme con él igualmente, cualquier otro día de un mes de octubre o de uno de mayo. Si Dante, que era mucho menos mío que Arturo, había venido a mi encuentro tras no sé cuántos

años de no pensar ni en su nombre, ¿cómo no iba a ser totalmente plausible reencontrarme con Arturo hasta mil veces? Más que plausible, era lógico, lo más lógico.

Lo que se escapa a toda lógica es que llamara a Dante un día después de tener su número de teléfono grabado en la agenda. Como si el hecho de poseerlo me obligara a marcar cada uno de sus nueve dígitos.

Tuvimos una conversación demasiado breve para lo espesa que se me mostró. Los silencios se alargaron incómodamente en los agujeros del auricular, anchándolos hasta el punto de escuchar una respiración que rezumaba aburrimiento y falta de afinidad por cada uno de ellos, a pesar de que la línea telefónica tratara de conectarnos a través del cableado. Teniendo en cuenta todo esto, sin embargo, quedé con él en vernos al día siguiente, no sabía muy bien para qué. Ahora sí lo sé.

Necesitaba tener la certeza de que era el Dante de verdad el que me había encontrado en la frutería y no un simple deseo mío de hallar lo que ni se busca. La cita, para mi tranquilidad, me lo confirmó.

Nada más verme Dante en la terraza del paseo marítimo en la que quedamos, con un sol encima que invitaba a venerar el baño playero por encima de cualquier otra opción, se abalanzó sobre mí aquel como si llevara años deseando volver a verme. Tras soltarme, y con el recuerdo aún de la montura de sus gafas de sol clavándoseme en las sienes, bromeó con el hecho de haberse negado a sí mismo como el que era, dos días atrás, con la incredulidad de los albaricoques, transparentándose a través de la bolsa de plástico, como espectadora. Por si aún me quedaba, a pesar de dicho reconocimiento, alguna duda, recordamos los dos, cociéndonos bajo una sombrilla que no lograba sino empañar un tanto el calor, el momento en que nos conocimos en Buenos Aires, dentro de la

librería más pequeña y atestada de libros que puedas imaginar; según Dante, hacía seis años; según mis propias cuentas, solo cinco.

Lo que sí recuerdo perfectamente es que aquel lugar empapelado de libros me quitó las ganas de leer por puro afán de llevar la contraria a cada una de sus paredes y suelos. Como hubiera hecho una *antilectora*, así, centré toda mi atención en los volúmenes más escuálidos y muertos de hambre de letras que pudiera haber allí, como si el hecho de leer me supusiera el esfuerzo más excesivo e insoportable. Un tomo del cuento de *La vendedora de fósforos* con troquelados e ilustraciones en relieve, y menos letras aún de las que se pudiera esperar viendo su, ya de por sí, delgado grosor, cayó entonces en mis párpados.

¿No crees que ese cuento es el más triste que existe? A Dante no se lo pareció cuando, sentada yo leyéndolo de pie, apoyada en una enciclopedia de historia natural, le confesé a aquel que el causante de mi semblante triste (que le había llevado a dirigirse a mí y tratar de iniciar una conversación) no era otro sino la muerte de la pobre vendedora de fósforos. A él ningún cuento le parecía triste.

«La vendedora de fósforos irá al cielo. En los cuentos el cielo sí existe», me dijo tan *argentinamente* que me pareció estar leyendo a Cortázar, lo que me llevó a recordar, como recuerdo perfectamente ahora, el capítulo de *Rayuela* en el que el narrador, al tocar la boca, la dibuja, la inventa, para jugar después al cíclope al besarla.

Un solo ojo oscuro y rasgado se me dibujó a mí tras pagar el cuento de *La vendedora de fósforos* y pedirle a Dante que jugáramos a los cíclopes. No me entendió, pero cuando pegué mis labios a los suyos no necesitó saber ninguna regla más de un juego al que, por supuesto, no supo jugar cuando cerró su ojo oscuro y yo me olvidé de *Rayuela* y de mi necesidad de inventar una boca, olvidándome del porqué había arrastrado a aquel desconocido hasta un callejón anexo a la pequeñísima librería, en la que había entrado

buscando algo que leer y de la que había salido con menos ganas de libros que nunca.

A pesar de mis pocas ganas de seguir besando a Dante (teniendo en cuenta que lo que yo de verdad quería era jugar al juego del cíclope), mi estancia a su lado en aquel callejón que cumplía, solemnemente, con cada uno de los requisitos que se le puede pedir a cualquiera, me resultó atractiva. Y es que, a pesar del hedor y de los impertinentes maullidos de varios gatos que se peleaban cruentamente por unos cuantos restos de comida indefinible, el hecho de estar rodeada de un ambiente tan sórdido y tener los labios pegados a los de un desconocido, creaba una situación lo suficientemente ajena a mí como para hacerme sentir distinta, irreconocible por mí misma, por ti y por cualquiera que me hubiera conocido antes.

Resultar predecible puede considerarse una característica tan triste como lo es el cuento de *La vendedora de fósforos*. Remediar dicha *predecibilidad*, a su vez, puede ser tan imposible como le resultó a la muchacha vender una sola caja de cerillas. Es más fácil morirse entre la nieve siendo la que todos creen que eres, que hacerles ver que no te conocen en absoluto.

Yo no conocía de Dante ni el nombre mientras me besaba y acariciaba bajo la blusa, al igual que tampoco sabía si el hecho de hacerlo con una desconocida y en aquel lúgubre escenario resultaba ser igual de novedoso y tan poco concordante con Dante, a ojos de los demás, como lo era conmigo. Lo único que sabía es que no estaba dispuesta a mostrarme a aquel como una pieza inarmónica y darle a él el gusto de ser el que marcara las reglas de un juego que yo, aunque no tenía ni idea de cómo jugar, había iniciado.

Dante, como ya te he escrito, no conocía el juego del cíclope ni la novela de Cortázar. De esto último no me enteré hasta ayer; de la vida de Dante completa lo aprendí todo hace cinco años (aunque él diga que hace seis).

A pesar del conocimiento, sin embargo, de sus manías más extrañas y de su currículo completo, me gustó y me gusta aún hoy pensar que el Dante que conozco es tan falso como la Verona que le mostré a él un lustro atrás en el tiempo, justo antes de arrinconarnos en el callejón descrito.

Dante creyó, y lo sigue haciendo, porque yo hice que lo creyera, que era algo normal en mí ese tipo de actitud desatada, anárquica ante cualquier prejuicio o moralidad. No supuso en ningún momento que me sentía ajena a mí misma mientras me besaba y me clavaba en la espalda los ladrillos *grafiteados* de aquella pared de callejón indecente, como tampoco pudo sentir el tacto de aquella Verona que te escribía, escondida entre las purísimas paredes de su dormitorio, ni en mi lengua ni en mi cintura. Ni siquiera fue capaz de imaginar lo satisfecha que me sentí al sentirme otra.

Ayer Dante me habló como hablaría a aquella mujer, a esa que en ningún momento fui y a la que me costó horrores imitar durante nuestra cita de ayer. Me obligué a mí misma a hablar lo menos posible para no ser descubierta, para que no me encontrara bajo la imagen de la falsa, a medio derretir cuando los hielos empezaban a descomponerse en los vasos de tubo de nuestras bebidas, por culpa de una mentira expuesta a una tarde febril.

Lo que no pude dejar de hacer fue exhibir una sonrisa egoísta, esa que se escapa de muy dentro y que no busca conexión con receptor alguno; ese tipo de sonrisa que no está causada por un agente externo, un chiste o una broma, sino que se gesta en las entrañas del que sonríe con total individualidad.

El único causante de esta risa no fue otro que el recuerdo de un logro; una meta no propuesta en el momento en el que me nacieron las ganas de jugar al cíclope con Dante. Una meta que, en modo alguno, la Verona que tú conociste hubiera pensado que podía lograr: hacerle creer a Dante que yo era una mujer capaz de besarse con un desconocido en un lúbrico callejón. Hacérselo creer a él y

hacérmelo creer a mí misma; hacérselo creer al recuerdo de todos mis compañeros de instituto, al recuerdo de mis padres, al de mis profesores. Hacérselo creer aunque de ningún modo pudieran verme de verdad siendo una persona distinta a la que ellos pensaban conocer. Sorprendiendo solo a mi propio recuerdo de ellos y a los prejuicios que exhibían conmigo, pero sorprendiendo, al fin y al cabo; esa fue la verdadera satisfacción que recibí, y no un montón de besos y caricias con un ojo cerrado enfrente mientras yo mantenía abiertos ambos. En ningún momento los cerré. No quería creer que mi mentira era un sueño.

Verona.

15 de julio de 2014

Querida Verónica:

La última vez que te escribí te hablé de Dante y de la escuálida librería que casi me quita para siempre las ganas de leer. Escribirte acerca de esta última y de sus libros, muertos ya hacía años, sin duda, de asfixia por aplastamiento (no era necesario hacerles autopsia alguna), me llevó a pensar tras firmar la carta, en la tienda de antigüedades que tuve en Madrid, y no porque los objetos curiosos que la ocupaban estuvieran tan muertos como los libros de aquella; no, mis cosas estaban mucho más vivas, aunque tuvieran más años que el volumen más joven que pudiera albergar aquel depósito de libros cadavéricos.

La idea de montar una tienda vino causada por el recurrente pensamiento que se me hospedaba siempre que iba de compras. El hecho de ver cualquier objeto ortodoxamente colocado en una repisa junto a otro y otro y otro... En una casa no puedes tener tantas cosas porque limitan el espacio que los objetos útiles reclaman en cuanto firmas un contrato de venta, compra-venta o alquiler inmobiliario. No le puedes reclamar a un sillón que le ceda su espacio a una estantería para colocar en ella una sucesión interminable (hasta que la estantería grite, a través de su madera, que ya no soporta más peso) de ceniceros, y con mucha menos razón si, además, no fumas. Ningún sillón que se precie tendría la capacidad de comprender que prefieres contemplar un montón de ceniceros inútiles que sentarte encima de él, mullido y confortable. Y lo mismo sucede con, por ejemplo, la tostadora. Es inconcebible

relegarla de la cocina para poner en su lugar una caja rebosante de postales navideñas sin escribir, aunque resulte muy bonito manosearlas con su plástico aun enfundándolas y los sobres vírgenes haciéndoles compañía. Ningún objeto típico y útil de una casa típica y útil que te permita vivir una vida típica e inútil da opción a asemejar un domicilio con una tienda, exhiba estos zapatos o bigudíes (de estos últimos precisamente llené yo una caja completa, bastante amplia, que expuse en la tienda junto a otros muchos objetos sin que nadie me lo impidiera).

Según contaron en la feria en la que conseguí los bigudíes, habían pertenecido éstos a una duquesa prusiana que se quitó la vida cortándose las venas con uno de ellos. Tal vez por lo macabro de la historia (el que la relató aseguró que el arma del suicidio se encontraba en el lote), o porque mostraban todos ellos un aspecto bastante desaliñado (la pequeña lámina que los estructuraba asomaba por la tela raída de, prácticamente, todos ellos), yo fui la única que pujó en la subasta, decepcionándome un poco el hecho de no poder pelearme con ningún otro comprador.

Y es que lidiar en una puja me encantaba, aunque nunca hubiera supuesto que así fuera, más que nada por el hecho de que en ningún momento me había planteado verme en un duelo de adquisiciones o *inadquisiciones*. Hasta que me vi en la obligación de batirme en uno, no descubrí lo que me gustaba, y eso que no me llevé al primero de ellos muchas ganas de pelear por objeto alguno.

Las subastas, a pesar de su inesperado encanto, no fueron, sin embargo, las gestantes de mi decisión de montar una tienda. Fueron, como ya te he contado, las hileras y montones de objetos, siguiendo siempre un escrupuloso orden, que tanto me gustaba contemplar en cualquier establecimiento. No te puedes imaginar cuánto disfruté colocando la caja de los bigudíes junto a otra infestada de pinzas del pelo, ambas al lado de un par de sillas que no exigían ni pedían, ni pensaban siquiera, en una mesa que pudiera

corresponder a sus instintos *mueblísticos* más primitivos. Aunque colocar las pulseras y la colección de silbatos en las vitrinas de cristal fue, sin duda, lo que más me cautivó. Bueno, lo que más fue poder contemplarlos una vez colocados, no la colocación en sí.

Con respecto a esta, las repisas se llevaban, sin que la competencia pudiera ensombrecerlas, el primer premio, con mención especial incluida. Porque un bolso apostado en una estantería junto a otros iguales que él resulta mucho más bonito que colgado de cualquier brazo o antebrazo, de eso no hay duda.

Y así, entre repisas y vitrinas acristaladas, fue convirtiéndose aquel local insulso y sin alma, anónimo para todos, en una tienda pintoresca, colorida e indefinible en cuanto a profesión.

Mi tienda se negó a darse un nombre u oficio en el mismo momento en que acogió objetos carentes de lazos familiares; hipónimos sin hiperónimos comunes. El lote de broches que no se dejaba ceñir a chaqueta alguna, compartía mesita de exposición con la colección de marcapáginas más numerosa y variada que ningún libro pueda imaginarse, y todo sin que a ninguno de ellos le pareciera extraña tal circunstancia.

Esa falta de extrañeza puede que se debiera a que sí había un elemento común sobrevolándolos, algo que los unía de una manera mucho más profunda que el ensamblaje de cualquier semejanza externa o cualquier utilidad. Y era que todos y cada uno de aquellos objetos habían pasado ya por las manos de alguien, por el pelo de alguien o por los lóbulos de las orejas de alguien. Esta circunstancia me llevó pronto a imaginar, según iba cada objeto adquiriendo un lugar en el que establecerse, cómo serían sus anteriores dueños, qué vidas tendrían y cómo habrían fallecido.

En el caso de los bigudíes, esta última duda tenía una resolución clara, pero ¿y en el de los marcapáginas? ¿Cómo habría muerto el dueño o la dueña de una colección de tan desmesuradas proporciones? ¿Sería este o esta un lector o lectora voraz o,

simplemente, un coleccionista sin más ínfulas que las de acumular el mayor número posible de algo sin darle importancia al qué? Traté de encontrarle una respuesta a mis preguntas observando meticulosamente muchos de aquellos marcapáginas, escudriñándoles en su papel y su cartón alguna mancha o doblez que delatara el hecho de que verdaderamente habían ejercido como tales en algún momento de sus anteriores vidas, pero no encontré ninguna. Esto me llevó a suponer que su antiguo dueño o dueña aborrecía la lectura, y que coleccionaba marcapáginas con el único objetivo de dejar a todos los lectores sin ellos, obligándolos a tener que torturar a los libros con impertinentes dobleces en sus esquinas.

Al recordar la conclusión a la que me llevó la pulcritud de aquellos marca páginas, no puedo evitar pensar en Arturo, y no solo por el hecho de que todo tienda a recordarme a él (que también), sino porque él tiene la misma fea costumbre de doblarles las esquinas a los libros. ¿Recuerdas cómo dejaba los de texto al final del curso?

A pesar de lo sanguinario de aquella manía, sin embargo, no puedo negarte que me encantaba verlo ejecutarla. Contemplar sus huesudos dedos retorciendo la página y aplastándola después al cerrar el libro... Cualquier acción me parecía bonita vista en él, hasta la más reprobable.

¿Y qué fue de la tienda?, estarás pensando. Podría haberme convertido en toda una empresaria, llevándome a abrir una cadena de tiendas de antigüedades por todo Madrid y su periferia. O podría haberme llevado a odiar el acto mercantilista de la venta, con su cambio y su «gracias por su compra» y el cliente nunca tiene la razón, hasta grados incapaces de ser pesados en la bonita báscula que adornaba el escaparate de la tienda, pero no fue tampoco así.

Una vez que cada cosa ocupó el sitio que le correspondía (con dudas, por supuesto, de si quedaba bien la máquina de coser junto a un elegante vestido de raso de los años felices, y la consiguiente obviedad evidenciándose lo suficiente como para pedir a gritos la

máquina hacerse un hueco junto a un paragüero), recorrí las baldosas de la tienda con aires de compradora cotilla que no tiene intención de adquirir nada. Fijé la vista en la perfecta disposición de cada objeto, en la elegancia del conjunto, armónicamente discorde, y no pude evitar imaginar muchos otros ojos, ojos de clientes, mirando cada una de aquellas cosas que en ese entonces eran mías y de nadie más, aunque antes lo fueran de otros.

Recuerdo el collar de plata y piedritas de colores que me colgaba por encima de la camiseta. Era precioso, pero no recuerdo cómo llegó a mis manos. Podría inventarme que lo hizo gracias a una subasta a la que llegaron todos los objetos que habían sobrevivido a sus dueños, en un naufragio mortal, hace muchos, muchos siglos. Desde luego, las hechuras del collar denotaban que no era una joya joven. ¿Lo sería su dueña? ¿Moriría a los veinte años o a los cincuenta?

Algún día yo también moriré y mis cosas se quedarán aquí. El bolígrafo rojo de Arturo se quedará y puede que el destino lo conduzca hasta una tienda de objetos usados y alguien lo compre. Lo mirará y le gustará su color. Es de un rojo brillante que llamaría la atención de cualquiera. Le gustará pensar que ha escrito muchas cosas importantes, poemas quizá, o puede que hasta una novela de verdad, de esas que tienen ISBN y hasta las lee alguien. No sabrá nunca que apenas escribió nada, que su objetivo en la vida no fue poner una palabra detrás de otra hasta formar oraciones. No podrá inventarse la historia verdadera, como tampoco pude yo hacerlo con el collar de plata y piedrecitas de colores. Me tuve que conformar con una mentira que seguro que no se acercaba ni una brizna a la realidad.

¿Qué historias se inventarían los clientes de mi tienda cuando hubieran pagado sus objetos y ya no fueran míos? ¿Qué haría yo entonces con las estanterías vacías o, aún peor, llenas de huecos? Tendría que comprar cosas nuevas (o viejas, más bien) para que se

las llevaran otra vez, y después lo mismo y lo mismo... Todo sería un suceder de idas y marchas, como si la tienda fuera una estación de tren sin trayectos de vuelta. Las cosas nunca se quedarían conmigo; me dejarían para seguir llenando sus existencias con los retazos de las vidas de sus nuevos dueños, y así infinitamente. No es justo que una cosa, un objeto sin sentimientos ni dudas ni obligación de ir al colegio tenga más vida que una persona. Por eso decidí no girar nunca el cartel que anunciaba que la tienda estaba abierta para los pies de cualquiera, para que cualquiera pudiera entrar y comprar un trozo de la vida de alguien de quien no sabía ni de qué color tenía el pelo, para entregarle después a esa cosa un retazo de su propia vida.

La tienda, mi tienda, permaneció cerrada para siempre, acumulando el polvo que todos los objetos se merecían cargar sobre sus años, y con cada mostrador y repisa salvaguardados de vaciarse nunca. Después llegaron las deudas, los números encarnados y llenos de vergüenza, las facturas, tan feas como una multiplicación... En unos pocos meses dejé mi cargo de empresaria, del que nunca me gustó ni el nombre, y la tienda pasó a otras manos, seguro que mucho más dispuestas a las negociaciones que las mías.

Me tranquilizó librarme de todas aquellas cosas sin pulso pero tan llenas de experiencias. Hasta el collar de plata y piedritas se quedó con ellas, abandonado junto al mostrador principal.

¿De quién sería el cuello del que se colgó algún día? ¿Quién le daría su primer beso?

Verona.

22 de julio de 2014

Querida Verónica:

Hoy voy a escribirte de algo de lo que no le contaré a Arturo nunca ni una coma. No podría soportar que me censurara.

¿Me recuerdas, físicamente, a los quince años? Seguramente la imagen que tu retina guarda de mí a esa edad esté un tanto empañada, con el grafito corrido a causa de la capacidad que tienen los años para difuminar cualquier recuerdo, por muy bien envasado que pretenda estar. Hasta para mí misma me encontraba borrosa antes de decidirme a comenzar esta carta.

Para dibujarme con un trazo preciso, así, y ponerme en la situación en la que estaba entonces, y que tan importante es para la comprensión de lo que vas a leer en unos párrafos, tuve ayer que adentrarme en uno de los álbumes de fotos que mantienen, como en conserva, a la que fui yo a esa edad, con los mismos granos y las mismas inseguridades pero aparentemente feliz, como lo es cualquiera en cualquier foto.

Mi sorpresa llegó cuando me topé con una fotografía que, apaisada, se encontraba entre otra en la que mi padre sonreía al lado de un par de conocidos suyos y desconocidos míos, y una tercera en la que aquel, junto a mi madre y yo misma, posábamos en la boda de mi tía Carlota. En ella yo no parecía feliz, atentando sin pudor contra las normas de cualquier foto familiar de álbum. La única explicación posible a tan aberrante incumplimiento de la principal regla fotográfica era, sin duda, que había sido tomada aquella de manera sorpresiva, como dejaba claro mi mirada, perdida

en un lugar alejado del objetivo lo bastante como para no poder permitirse falsear mi infelicidad quinceañera.

A los quince años se busca el reconocimiento ajeno, el reflejo de una misma en los otros. A los quince años, sin los otros, no existes, y los otros a mí no me reflejaban ni la sombra.

Inocuamente me paseé por los pasillos que formaban los pupitres, demasiado estrechos siempre bajo el punto de vista de mi vergüenza, no dejando en los ojos de los que me miraban ni un rescoldo de interés. Si hubiera percibido en sus cuencas de adolescente un finísimo, casi inapreciable, deseo sexual... Si hubiera podido sentirlo rodeándome el cuerpo hasta atarlo a cualquiera de esos ojos, sin importarme lo más mínimo el dueño, no me hubiese visto en la situación, años después, de contar, uno tras otro, un escueto montón de billetes nuevos y viejos, rotos, tocados, incapaces de pagar lo que acababa de recibir.

Me apunté a la agencia porque supuse que era la forma más adecuada de llevar a cabo mi propósito sin arriesgar mi integridad física, además de por el hecho de que plantarme en una calle nocturna, como una planta sin tiesto y, sobre todo, sin luz... Yo necesitaba ser vista, mucho mejor aún de lo que podía serlo entre los pupitres, cuando no me separaban de los ojos púberes más que unos cuantos centímetros incapaces de despertar deseo alguno. Necesitaba ser deseada a la luz de una mañana o una tarde, o una noche bien iluminada artificialmente. Ser deseada sin importar el dinero que viniera después, aunque tuviera que venir porque el hecho de que lo hiciera le otorgaba a la ecuación matemático-sexual el resultado que venía buscando: compensar la inocuidad adolescente con un deseo pagable bien pagado, igual que el arte se prostituye en las casas de subastas.

Con dos brazos a los lados cercándome y la cara de un desconocido deformada por culpa de la fuerza gravitatoria, me sentí igual que un Van Gogh recompensado por el tiempo gracias a un

«vendido» y una sucesión de euros o dólares, o cualquier billete en curso legal o ilegal, capaces, con su *rectangularidad*, de pulir el hecho de haber sido denostado aquel en su época de esplendor, cuando la pintura acababa de secarse y refulgía, seguro, sobre el lienzo.

Los ojos de mi primer cliente me indemnizaron en cuanto la puerta de la habitación del hotel se abrió y se encontraron conmigo. No necesité llegar al momento en el que los jadeos de su boca vecina se escaparon sin control sobre mi frente, de la misma manera que el Van Gogh no sintió la necesidad de escuchar el «vendido» para comenzar a sentirse satisfecho. El resarcimiento, la recompensa anacrónica, nos parpadeó encima mucho antes, cuando el deseo empezó a derramarse por los párpados, desbordándose de las limitaciones que pudiera oponer cualquier pestaña. El orgasmo me llegó por las pupilas.

Si me hubieran mirado así hace quince años... Si cualquiera lo hubiera hecho... Pero mi cuerpo se quedó sin ojos que lo recorrieran desvergonzadamente, avergonzándome a mí con la vergüenza propia del humillado. Incluso ahora puedo rememorarla y sentirla a través de las yemas de los dedos mientras aporreo el teclado, como si él tuviera la culpa de todo; como si quisiera cederle a él, en cada golpe, un poco de la culpabilidad que sentía a mis quince años al no poder despertar esa sexualidad que nunca duerme en los adolescentes. Mientras pasaba las noches yo en vela, imaginándome a Arturo *sonambulizándose* de deseo por mí, Ingrid lograba volverlo insomne un curso completo, a pesar de que ella, seguro, no imaginaba nada.

Si bastara imaginar las cosas para que ocurrieran, todo sería más fácil. Ni el Van Gogh ni yo misma nos hubiésemos visto en la necesidad de añadirle al deseo un sentimiento tan primitivo, tan no *sapiens*, al que le sobran conclusiones y argumentaciones inductivas y deductivas, algo tan socialmente deseado como el dinero, lo único

capaz de otorgar un valor claro, visible, contable, igual que las matemáticas y los quince años de la niña bonita, la niña feíta, la niña ignorada, la niña que ya no es niña porque el tiempo pasa y pasa y pasa, y los quince años se mueren en un recuerdo acuoso con olor a sudor y a hormonas, ejecutando su labor de no dejarte seguir siendo una niña.

Verona.

3 de agosto de 2014

Querida Verónica:

La zambullida en el álbum familiar, en busca de la protagonista de mi última carta, no se quedó en un humilde baño de nostalgia *antimelancólica* de la que se sale con el pelo seco. Muy al contrario, desprovista de un *snorkel* o de cualquier otro chisme que me impidiera morir igual que un barco naufragado (de esos que se quedan anclados en el fondo marino por los siglos de los siglos, y sin un amén al final que les dé entrada en el paraíso náutico), casi pierdo la respiración entre tanta fotografía.

Aquella que mencioné en la que no estaba ni esbozando una sonrisa, esa de la que me sentí orgullosa por su falta de obediencia, no era más que la excepción de la regla; nada más que la certeza de que la maldita y rígida regla se da aunque nadie soporte su inadaptabilidad.

En todas aquellas fotos, en las que se revelaban en mate y en brillo, horizontal o verticalmente, no había más rebeldía que la de la *v*, dejando su homófono para universos muy alejados del fotográfico.

Cualquiera que abriese uno de aquellos álbumes de tapas marrones, cercadas por un ribete dorado que les daba un toque de antigüedad mayor que la que tenían, me hubiera tomado, así, por una adolescente normal y feliz, como se supone que son las adolescentes y como los adultos creen que son al darle ellos la vuelta a sus nucas de adulto, y añorar en ese ejercicio, cercano a la

luxación, el tiempo pasado, igual que se añoran las fiestas navideñas cuando se apean del calendario, a pesar de que se detesten.

La infancia y la adolescencia se glorifican porque en ellas se es joven; porque estando zambullido en ellas se siente una igual que un huevo recién cascado, con las posibilidades de *entortillarse*, freírse, empanar cualquier cosa *empanable* o encebollarse junto a la patata, desdobladas como una servilleta con hechuras de mantel.

Lo que no tienen en cuenta esas nucas en las que las canas ya germinan y se expanden a lo largo y ancho del cuero cabelludo, es que la amplitud de opciones, la viabilidad que da el huevo, redondo y frágil en medio del plato, sin saber él mismo qué hacer con su yema y su clara, no tiene por qué ser lo más deseable.

Puede que lo más deseable sea, simplemente, lo más sencillo: lo unidireccional no dando tregua a la entrada de ninguna duda en el menú. La croqueta friéndose porque no puede hacerse otra cosa con ella más que freírla, regalando, con su fritura, una felicidad aséptica de sueño sin recordatorios de pesadillas o eróticos, de despertar matutino con amnesia.

Los quince años nunca pueden darle a nadie esa unisonancia. A los quince años la croqueta se queda fuera del menú, para dejarle al huevo mostrar su polivalencia sin grietas en la cáscara. A los quince años puedes ser aún delincuente, enfermero, profesor, arquitecto, vagabundo, anarquista, monárquico, amante, solitario, cazador, huevo cocido, huevo pasado por agua... Y lo peor es que a los veinte años el huevo sigue ahí, con la yema un poco cuajada a la clara, incapaces de separarse, pero ahí; y a los treinta, lo mismo, a pesar de que empiece a oler a podredumbre. Con lo fácil que sería ser una croqueta, no tener sino una croqueta en el frigorífico y nada más; la huevera vacía.

Mirando aquella foto henchida de insumisión, con mis padres en ella sonriendo, por supuesto, y sin percatarse de que yo no lo hacía (me hubieran obligado a forzar el gesto), supuse que ellos me

creerían feliz entonces, como todos los adultos y todos los padres conciben a sus hijos a la edad del huevo o del pavo, según se quiera *ovoizarla* o animalizarla. Creerlos infelices sería atentar contra la juventud en sí misma y todos sus atributos. Tal vez hasta tú me hubieras creído feliz si no te hubiera escrito ni una sola carta.

Verona.

12 de agosto de 2014

Querida Verónica:

Arturo se acordaba de mí, perfectamente, cuando expusimos un simulacro de trenes A y B a punto de chocarse, como ya nos reconoció hace bastantes cartas y aunque lo negase a lo largo del desarrollo del problema matemático. Se acordaba hasta el punto de tener cincelada en su sistema límbico la imagen de mí sola siempre, siempre sola, a tamaño de pantalla panorámica.

Sin cinemascopes de por medio que le estrecharan las miras así, dicho fotograma se le proyectó en el cerebro con una iluminación cada vez más mejorada, a medida que fui yo encontrándome con unos amigos y con otros a lo largo de la inmensa casa de Jon, equiparándose análogamente las hechuras de esta con mi posesión actual de amigos. La cara de Arturo, entonces, se volvió un cuadro surrealista, reflejando su incapacidad para asumir que lo que tenía delante era real.

Arturo no pudo admitir hace una semana (ahora ya lo va haciendo) que yo, una marginada y antisocial por obligación, haya podido reunir un número de amigos tan amplio y valioso, a lo largo de todos los años que no nos hemos visto.

Pero ahora que me doy cuenta, no te he dicho aún quién es Jon ni por qué fuimos a su imponente casa hace una semana. Mis ansias por contarte cómo se quedó Arturo al comprobar los cambios que he experimentado socialmente me ha llevado a empezar esta carta por el medio, el peor punto para dar entrada a un relato.

Jon tiene cuarenta y dos años, la nariz regiamente grande y su espalda se curva como un paréntesis cuando habla con cualquiera. No fue en ninguna de estas características, sin embargo, en las que debió reparar Arturo cuando aquel nos abrió la puerta de su casa con la disposición de un cumpleañero que recibe a sus invitados. Arturo reparó en su conjunto, que le llevó, inevitablemente, a pensar en la televisión y en el programa que Jon presenta desde hace más de tres años y que, seguro, tú también ves, como casi todos, hasta los que odian la televisión.

Sí, el Jon del que te hablo es Jon Tusco, el presentador de *Historias*.

Ahora mismo estarás alucinando tanto como alucinó Arturo, sin necesidad alguna de ingerir nada. Te basta con el nombre de Jon Tusco sumado al complemento locativo «su casa» acompañándolo, para quedarte tan incrédula como Arturo, con la imagen de la antigua Verona presente sumándose a la de Jon y a la de su casa en una mezcolanza inaceptable que te lleva a preguntarte y a preguntarme a mí, aunque no puedas hacerlo de manera directa, cómo diablos he llegado a conocer yo a un hombre tan popular hasta el punto de ser invitada a su fiesta de cumpleaños. La historia es bien sencilla.

Jon fue a parar una noche a un bar al que no iba nunca y del que yo, muy *cervantinamente*, no recuerdo el nombre pero sí su iluminación, excesiva para crear el ambiente íntimo que cualquier bar nocturno solicita. Tal vez por culpa de ese exceso de luz, Jon pudo verme con claridad reír cuando una horda de fans lo atropelló en busca de la fotografía y el autógrafo de turno, y pudo él reír también al reconocer en mi risa que aquella situación, vista desde fuera, resultaba tan agobiante como ridícula.

Puede decirse que conectamos. Sí, lo hicimos porque si no, Jon se hubiera enfadado mucho conmigo al rechazarle su autógrafo unos minutos después, y no lo hizo. Le pareció gracioso, además, que

detestase su programa y que fuera capaz de confesárselo, supongo que porque estaba tan acostumbrado a los halagos que empezaban a resultarle más insufribles que cualquier desprecio. Desde esa noche no dejamos de vernos con asiduidad.

Arturo se petrificó en una mueca estúpida cuando supo de los mecanismos que propiciaron nuestra amistad, tan sencillos como los de un columpio. Jon y yo nos caímos bien, simplemente, y de ahí a ser invitada por él y su novia, Estefanía, a su casa de la playa en Ibiza, a su yate, a comer a su piso de la ciudad, a venir ellos al mío, a presentarme a sus amistades, a pensar en pedirle ir a *Historias* para buscar a Arturo...

Sí, aunque en ningún momento le hablé a Jon de mis intenciones de acudir a su programa para buscar a mi primer amor en un intento desesperado, lo cierto es que dicha idea se me modeló en la cabeza con todos los detalles que puedas imaginar.

Me veía sentada en uno de esos sofás blancos al lado de Jon, microfonada y mirando al piloto de la cámara, rogándole a Arturo que me recordase si, por casualidad, estaba viéndome él, o cualquiera que pudiera conocerlo, y que me hiciera el favor de contactar conmigo porque lo necesitaba como se necesita encontrar algo que buscar en la vida, o buscar algo que encontrar; como se necesita un antídoto contra el suicidio, contra el *spleen* cotidiano, contra el hecho de que tu madre se haya empeñado en darte a luz cuando tú preferías seguir a oscuras.

El plan completo lo recordé mientras Arturo escuchaba, con los ojos embobados, a Jon. Unos ojos que continuaron dando muestras de asombro cuando supo que Silvia, la dueña de la cadena de restaurantes Gusto (de los que seguro habrás oído hablar, pero de los que, seguro también, no habrás probado ni un plato, teniendo en cuenta que la lista de espera para conseguir una mesa en cualquiera de ellos es tan larga como el recorrido del Transiberiano), que también estaba en la fiesta, es, igual que Jon, amiguísima mía. Es

más, conoció a Jon a través de mí y, gracias a mí, Arturo pudo relamerse probando cada uno de los aperitivos del *catering*, del que se había ocupado Silvia, como un famélico innato, como si no hubiera comido en sus más de treinta años de existencia, extrañado de que a mí cada una de aquellas exquisiteces me pareciera lo más cotidiano del mundo por puro hábito, por haber frecuentado los restaurantes de Silvia tantas veces como para lograr aburrirme de lo extraordinario.

Mi falta de atención a los aperitivos no le sorprendió más que saber, con la boca aún llena, que Félix DiPorto, celebérrimo modelo del que tal vez no te suene el nombre pero seguro sí cada uno de sus abdominales (ha protagonizado un montón de anuncios en los que el producto a anunciar es, siempre, lo menos importante), y presente en el cumpleaños también, fue novio mío. Bueno, que fue novio es mucho decir porque no salimos más que un par de meses, pero yo se lo presenté a Arturo así y Félix no me corrigió. ¿Cómo iba a hacerlo si estuvo un montón de meses después de que le dijera que lo nuestro no iba ni venía ni se quedaba pidiéndome volver a verme? Sí, lo estuvo aunque tal vez no te lo creas ni tampoco Arturo. Si no llega a estar allí presente el propio Félix para corroborar mi poco creíble historia, Arturo, como tú, aún seguiría pensando que todo ha sido una invención mía, que yo soy poco para Félix; poco guapa, poco alta, poco viajada, poco adinerada, poco famosa... A mucho le supo a Arturo saber que los dos habíamos estado juntos en Roma, entrando y saliendo de mil fiestas noctámbulas. Casi se ahoga con los restos de un canapé que aún se resistía a ser engullido del todo mientras escuchaba a Félix relatar nuestras peripecias. Menos mal que, justo en el momento en que este empezó a mirarme como lo hacía cuando éramos casi novios y Arturo comenzaba a mirarlo a él imitando los ojos que le ponía yo a Ingrid, entró en escena, como si de una comedia de enredo se

tratase, el personaje de Emilio como pacificador de unos ánimos a los que les faltaba ya poco para la exaltación.

Emilio trabaja en un banco poderoso y por eso es rico, muy rico, mucho más de lo necesario para poder ser admirado por lo que se tiene y no por lo que se es. Arturo, escuchándole contar todas sus posesiones como si de un cuento *contabilístico* se tratara, se sintió pequeñito y pobre, muy pobre, y pensó que, claro, por supuesto, lo importante es lo que se tiene y no lo que se es. ¡Viva el materialismo!

Yo ahora tengo amigos, muchos amigos de esos que tienen cosas y hacen cosas que la sociedad dice que cualquiera quiere tener o hacer. No me hubiese bastado con tener amigos normales, corrientes, como los que tenía Arturo en la adolescencia; amigos que puede tener cualquiera aunque yo no fuera capaz entonces de tener ni uno solo.

La fiesta de cumpleaños terminó cuando la casa se vació de todos esos amigos y Arturo y yo no tuvimos más remedio que marcharnos con él embriagado de sorpresa aunque en modo alguno fuera el cumpleañero. Yo, por mi parte, sin regalo tampoco que desenvolver, salí de la casa de Jon con el mejor presente: la satisfacción de haber desagraviado nuevamente a tu Verona, a tu amiga; tú, mi única amiga de entonces.

Verona.

27 de agosto de 2014

Querida Verónica:

Ayer, el día en que Arturo cumplió un año más, él y yo estuvimos paseando por el campo, explotándole al verano sus últimos calores.

El día amaneció soleadamente bonito, con solo un par de nubes amorfas enturbiando el cielo, a las que no tuve necesidad de tratar de darles forma. Y todo porque Arturo estaba a mi lado.

De haber paseado sola, sin sus dedos tomándome de la cintura, del hombro o de la mano, de manera intermitente, hablándome de cualquier cosa... Lo que menos me importaba era lo pudiera decir. Me bastaba con escuchar su voz tan de cerca, hablándome solo a mí, escuchándola solo yo. Si hubiera paseado sola, en cambio... Seguro que les hubiese buscado a las nubes parecido con cosas reales o inventadas, y el sonido de mis huellas asesinando a cada hierbajo seco u hormiga que se encontrara debajo hubiera centrado toda mi atención auditiva. Pero Arturo estaba allí, a mi lado, tan joven como lo recuerdan tus primeras cartas, como si estas que te escribo no hubieran existido nunca, como si nuestra separación no se hubiera dado. ¿Y si nunca se dio? Tal vez fue todo un sueño; nuestra ausencia tras el instituto, mi viaje a París, el cuerpo de Álex flotando en la piscina, el conejo saliendo de la chistera, la invención de la bombilla y del cinematógrafo, el descubrimiento de América, Venecia y el jarrón, nuestro reencuentro...

Arturo y yo detuvimos el paseo junto a un cinamomo al que le quise encontrar una manzana con la que tentar a aquel, con la que envenenarlo, con la que impedirle hablar. La voz de Arturo empezó a

molestarme entonces, imaginándome hace cinco mil años encaramada a cualquier árbol sin saber aún qué demonios era la etnolingüística; sin Ingrid, sin *Homo erectus* bajándose de las alturas ramísticas, sin *Homo sapiens* y su siglo de las luces racionalizando hasta las fantasías; sin Platón platonizando el amor, sentenciando que la imagen externa de la amada es un reflejo puro y duro de su interior; sin el amor cortés exigiendo un compromiso previo para que la puedan amar a una; sin competencia...

Si Arturo y yo nos hubiésemos *evaizado* y *adanizado* en nuestro propio paraíso antisocial, vacío de todos, Arturo, sin duda, me hubiera amado. Habría tenido que hacerlo, aunque solo fuera para evitar la extinción.

Ayer, paseando por el campo sin más brazos y ojos y pies humanos que los nuestros, sin nadie a nuestro alrededor, por un instante me sentí así como Eva, envidiándola, detestando la evolución *involucionada* de la especie, aborreciendo las complicaciones sociales del amor, de esa cosa inventada que podría reducirse al hecho de que un Arturo sin nombre me agarrara a mí, también *desnombrada*, para quererme primitivamente, para besarme de una vez por todas, hace cinco mil años.

Cuando empezó a caer la tarde, a tropezarse con las nubes amorfas, estas se multiplicaron en el cielo que, arrogantemente, amenazaba lluvia. Arturo y yo, entonces, nos vimos obligados a abandonar nuestro propio paraíso para volver a casa; para volver a recordar que yo nunca fui Eva ni tuve iniciativa suficiente como para promover ninguna desobediencia.

Verona.

5 de septiembre de 2014

Querida Verónica:

El verano se nos va sin remedio. Por mucho que intentemos hacerle la respiración cardio-pulmonar a su mes de agosto, se muere; septiembre está a punto de matarlo. Precisamente por ello, y teniendo en cuenta que sus tres meses nos han dado a Arturo y a mí más de una alegría (refrescantes paseos nocturnos, tardes enteras acurrucados junto al ventilador, helados compartidos), fuimos ayer, para clausurarlo definitivamente y antes de que se muera del todo (porque ningún verano ni ningún otoño se mueren a medias), a la piscina.

Arturo ya sabía que yo sé nadar, como también lo sabes tú. Podría continuar conjugando el verbo *saber* en todos sus tiempos y personas a lo largo de toda esta carta, teniendo en cuenta que yo sé nadar como Arturo no sabía ni en sus años más adolescentes, pero no es mi intención aburrirte ni a ti ni a mí misma. Por eso obviaré las cuestiones lingüísticas y los juegos de palabras para contarte que salté ayer del trampolín como toda una campeona olímpica, sin separar las piernas ni deformar los empeines en cada entrada a la piscina, en la que me hundí hasta los límites de sus azulejos submarinos y nadé *polit*écnicamente, *polisémicamente*, *polimorficamente* y de todas las *poli* maneras que cupiesen en su cloro. Y Arturo ejerció de espectador.

Arturo me vio saltar, nadar y bucear mucho mejor de lo que lo hace él. Hasta salir de la piscina, salgo mejor que él. Y todo porque fui capaz de pasar por encima de los ojos segregacionistas de Álex e

ingresar aquel verano, de hace ya catorce, en la piscina cubierta, como si de una cura de desintoxicación de tu Verona se tratara.

Podría haber dejado el tratamiento a medias. Podría haber huido de la piscina a mitad del verano, poniendo como excusa que los ojos de Álex suponían un impedimento lo bastante pesado como para hundir mi determinación. Pero, como todo el mundo sabe, no está bien dejar las cosas a medias porque las cosas a medio hacer o a medio terminar conllevan una frustración aún más grande que las que ni se intentan.

Escribí el poema de versos acrósticos para Arturo con el único fin de dárselo. No lo compuse para que se quedara en la caja vacía de galletas, y cuando al fin lo termino, con su punto al final, y lo paso a limpio con todo el esmero que me era posible entonces, lo encierro en la caja, resquebrajando mi plan. Y lo mismo con el bolígrafo rojo. Debería habérselo devuelto a Arturo, aunque de ningún modo pudiera haber sentido él que había pasado por mis manos, ni tampoco sintiera yo las suyas gracias a mis huellas estampadas sobre su cuerpo de bolígrafo. A pesar de ello, debería habérselo devuelto porque, como ya he dicho, no está bien dejar las cosas a medias.

¿Y quién dice que no está bien? Tú me lo dices. No me lo niegues con la cabeza o la boca mientras me lees porque sé que me lo dices de la misma manera que me lo digo yo. Si todo fuera una simple convención social, una ley legislativa o un dogma religioso, tal vez podría saltármelo con una pirueta sencilla, con cualquiera de las que realicé ayer en la piscina cuando no me apetecía saltar desde el trampolín porque me dolían las piernas de tanto nadar. Pero es un sentimiento propio, una violación a mi amor propio y a mi odio propio, y a todo lo propio que pueda sentir.

Para defenderme a mí misma podría alegar que quizá mis sentimientos no son míos, que son, claramente, como los de cualquiera, un producto social, y que si hubiera sido adoctrinada en

otros términos no me parecería tan reprobable el hecho de dejar las cosas a medias, pero me estaría engañando igualmente porque ningún verano ni invierno se dejan marchar a medias, ni nadie se muere a medias, ni nada nace a medias. La medianía no sirve más que para el tópico horaciano, nada más.

Menos mal que hace ya mucho que tu Verona dejó atrás las medias vueltas, los retrocesos y los echarse para atrás a última hora (salvo en el caso de la boda con Raúl, claro, puesto que el hecho de dejarlo plantado era, sin duda, el objetivo, aunque me costará reconocérmelo). No dejé el plan para conseguir mi primer beso a medias, como sabes, al igual que tampoco dejé mis clases náuticas sin concluir, a pesar de que los ojos de Álex trataran de mermarme las convicciones.

Hace ya mucho que no imito a un cangrejo; que no soy un cangrejo de pinzas apocadas que recula hasta llegar a olvidar que en el camino hacia adelante había un objetivo que cumplir. Un cangrejo que desanda lo andado deshaciendo todo el esfuerzo ya hecho, haciéndome creer que, en realidad, ese esfuerzo no ha sido tal, que no me gastó las fuerzas ni estrujó mi imaginación hasta el cansancio. Y yo voy y me lo creo. Me lo creo porque hacerlo es la única manera de justificar mi marcha atrás, mi poco arrojo para continuar con lo iniciado, la única manera de justificarme a mí misma.

Si no le hubiera hablado a Arturo ni hubiese tratado de convencerle de que lo conocía, poniendo todo el interés que me fue posible hasta llegar a la meta (su convencimiento), también trataría de justificarme. Es fácil actuar de defensora de una misma, de abogada del diablo interior, aunque no sea tan fácil llegar a creerse, verdaderamente, dicha defensa.

Verona.

18 de septiembre de 2014

Querida Verónica:

Estoy enfadadísima con Arturo. Sí, aunque no te lo creas lo estoy, a pesar de haber creído siempre que lo único que podía inspirarme Arturo era amor, deseo, cariño, afecto o cualquier otro sentimiento positivo. Y todo porque todo lo que he hecho durante los años en los que no lo he tenido cerca físicamente le sigue pareciendo poco.

¿Cómo puede parecerle poco? Llevo dos semanas completas, desde la última carta que te escribí, relatándole todo lo que me faltaba por contarle y que tú ya sabías, además de todo lo que a ninguno de los dos os había contado aún ni por escrito ni de palabra. ¡Y sigue pensando que aún podría haber hecho más! ¿Cuánto más pueden dar de sí catorce años? ¿Cuánto pueden expandirse dentro de una vida sola? Ya te contesto yo: no más de lo que se han dilatado en la mía.

Te aseguro que mis catorce años *desarturizada* se han estirado como si estuvieran fabricados con elastómero. Ni un solo acontecimiento más cabe entre sus segundos, como he tratado de demostrarle a un Arturo incómodamente escéptico.

Estando en la piscina, nadando de un bordillo a otro y enfundada en un bikini negro que, a riesgo de parecerte pretenciosa, me queda perfectísimamente bien, mientras Arturo y yo conversábamos acerca de mi tesis y yo recordaba el día de su defensa ante el tribunal, lleno de nervios pero glorioso, comencé a sentir que a aquel le parecía poca cosa lo que le contaba.

No dijo ni una sola palabra mientras, torpemente, trataba de seguir mi ritmo náutico, pero pude sentir con nitidez que creía que no era nada del otro mundo, ni tampoco de este, haber realizado una tesis, como tampoco lo era haberse fugado con un jarrón. Ni siquiera le parecía digno de ser contado en una carta el hecho de haber trabajado en un circo como acróbata.

No dijo nada de esto justo antes de saltar yo desde el trampolín de cinco metros, ejecutando un salto de navaja, pero te aseguro que me hubiera encantado rajarle los pensamientos recriminatorios que se le transparentaban a través de su silencio.

Arturo me juzgó internamente como una fracasada hace unos días, de la misma manera que lo hicieron los malditos ojos de Álex. Lo hizo y lo sigue haciendo. No ha servido de nada que le relate, con todo el detalle posible, que he hecho mucho más deporte en los últimos años que el que pudiera esbozar de malos modos en los cursos estudiantiles, en clase de Educación Física. Y eso que el deporte que he practicado de manera voluntaria, sin exámenes ni evaluaciones inmiscuyéndose en su práctica, ha sido de riesgo.

La culpa de que nacieran en mí esas ganas de desafiar mi propia seguridad física la tuvo Le Grandiose Philippe y su varita mágica, haciéndome volar como nunca esperé hacerlo. ¿Cómo no iban a despertárseme las ganas con semejante experiencia?

Ya te relaté hace muchas cartas, cuando te hablé de aquel momento mágico, que volar es como la libertad de pensamiento convertida en libertad física; esa es la mejor definición que se me ocurre. Y produce miedo, claro. Lo he sentido en cada momento en que he saltado de una avioneta, justo antes de abrir el paracaídas, de la misma manera que todas las incontables veces que he practicado *puenting*, pero siempre me he enfrentado a él. Supongo que el causante de que fuera capaz yo, una cobarde desde el mismo instante en que fui concebida, de almacenar el valor suficiente como para oponerle resistencia a un miedo tan grande fue el ya

mencionado Philippe y su varita de mago. Solo a él le debo haberme podido escurrir el miedo en cada salto al vacío, dejando que se cayera hacia abajo y se deshiciera en el aire, sustituyéndose siempre por un lametazo de satisfacción; satisfacción por no dejarle al miedo ser el protagonista e impedirme saltar y volar, aunque fuera en globo (también en él me he subido en más ocasiones de las que puedo recordar); satisfacción por dejarle a la acción física anteponerse al raciocinio.

Las acciones que provocan miedo, si las amasas mucho en el pensamiento, aplastándolas con el rodillo, pierden toda su consistencia. Se quedan entonces blandas, incapacitadas para llevarse a cabo. ¿Crees que hubiera tenido valor para saltar desde una avioneta de haber pensado, realmente, en lo que iba a hacer? Por supuesto que no. El paracaídas no era un seguro lo bastante sólido como para convencer a tu Verona, a la que le daba miedo hacer una voltereta por si, en su ejecución, se partía el cuello. Lo único que podía invitarla a hacerlo era dejar fuera cualquier coto que limitara la acción y ejecutarla.

No, Arturo no tiene razón al pensar que he limitado mi vida, que no le he sacado todo el brillo que podía darme. No se equivoca al pensar, sin embargo, que aún se pueden hacer más cosas con ella, con todos los catorce años multiplicables que aún tengo por duplicar.

Puedo escribir otra novela, una que necesite que se haya viajado mucho para escribirla. Y puedo estudiar otra carrera; una o, incluso, dos más. Y puedo crear un taller de teatro o de billar o de malabarismos (después de aprender a jugar al billar y a lanzar más de una pelota al aire sin que se me caiga). Y puedo casarme aunque no crea en el matrimonio, o coleccionar peceras vacías. Podría, incluso, beber hasta alcoholizarme, hasta olvidar que una vez quise a un chico que se llamaba Arturo. ¡Hay tantas cosas que puedo aún hacer! Porque aún no soy tan mayor. Ya no tengo quince años ni soy una veinteañera, pero no soy tan mayor. Aún puedo hacer mucho;

tengo tiempo. ¿A que tengo tiempo? Ni siquiera hace falta que me dé prisa. Puedo ir haciendo las cosas según me vayan viniendo. No, las cosas nunca vienen; las cosas se dejan hacer o no, pero nunca vienen hechas; el reencuentro con Arturo no vino hecho. Hubiera venido hecho si Arturo hubiera sido el que me parara a mí en medio de la calle central para decirme que yo era Verona y él Arturo, excompañero de clase, y que me recordaba, pero no fue así porque las cosas nunca vienen hechas. Todo lo tiene que hacer siempre una; siempre tiene que hacerlo una todo. ¡Y es tan difícil hacer! Para tu Verona lo era; lo era hasta incapacitarla. Y si me muero ahora... ¿Habré hecho suficiente si me muero ahora? ¿Cuánto es suficiente? ¿Qué se les pide a catorce años para que sea suficiente? ¿Qué se les pide a treinta y uno? Hay que trabajar muchos años para que sea suficiente; lo suficiente como para lograr una pensión y jubilarse y entonces no trabajar más. Y hay que enamorarse y lograr que se enamoren de ti. Si no se enamoran de ti es como si no hubieras vivido.

¿Y si me hubiera muerto hace catorce años? Si me hubiera muerto entonces hubiera sido lo mismo que si nunca hubiese vivido. Porque a esa edad no había hecho nada; ni trabajar ni estudiar lo suficiente, ni siquiera conseguir un primer beso. Y ahora, después de todo lo que he hecho (porque lo he hecho aunque te parezca mentira, aunque pueda notar que te lo parece mientras me lees), después de Domingo y de ser Electra, de Gerardo y de las clases de baile, a Arturo le sigue pareciendo poco. Hasta a mí me sigue pareciendo poco.

¿Por qué hay que hacer cosas? ¿Por qué no puede bastarnos con quedarnos tendidos en una cama con dosel azul forjada de algodones?

Verona.

25 de septiembre de 2014

Querida Verónica:

Hace dos días me desperté de la siesta con tanta hambre que me hubiera tragado a Arturo de haber estado este dormido a mi lado. Afortunadamente para él, se encontraba entonces en la cocina, lejos de mi boca, junto a Sigmund (al que tampoco le hubiera hecho ascos a la hora de saciar mi estómago), preparando galletas.

Ya te dije en alguna carta pasada que a Arturo le gusta cocinar igual que a mí, en los mismos grados y los mismos platos, de la misma manera que nos gusta leer lo mismo. Eso sí, tengo que reconocer que sus galletas de canela son mucho más ricas que las mías aunque intente copiarle la receta e imitarle la masa. Hasta Sigmund es capaz de reconocerlo y serme infiel a mí, su dueña, cuando una de esas galletas se le cruza ante los bigotes.

Qué ricas me supieron las cuatro que me comí (¿o fueron cinco?) tras mi siesta, con la lengua aún adormilada y el horno recién parido mirándome, airado por hacer desaparecer a sus vástagos con tanta precipitación. Fue muy gracioso, además, ver a Sigmund a mi lado, desesperándose por pescar, sin más caña y anzuelo que su propio hocico, cada una de las pocas migas que involuntariamente me dejé caer.

Entre ellas, a medio triturar y con su sabor mezclándose con la canela en mi boca, me surgió un plan que, precipitadamente, le esbocé a Arturo y paso a contarte ahora a ti; un plan que es, sin duda, el actor protagonista de esta carta y que tiene que ver con ese futuro que aún tengo. Puedo montar un restaurante. Lo imaginé

ocupando la calle central en la que nos reencontramos Arturo y yo hace casi ya un año. Hace casi un año... Hay en ella un local que actualmente se alquila y que hace muchos meses albergaba un restaurante de comida rápida. A Arturo le pareció el lugar perfecto para abrir el nuestro en cuanto se lo mencioné. Es la calle más transitada de la ciudad y el local es lo suficientemente grande como para llevar a la práctica la idea de restaurante que se me coló, anteayer, entre la harina y el azúcar de una de las galletas de canela de Arturo.

El que se inmiscuyó también entre la galleta a medio masticar y el plan porque en él, en el fondo, está la génesis de la idea (no me hubiera surgido nunca de no haber estado antes en París y haberlo conocido) fue Pierre y, a su lado, como más protagonista aún que él mismo, y más gestante, su libro de Baudelaire.

Ya os conté a Arturo y a ti que aquel libro había comido galletas y bebido vino, mucho vino, y era *cafeinómano* por culpa y bendición del propio Pierre. Junto a este lo leí en multitud de ocasiones, percibiendo a través del tacto de sus páginas manchadas y envejecidas una sensación de realidad que no puede verse en la piel de todo el mundo. En la mía, para no ir más lejos, en la que viste mis brazos, desnudos ahora delante del teclado mientras te escribo, con el vello erizándose ligeramente porque empieza ya a refrescar, no soy capaz de ver esa realidad nítidamente, como sí podía verla entre las estrofas sucias del libro de Baudelaire; entre sus versos llenos de anotaciones; entre sus tapas amostazadas. Mis libros, en cambio, ¡están tan nuevos! Casi me da pudor abrirles las tapas y desvirgarlos, página por página, escuchando en cada gesto el crujido de dolor de su perfectísimamente encolado lomo. Nunca han visto más mundo que las estanterías en las que se han ido alojando, *aburguesadamente*, y las distintas estancias de mi piso, por el que se han paseado de sofá en sillón, y de sillón en sofá. ¡Tienen tanto que reprocharme! Porque no tengo defensa, no la tengo. Debería

haberlos sacado más; haberlos paseado por cualquier calle y sentado en los bancos de cualquier parque. Podría, al menos, habérselos prestado a alguien para que pudieran sentir así el tacto y las uñas de otros dedos. Pero los dejé conmigo, siempre conmigo y quietos, muy quietos, moviéndose en las limitaciones de mi casa y mis falanges, empotrados en sus respectivas repisas, unos al lado de los otros.

Si comes, no lees; y si lees, no comes. Te lo dicen tus padres si tienes tendencia a no querer dejar a medias la historieta del tebeo de turno o el capítulo de un libro cualquiera. Y tienes entonces que cerrar el tebeo o el libro; cerrarlos y quedarte con la incertidumbre encima, bulléndote sobre el plato de sopa o lentejas que tus padres han decidido que comas ese día hasta que el plato en cuestión esté completamente vacío, limitándosete el disfrute de los fideos y la patata de las lentejas, así como la finalización de la historieta y el capítulo, por culpa de la interrupción de la hora de la comida o de la cena (la dictadura horaria ejerciendo su potestad como siempre). ¿No sería delicioso poder rebañar las lentejas mientras el penúltimo capítulo llega a su fin? Desde luego que el tebeo lo agradecería mucho, y mucho más la cuchara que se habría ido hundiendo, desganadamente, en el plato de sopa.

También es cierto que tengo que reconocer que la mezcla de sentidos, a veces confunde el paladar con el oído y escuchar un trozo de pastel mientras te comes una corchea, irremediablemente causa que ni el uno ni la otra sean apreciados como debieran. Lo ideal para exprimir una comida hasta sus huesos es hacerlo en silencio y sin distracciones, de la misma manera que para escuchar cada nota y variación de una melodía es mejor no ingerir alimentos ni realizar ninguna otra acción que aleje al oído de su objetivo. Pero ¿y si la distracción no fuera tal sino que funcionara como complemento? *Las flores del mal* pide estimulantes a gritos modernistas (café, vino..., nunca un plato de caldo casero), mientras

la poesía de San Juan de la Cruz reclama chocolate para llegar al éxtasis. ¿Por qué no dárselos? A Arturo le parece ingeniosísima mi idea de hacerlo y organizar orgías literario-culinarias sin más límites que los que quieran poner los propios libros. Tanto le gusta mi idea que ya ha pagado la fianza del local que te he mencionado y anda desde ayer buscando relaciones entre los libros que más le gustan y cualquier cosa comible o bebible. Con respecto a esto último ya le he señalado, repetidamente, que no debe centrarse solo en sus obras favoritas, que los poemarios y las novelas históricas que detesta también deben tener cabida en el restaurante si cualquiera las quiere leer comiendo o bebiendo. Debemos incluir, además, libros nuevos, de autores que, incluso, estén vivos. Porque yo quiero que la gente pueda comer leyendo *Anáforas* y no estaría bien admitir mi novela y desdeñar las de otros.

¿Qué pedirá *Anáforas* como primer plato? ¿Y de postre? Estaría bien que le cayese alguna que otra mancha de helado de fresa entre los capítulos segundo y tercero. Lo que queda descartado, sin duda, en cualquier capítulo o sobre cualquier párrafo, es el tomate. Demasiado rojo para una novela que nada tiene de vampírica ni de criminológica.

Lo que tampoco podremos consentir Arturo y yo de ningún modo, en referencia al restaurante, es la falta de silencio en su comedor, no así en la barra (en ella podríamos organizar, incluso, tertulias), teniendo en cuenta que cualquier libro, sea del género o subgénero que su autor haya querido otorgarle, necesita silencio para ser leído como se debe. ¿O es que crees que podrías leer debidamente a Cocteau con un par de extraños sentados en la mesa vecina comentando cualquiera de las églogas garcilasistas? Por supuesto que no. No podrías inmiscuirte debidamente en él aunque chupases caramelos de cebada mientras lo leyeras. Eran de cebada los caramelos que comían Elisabeth y su hermano en el dormitorio, ¿verdad?

Haciendo reinar el silencio, así, en un sitio y promoviendo la conversación en el otro, Arturo y yo nos sentiremos muy felices regentando Biblíveres, ¿no crees? ¿Te parece Biblíveres un nombre horrible? Suena a término referente a biología más que a literario o culinario, lo sé, pero no se nos ha ocurrido a Arturo y a mí, aún, otro mejor, aunque tampoco tenemos urgencia por que así sea. Al fin y al cabo, tardaremos todavía algunas semanas, o puede que algunos meses, en abrir el restaurante libresco. ¿Y si lo llamamos Restaurante libresco, sin tomarnos la molestia de darle más nombre que su propia definición? No, es como si *Anáforas* se llamara *Novela* y ya está, aunque, en el caso de nuestro restaurante, no sé si habrá por ahí muchos establecimientos iguales a él. ¿Habré inventado un concepto nuevo de restaurante? ¿Te imaginas que es así y que no existe en el mundo ningún lugar en el que puedas comerte unos buenos riñones al jerez mientras devoras cualquier novela naturalista?

En el caso del citado naturalismo, está claro que las vísceras y la casquería en general serán su mejor complemento, pero también lo es que será difícil, en otros casos determinar qué plato asociar con cada obra literaria. Porque leyendo *En busca del tiempo perdido* no se puede comer otra cosa que magdalenas, pero ¿qué se come leyendo *Rinoceronte*? ¿Y La Odisea? ¿Qué se comería Penélope o la Mecanógrafa de Lorca? ¿Qué se puede comer mientras se espera, aparte de una gran dosis de tiempo? Yo me empaché de días esperando a Arturo.

Verona.

2 de octubre de 2014

Querida Verónica:

No puedo creer que estemos ya en octubre. Me cuesta tanto creerlo como tantas otras cosas que te he relatado en mis cartas; unas cartas que, sin darnos cuenta, se han dejado reproducir a lo largo de casi un año, a solo veinte días ya de que el reencuentro con mi primer amor cuente con aniversario propio.

¿Qué estaba haciendo el dos de octubre del año pasado? Solo sé que desconocía entonces, por completo, que iba a encontrarme con Arturo. A solo escasas semanas de verlo, y no lo sabía. Es extraño, ¿verdad? Y terrorífico. Me gustaría poder viajar ahora en el tiempo, hoy, para decirle a aquella Verona inconsciente que iba a ver a Arturo por la calle central al cabo de, tan solo, veinte días. Así hubiera estado yo preparada; preparada para saber qué decirle a aquel tras estar esperándolo en un presente continuo que no dejaba al gerundio marcharse nunca.

Tú esperabas mis cartas. ¿Las esperabas? Yo esperaba poder contarte que Arturo me había mirado en clase de Ciencias mientras los verbos irregulares ingleses formaban una bonita parábola que despejaba la *y*, y hacía una voltereta con la *x.* ¿Crees que mis padres conocía mis fervientes deseos de huir a París?

Hace un año, veinte días antes (dos decenas, diez más diez, cuatro por cinco, tres semanas menos un día), seguro que tú me echabas de menos, al igual que mis padres nunca supieron que necesitaba pintar un montón de ojos que pudieran mirarme como tú no podrás hacerlo nunca; como tampoco podían saber (porque los padres no

pueden saberlo todo aunque tengan la culpa de que puedas encontrarte con un primer amor catorce años después de no poder dejar de amarlo, porque nunca se puede dejar de amar del todo al primer amor) que iba a encontrarme con Arturo al cabo de veinte días. No lo sabían y yo no tuve la culpa de no saberlo tampoco. ¿A que no tuve la culpa? Lo sabía; sabía que pensabas lo mismo que yo, que yo no tenía la culpa. Cualquiera es más culpable que yo. Hasta el *maillot* de Ingrid es más culpable. Su licra rezuma culpabilidad junto a cualquier quinceañero, mientras la maldita caja de galletas *desgalletada* no hace más que señalarme a mí como la única causante de no haberle entregado a Arturo el poema de versos acrósticos, cuando el propio poema, *acrosticado* en una sola estrofa que deja transparentar el nombre de Arturo, es el único culpable de todo, como tampoco supura ni un hálito de inocencia el bolígrafo rojo que, por cierto, ya no pinta. No te lo había contado, ¿verdad? No, el bolígrafo rojo no pinta ya nada porque no se puede pintar después de pasarse más de catorce años sin escribir ni un punto. La tinta se ha secado por culpa del frío o del calor, de la lata de la caja de galletas vacía (demasiado vacía para conservar la tinta; demasiado impermeable; demasiado latosa) o del abuelo de Arturo. ¿Por qué no me obligaron ninguno de ellos a escribirte algo con el bolígrafo rojo? ¿Por qué no se obligó el propio bolígrafo a ser utilizado para entablar una conversación con Arturo? Podría haberme obligado a decirle, después de robárselo, que me lo había encontrado en cualquier sitio; bajo un pupitre o sobre una silla, sentado sin posaderas que apoyar esperando, esperando, esperando..., o al menos podría haberme incitado a escribir con él mi reencuentro con Arturo de hace ya más de trescientos días. Solo él tiene la culpa de que su tinta ya no sirva, de que esté tan árida como el mes de septiembre y las hojas que vendrán este octubre y las que, aún más muertas, caerán en el mes de noviembre, como un tríptico que se seca en una analogía perenne con la caja de galletas

desgalletada, el bolígrafo y el poema de versos acrósticos. De cualquiera de ellos podría haber hablado cuando me encontré con Arturo. ¿Por qué no le mencioné a ninguno? Porque el bolígrafo es rojo como los zapatos, como mis orejas en ese momento (porque las sentía rojas aunque no pudiera verlas)... ¿Cómo puede ser que no se me ocurriera mencionar el bolígrafo? ¿Qué se le dice a alguien que no ves hace catorce años, llevando encima un par de orejas rojas y yendo en busca de un par de zapatos rojos? Algo rojo, sin remedio, algo rojo. Si las paredes del instituto hubieran estado pintadas de rojo, Arturo habría tenido que besarme, y la pizarra verde como los ojos de Álex (sí eran verdes, lo recuerdo ahora perfectamente; eran verdes) no hubiera podido hacer nada para impedirlo porque no se le puede impedir nada a unas paredes rojas ni a unos zapatos rojos ni a unas orejas rojas.

Mis orejas no se hubieran puesto rojas de no haber vislumbrado a Arturo al final de la calle, hace casi un año completo, como se vislumbra un arcoíris tras un día húmedamente cotidiano. Hubieran mantenido su vulgar color de oreja si Arturo me hubiera besado quince años atrás, por culpa de unas paredes demasiado encarnadas para promover cualquier estudio. Debo estar agradecida por ello a la prohibición tácita de pintar de rojo las paredes de los institutos, fomentando la perpetuación de la espera del primer beso a lo largo, más largo, larguísimo, de catorce años con sus respectivos días, semanas, meses, horas, minutos, segundos, décimas, centésimas, milésimas, millonésimas partículas de tiempo desgranadas. ¿A que es hermoso esperar con seguridad el momento de ser amada? No hay nada más hermoso que esperarlo con ella, con la seguridad al lado asegurándote que la espera será desesperadamente esperanzadora. Sin ella tomándote de tus lustros, la desesperación se desesperanza, esperándose sin dejar de esperarse, sin embargo, porque no puede hacerlo; porque el bolígrafo no puede pintar ni la caja de galletas alimentar a nadie ni el poema de versos acrósticos

conmover. Por eso no han podido hacer otra cosa que esperar más de una década a que Arturo, al fin, volviera a mi vida, de la que nunca debió marcharse, a través de una calle demasiado extensa longitudinalmente como para dejarle a nadie pensar qué se le dice a lo que hace catorce años que se espera. ¿A que la longitud de la calle es culpable, muy culpable, de todo? Lo es de todo lo que se puede ser culpable. Habría que guillotinarla; arrancarle sus baldosines y decapitarle cada uno de los, insufriblemente podados, árboles que se siembran a lo largo de ella. ¿Qué podía decirle sino que sabía que era Arturo? Decírselo a través de una pregunta retórica de la que ya sabía que la respuesta era Arturo, siempre Arturo. Eso fue lo que dije; lo que le pregunté. ¿A que se lo pregunté? Lo hice antes de que un desconocido me empujara contra él y mucho después de adentrarme en la amarillenta cocina de Le Grandiose Philippe. ¿Qué otra cosa podía hacer más que preguntar tras tantos años esperando una respuesta que parecía que no iba a llegarme nunca? Porque Arturo era una respuesta, lo es aún. Responde a mi búsqueda y a mis encuentros, al porqué los versos de *Las flores del mal* me empujan a beber vino y a buscar la boca de Pierre en mi barbilla, a la cuestión de que necesite ser mirada como lo miraba yo a él dieciséis años atrás, con las pestañas erectas y las pupilas abriéndose para recibir la espalda de Arturo, su perfil derecho o izquierdo, su nuca, su cuerpo completo, disminuido, alejado de mí, dispuesto a ser recogido por mi pulgar y mi índice en un pueril efecto visual que me llevaba a imaginarlo sobre mi mesita de noche, sobre mi escritorio o sobre un plato de postre, del más dulce postre, a punto de ser engullido por mí para poder sentirlo por dentro, *arturizándome* de Arturo hasta dejar de ser Verona, hasta olvidar que alguna vez lo fui. ¿Por qué no pudo mirarme nunca como lo miré yo a él cada día de cada curso? Me despertaba esperando mirarlo, ansiando poder respirar el mismo aire que bullía en sus pulmones. ¿Por qué no tuvo la decencia de dejar de respirar nunca?

¿Por qué no dejó de hacerlo y se ahogó para mí cualquiera de esos días en los que llegaba yo a mi casa vacía, con los ojos vacíos, sin un gesto suyo o una mirada con la que llenar una ilusión que volvía a tomar a la esperanza como huésped a la mañana siguiente? ¿Por qué no se fue de mi vida mucho antes de llegar a ella? Debería haber dejado que los días se lo comieran por completo, con sus enternecedores dientes torcidos y sus nudillos marcados, mucho antes de que Roberta apareciera en nuestras vidas y el cuento de *La vendedora de fósforos* me llevara a desconocerme en un callejón en el que nunca me besó Arturo. Porque Arturo ni siquiera me miró con sus ojos nunca (mucho menos iba a hacerlo como cíclope) ni entre los pupitres ni en las pistas de baloncesto ni junto a la valla que cercaba el instituto completo, encarcelando los peligros que conlleva la adolescencia. Él nunca les permitió a sus pupilas expandirse en mi presencia, como si fuera a contagiarles el virus de la marginalidad. Jamás dejó que se toparan con las mías, siempre abiertas para él, ni en las caballerizas ni bajo la carpa del circo, y se las lamieran en un ósculo ocular capacitado para borrar la distancia entre las bocas. Si Arturo me hubiera besado entonces, cuando aún no había empezado a escribirte estas cartas ni había dejado de escribir las anteriores, aunque fuera con los ojos, solo con los ojos, y me hubiera lamido las pestañas y me hubiese dejado a mí morderle las córneas con dulzura... No hubiera sido suficiente. Yo quería un beso dentado, con sus labios deformándose entre los míos, con su lengua erosionándome las encías, con su realidad clavándoseme sin dudas ni irrealidades, en el paladar. Mi padre nunca supo que, a los dieciséis años, aún no había sido besada. ¿A qué edad recibiría él su primer beso? ¿Y mi madre? ¿Serían besos recibidos sin peticiones expresamente solicitadas ni súplicas mendicantes, o serían rogados entre ronroneos, como las caricias que me requiere Sigmund cuando hace ya un buen rato que no le acaricio el lomo? Qué poco deben valorarse los besos que ni se piden ni se suplican ni se anhelan hasta

que parece que el deseo de recibirlos entre las comisuras ya no va a poder más. ¿Cómo hubiera sido mi primer beso de habérseme presentado así, como un invitado al que ni se invita? Gerardo tampoco me invitó a ejercer como salvavidas, dirigiéndolo en su salvación por el folclore más cuentístico, insertándolo en un plato de guisantes aunque fuera él, sin remedio, una lenteja tan castaña como *antagónicamente* ajustable. No puedo recordar si hace un año recordaba que los ojos de Álex eran verdes, a pesar de que, *tiburónicos*, trataban de hundirme junto a Domingo, vestidísima de novia y sin periscopio alguno que me mostrara que casi un año después de encontrar a Arturo iba a estar aquí, escribiéndote, como lo estuve entonces. Las agujas del reloj me han cosido a una cronología *penelopeniana*. ¿A que Penélope nunca hubiera esperado a Arturo? Me produce risa invernarme entre plantas invernaderas para evitar ser desollada por la irrealidad de un pájaro surfista. Yo ni siquiera podía mantenerme de pie ante la pizarra, delante de la clase completa. ¿Cómo iba a sostenerme sobre una tabla que, sobre una ola, se tambaleaba en un mar inmensamente capaz de deslustrarme las ensoñaciones? Fue mucho más sencillo ponerme a la venta sin repisas ni escaparates acotándome, dejándome halagar por el materialismo más numismático. Con cualquier pago me bastaba; con adulaciones burdas o *salobremente* vulgares; con cualquiera se me hubiera espigado el orgullo. Pero por entonces, hace catorce años (¿o hace solamente un año?) las teclas blanquinegras de cada piano que, disoluto, se dejaba tocar sin tener antes ni durante ni después, en cuenta, nada, no me bailaban las uñas ni me cantaban las cutículas en cada pieza. Por entonces una escalera de color tridimensional de fantasmagóricos amigos pasados no se me había expandido aún sobre la mesa de juego, con sus Rubenes y sus Sandras formando una anafórica variz de recuerdos a punto de reventarse y de hacerme olvidar todas las afrentas pasadas. No, para entonces, sí, o puede que todavía no porque hace casi un año,

un año casi completo, un umbilical lunar no me había cabalgado cada fotograma nunca visto, cada página jamás leída. Hace casi un año me había dado tiempo a estudiar, eso sí, todo lo que el programa de estudios, con sus majestuosos decretos, dictamina que hay que estudiar, por lo que me había ya doctorado sin juramentos hipocráticos de por medio que me impidieran asesinar a Braulio cuando se me hicieran insufribles cada uno de los disparos fotográficos que me cegaban con su luminosa belleza, hace casi un año o dentro de un año o en este año. Hace casi un año, sí, casi un año, tu Verona, yo, porque yo soy ella y ella siempre será yo, no sabía que Arturo iba a cruzarse en nuestro camino como un tren B. ¿Los trenes se chocan o se cruzan, en los problemas matemáticos?

Verona.

18 de octubre de 2014

Querida Verónica:

Tengo que contarte una noticia dignísima de ser contada que ha traído colegida a ella otra igual de digna de serlo.

Ayer, mientras jugaba con Sigmund en el invernadero con su juguete favorito (un ovillo de lana estropeadísimo que antes era de color azul; ya ves que Sigmund es muy clásico en cuanto a juguetes gatunos), Arturo nos interrumpió trayendo mi móvil en la mano, argumentando que tenía una llamada muy importante de la editorial de *Anáforas*. Y he aquí la noticia que me ha llevado a escribirte hoy: quieren hacer una película a partir de mi novela.

Cuando escuché la propuesta, Sigmund estaba enredándome el ovillo en la mano que no sujetaba el teléfono, y por un instante me sentí atada por una oferta irrechazable que temí, además de por no ser declinable, por el hecho de que me llevara a transformar mi novela en lo que nunca fue ni pretendió ser; en algo comercial que pudiera gustarle a cualquier Tamara o Sandra, pero nunca a un Gerardo. Afortunadamente, mis miedos pronto se desataron como el ovillo azul de alrededor de mi muñeca al asegurarme mi editor que el futuro director de la película, tan poco comercial como para que no lo conozca nadie (ni siquiera me he aprendido yo aún su nombre), quiere contar conmigo en todo momento, tanto para la redacción del guion como para la elección de actores y el montaje de planos. Es más, admira tanto *Anáforas* y mi *ópera prima* como directora de cine, *Solo*, que le gustaría que ejerciera de codirectora.

¿Cómo iba a decirle que no? Hoy mismo me entrevistaré con él, dentro de solo un par de horas, para firmarle el contrato que quiera.

¿Te imaginas las páginas de mi novela convertidas en fotogramas? No, cómo vas a imaginártelas si no la has leído. Hasta a mí me cuesta hacerlo. La única escena que se me viene a la mente con la claridad de un hecho ya filmado es la del beso de la protagonista con su primer amor. Esa escena ocupará justo el segundo central del metraje completo, no puede ser de otra forma, al igual que ocupa el centro de la página central de la novela. Porque ese beso cambia lo ocurrido antes y lo que ocurre después; lo cambia todo. Lo *anaforiza cataforizándolo*.

¿Crees que debería escribir una continuación de mi novela bajo el título de *Catáforas*? Tal vez lo haga. No hay nada que me lo impida. Y después puede que también quieran hacer una película con ella, una segunda parte de la primera. Llevaría la firma del mismo director, por supuesto, y la interpretarían los mismos actores, porque le quitaría mucha verosimilitud darle un tono y una imagen distintos.

¿A que suena todo muy bien? Arturo está emocionadísimo con la idea de la película, tanto como yo porque, como a mí, le apasiona el cine. Incluso me ha propuesto que me ofrezca como actriz protagonista de la película, pero dicha idea me parece demasiado pretenciosa; no creo que pueda ser capaz de hacerlo todo: codirigir y actuar. De todas formas, no lo descarto aún del todo. ¿Tú qué opinas? ¿Me ves capaz de hacer ambas cosas?

Lo que está claro es que la grabación de la película va a suponer un gran reclamo para mi novela, mucho más desmesurado que el que yo sola pueda darle. Aun así, y teniendo en cuenta que promocionarla también le viene bien a la película, dentro de cinco días salgo de viaje con mi editor y, por supuesto, con Arturo.

Cuando le comuniqué que la editorial había decidido, teniendo en cuenta las buenas críticas y la extraordinaria acogida por parte de

los lectores, promocionar la novela fuera del país, Arturo se imaginó nuevamente perdido, tanto como lo estaba hace casi un año.

Te confieso que me gustó entonces verle pintada en la cara la misma sensación de vacío que debí mostrar yo el día en que supe que los caminos de ambos se bifurcaban en líneas paralelas. Me gustó tanto que de buena gana le hubiera prolongado ese sufrimiento un verano completo, con sus meses ardiéndole la desilusión al imaginarme hablándole a otras personas y sonriéndole a otras personas, alejada totalmente de él geográficamente. Sin embargo, teniendo en cuenta el poco tiempo que tenemos para preparar el viaje y con nuestro primer aniversario rozándonos los días, no he podido permitirme tal satisfacción.

Ayer mismo le propuse que me acompañara.

Por supuesto, ha dicho que sí. ¿Qué iba a decir si no? Arturo ni siquiera ha salido de la ciudad, por lo que está como loco por verse en cualquier sitio que pueda mostrarle que la vida es mucho más de lo que él conoce y de lo que temía no poder conocer yo nunca. Pero lo he conocido. He viajado por todo el mundo y he hecho casi todo lo que quería hacer, como ya sabes por cada una de las cartas que te he enviado a lo largo de un año casi completo. Porque hace casi un año ya que he vuelto a escribirte, aunque parezca increíble. Otro año más que se me ha ido...

Y a mí me encantará ejercer de cicerone de Arturo, por supuesto que me encantará. ¿Cómo no va a hacerme ilusión sentirme superior a él en algo yo, que siempre me he situado en un plano inferior? Porque tu Verona no se merecía a Arturo, eso lo sabemos ambas, y por eso nunca me declaré a él; estaba claro que iba a rechazarme.

Tal vez dentro de un año sea yo la que pueda permitirse el rechazarlo a él. Porque no voy a estar siempre solo con Arturo, besando solo su boca y durmiendo solo a su lado. Él es mi primer amor, sí, pero la vida es demasiado larga como para no darle entrada a un segundo, a un cuarto y a un centésimo. Por eso, dentro

de un año no tendré más remedio que descosérmelo y buscar nuevos patrones con los que diseñarme un romance distinto. Tal vez me enamore de alguien que no se haya enamorado nunca o ejerza de amante de un esposo aparentemente satisfecho con los ingredientes del matrimonio. Lo único claro es que no voy a anclarme a Arturo ahora que ya lo tengo. Por eso, dentro de un año, cuando hayan pasado... ¿Cuántos años habrán pasado entonces desde que tu Verona adolescente se enamoró de él? Un año más, claro, uno más.

Mi editor me ha dicho que precisamente un año completo es el tiempo que tiene pensado que empleemos en promocionar *Anáforas* en diferentes países y continentes. Para poder enseñarle a Arturo todo lo que aún no ha visto del mundo y que yo ya conozco tan bien, no creo que necesite ni un mes más. Un año es el tiempo perfecto para llevar a cabo mi labor de guía y, a nuestro regreso, yo me centraré en la película y también en el restaurante, y Arturo seguirá su camino para ahogarse en la Roberta que quiera. Ya ves que estamos llenos de objetivos. Objetivos que, decididamente, vamos a cumplir. ¿O es que crees que voy a dejar mis planes a medias? Y, dentro de un año, te hablaré de todo lo que Arturo y yo hemos visto; de todo lo que yo he hecho. Y es que en un año se pueden hacer muchas cosas, tantas como para llenar de oraciones compuestas un manojo de cartas escritas a mano. Porque he decidido que en las próximas cartas que te escriba no utilizaré ningún ordenador. ¿No crees que las teclas le restan humanidad a cualquier carta? Porque ellas son, sin duda, los escritos más personales. Escribir una carta es como hablar con una misma; por eso requieren de dedos que sellen sus huellas dactilares encima de cada palabra y hecho que se narre en ellas. Lo que aún no he decido es si, en mis próximas cartas, será más adecuado optar por la letra cursiva o decantarme por unas letras bien rectas.

Verona.

22 de octubre de 2014

Querida Verónica:

Hoy te escribimos por primera vez por algo que merece la pena escribirlo y romper este prolongado vacío de letras entre tú y nosotros. Lo hacemos porque hace un año que Verona volvió a ver a Arturo.

Hace un año que, mientras Verona caminaba por la larguísima calle central con la duda de si debía o no comprarnos (teniendo en cuenta lo poco combinables que podemos llegar a ser pero con la circunstancia a nuestro favor de que, desde que Verona vio por vez primera la película *El Mago de Oz*, ha querido tenernos), ni se le pasó por la cabeza que podía encontrarse con Arturo. Pero así fue.

Que él fuera caminando por aquella calle por la que iba ella y a la misma hora a la que ella lo hacía, sumado al hecho de que el caminar de ambos fuera en direcciones contrarias, fue cuestión de pura suerte. Porque Verona estaba demasiado dudosa en cuanto a nuestra adquisición (teniendo en cuenta que nos veíamos muy bien en el escaparate de la zapatería que se encontraba al final de la calle) como para ponerse a suponer que Arturo pudiera ir caminando por aquel lugar también para ir vete a saber dónde. Por eso se sintió más que afortunada y por eso dudó de que, ciertamente, fuera él. Y no solo porque ya le había parecido verlo demasiadas veces en otros. No, dudó por culpa de esos catorce años que le hicieron concebir a Arturo como un ser irreal, tal vez un sueño o parte de una vida anterior muy ajena a la suya, pero de ningún modo un ser real que pudiera estar frente a ella, caminando por una calle de

verdad, en un momento que, sin duda, también lo era y pertenecía a su vida, como el propio Arturo. Porque Arturo era suyo; lo es aunque no lo supiera antes ni lo sepa ahora. Su primer amor sin primer beso ni «te quiero» dichos con vergüenza, pero primer amor al fin y al cabo.

¡Y hace un año volvió a verlo! Volvió a verlo cada vez más cerca de ella y ella de él y, cuando apenas quedaban unos cuantos pasos (cinco, cuatro, tres...) para su choque, le vino a la cabeza de repente, en forma de recuerdo pastoso, el enunciado típico de aquellos problemas de matemáticas en los que un tren A sale de una ciudad en dirección a otra a una velocidad de *x* km./h, a su vez que, desde una ciudad distinta, sale un segundo tren, llamado B, etcétera, mientras le sonaban por dentro los primeros acordes de *Only When I Sleep* de The Corrs. Cuando la letra de la canción estaba a punto de adentrarse en alta mar, la intervención de Verona se hizo inevitable.

Muy a su pesar no le dio tiempo a esta a pensar en nada ingenioso que decirle a Arturo después de aquellos catorce años. O puede que sí se lo hubiera dado de no haberse sentido tan abrumada por la situación. El caso es que, ya al lado de él, sin tiempo de observarlo detenidamente y antes de que se le fuera como un día más perdido, como otro día más de esos catorce años que no le parecen reales, Verona no le dijo a Arturo lo primero que se le ocurrió, continuando ambos sus trayectos de trenes A y B.

¿Cómo no íbamos a escribirte para contarte que Verona volvió a ver a Arturo hace un año para, de nuevo, dejarlo perderse? Ni siquiera ella misma pudo evitar volver a escribirte, aunque dudara de si estaba bien o no el hacerlo, como tampoco pudo evitar no chocar con Arturo y... No hablarle.

Unos minutos después, mientras Verona se nos probaba y nos mostrábamos ante ella mucho más brillantes que las veces anteriores, vistos a través del escaparate, se percató de que lo mejor

era que todo estaba aún por llegar, que aquel encuentro con Arturo de tintes oníricos pero del todo real iba a tener su continuación; va a tenerla. Porque, si el azar le ha dado a Arturo dos veces, no tendría por qué negárselo una tercera.

Este tercer encuentro lo pidió el día de su trigésimo primer cumpleaños, cuando sopló las velitas de su tarta como la Verona que trabaja en una fábrica de papel junto a un Raúl que, en absoluto, propició conversación alguna con ella el día en que esta iba en busca de su primer empleo, ni dentro ni fuera de ningún ascensor. Y todo porque Raúl jamás ha viajado desde el pasado para compensar las afrentas acometidas por Marcos.

Tampoco la reunión de antiguos alumnos le ha servido a Verona para coronarse como vencedora frente a su injurioso pasado adolescente. Aunque pensó acudir a ella con nosotros puestos (quedábamos más que bonitos acompañados de un vestido corto de color negro), tu Verona y la nuestra no se vio provista de las cartas necesarias para llevar a cabo farol alguno, por lo que prefirió no acudir sola, solo junto a nosotros, a la reunión, ni supo nunca si Roberta sí fue, teniendo en cuenta que ningún periódico se hizo eco del sueño de Verona en el que aquella era devorada por una jauría de perros.

¿Iría a aquella reunión Ingrid? Nunca lo sabrás tú ni Verona, como tampoco sabremos nosotros si, de haber ido, hubiésemos sido capaces de aplastar las zapatillas con las que tan formidablemente bailó el último día lectivo de su tercer curso de secundaria.

Lo que sí sabemos los dos, con la misma certeza con la que podemos afirmar que somos tan rojos como lo es el bolígrafo que Verona le robó a Arturo para esconderlo junto al poema de versos acrósticos que jamás le ha leído a nadie y la foto de carnet que muestra a un Arturo adolescente y pequeñito, es que a Verona esta espera de catorce años no le ha parecido tan larga aunque, claramente, lo haya sido. Y por eso no le importa prolongarla.

La dulce espera de esperar que suceda algo que sucederá es la más dulce de las esperas; es una espera que la propia Verona ha provocado, una espera voluntaria. Porque, ¿cómo iba a quedar con Arturo en la terraza de la cafetería Marianela a las seis y, cuando este le preguntara qué ha hecho a lo largo de esos catorce años en los que no te ha escrito, responderle con un escueto *nada*? ¿Cómo iba a decirle que la Verona que tú conociste hace dieciséis años y la que conocimos nosotros hace solo uno es exactamente la misma? Que te pase por encima tanto tiempo y no te cambie ni un poco es trágico; a Verona le parece trágico, y más teniendo en cuenta que intentó aprender a nadar un verano después de aquel en el que Arturo dejó vacío su horizonte hasta el punto de *deshorizontarse* y no ser capaz tampoco de *verticalizarse*. Lo intentó. Y entonces se topó con Álex.

En los verdísimos ojos de Álex se ahogaron todas las expectativas de tu Verona y la nuestra: su sueño de ir a París, la graduación ovalada, sus amantes, Brújula y las vueltas terrestres, sus venas y arterias artísticas, su varita de maga, los helechos, el volante kilometrado, los pentagramas y hasta el lunar mil veces imaginado del profesor Alonso. Porque este, tras abrirle la puerta de su piso e invitarla a sentarse en su sofá y ponérsele al lado, con su boca a una altura alcanzable por la de ella, y mirarla (desde luego no con la intención de besarla), no recibió el cuerpo de Verona cansado de pensar y valorar y medir cada acto. Porque Verona no había comprendido aún, ni ahora tampoco, que no se puede gastar una vida entera esperando que los demás actúen, que el profesor Alonso actuara alguna tarde, quizá, junto a un adusto logaritmo neperiano y le diera por mirarla como se mira cuando se va a dar un beso, esperando a que Verona le correspondiera con la mirada y se quedara quieta; quieta como una estatua esperando, esperando que su boca se acercara a la suya, esperando. Esperando, Verona dejó que el mes de su decimoctavo cumpleaños se le abalanzara sin lunar

ni ombligo como un vulgar mes más, dejando que sus notas en matemáticas ascendieran descaradamente, sin importarle ya que al profesor Alonso dicho ascenso le pareciera sospechoso. Lo único importante para ella entonces fue que no consiguió su primer beso. Lo único importante para Verona entonces y ahora es que ha tenido las costuras de Penélope para esperar a su Ulises, dejando correr sus días al monótono ritmo de una aguja que se esconde bajo la tela para volver a salir y esconderse nuevamente. Lo único importante es que Verona ha sabido ser como esa aguja, igual de fiel que Penélope. Porque Penélope nunca se hubiera cansado de esperar a Arturo. ¿A que no se hubiera cansado? Y Verona no va a ser menos que ella, no va a estar su espera peor cosida. Por eso no le importa seguir esperando en casa de sus padres, a Arturo, no pareciéndole extraño verlo en la nuca y la espalda de cualquier chico (no, de cualquier hombre; Arturo es ya un hombre) que espere sentado en un banco. Porque en su espera sabe que Arturo volverá a cruzársele cualquier primavera o cualquier invierno, y sus caminos se cortaran entonces como los de dos líneas tangentes; y Verona, *encarrilada*, le hablará, por supuesto que le hablará. Porque esa Verona ya no tendrá nada que ver con la que conocemos. Ella ya habrá besado a alguien por primera vez, ya habrá viajado hasta que se le gaste el mundo, ya habrá aprendido a nadar y *Anáforas* ya estará escrita, ya nos habrá estrenado una mañana o una noche... Verona podrá quedar con Arturo en la terraza de la cafetería Marianela o en un restaurante o en una playa, a las seis o a las cuatro de la tarde, y entonces, dentro de, tal vez, un año, o puede que dentro de dos, te escribirá para contarte que llegará allí con nosotros puestos y vestida con una blusa blanca o azul de seda que le habrán regalado sus amigas por su cumpleaños (porque para entonces tendrá amigas) y, a cierta distancia del lugar de la cita, podrá esbozar a Arturo, quien le sonreirá nada más reconocerla y, tras hacerle un gesto de saludo con la mano, se pondrá en pie para recibirla. Verona

llegará hasta él con los ojos de éste pegados a todo su cuerpo y un tintineo nervioso agitándole las comisuras de los labios. Junto a él, Verona tendrá que conformarse con poder mirar solo algo de Arturo, y optará por su boca. El tintineo nervioso entonces se acrecentará y, avergonzada, sonreirá quizá más de la cuenta, lo que le llevará a Arturo a imitarla, suponemos que, simplemente, por pura inercia. Y tanta sonrisa y tanto diente, unido al tic nervioso de Verona, le hará pensar a esta de nuevo, jugueteando con uno de los colgantes de una pulsera preciosa que llevará ya entonces, desde hace menos años, o más, de los que hayan pasado sin que te escriba, en cómo será su primer beso, no pudiendo evitar imaginárselo con la torpeza de quien no ha besado nunca.

Un par de zapatos rojos.

FIN

Índice

23 de octubre de 2013 7
24 de octubre de 2013 13
25 de octubre de 2013 21
27 de octubre de 2013 35
31 de octubre de 2013 49
4 de noviembre de 2013 57
14 de noviembre de 2013 71
20 de noviembre de 2013 81
29 de noviembre de 2013 89
5 de diciembre de 2013 97
15 de diciembre de 2014 105
17 de diciembre de 2013 115
27 de diciembre de 2013 125
1 de enero de 2014 133
2 de enero de 2014 139
7 de enero de 2014 149
10 de enero de 2014 161
15 de enero de 2014 165
17 de enero de 2014 179
25 de enero de 2014 185
30 de enero de 2014 197
15 de febrero de 2014 201
27 de febrero de 2014 215
28 de febrero de 2014 217

2 de marzo de 2014 223
12 de marzo de 2014 237
28 de marzo de 2014 249
5 de abril de 2014 255
20 de abril de 2014 261
22 de abril de 2014 265
30 de abril de 2014 275
5 de mayo de 2014 283
15 de mayo de 2014 285
27 de mayo de 2014 289
2 de junio de 2014 293
10 de junio de 2014 297
23 de junio de 2014 301
2 de julio de 2014 305
15 de julio de 2014 311
22 de julio de 2014 317
3 de agosto de 2014 321
12 de agosto de 2014 325
27 de agosto de 2014 331
5 de septiembre de 2014 335
18 de septiembre de 2014 339
25 de septiembre de 2014 345
2 de octubre de 2014 351
18 de octubre de 2014 359
22 de octubre de 2014 365